Volumen III

BLUE JEANS

algo tan simple como estar contigo

Lectulandia

Los chicos del pasillo 1B acaban de regresar de las vacaciones de Semana Santa para afrontar el final de su primer año universitario. No estántodos los que empezaron, ya que Manu lleva más de dos meses sin aparecer por la residencia Benjamin Franklin. El malagueño le ha dicho a Iria que volvería, pero no ha cumplido con su palabra.

Esos últimos meses de curso prometen ser muy agitados. Óscar y Ainhoa parecen ser de nuevo amigos, aunque uno de ellos necesite más; Julen ha encontrado el amor, como Toni, a quien Isa come Pizza le plantea un reto imposible para ser su novia.

Además, la habitación 1155 tiene nueva inquilina. La extremeña Silvia se pasa las horas entregada a su carrera, Arquitectura, pero esconde un secreto, que termina contando a David. ¿Surgirá algo entre ellos? A Elena, quizás, no le haga demasiada gracia, porque después de que su hermana cortara con el sevillano, se replantea sus sentimientos hacia él, día tras día.

Con *Algo tan sencillo como estar contigo* termina la historia. Sin embargo, los constantes giros y sorpresas que contienen sus páginas te mantendrán alerta hasta el último capítulo.

Lectulandia

Blue Jeans

Algo tan sencillo como estar contigo

Algo tan sencillo - 03

ePub r1.0
Eibisi 25.08.18

Título original: *Algo tan sencillo como estar contigo*
Blue Jeans, 2017

Editor digital: Eibisi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Residencia Benjamin Franklin

Pasillo 1B

Prólogo

La brisa despeina su flequillo, bastante más largo de lo que suele llevarlo habitualmente. Han transcurrido varios meses desde la última vez que se cortó el pelo. Su cuerpo está menos fibroso y la barba que le cubre el rostro le hace parecer mayor. ¿A quién le importa? Ese tipo de detalles ya no le incumben a nadie. Solo a él. Sin embargo, a pesar de su notoria dejadez, Manu continúa teniendo una presencia física envidiada por cualquier tío y deseada por cada mujer que se cruza en su camino. De eso trata de convencerse al menos. Hace mucho tiempo que no tiene sexo. Desde aquel día en que… Bueno, eso es historia. Fragmento de una vida anterior. Una vida que ya no recuperará.

Iria estaba terriblemente sexi sin nada de ropa. La de veces que ha recordado a aquella chica desnuda en esos momentos de completa intimidad.

—¿En qué piensas? —escucha a su derecha—. Pareces estúpido mirando a ninguna parte.

La voz de su acompañante le fastidia. No solo porque le ha devuelto a la maldita realidad de la que intenta huir constantemente. Hace semanas que odia tener a su lado a Fernando. Se ha convertido en su sombra. En un espectro dañino que no le ayuda ni le deja respirar. Quizá no debería de haberle llevado con él. Pero ambos necesitaban huir. Alejarse lo máximo posible. Y para qué engañarse: requería tenerlo cerca porque no se fía de él. Allí lo tiene controlado. En Edimburgo, un lugar perfecto para desaparecer una temporada. Una ciudad tranquila, a cientos de kilómetros de Madrid, donde nadie los conoce. Donde nadie los buscaría.

—Pienso en que cada día estoy más cansado de ti —comenta el malagueño mientras estira las mangas de una sudadera negra que compró en una tienda de Princes Street. Empieza a hacer más frío.

—¿Tanto te molesta que estemos juntos?

—Mucho más de lo que imaginas.

El otro chico lo observa fijamente, desafiante. Se oculta bajo la capucha de su chaqueta amarilla y resopla. También él está harto. Si no fuera porque no tiene dinero para mantenerse por sí mismo, ya le habría abandonado. Además, por su culpa se ha enganchado a algo que le hace levitar. Esos polvitos blancos le permiten ascender a otro mundo en el que no existen los problemas. ¿Cómo los conseguirá?

—Si quieres nos separamos y no nos vemos más.

Es un farol. Lo sabe. Aquel tipo no tiene ni una libra ni manera de conseguir dinero. Fernando no podría hacer nada por su cuenta. Está convencido de que no lo dice en serio, de que simplemente se está haciendo la víctima. No es la primera vez.

—Claro. ¿Y dónde vas a vivir?

—Ya encontraré un sitio.

—¿Sí? ¿Con qué lo vas a pagar?

—Buscaré un trabajo —indica Fernando al tiempo que arranca con desidia un

puñado de hierba del suelo en el que están sentados.

Alza el brazo, abre la mano y deja escapar las briznas de césped para que se las lleve el viento. Han subido a Calton Hill, una conocida colina que se yergue orgullosa sobre el centro de la ciudad. Pese a que suele ser un lugar de lo más concurrido, los dos chicos solo han coincidido esta vez con un par de turistas que se hacen fotos junto a la réplica del Partenón griego. Un homenaje a los caídos en las guerras napoleónicas que se quedó a medio construir por falta de fondos. Una vergüenza para muchos escoceses.

—¿Un trabajo? ¿De qué? No sabes ni una palabra de inglés.

—Yo qué sé —dice Fernando, cruzándose de brazos—. Si no consigo curro, siempre podría volver a España. Es otra opción.

Aquella proposición hace saltar las alarmas de su acompañante. Han hablado varias veces de la imposibilidad de que ninguno de los dos regrese por ahora. Todavía no es el momento adecuado.

—No, no puedes. Ya lo sabes.

Agacha la cabeza y asiente. ¿Lo estarán buscando? Cuando se marchó, Fernando solo avisó a su madre. No le dijo ni adónde iba ni cuánto tiempo estaría fuera. Simplemente, que necesitaba desconectar de todo durante unas semanas. Dadas las circunstancias, ella lo comprendió y no hizo preguntas. Hacía unos meses que ni siquiera lo tenía cerca.

—Pues entonces me tendré que quedar contigo hasta que consiga dinero para pagarme un alquiler. No me queda otra.

—Te ha durado poco la intención de alejarte de mí.

—¿Y qué quieres que haga? No me permites volver a España, no tengo curro ni dinero. Si fuera por mí, no me verías más el pelo. Pero no te preocupes, que en cuanto consiga pasta no me tendrás que aguantar más.

En realidad, el excamarero de la residencia tiene razón. Manu cuenta con la fortuna de poseer una tarjeta de crédito vinculada a una cuenta que paga todos sus gastos. Además, su familia continúa pensando que se encuentra en Madrid y sus padres están avisados de que no va a ir a Málaga en Semana Santa. Si nunca se preocuparon por lo que le sucedía, no lo van a hacer ahora. No sospechan que hace más de dos meses que vive en Escocia. Sinceramente, él imaginaba que lo descubrirían y le obligarían a volver. No ha sido así.

Ninguno habla en varios minutos. El cielo se encapota y la temperatura cae a toda velocidad. Dicen que en Edimburgo puedes vivir las cuatro estaciones del año en un solo día. Lo están comprobando una vez más.

—Yo me voy a casa antes de que empiece a llover —se apresura a decir Manu—. Encárgate tú de comprar la cena.

—Si no me das dinero, no puedo comprar nada. No tengo ni una libra.

—¿Ya te has gastado las cuarenta que te di ayer?

—¿Estás sordo? Te he dicho que no tengo ni una libra.

Fernando saca una cartera de su mochila y se la muestra como prueba. Casi pueden verse las telarañas en su interior.

—¿En qué te lo has gastado? La comida de hoy la he pagado yo.

—En el desayuno y en los cafés de después de comer.

—¿Solo en eso? ¡No me jodas!

—Bueno, antes me tomé un par de cervezas en la callecita de los bares.

—Tienes la cara muy dura. No paras de aprovecharte.

—No exageres, solo han sido un par de birras.

—Birras que has pagado con mi dinero.

—Si quieres, llama a mi antiguo jefe de la cafetería de la residencia y le pides lo que me debe. Seguro que se pone muy contento cuando le hables de mí.

El malagueño aparta la mirada y chasquea la lengua, molesto. Evidentemente, no puede hacer eso. Los dos volaron a Edimburgo sin dar explicaciones a nadie.

Vuelve a protestar en voz baja y busca algo de dinero en su bandolera. Encuentra dos billetes de diez libras y se los entrega a su compañero.

—Solo quiero un sándwich de ensalada de pollo y una botella de Irn-Bru.

—Me pillaré lo mismo —indica Fernando.

—Vale. Quédate con la vuelta para desayunar mañana.

El chico de la chaqueta amarilla se guarda el dinero en el bolsillo y contempla cómo un pequeño sobre transparente cae de la bandolera del otro joven. Sus ojos se clavan inmediatamente en el paquetito, que contiene una sustancia blanca. Su amigo se agacha rápidamente a recogerlo.

—¿Por qué no me das un poco de eso antes de irte? —le pregunta Fernando con cierta ansiedad.

—Resérvate el mono para cuando llegues a casa —replica Manu mientras pone la bolsita a buen recaudo.

—Venga, hombre. Solo un poco.

—¿Estás loco? Si te ve alguien, se nos cae el pelo.

—¿Quién nos va a ver? Estamos solos.

Los dos miran a su alrededor y los turistas que estaban haciéndose fotos en el Partenón ya se han ido. No hay nadie cerca de ellos.

—Mira, tío, no. No sé cuándo voy a poder conseguir más. Esto no es como comprar golosinas.

—Lo quieres solo para ti, ¿no, cabrón?

—Eres un desagradecido. He compartido contigo todo el material del que he dispuesto en estos meses. Pero aquí, en Edimburgo, no es tan fácil hacerse con…

Sin embargo, Fernando no quiere escucharle más. Necesita consumir inmediatamente. Por sorpresa, agarra la bandolera por abajo y da un tirón con tanta fuerza que su compañero tropieza y cae al suelo junto a él. De repente, los dos se ven enzarzados en una disputa por el preciado botín. Hasta que el puño de uno acaba en la nariz del otro. Aparece sangre. Un alarido de dolor irrumpe en el silencio de la colina.

Tras unos segundos de confusión, el que golpea rabioso ahora es el que está herido. El impacto llega de pleno a la mandíbula de su rival. Y un segundo puñetazo vuela a continuación hacia el pómulo derecho.

Los dos púgiles combaten sin piedad con el cielo oscuro como testigo.

Todo termina en un instante. Uno de los chicos se queda paralizado en el suelo. Tiene los ojos cerrados. El otro se asusta al comprobar que no se mueve. ¿Está…? Días más tarde, los periódicos de la ciudad informarán de la aparición de un cadáver hallado en una de las laderas de Calton Hill: un joven con el rostro desfigurado, los dedos cortados y sin ningún tipo de documentación encima.

Capítulo 1

Se quita la gorra un instante y se peina con un cepillo, alisando su larga cabellera rubia. Se mira en el espejo del baño y vuelve a cubrirse la cabeza. Le gusta hacerlo desde pequeña, cuando su padre la llevaba a jugar al fútbol, para protegerse del intenso sol extremeño. Era portera y no lo hacía nada mal. Se lanzaba valiente a por la pelota y no les tenía miedo a los chicos con los que competía. Al contrario. Cuanto más fuerte era el rival, más se motivaba. Los que ya la conocían no se dejaban engañar por la dulzura que transmitían sus preciosos ojos azules, ni por su aspecto de niña buena. Silvia Urbiola era una auténtica guerrera dentro del campo y había que sudar tinta china para marcarle un gol. Aunque desde aquello han pasado algunos años. Ya ha cumplido los dieciocho y hace tiempo que no se pone bajo los palos de una portería. Y no lo puede negar: lo echa de menos.

Sale de la 1155 y se dirige hacia el comedor, con el móvil y el tique del desayuno en las manos. Es sábado, muy temprano, pero a ella no le gusta quedarse en la cama hasta tarde. En cuanto se despierta, se ducha y comienza a funcionar. Sin excusas, sin parafernalias. Aunque sea fin de semana. Lo hacía así mientras vivía con sus padres en Cáceres y en el apartamento que compartió en sus primeros meses como universitaria. También ahora en la residencia Benjamin Franklin.

Fue una suerte no haberse dado de baja en la lista de reservas para obtener alguna plaza que quedara libre. Si lo hubiera hecho, no habría dispuesto de la oportunidad de ocupar aquella habitación en el pasillo 1B. Y habría tenido que aguantar a sus dos compañeras de piso hasta el final de curso. A pesar de que apenas ha cruzado alguna palabra con otros residentes en los cinco días que lleva allí, prefiere el anonimato al infierno que ha sufrido en las últimas semanas. Sin embargo, no estaría mal conocer a alguien con quien al menos charlar de vez en cuando. Para ello, tendrá que salir más de su cuarto, donde se pasa la mayor parte del día.

El comedor está completamente vacío. Lógico. Es demasiado pronto para la mayoría. De hecho, acaban de abrir las puertas del desayuno.

Se sirve en un tazón cereales de miel y leche semidesnatada con una cucharada de azúcar, y se sienta en una de las mesas para cuatro de la zona izquierda de la sala. Mientras come, repasa en su móvil las redes sociales. Tiene un mensaje privado en Facebook. Es de él.

> «Seguro que todavía estás durmiendo, aunque faltará poco para que te despiertes. Son las tres de la madrugada en Buenos Aires. Malditas cuatro horas de diferencia. Pero la distancia terminará pronto entre los dos. Cuento ansioso los días que restan para que nos veamos. Dentro de poco podré besar esos labios que tanto tiempo llevo deseando probar. Mayo será el mejor mes de mi vida. No te olvides de lo mucho que te quiero. No puedo dejar de

pensar en vos. Luego hablamos. Me marcho a dormir. Buenos días, muñeca de ojos azules».

Silvia lee un par de veces más el texto que ha recibido hace aproximadamente una hora y cuarto. Se ajusta la gorra y suspira. Exactamente quedan treinta días. Ella también lleva la cuenta. El 11 de mayo, Gabriel volará desde Argentina a España y coincidirán en persona por primera vez.

—Perdona, ¿puedo sentarme?

La joven levanta la mirada y ve a un chico con el que se ha cruzado en dos o tres ocasiones. Estaba tan ensimismada con el mensaje de Facebook que no se ha dado cuenta de que ha entrado en el comedor.

—Sí, claro —responde ella algo confusa.

—Te he visto varias veces por la residencia. Creo que ya va siendo hora de que nos presentemos —indica el joven, soltando la bandeja sobre la mesa—. Me llamo David, mi habitación es la 1152. Somos vecinos de pasillo.

—Yo soy Silvia. Encantada.

Ninguno de los dos se levanta para darle dos besos al otro. Simplemente se sonríen. La joven se guarda el móvil en el bolsillo de la sudadera y continúa con su desayuno. De reojo, observa a su compañero de mesa. Sin duda, es uno de los tíos más guapos que ha visto en su vida. ¿Y esa forma de presentarse? Le ha recordado al comienzo de *¿Conoces a Joe Black?,* en el que Brad Pitt y Claire Forlani se conocen en una cafetería. Le llama la atención el tatuaje que adorna su cuello: un ave fénix imponente.

—¿Qué tal los primeros días en la residencia? —pregunta David, que unta mantequilla en una tostada de pan de molde—. ¿Te has adaptado bien?

—Sí. Más o menos. Aunque todavía no me ha dado tiempo de conocer a nadie.

—Normal. Llevas muy poco con nosotros.

—¿Aquí sois todos amigos o cada uno va por su lado?

—Hay de todo. Los del pasillo en el que tú y yo estamos nos llevamos bastante bien.

Durante un buen rato, el chico se recrea y le describe a los componentes del 1B. Se anima a revelar alguna peculiaridad de cada uno. Le habla de Toni, el valenciano rapado, y de su vicio por la consola; y también de Iria, la pequeña gallega de enérgico carácter y su inseparable Julen, el navarro al que le tiene cariño todo el mundo. Menciona después a Óscar y su guitarra y a Ainhoa, que acaba de volver a Madrid después de un tiempo en Las Palmas, aunque prefiere no revelarle los motivos de la ausencia de la canaria. Cuando nombra a Elena, no le cuenta cómo están las cosas entre ellos ahora mismo, ni que salió durante unos meses con Marta, su hermana pequeña.

—Es la perfeccionista del grupo —indica en alusión a la toledana—. Pero se ha ido relajando con el paso de las semanas. Seguro que os llevaréis bien.

Eso espera. Después de la mala experiencia del piso compartido, no quiere más enemigos. Han sido unos meses muy duros. Cuando salió de Cáceres nunca imaginó que el azar le buscaría dos compañeras tan complicadas. Enseguida le pusieron una cruz por ser distinta a ellas: no fumaba marihuana, no salía de noche e intentaba no saltarse clases. Para colmo descubrieron lo del argentino y desde entonces todo fue a peor.

—La habitación en la que tú estás antes la ocupaba Nicole —prosigue David—, una chica peruana que ha regresado a Valencia, donde viven su madre y sus hermanos.

—¿Por qué volvió? ¿No consiguió adaptarse?

—No, no fue por ese motivo. Antes de Navidad sufrió un ataque racista en la cafetería donde trabajaba en Callao. Se marchó a Valencia a recuperarse y su madre no la ha dejado volver.

—Pero ¿está bien?

—Sí, físicamente se ha recuperado por completo de los golpes que le dieron. Y mentalmente es muy fuerte. Ella quiere regresar a Madrid, pero su familia tiene miedo de que se repita lo sucedido y no se lo permite. La echamos de menos porque es una chica encantadora. Siempre tiene la sonrisa en la boca. Era la que aportaba la energía positiva en el pasillo. La queremos mucho.

—Vaya, lo siento. No sé si será muy agradable para vosotros ver que otra está ahora en su habitación.

—No te preocupes. Tú no tienes la culpa de nada. Nos encantará que formes parte del grupo.

David le sonríe de manera tranquilizadora para que no se sienta mal. Silvia agacha la cabeza y llena la cuchara de cereales. Cuando vuelve a mirarle, este continúa sonriendo. Un cosquilleo sacude su estómago. Se sonroja e intenta refugiarse bajo la visera de su gorra. Se ha puesto nerviosa sin venir a cuento.

—Aún no me has dicho de dónde eres —recupera la conversación el joven tras unos segundos en silencio.

—Soy extremeña, de Cáceres.

—Una ciudad preciosa.

—¿Has estado?

—Sí, dos veces —contesta David alegre, que recuerda momentos felices de su niñez—. No conozco a nadie de Extremadura en la residencia. Eres la primera.

Otra vez esa sonrisa. Pero en esta oportunidad, pese a que ha vuelto a experimentar ese cosquilleo, Silvia no rehúye su mirada. Aguanta, sin bajarla ni esconderla. También ella sonríe e inician una animada conversación sobre aspectos relacionados con la comunidad autónoma a la que pertenece la chica. Luego, él le confiesa que es sevillano y empiezan a dialogar acerca de Andalucía y su capital. El desayuno de ambos se alarga y el comedor se va llenando de residentes. Entre ellos, Ainhoa y Óscar, que se sientan en la mesa de cuatro junto a Silvia y David. Este les

presenta a la extremeña e, inmediatamente, la canaria y el vallisoletano desean saber más sobre su nueva compañera de pasillo.

—¿Qué estudias?

—Arquitectura —le responde la joven a Óscar.

—¡Yo también estudié Arquitectura en Valladolid antes de cambiarme a Psicología!

—¿En serio? ¿No te gustó?

—Prefiero lo que estudio ahora. ¿Te está resultando difícil?

—Bueno, fácil no es. Hay que tener paciencia y dedicarle muchas horas. Desde que llegué a la residencia casi no he podido salir de la habitación.

Silvia les explica la cantidad de prácticas que tiene que hacer y la de tiempo que se pasa delante de su atril, aunque elude revelarles en qué emplea el que se toma libre. De ese asunto prefiere no decir nada.

—¿Dónde vivías antes de venir a la residencia? —interviene ahora Ainhoa, que desayuna varias piezas de fruta cortadas en rodajas.

—En un piso compartido de la calle Guzmán el Bueno. Pero no guardo un buen recuerdo de la experiencia.

—¿No? ¿Y eso?

—No tuve precisamente a las dos mejores compañeras del mundo. Me hicieron la vida imposible. Menos mal que quedó una habitación libre aquí y he podido huir de ellas. He tenido suerte.

La chica observa a sus acompañantes y se da cuenta de que quizá no se ha expresado adecuadamente. Si hay una habitación disponible es porque Nicole ya no está, como le ha contado antes David. Y las circunstancias por las que abandonó la Benjamin Franklin son suficientemente delicadas como para tener cuidado con lo que dice.

Por eso, trata rápidamente de rectificar.

—Lo siento. Sé lo de vuestra amiga y no quería que pareciera que…

—No te preocupes —la interrumpe el sevillano sin perder la sonrisa—. Como te he dicho, no tienes la culpa de nada de lo que ha pasado.

—Ya, pero eso no significa que no me sienta rara.

—Nicole es Nicole y tú eres tú. No estás sustituyéndola, solo has ocupado una habitación que había quedado libre.

Las palabras de David animan a Silvia, que constata cómo la expresión de los otros dos chicos también se relaja. Eso la alivia. Lo que menos desea en estos momentos es ponerse en contra a sus nuevos compañeros, con los que convivirá los próximos tres meses.

—Te trataremos bien. No será como en el piso que compartías. Y para cualquier cosa que necesites puedes contar con nosotros.

La extremeña asiente y da las gracias a David. El joven del ave fénix en el cuello es un auténtico encanto. También los otros dos chicos le han caído bien. Por lo que

parece, en aquel lugar todo es buen rollo y compañerismo. Espera que el resto del pasillo 1B sea igual de amable.

Terminan de desayunar por fin y en parejas suben hasta recepción. Silvia camina junto a David. Entonces, cae en algo que antes se le olvidó preguntar a su nuevo amigo.

—Si no he entendido mal, he conocido a Ainhoa y a Óscar y me has hablado de otros cuatro chicos. Sumándonos a ti y a mí dan ocho. Y el pasillo tiene nueve habitaciones. ¿No falta alguien?

El sevillano pone cara de póquer y continúa caminando en silencio. Es verdad, no ha nombrado al residente de la 1156. Lo ha hecho a propósito. Pero ¿qué puede y qué no puede contarle de él?

Capítulo 2

Cuando se despierta, comprueba que son casi las diez de la mañana de aquel sábado de abril. Anoche salió y se acostó tarde. Fueron un par de copas en un *pub* de Alonso Martínez. Nada del otro mundo; ni siquiera tiene resaca. Aunque no se encuentra del todo bien. Pero de eso no tiene la culpa el alcohol.

Durante cinco minutos más, permanece sobre la cama, recordando la charla que mantuvo anoche con Iria. Decidieron dar una vuelta para olvidar las penas y terminaron contándoselas en la barra de un bar. Tal para cual. Cada una con su propia historia, pero ambas repletas de dudas y de incertidumbres.

Alguien toca en la puerta de su habitación. Se incorpora y abre tras dejar escapar un largo bostezo. Su amiga gallega ya está vestida.

—Vamos, arréglate. Te invito a desayunar por ahí —le dice Iria, que entra en la 1151 sin invitación previa—. Y luego voy a hacer la locura de la que te hablé ayer.

—¿Vas a hacerlo? ¿De verdad?

—Sí, es hora de cambiar.

¡Y menudo cambio había previsto! Después de desayunar en el Starbucks de plaza de España, Iria y Elena se dirigen a Malasaña. En el camino, recuerdan la conversación de la noche anterior:

Las dos estaban sentadas en un taburete de un bar de Alonso Martínez, con una copa en las manos, y, tras algunas bromas, pronto afrontaron temas más serios.

—Él dijo que el lunes lo volveríamos a ver. Y estamos ya en la madrugada del viernes al sábado y no sabemos nada. Ni rastro. No lo entiendo.

—Después de dos meses y medio desaparecido, sin dar señales de vida, no me sorprende.

—Ni a mí. Pero me preocupa. ¿Y si le ha pasado algo? El número desde el que me llamó sale siempre apagado. Al antiguo ya ni me molesto en llamar porque hace mucho que está inoperativo. Esta situación me provoca una terrible impotencia. ¡Es que no puedo hacer nada más!

—Hemos hablado muchas veces de eso, Iria. No debes seguir pendiente de alguien que no quiere ni permite que le ayuden. Aunque sientas todavía algo por Manu.

—Ya ni siquiera sé lo que siento por él.

—Sí que lo sabes.

La chica da un sorbo a su copa de ron con Coca-Cola y apoya los codos en la barra. A lo largo de aquellas semanas ha intentado olvidarse del malagueño. Incluso en las vacaciones de Semana Santa que pasó en Las Palmas con sus amigas estuvo tentada de enrollarse con alguno de los tíos con los que ligó. Pero no hay manera de alejar esa sensación de vacío que sufre desde que Manu se esfumó para hacerse

invisible. Y eso que Elena la ha ayudado mucho en esos meses. De repente, empezaron a hablar, a contarse cosas. Se unieron, se conocieron más y se sirvieron mutuamente de apoyo, aparcando para siempre sus diferencias. De ser enemigas y no soportarse pasaron a convertirse en confidentes e inseparables. Un cambio que el grupo no se explica, pero que ha servido para aliviar tensiones.

—Mira, algún día aparecerá y tendrás que hablar con él. Mientras tanto, no te agobies. No podemos hacer nada para que se comporte de otra manera. Vive y piensa para sí mismo.

—No es fácil, Elena. No es nada fácil ignorar lo que uno siente y enterrarlo sin más.

—¿Qué me vas a contar a mí? —pregunta la toledana tras dar un largo trago a su bebida—. Si yo hablo mucho…, pero me pasa lo mismo que a ti.

Su historia con David ni funciona ni deja de funcionar. Lo que siente por él no ha desaparecido. Pero es el exnovio de su hermana y esa es una losa que pesa demasiado, imposible de levantar. Marta aún no ha superado la ruptura y, cuando Elena ha vuelto a Toledo de visita familiar, las charlas entre ambas sobre aquel asunto no han cesado. La pequeña de las Guillermo Casanova quiere pedir una segunda oportunidad al sevillano, algo que ella le ha desaconsejado en numerosas ocasiones. ¿Por temor a que vuelvan a estar juntos? ¿Porque piensa que el chico le hará todavía más daño si la rechaza? El caso es que no está resultando nada fácil convivir con David estando enamorada de él. ¿Debería olvidarse de su compañero de pasillo de una vez por todas? Sería lo más sensato, pero lo más difícil de llevar a cabo. Antes de las vacaciones, estuvieron a punto de besarse de nuevo. Fue ella la que se contuvo y la que le advirtió que no podían continuar así. De hecho, se prometieron no llamarse ni escribirse en los diez días que iban a estar separados. En ese momento ya sospechó que la medida no iba a servir de nada, pero pensó que al menos le permitiría tomarse un respiro. Respiro que tras el regreso a la universidad había resultado insuficiente.

—Lo tuyo también es complicado.

—Y no te lo he contado todo —reconoce Elena, que suspira y bebe otra vez de su copa hasta que se la termina.

—¿Qué? ¿Ha pasado algo con David?

—¿Que si ha pasado? ¿Cómo detienes un beso que te mueres de ganas de dar, pero que sabes que es el mayor error de tu vida?

—¡Os besasteis! ¿Cuándo?

—El lunes. En su cuarto. Esta vez no lo pude evitar.

—Madre mía. ¿Y en qué habéis quedado?

Elena se encoge de hombros antes de llamar al camarero y pedir su segunda copa. Será la última que tome durante esa noche.

—Me dijo que, si no daba un paso adelante, lo haría él —continúa explicando la toledana—. Pero hacia otro lado. Que el error había sido salir con Marta, por la que nunca sintió lo que siente por mí. Y que me quiere, pero que no estará esperándome

toda la vida.

—Uf. Sí que se ha puesto intenso. No le pega dar ultimátums.

—En este caso, lleva razón. Aunque es verdad que desde que ha venido de Sevilla lo noto diferente.

—Quizá allí le ha sucedido algo.

—Puede ser. No me ha contado nada. Hemos hablado poco, la verdad.

Desde que salió de su habitación el lunes por la noche, cuando se besaron, apenas han coincidido, pese a ser vecinos y vivir uno enfrente del otro. David no la ha llamado para ir a comer ni para quedar a cenar. Ella tampoco lo ha hecho. Las veces que han coincidido, estaban rodeados de los demás.

—Vaya panorama. Somos unas expertas en cuestiones de desamor —protesta Iria a la vez que remueve con un dedo el hielo de su copa.

—Ya ves. Deberíamos cambiar los objetivos.

—Y las estrategias.

—¿No te has despertado alguna mañana con ganas de cambiarlo absolutamente todo o de hacer una enorme locura?

—Ahora que lo dices, hace tiempo que me viene rondando algo por la cabeza —confiesa Iria mientras se seca con una servilleta de papel el dedo que se ha mojado—. Pero no me atrevo.

—¿Qué es?

La chica se lo cuenta a Elena, que aplaude y anima a su amiga a que siga adelante con aquella idea.

—¡Hazlo! Yo te acompaño.

—No estoy segura.

—Venga, ¡no lo pienses más! ¡Tampoco es para tanto!

A la mañana siguiente, la gallega, pese a haberle dado muchas vueltas, ha decidido cumplir con lo que tiene en mente. Ya en Malasaña, entran en un establecimiento. No es muy grande ni luminoso, pero eso da igual: a Iria le han hablado muy bien de él.

Una joven peinada con rastas las recibe.

—¿Quién es la víctima? —pregunta aquella chica, que debe de rondar los treinta años.

Elena no tarda ni una décima de segundo en señalar a su amiga. Esta resopla y levanta la mano, autonominándose.

—¿Me va a doler?

—Solo cuando te veas en el espejo.

Elena, que se siente orgullosa del coraje que está demostrando tener su amiga, ríe entre dientes al escuchar el comentario jocoso de la peluquera.

—¡Dios! No sé si quiero seguir con esto —se lamenta la gallega.

—No te preocupes, cariño. Soy la mejor. Siéntate ahí.

Iria obedece a regañadientes y se coloca en la butaca que le indica la chica de las rastas. Mira a Elena y esta sonríe y le hace la señal de OK con el pulgar.

—¿Empezamos?

—Qué remedio. Ya no me voy a echar atrás.

—Pues vamos allá.

Todo sucede en menos de una hora. Una vez que han terminado, la gallega, a la que habían tapado los ojos, se contempla en un espejo. Lo primero que hace es gritar.

—¿¡Esta soy yo!? —pregunta exaltada, observando su nuevo peinado de un lado y de otro.

—¡Estás increíble! —exclama Elena, también emocionada.

Cuando su amiga le explicó anoche lo que deseaba hacer, no tuvo dudas de que sería una buena idea. Un cambio radical en su imagen. Había escuchado hablar de una cadena de peluquerías extremas, como se hacen llamar. Ellos te cortan el pelo a su manera, al gusto del peluquero que te toque. Una de sus peculiaridades es que te tapan los ojos hasta que el resultado es definitivo, para que el impacto sea aún más fuerte. Y en este caso sí que ha sido realmente impactante.

—¡Me veo rarísima!

No parece ella. Durante los últimos meses, Iria se ha dejado crecer el pelo y su melena empezaba a ser considerablemente larga. Hasta ese instante. Elsa, que es como se llama la peluquera, ha optado por dejárselo muy corto, raparle la nuca y teñírselo de platino, casi blanco.

—¡Estás impresionante!

—Yo también te veo fenomenal —comenta la chica de las rastas—. Creo que hemos hecho un buen trabajo.

—Será cuestión de acostumbrarme.

—El pelo corto te queda genial. Te lo aseguro.

La gallega no para de mirarse en el espejo, intentando familiarizarse lo antes posible con su nueva imagen.

—Vas a dejar a todos con la boca abierta cuando te vean —dice Elena durante el camino de vuelta a la residencia.

—Espero que no sea del susto.

—¡Qué dices! ¡Vas a marcar tendencia en la Benjamin Franklin! ¡Todas querrán tu nuevo *look*!

Iria sonríe tímidamente. No está tan segura de eso. Aunque le agradece a Elena sus halagos. Se paran a tomar una Coca-Cola en la terraza del Rodilla de Callao. Saca el móvil con el único fin de contemplarse en la cámara. Se hace un *selfie* y examina la foto detenidamente. Bueno, a lo mejor no ha quedado tan mal. Quizás el color es demasiado claro, pero siempre podrá teñirlo a su gusto dentro de unos días. Y, si no termina de convencerle el nuevo corte, el pelo crece. Al menos ha conseguido lo que pretendía: un cambio radical. Y con él deben llegar otras modificaciones a su vida. La

primera la tiene clara: deshacerse definitivamente de sus confusos sentimientos hacia el malagueño. Si Manu pasa de todo, ella pasará de él. Así que ya puede aparecer cuando le dé la gana o no volver a aparecer más. Eso a ella ya no le importa. O eso es de lo que va a intentar convencerse.

Capítulo 3

—¿Cuántos suscriptores tienes ya?

Isa entra en su página de YouTube y clica en «Mi canal». Esboza media sonrisa de satisfacción al ver el número de seguidores.

—Treinta y nueve mil quinientos ochenta y uno.

—¡Cuatro mil más que la semana pasada! —exclama Toni, que se ha sentado en la cama de la chica.

—Está bien. Pero no es suficiente. Necesito muchos más si quiero ser una *youtuber* de verdad.

—No te quejes. Tu canal ha crecido mucho en los últimos meses. ¿Cuántas visualizaciones tiene ya el vídeo del chocolate con churros?

La joven lo busca y le da el dato al valenciano: supera las cien mil. Es el más popular de todos los que ha subido. Lo grabaron hace más de dos meses y medio y, aunque no sale muy favorecido, ahora hasta le resulta gracioso.

—Y eso que te enfadaste un montón cuando lo subí —dice Isa antes de cerrarlo y volver al programa de edición con el que está trabajando.

—Con razón, además.

—¿Vamos a discutir otra vez sobre eso?

—No, ya tengo muy claro lo que significa para ti YouTube: espectáculo, visitas y *likes* por encima de todo.

—Exacto. Me alegro de que tengas la lección tan bien aprendida.

El chico sonríe. Aunque esa teoría no ha sido cien por cien exacta y presenta su excepción, la prueba de que no todo vale para aumentar el número de suscriptores. Fue la propia Isa quien decidió no subir a la Red el *challenge* del beso por ser demasiado íntimo y personal. Guardó el vídeo en un *pendrive* y se lo entregó para que solo él lo tuviera. Desde entonces, Toni lo ha visto en numerosas ocasiones y sueña con el día en que besarla se convierta en algo habitual. Porque, pese a lo que los demás insinúan y se imaginan, no son novios. Aunque la mayor parte del tiempo se comportan como si lo fueran: comen y cenan juntos, se esperan en la universidad y se pasan buena parte del día en la habitación del otro.

—¡Como para no sabérmela! Me lo has repetido miles de veces desde que te conozco.

—¿Me estás llamando pesada?

La chica desvía su atención del ordenador y, con gesto amenazante, clava los ojos en Toni. Este no responde. También se ha aprendido de memoria aquella reacción. La ha vivido y sufrido en incontables ocasiones. Lo mejor, cambiar rápido el rumbo de la conversación.

—¿Te apetece salir esta noche a dar una vuelta?

—¿Una vuelta? ¿Para qué?

—No sé. Podríamos ir a cenar y luego tomar algo en plan tranquilo.

—¿Con los de tu pasillo?

—Bueno, no. Tú y yo. Solos.

—¿En plan parejita?

—En plan amigos.

—No puedo. Tengo que editar —indica Isa. La joven se gira de nuevo hacia el ordenador antes de continuar—: Quiero sacar este vídeo mañana.

—Pero si lo tienes casi terminado. Volveremos temprano.

—No insistas.

—Solo un rato. Te lo prometo.

—¿Ahora quién es el pesado?

El valenciano se da por enterado y guarda silencio durante varios minutos. Pensativo. No existe ni un solo término en el diccionario que pueda definir la relación que mantienen. Se han liado varias veces, en concreto cinco, contando la del vídeo del *challenge*, aunque no se han acostado. Solo besos, sin sexo. No son novios, pero conviven muchas horas en la misma habitación. Incluso en Semana Santa estuvieron conectados por Skype los diez días que duraron las vacaciones. No es raro que sus amigos crean que son pareja. Y, si por él fuera, lo serían. Siente algo por Isa. Algo más que un flechazo ocasional o un encaprichamiento circunstancial. ¿Amor? Podría ser. De lo que está seguro es de que ella no lo ve de la misma forma. Hablar de sentimientos con la *youtuber* es imposible; y averiguarlos, todavía más. ¿Por qué se tiene que colar siempre por las más difíciles?

—Me voy a mi habitación —dice Toni al tiempo que se levanta de la cama.

—Bien. Hasta luego.

La frialdad con la que le despide hiere al joven, que baja las escaleras hasta su pasillo algo descolocado. Le gusta mucho esa chica, pero su actitud es indescifrable para él. Las veces que se han enrollado ha sido porque Isa lo propuso y Toni se dejó llevar. Pensaba que tal vez después su relación iría a más. Sin embargo, nada cambiaba. La situación continuaba de la misma forma, una y otra vez.

Cuando llega al pasillo 1B, la puerta de la habitación 1152 está abierta. Se asoma y contempla a David sentado frente a su portátil. El sevillano se percata enseguida de su presencia y le pide que entre y cierre. Toni le hace caso.

—¿Estás investigando? —pregunta el valenciano mientras se aproxima hasta su amigo. Tras colocarse detrás, examina la pantalla del ordenador por encima de su hombro.

—Sí, sigo buscando algo que me dé una pista. Pero de momento no ha habido suerte.

—David, es casi imposible que des con Fernando. Podría estar en cualquier parte.

—Tengo que intentarlo.

—¿Y si avisas a la policía de una vez por todas? Ellos seguro que tendrían más medios y más posibilidades de averiguar dónde está.

—Toni, no voy a recurrir a la policía. Ya lo sabes. Esto se ha convertido en algo

entre él y yo.

El valenciano asiente. Comprende que, después de todo lo que ha acontecido en las últimas semanas, David no quiera buscar ayuda oficial. Él también tiene cosas que esconder, y saldría mal parado si se revelasen.

—Manu tampoco ha aparecido hoy —comenta Toni, que se apoya en el escritorio.

—Ya lo sé.

—¿No crees que deberíamos hablar con el resto?

—No. Es mejor que esto lo mantengamos en secreto. No debemos alarmar al grupo.

—¿Y si le ha pasado algo?

—Si le ha pasado algo, él se lo ha buscado.

—Ya.

—Tarde o temprano, esto se resolverá. Hay que ser cuidadosos y tener paciencia. Y no comentarlo con nadie más. Ni siquiera con tu novia.

—Isa no es mi novia, ya te lo he dicho mil veces.

—Pues lo que sea —señala David, que cierra las páginas que tiene abiertas y apaga el ordenador—. Ven, quiero presentarte a alguien.

Los dos chicos salen de la habitación y avanzan hasta la 1155. Es el sevillano quien llama a la puerta. No tardan en abrir. Una joven rubia ataviada con una gorra azul los recibe con una sonrisa. Toni observa detenidamente su dulce rostro. Lo que más le llama la atención son sus ojos grandes y azules. Su mirada resulta transparente, limpia. Nunca ha visto una mirada tan cristalina.

—Hola, Silvia. ¿Te molestamos? —pregunta David, que también sonríe.

—No, para nada.

—Genial. Te quería presentar a Toni, de lo mejorcito que te vas a encontrar en este pasillo y en toda la residencia. Te hablé antes de él.

—Encantada —dice, y se dan dos besos—. ¿Eres el que vive en la 1154?

—Sí. Ese mismo.

—Muy bien. Somos casi vecinos. ¿Queréis pasar?

David responde afirmativamente y entra primero, seguido del otro chico. El interior del cuarto de Silvia está muy ordenado. La cama, hecha; ni una sola prenda de ropa por medio; y todo lo que se encuentra en el escritorio está alineado con intención. Por el contenido y el atril que tiene en una esquina, Toni intuye rápidamente que estudia Arquitectura.

—¿Este es el plano de la residencia? —pregunta el valenciano mientras echa un vistazo a la cartulina que reposa sobre el escritorio.

—Sí, tienes buen ojo. Lo estamos estudiando. Al final del curso nos propondrán diseñar un edificio adyacente a este.

—¿Una segunda residencia?

—Sí, algo así. Creo que están pensando en construir otro edificio. Evidentemente,

somos estudiantes y no van a considerar nuestros proyectos, pero será divertido.

—Parece complicado —comenta David.

—Lo es. Pero a esto nos dedicamos los arquitectos —señala Silvia, inclinándose sobre el plano. Con una goma borra cuidadosamente una medida que había anotado a lápiz y sopla para limpiarlo—. Imagino que cada profesión tiene sus complicaciones, ¿no?

Durante varios minutos los tres se dedican a hablar de sus respectivas carreras. Intercambian opiniones acerca de la dificultad de cada una de ellas y de las escasas posibilidades de encontrar trabajo que tendrán después de graduarse.

—Pero estamos en primero. No podemos perder la esperanza tan pronto —dice la extremeña, dibujando una sonrisa que encanta tanto a Toni como a David.

Ambos piensan que la nueva residente será un soplo de aire fresco para el pasillo 1B. Han sucedido tantas cosas negativas en los últimos meses que el ambiente se había ido enrareciendo. Silvia puede aportar ilusión y entusiasmo, algo que echan en falta desde hace tiempo. Sobre todo desde que se marchó Nicole.

La conversación se alarga durante un buen rato. Los temas van variando, enlazándose unos con otros. Hasta que, sin saber cómo, terminan charlando de una cuestión compleja para los tres.

—¿Tienes novio? —pregunta el sevillano después de que Silvia mencionara que cumplió los dieciocho a finales del año pasado y que ni por asomo se plantea lo de casarse y ser madre.

La joven cacereña duda: no sabe qué responderle a David.

—No, no tengo novio —contesta finalmente. Prefiere ahorrarse la explicación de la relación a distancia que mantiene con un argentino que conoció por Internet y evitar que la juzguen. Ya tuvo una mala experiencia con sus dos anteriores compañeras de piso cuando se enteraron de la existencia de Gabriel. Aquellos chicos le caen bien, pero es demasiado pronto para confiarles algo tan personal—. ¿Vosotros tenéis pareja?

David y Toni se miran. En realidad, ninguno de ellos la tiene, aunque ambos viven una curiosa historia de amor y desamor en la residencia.

—No.

—No.

Los dos lo niegan casi a la vez y se vuelven a mirar. Se han unido mucho en las últimas semanas, en las que se han convertido en grandes amigos, y saben lo que el otro piensa porque se lo han ido contando. Ni Elena ni Isa son sus respectivas novias, pese a lo que sienten ambos por ellas. Silvia nota la tensión que se ha creado en la habitación. Seguramente esos chicos también tienen algo que esconder.

—¿A qué hora coméis normalmente? Me muero de hambre —confiesa la joven, cambiando de tema a propósito.

—Si quieres bajamos ya —propone David—. Vamos a por nuestros tiques.

—Yo… iré después —indica Toni, ya fuera de la habitación de Silvia. Acaba de

recibir un mensaje de WhatsApp de Isa en el que le pide que suba a su cuarto.

En ese instante, otra puerta del pasillo 1B se abre. Justo a tiempo para que Elena observe como el sevillano sale de la 1155. ¿Qué está haciendo ahí? David la ve y hace un gesto con la mano para saludarla. No está solo. Toni también se encuentra allí. Y una joven rubia que lleva una gorra. La desconocida la mira con curiosidad. Una sensación extraña la invade de repente. Una sensación incómoda que preferiría no haber experimentado.

Ya se lo advirtió… No va a esperarla toda la vida.

Capítulo 4

Cuelga el teléfono y se lamenta en voz baja. Ainhoa acaba de hablar con Nicole. Óscar, que está junto a ella estudiando una partitura que va a interpretar con la guitarra, se percata de su frustración.

—¿No van bien las cosas?

—No. Se me ha puesto a llorar. Está muy desanimada —responde la canaria, tumbándose en su cama bocarriba—. Cada vez tiene más discusiones con su madre. No la deja ni respirar.

—La está sobreprotegiendo.

—Sí, demasiado. Además, Nicole tiene que ayudarla en el restaurante y el poco tiempo que le queda libre es para cuidar a sus hermanos.

—Debería rebelarse y volver a Madrid —indica Óscar, que agarra la guitarra y coloca la púa sobre las cuerdas.

—No va a hacerlo. Ya la conoces.

El joven examina de nuevo la partitura y toca los primeros acordes de un tema de un grupo italiano que ha descubierto explorando YouTube: *Tappeto di fragole*, de Modà. Mientras suena la guitarra, la chica piensa en qué puede hacer para ayudar a su amiga peruana. Su madre se mantiene en sus trece. Ya no solo para que Nicole no regrese en este curso —que prácticamente es imposible debido a lo avanzado que está y la pérdida de la plaza en la residencia—, sino para que tampoco vuelva el año que viene.

—Y todo por culpa de esos gilipollas —protesta la canaria en cuanto cesa la música—. Si no hubieran atacado a Nico… —añade al tiempo que se incorpora para quedarse sentada sobre el colchón.

—No le des más vueltas.

—Me da mucha rabia que alguien no pueda hacer lo que quiere por miedo. No es justo.

—No, no lo es.

—Y tampoco es justo que su madre se comporte con ella de esa manera. En cierta forma, está colaborando en que esos indeseables se hayan salido con la suya.

—Nunca hay que mezclar a los malos con los que se preocupan por ti —comenta Óscar sin dejar de puntear la guitarra.

—¿Cómo dices?

—La madre de Nicole solo quiere lo mejor para su hija, aunque se equivoque. Los que la agredieron e insultaron hicieron justo lo contrario. No la podemos meter en el mismo saco que a esos malnacidos.

—Evidentemente no los comparo. Aunque también ella está condicionando la vida de su hija, como lo hicieron esos criminales. Y no se da o no quiere darse cuenta. Eso es así, Óscar.

El joven asiente sin rebatir su opinión. No pretende discutir con su amiga. Aquel

panorama no solo le afecta a Nicole. Ainhoa parece muy nerviosa y preocupada por la peruana. No quiere que se altere tanto porque podría ser perjudicial para ella. Aunque le han dado permiso para regresar a Madrid, pasando controles semanales, ni mucho menos está recuperada de su problema con la comida. El especialista que la trató en Las Palmas le pidió que se tomara las cosas con calma y que evitara situaciones de estrés. Incluso los exámenes finales de primero serán algo secundario. Por supuesto, se los preparará y tratará de aprobarlos, pero sin ningún tipo de presión.

—¿Y si…? —dice el de Valladolid tras meditar unos segundos.

—¿Y si qué?

—Ahora vengo.

—¿Adónde vas?

La canaria se queda pasmada al ver que Óscar se marcha de la habitación apresuradamente, sin dar más explicaciones. No entiende su comportamiento ni a qué viene tanta prisa. Solo sabe que ha ido a su cuarto porque ha oído abrir y cerrar la puerta.

Quince minutos más tarde, el chico está de vuelta.

—¿Por qué te has ido así? ¡Ibas a decir algo y te has quedado a medias!

El vallisoletano no contesta; se limita a entregarle un folio que Ainhoa coge con curiosidad. Se sobresalta cuando comprueba que es un billete de autobús a Valencia.

—¿Y esto?

—El AVE cuesta muy caro, así que he tenido que recurrir al bus. También he reservado dos habitaciones en un hotel para pasar la noche. Un tres estrellas que tiene buenas opiniones en Booking y está bien de precio.

—Pero…

—Sale en una hora y cuarto. Así que tenemos que darnos prisa.

—No sé qué decir.

—¿No te apetece ver a Nicole? —pregunta Óscar con una sonrisa.

—Sí, claro. Me apetece mucho.

—Pues no se hable más. Voy a mi habitación a preparar la mochila. ¿Quedamos en diez minutos en recepción?

La canaria se le queda mirando con los ojos muy abiertos. ¿Por qué lo ha hecho? Simplemente, porque él es así. Desde que rompió con Naiara las aguas regresaron a su cauce. Óscar se ha volcado con ella y ha intentado estar a su lado en todo momento. Como amigo, casi como si fuera su hermano mayor. Ha supuesto un apoyo fundamental en esos meses de calvario; también cuando se fue a Las Palmas a tratarse. Hablaban todos los días varias veces y nunca dejó de animarla y de confiar en que saldría adelante.

—Muy bien —consigue decir a duras penas. Está emocionada.

—Ahora te veo. No tardes o perderemos el autobús.

El vallisoletano abre la puerta y, cuando está a punto de salir del cuarto de Ainhoa, escucha su nombre. En cuanto se gira, recibe el abrazo de su amiga.

—Gracias —susurra la chica antes de separarse de él.

—Cualquier cosa por verte un poco más feliz.

Le da un beso en la frente y le repite que no disponen de mucho tiempo para llegar al bus que los llevará a Valencia. Ainhoa pega la espalda a la pared y suspira profundamente cuando se queda sola. Resuena en su mente lo que acaba de decirle: «Cualquier cosa por verte un poco más feliz». Óscar se esfuerza para que esté bien, para que no pierda la sonrisa. En cambio, ella necesita más. Es imposible evitar sentir lo que uno siente. Pero no va a cometer más errores como los que se sucedieron en el pasado. Desde que volvieron a ser amigos, ni se han acostado ni ha habido más besos en la boca. Simplemente amigos. No se equivocará otra vez.

Los diez minutos al final se transforman en veinte. Así que eligen desplazarse en taxi hasta la estación de Méndez Álvaro. A pesar del tráfico, finalmente llegan a tiempo y se suben al autobús unos segundos antes de que se ponga en marcha.

—¡Por poco!

—Ha sido por mi culpa, perdona. No sabía qué ropa llevarme —se disculpa la canaria, quien, tras quitarse la chaqueta y ponerla en el portaequipaje de arriba, echa mano del cinturón para abrocharlo en torno a su cintura.

—No te preocupes. Ya estamos aquí, que es lo importante.

—Lo que te has ahorrado en AVE te lo has gastado en taxi.

—No seas exagerada. Tampoco ha sido tanto. Ahora relájate y disfruta del viaje. Nos esperan más de cuatro horitas.

A ella no le importa lo que dure el trayecto Madrid-Valencia. Estará junto a Óscar, y con eso le vale. Aunque se deba conformar solo con charlar con él…, si el de Valladolid no se duerme en el camino, claro.

—Ha sido todo tan precipitado que ni siquiera he llamado a Nicole —comenta la chica, sacando el móvil del bolso.

—No la llames y le damos una sorpresa.

—Pero no sé su dirección.

—Sabemos el nombre del restaurante de la madre, ¿no? Seguramente esté allí.

Ainhoa considera lo que Óscar le propone. Le gusta la idea de darle una sorpresa a la peruana y decide no ponerla sobre aviso. Solo espera que su madre no se enfade con ellos, algo de lo que está poco convencida.

Suena el móvil y Julen se lanza como un poseso a por él. No es quien esperaba. Se trata de Óscar. Le explica que está con Ainhoa en un autobús camino de Valencia para darle una sorpresa a Nicole. Regresan mañana por la noche. No le han contado nada a nadie porque el viaje se les ha ocurrido hace poco menos de hora y media. Le pide por favor que avise a los demás y que no pongan nada en el grupo de WhatsApp del pasillo para que la peruana no se entere.

Cuando termina la conversación, abandona el teléfono sobre el escritorio y mira

por la ventana de su habitación. El sol preside el cielo celeste en aquel sábado de abril. De repente, tiene muchas ganas de un cigarro. Hay un paquete escondido detrás de los libros de la estantería, pero prometió que no volvería a fumar. Debe cumplir su promesa. ¿Cuántos días han pasado desde que se llevó el último pitillo a la boca? Cuarenta y uno. Los mismos que han pasado juntos como pareja.

—Solo saldré contigo si te quitas del tabaco —le había exigido él.

—¿En serio?

—Totalmente en serio. Es la única condición que te pongo.

Para entonces, Marc y él ya se habían liado un par de veces. Sin embargo, no era un simple rollo: aquel chico le gustaba de verdad a Julen. Tanto como para dejar de fumar e iniciar una relación con él. Y no les iba mal. Al menos hasta ese día.

Camina hasta la estantería, aparta un par de libros y encuentra el paquete. Lo había colocado allí para evitar verlo constantemente. La tentación es muy grande. Aquello no está bien, pero los nervios se han apoderado de él. Necesita aquel cigarrillo. Sin embargo, como si lo estuviesen vigilando, llaman a la puerta de la habitación justo en el instante en que lo saca. Rápidamente lo vuelve a esconder detrás de los libros y se dirige a abrir a paso ligero. Cuando lo hace, se queda con la boca abierta.

—¿Qué te pasa? ¿No has visto nunca a una chica con el pelo corto? —pregunta Iria al tiempo que entra en su cuarto sin consultarle antes si puede hacerlo.

—¿Has perdido alguna apuesta?

—¡No seas capullo!

El navarro examina detenidamente el nuevo *look* de la gallega. Hace un tiempo ya le habló de que le encantaría cambiar su imagen, pero no se atrevía. Un cambio radical. Por lo que se ve, al final ha dado ese arriesgado paso.

—Me gusta.

—No mientas. Te horroriza.

—De verdad, me gusta —insiste Julen, pidiéndole que se dé la vuelta—. Te queda muy bien el rapado por detrás. Y el color es impactante. Me recuerdas a…

—Mejor no digas nada —le corta Iria—. Todavía tengo que acostumbrarme a verme así.

Los dos continúan hablando sobre la nueva imagen de la chica durante unos minutos. Eso permite que a Julen se le pase el mono de tabaco. Ha estado a punto de romper la promesa que le hizo a Marc. Afortunadamente, sin saberlo, su amiga le ha ayudado a no faltar a su palabra.

El sonido del móvil del navarro interrumpe la charla. Ahora sí: es él.

«Ya estoy con mis padres. Ahora comeremos. Todavía no les he dicho nada. ¿Qué tal estás tú? ¿Piensas en mí?».

—¿Marc? —pregunta Iria, que nota como el rostro del chico se tensa.

—Sí. Han venido sus padres a Madrid. Les va a confesar que es gay.

—¿Les va a contar lo vuestro?

—No sé si se atreverá. Quizá sea demasiada información de golpe.

El chico responde el mensaje de Marc mientras continúa hablando con la gallega.

«Que aproveche. Mantenme informado de todo. Claro que pienso en ti».

Espera que todo vaya bien. Con la madre no debería de haber problemas. Hablan cada día por teléfono y Marc cree que ella ya intuye que es homosexual. Sin embargo, su padre es diferente. Más clásico, más tradicional. Un hombre de sesenta y seis años chapado a la antigua.

—Te veo preocupado.

—Lo estoy —reconoce Julen. El navarro se acaricia la barbilla frenéticamente, en un gesto que denota nerviosismo—. Para él es muy importante la reacción que tengan sus padres.

—Normal. A todos nos afecta lo que nuestras familias piensen de nosotros.

El chico asiente. A pesar de mostrar siempre seguridad en sí mismo e incluso, a veces, ir de sobrado, Marc es un tío muy sensible. Ya lo ha visto llorar, emocionarse y hablar de sentimientos profundos, algo que solo hace en privado. La gente conoce a Virus, el guaperas descarado que vive por encima del bien y del mal. Sin embargo, él ha podido acceder al auténtico Marc, un chaval de veinte años fenomenal del que se ha pillado más de lo que podría haber imaginado.

—¿Quieres jugar al tenis después de comer? Así desconecto un poco de este tema y me desahogo.

—Vale, a mí también me vendrá bien.

—¿Sigue sin haber noticias de Manu?

—Sí, pero he decidido no preocuparme más de él —indica Iria, que trata de mostrarse tan firme como sus palabras—. Que haga lo que quiera. Si quiere aparecer, que aparezca; si no quiere volver a la residencia, que no vuelva. Paso. Se acabó el mal trago.

—Me alegro de que tengas esa actitud. Estabas obsesionada.

—Nueva imagen, nueva forma de pensar.

Solo le queda creerse ambas cosas: su nuevo aspecto y su nueva disposición. Como le ha dicho a Julen, el cambio de actitud era necesario. Llegó a obsesionarse con la desaparición de Manu. No sabía dónde se había metido y eso no le permitía ni dormir. El día siguiente de su marcha en enero, Eva, la chica que le confesó el problema que el joven tenía con las drogas, recibió un mensaje del malagueño en el que pedía que lo dejaran en paz, que no lo buscaran y que donde mejor estaba era lejos de todos los que le habían traicionado. También la amenazó con que algo muy grave sucedería si avisaban a su familia o a los que dirigían la residencia. A Iria le dolió que ni siquiera le escribiera a ella. Fueron semanas muy malas. Lo echaba de

menos y le costó mucho quitárselo de la cabeza. Cuando parecía que lo había logrado, recibió esa llamada en Las Palmas. Él le dijo que regresaría a la Benjamin Franklin el lunes. Sin embargo, eso no había sucedido. En cambio, quienes sí habían regresado, como por arte de magia, eran sus sentimientos. Y, con ellos, la preocupación por su ausencia y la falta de noticias. ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si se había desmayado y no recordaba nada como le ocurrió a principios de año? ¿Y si…? ¿Y si…?

No podía controlarlo. Nada de lo que tuviera que ver con Manu estaba al alcance de su mano. Por eso debe dejar atrás lo que siente. Tiene que continuar viviendo, alejada del juego del malagueño. Porque, posiblemente, todo aquello solo se trata de un juego y el único que se está divirtiendo es él.

Nada más lejos de la realidad. Pero ni Iria ni ninguno de sus amigos pueden imaginar la verdad sobre la desaparición del residente de la 1156.

Capítulo 5

La chica desconocida se llama Silvia y resulta ser la nueva ocupante de la habitación 1155, donde antes residía Nicole. Se la ha presentado David cuando se han cruzado antes en el pasillo. Iban a comer. El sevillano le ha preguntado si los acompañaba, pero Elena ha rehusado hacerlo. Así que se han marchado los dos solos, porque Toni se dirigía al cuarto de Isa.

La toledana enciende su portátil, pensativa. Se le ha cerrado el estómago y nota una fuerte presión en la sien.

«No puedo esperarte toda la vida».

¿Y qué se supone que debe hacer? Aquella chica tiene una sonrisa muy sincera y unos ojos azules preciosos. Seguro que a David le han impresionado. ¿Y si ella le gusta? No le extrañaría nada.

—Mierda —se le escapa en voz alta al comprobar que se le ha activado la actualización de Windows y que el ordenador tardará unos minutos en estar disponible.

Silvia parece una tía muy simpática. En el minuto que han hablado le ha contado que es extremeña y que estudia Arquitectura, una carrera que reconoce que le apasiona pese a la dificultad. Guapa, agradable e inteligente. Encima con las ideas claras. No como ella, que todavía no ve claro su futuro. No ha tomado una decisión respecto a lo que va a hacer el año que viene. La carrera no le disgusta tanto como hace tres meses y poco a poco se ha ido adaptando a su clase y a los profesores. Además, las nuevas asignaturas son más interesantes que las que tuvo anteriormente. Sin embargo, continúa confusa. Al final del curso tendrá que elegir si seguir o no seguir estudiando Derecho.

La actualización de Windows ya está lista. Repasa los comentarios que tiene en Twitter y en Facebook y luego clica en la barra de favoritos la pestaña que la lleva a su blog. Le apetece escribir. Últimamente lo hace a menudo. Por lo menos una o dos veces a la semana. Sin embargo, cuando posa sus dedos sobre las teclas para iniciar el *post*, llaman a la puerta. Se levanta a toda prisa y abre.

—Hola —dice Martín Arias Carmona mientras, nervioso, desvía la mirada hacia un lado.

—Ho… Hola.

—¿Puedo pasar un minuto?

Gesticulando con la mano, Elena lo invita a entrar en su habitación. No recuerda la última vez que él estuvo allí. Todavía eran novios. Desde que cortaron no se dirigen la palabra y, cuando se encuentran en la residencia, procuran ni mirarse.

—¿Cómo estás? —pregunta la chica, más por cortesía que por interés.

—Bien. Pero…, pero no venía a hablar de mí —indica precipitadamente Martín, que no sabe si sentarse o quedarse de pie. Opta por la segunda opción—. Mi padre me ha dicho que ayer le llamó la madre de tu amigo Manu.

—¿La madre de Manu?

—Sí, le ha contado que no sabe nada de él desde el viernes pasado.

El día que llamó a Iria, piensa Elena. El malagueño le dijo que regresaría a la Benjamin Franklin después de las vacaciones de Semana Santa. El lunes, para ser más exactos. Pero aún no ha aparecido.

—Hace mucho que no lo veo —continúa diciendo Carmona—. ¿Sabes algo de dónde puede estar o adónde ha podido ir?

—No sé nada.

—Pero ¿sigue yendo con vuestro grupo?

La toledana se rasca la cabeza dubitativa. No puede contarle que Manu no aparece por la residencia desde hace más de dos meses. Ni hablarle del tema de las drogas. Solo los chicos del pasillo 1B y Eva lo saben y decidieron no comentarlo con nadie más.

—Es nuestro amigo —responde Elena, buscando el modo de salir del atolladero —. Aunque no lo he visto tras regresar de Semana Santa.

—¿Y no has hablado con él? ¿Ni un WhatsApp?

—No, tampoco.

—Qué raro.

—Él es un chico peculiar.

—Entonces, seguro que no sabes si…

En ese momento, suena el móvil de ella. Examina la pantalla y lee el nombre de Marta. Salvada. No estaba segura de a dónde llevaba el interrogatorio de Martín.

—Si me disculpas, tengo que contestar. Mi hermana.

—Claro. Salúdala de mi parte. Ya nos veremos por la residencia. Y si te enteras de algo relacionado con Manu, avísame.

—Muy bien. Lo haré.

—Me alegro de volver a hablar contigo. Adiós.

—Adiós.

Carmona se marcha de la 1151 con la sensación de que su ex no le cuenta todo lo que sabe, pero él ya ha hecho lo que su padre le había pedido. No estaba seguro de que hablar con ella fuera una buena idea, pero ahora se siente algo mejor. Como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Dime, Marta —susurra Elena cuando cierra la puerta y se queda sola. Apenas le sale la voz tras la inesperada visita. Demasiadas emociones contrapuestas.

—Hola, ¿qué haces?

—Acabo de llegar de acompañar a Iria a la peluquería. ¿Y tú?

—Estoy en casa. Aburrida.

—¿Ya has comido?

—No tengo hambre. Estoy desganada —dice con un tono de voz que su hermana mayor reconoce al vuelo. Aunque, de improviso, ese tono cambia y suena más incisivo—: ¿Puedo ir a verte?

—Marta, sabes que esa no es una buena idea.

—¿Por qué no es una buena idea? Aquí no tengo nada que hacer.

—Sal con tus amigas.

—Paso. No me apetece quedar con ellas. Me da la impresión de que cuchichean a mis espaldas —se queja lastimosa, aunque enseguida se le pasa la pena—. Si me doy prisa, puedo coger el siguiente tren.

—No insistas.

—Joder, Elena. Estoy harta de este sitio. Déjame pasar esta noche contigo. Vamos a cenar por ahí las dos y luego vemos una película en tu cuarto. Dime que sí, por favor.

—Marta…

—Si me quedo otro sábado por la noche encerrada en casa, con papá y mamá, me voy a volver loca.

Realmente su hermana posee una increíble capacidad de persuasión. Y eso que está convencida de que sus intenciones reales son otras.

—No será porque quieres ver a David, ¿verdad?

El silencio que se produce al otro lado de la línea le vale de respuesta. En cambio, cuando la voz de su hermana pequeña regresa, lo niega rotundamente.

—Claro que no.

—¿Y qué harás si te lo encuentras?

—Nada. Lo saludaré y ya está —indica Marta con cierta tristeza—. ¿Qué voy a hacer?

—No te tirarás sobre él pidiéndole que volváis a ser novios, ¿no?

—¿Hablas en serio? ¿Crees que me comportaría así? ¿Como una niña de cuatro años?

Parece molesta de verdad. O finge el enfado para que Elena se sienta culpable y termine por dejarla ir con ella. El caso es que sí, se la imagina lanzándose a los brazos de su ex y rogándole una segunda oportunidad. Su hermana tiene ese punto melodramático que tantas veces ha explotado.

—Cena, película y a la una en la cama. Y prométeme que, si te topas con David, no montarás una escena.

—Hay que ver lo poco que me conoces.

—Precisamente te lo digo porque te conozco demasiado.

—Pues me conoces mal —protesta Marta—. Te prometo que, si me lo encuentro, me comportaré como la adulta que no crees que soy. Ni le daré dos besos. Simplemente le diré hola y adiós. ¿Te parece correcto?

—Correctísimo.

—¡Bien! ¡Pues te dejo ya o no cogeré el próximo tren! —exclama eufórica la hermana pequeña—. No hace falta que vengas por mí a la estación. Iré a la residencia en taxi. ¡Hasta luego!

Antes de que Elena pueda despedirse, Marta ya ha colgado. Suelta el móvil sobre

el escritorio y se masajea la frente con las yemas de los dedos. Se acumulan los acontecimientos. En pocos minutos ha conocido a aquella rubia de increíbles ojos azules que iba a comer con David, ha vuelto a hablar con Martín después de más de dos meses sin hacerlo y se ha dejado convencer por su hermana para que pase la noche con ella en la residencia. Resopla y se sienta de nuevo frente al ordenador. Las próximas horas se presentan moviditas.

Tal vez debería de haber sido más contundente con su hermana y no permitirle que se saliera con la suya. No confía en que ella vaya a comportarse como le ha prometido. Está enamorada y el amor hace que falte cordura. Han sido muchas conversaciones de lágrimas y pañuelos desde enero. Marta sigue pensando que todo funcionaría entre ellos si David no la hubiera visto dándose un beso con aquel chico que conoció en Instagram. Un error que está pagando muy caro.

La toledana respira hondo e intenta concentrarse. Sigue apeteciéndole escribir, aunque las cosas son distintas a como estaban antes de abrir la puerta de su habitación hace unos minutos.

> Hola, mirones, ¿qué planes tenéis para el fin de semana?
>
> Yo quería estar tranquila, pero me da que no va a ser así. Otra vez se me empiezan a juntar cosas. Y ya sabéis que a veces me colapso cuando varias historias me vienen de golpe. Pero eso es cosa mía y no quiero aburriros con mis rayadas.
>
> Solo os revelaré que hoy he vuelto a hablar con M. Sí, mi exnovio. Llevábamos dos meses y medio sin dirigirnos la palabra. No acabamos bien, como os conté en otro *post*. Y, aunque vivimos en la misma residencia y nos hemos cruzado un montón de veces, ninguno de los dos ha hecho nada para acercarse al otro. Las relaciones son así. O eso creo, ya que M ha sido mi primera experiencia como pareja. De buenas a primeras, una persona a la que ves desnuda, besas o le cuentas un secreto pasa a ser un completo desconocido. Más que un desconocido, alguien a quien ya no miras con los mismos ojos. Aunque no puedo negar que, al encontrarme con M delante, los recuerdos han arrasado mi mente. No, no es que quiera volver con él, ni nada semejante. Mi corazón está por otro, una historia imposible e interminable. A lo mejor ya no tan interminable. En fin…

En ese instante, Elena deja de escribir. Apoya las palmas de las manos en las mejillas y relee varias veces las últimas palabras del *post*. «A lo mejor ya no tan interminable». ¿Así es como debe ser? ¿La historia tiene que acabar con David saliendo con otra chica para que ella pueda superar sus sentimientos? Tal vez eso sea lo mejor, aunque está segura de que también sería lo más doloroso.

Capítulo 6

Domingo, 25 de enero

—¿Y Elena? —pregunta Julen, que toma asiento en uno de los sillones de la tercera planta.

—En el tren —responde David, examinando su móvil—. Está a punto de llegar.

—Empezamos sin ella. Luego se lo cuentas —comenta Iria nerviosa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué nos hemos reunido? ¿Qué es tan urgente?

La gallega busca algo en su nuevo teléfono —lo compró el día anterior— y lee en voz alta:

—«Manu ha salido del grupo».

—Ya me había dado cuenta —indica Toni, que también revisa su *smartphone*—. Pero no le he dado importancia.

—Ni yo —interviene Óscar.

Todos los integrantes del pasillo 1B, excepto Nicole, Manu y Elena, se encuentran allí. Se lo ha pedido Iria. Tiene que contarles algo.

—Manu no solo se ha marchado del grupo de WhatsApp —asegura la chica. El tono de su voz denota preocupación—. El viernes se fue de la residencia y todavía no ha vuelto.

—Tampoco me parece algo extraño —interviene ahora Ainhoa—. Es algo que ha hecho muchas más veces.

—Sí, pero en esta ocasión es diferente.

La joven les explica detalladamente lo ocurrido el viernes, mientras jugaban al tenis. Revela quién es Eva y el mensaje amenazante que ha recibido del malagueño, habla de los lapsus de memoria y de sus problemas con las drogas. Cuando termina de contarles todo, a su voz no le sigue más que un gran silencio.

—No me lo puedo creer —dice por fin la canaria, a quien la noticia ha cogido por sorpresa, como al resto—. ¿Toma drogas? ¿Desde cuándo? ¿Tú sabías algo de esto, Julen?

El navarro mueve la cabeza negativamente. Él lo conoce desde hace varios años, pero nunca se lo habría imaginado.

—¿Crees que esas pérdidas de memoria que sufre se deben a las mierdas que consume?

—No lo sé, Óscar —contesta inquieta Iria, retorciéndose en el sillón—. Lo único seguro es que se ha ido y, por lo que le ha escrito a Eva, no quiere que le busquemos ni que hablemos con nadie de la residencia o de su familia. Después de discutirlo, Julen y yo decidimos que era mejor que todos vosotros lo supierais.

—Es un tema muy feo —dice Toni, frotándose la cabeza rapada.

Otro silencio. Los seis valoran la información de la que disponen. Es David el que toma la palabra.

—Pues si él ha pedido eso, por mi parte no hay más que hablar.

—¿Qué quieres decir?

—Que si Manu está metido en un lío de drogas y se comporta de esa forma, no podemos hacer nada. Es imposible ayudar a quien no quiere que le ayuden.

—Eso suena muy frío.

—No es frialdad, Iria. Todos tenemos problemas. Algunos de nosotros, muy complicados. Y, si Manu pidiera ayuda, podríamos intentar echarle una mano. Pero hace justo lo contrario. Te rompe el móvil, se marcha sin decir adónde va y luego amenaza con hacer algo si avisas a la residencia o a su familia.

—David tiene razón —señala Óscar, apoyando al sevillano—. Si Manu decide cambiar de opinión y regresa, podríamos intentar hablar con él y ver la forma de ayudarle. Pero con esa actitud, y conociéndole, ahora mismo es imposible. Saldríamos perjudicados de una manera u otra.

Ainhoa y Toni son de la misma opinión que sus compañeros de pasillo.

—¿Entonces no vamos a hacer nada? —insiste Iria con las lágrimas a punto de derramarse por sus mejillas.

—Creo que lo mejor es esperar acontecimientos —contesta David, levantándose del sillón—. Si Manu aparece, hablaremos con él. Si no regresa a la residencia…, es su decisión.

La gallega no está muy de acuerdo con la postura de David, aunque, al parecer, todos piensan lo mismo que él. Tal vez sea la única que discrepa porque para ella Manu es alguien muy especial. La persona de quien se ha enamorado. Y la idea de no verlo más la supera. Porque cabe esa posibilidad: que sus caminos no vuelvan a cruzarse.

Se resigna y acepta lo que el resto de sus compañeros eligen hacer. Pactan no contarle nada a nadie sobre aquel asunto, salvo a Elena, y esperar al próximo movimiento del malagueño.

Cuando la reunión termina, se separan y cada uno toma un rumbo diferente. Iria y Julen se dirigen juntos hacia recepción.

—¿En qué piensas? —pregunta el navarro al advertir la evidente preocupación de su amiga.

—No me lo voy a poder quitar de la cabeza, Julen. Tengo grabados en mi mente los gritos que me dio cuando descubrió que Eva y yo nos conocíamos. Al recordar el momento, me dan ganas de llorar y me tiembla todo el cuerpo.

—Te entiendo. Es lógico que te pase.

—Me siento tan mal…

—Es duro, pero lo superarás. Yo estaré a tu lado para lo que necesites.

Julen agarra a la gallega del brazo y luego la acerca hasta él para abrazarla con fuerza. Iria pega la cara a su pecho, cierra los ojos y derrama las lágrimas de la impotencia. Aunque le duela en el alma, sus compañeros tienen razón. No pueden ayudar a Manu si no permite que le ayuden. Eso no significa que vaya a dejar de

pensar en él. Ni siquiera se lo plantea. Está segura de que el malagueño aparecerá en sus sueños y que recordará sus besos mientras esté en clase escuchando al profesor de turno. No se va a olvidar tan fácilmente de él aunque tenga muy claro que enamorarse de aquel chico ha resultado ser el peor error de su vida.

Viernes, 30 de enero

A lo largo de la semana, ha llamado varias veces a su número de móvil, pero siempre ha obtenido la misma respuesta: apagado o fuera de cobertura. Iria necesita escuchar su voz, aunque solo sea para que le diga que se encuentra bien. Ni siquiera pretende que Manu le desvele dónde diablos se ha metido. Simplemente quiere oírle hablar, respirar. Sentirle algo más cerca.

Sentada sola en el comedor, lo intenta de nuevo. Nada. Otra vez aquella voz femenina que le anuncia que el teléfono al que llama no está disponible. Se queda mirando la pantalla de su nuevo *smartphone* decepcionada. Abatida. Apenas ha probado lo que se ha servido en el plato para cenar. Como en los últimos días. Sabe que si continúa en ese plan se pondrá enferma, pero no le entra nada.

—Casi no llego a tiempo —dice sofocada la chica que se ha sentado frente a ella —. Mi hermana me ha tenido al teléfono hasta ahora. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

Iria levanta la mirada y observa muy seria a Elena. La toledana bebe agua y pincha una de las patatas panaderas que acompañan a dos pechugas de pollo a la plancha.

—No te importa que me haya sentado contigo, ¿verdad?

—No, no te preocupes.

En la última semana, las cosas entre ellas han cambiado bastante. Ya no se evitan, e incluso han intercambiado opiniones sobre los tíos y las relaciones. Sin embargo, ninguna de las dos sabe de los sentimientos de la otra. Ambas están enamoradas de alguien a quien, por una razón u otra, no pueden acceder.

—¿No vas a comerte eso? —pregunta Elena mientras contempla cómo Iria, con el tenedor en ristre, juguetea con un trozo de pescado que se le ha quedado frío.

—Debería, pero no tengo hambre.

—¿Te encuentras bien? Llevas unos días muy decaída.

—Estoy bien —miente en un principio Iria, pero al instante se arrepiente—: No, en realidad no estoy bien.

La gallega suelta el tenedor sobre el plato y suspira exageradamente. Agacha la cabeza y cruza los brazos sobre el abdomen. Le cuesta respirar.

—Si quieres hablar, puedes contarme lo que te pasa.

—Me he estado liando con Manu —suelta Iria, sin pensarlo.

El rostro de Elena refleja la gran sorpresa que se acaba de llevar. También ella

suelta los cubiertos encima de su plato y presta la máxima atención a su compañera de pasillo.

—Pero ¿dónde está?

—Ni idea. Me refería a antes de marcharse el viernes pasado. Nos acostamos.

—¿En serio? Vaya.

—Sé que no pegamos y que nos llevamos a matar. Pero pasó. No sé muy bien cómo, pero pasó. Y de buenas a primeras…

La chica le explica con todo detalle lo acontecido en los últimos días con el malagueño. Sin darse cuenta, está confiando en alguien a quien ha detestado desde que la conoció.

—Te has enamorado de él.

—Un poquito —dice Iria sonriendo y al mismo tiempo aguantando las lágrimas.

—¿Un poquito? Yo diría que te ha dado muy fuerte por Manu.

—¿Cómo he podido caer? ¡Soy gilipollas!

—No, por supuesto que no lo eres.

—Es la única explicación coherente para justificar que me haya pillado del tío más chulo y complicado del planeta.

—No se puede controlar eso.

En realidad, Elena se siente identificada con la situación que está viviendo Iria. Ella se ha enamorado de David: la única persona del mundo con la que no puede mantener una relación.

—Se pueda o no se pueda controlar, Manu se ha ido y no tiene intención de volver. Ni coge el teléfono ni se ha puesto en contacto con ninguno de nosotros. Se ha esfumado. Y gran parte de la culpa la tengo yo.

—No digas tonterías. Tú no tienes la culpa de nada —sentencia Elena, que recupera enérgicamente sus cubiertos—. El único culpable de lo que le pase es él mismo.

La toledana se da cuenta enseguida de que ha alzado demasiado la voz. Afortunadamente, son las últimas residentes en cenar ese viernes y nadie la ha escuchado.

—Espero que se encuentre bien. Estoy muy preocupada.

—Manu es mayorcito. Y aunque no te pueda decir que sabe cuidarse él solo, porque ha demostrado que no, tiene descaro, inteligencia y fuerza para salir adelante. El día que menos te lo esperes, regresará como si no hubiese pasado nada.

—El mundo en el que está metido es muy peligroso, Elena. No puedo dejar de pensar que la próxima noticia que tengamos de él sea…

Iria no termina la frase. El corazón le late a toda velocidad al imaginarse lo peor.

Y, aunque durante setenta días temió por la salud del malagueño, aquella llamada en abril le devolvió la esperanza y la ilusión. Ilusión que una semana más tarde, con un cambio de imagen y de actitud, ha vuelto a evaporarse. Dentro de ella, lucha por no pensar más en aquel chico que le está complicando la existencia. Sin embargo, los

acontecimientos próximos no le permitirán alejarse de aquella pesadilla, a pesar de sus intenciones.

Capítulo 7

El poder que Isa tiene sobre él resulta obvio en momentos como este. Ella le ha pedido que suba, sin explicarle el motivo, y Toni, obviamente, ha subido. Delante de la puerta de la habitación de la chica se plantea si llamar o no. ¿Qué querrá? Finalmente llama, como no podía ser de otra forma. Escucha el ruido de una silla al arrastrarse por el suelo y después pasos acelerados acercándose a la entrada. Cuando se la encuentra frente a frente, luce una bonita sonrisa.

—Pasa —le dice la *youtuber* con una amabilidad sospechosa.

El valenciano obedece y entra en el cuarto, tras ella. La joven se coloca en su lugar habitual delante del ordenador y espera a que Toni se siente en la cama. Gira la silla hacia él y lo contempla con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué sucede? ¿Por qué sonríes así?

—¿Es que no puedo estar feliz?

—Puedes. Por supuesto que puedes.

—¡Menos mal! —exclama Isa, que se da la vuelta y, una vez más, guarda en el disco duro de su portátil el vídeo en el que está trabajando—. Me lo he pensado mejor. Vamos a cenar esta noche.

—¿Qué? ¿Quieres que vayamos a cenar juntos?

—Sí. Me apetece.

También está acostumbrado a los cambios de humor y de opinión de aquella chica, y a que casi siempre sea ella la que dispone de la última palabra. Sin embargo, esta vez ha conseguido sorprenderle.

—Muy bien. Tenemos un plan para esta noche —dice Toni encantado del nuevo giro que ha dado la historia.

—¿Puedo elegir yo el sitio?

—Claro. ¿Dónde quieres ir?

—Aquí —le dice señalando la pantalla del ordenador.

Toni se levanta y se acerca hasta ella. Isa le muestra el lugar que ha seleccionado para cenar. Se llama Poncelet y está especializado en quesos.

—No sabía que te gustara tanto el queso.

—Después de la pizza, es mi comida preferida.

Al valenciano le sorprende el dato. Cree haberse visto todos sus vídeos de YouTube y nunca lo nombró como una de sus pasiones. Se le pasaría por alto. Lo importante es que esa noche han quedado para cenar solos fuera de la residencia. Mucho más de lo que tenía hace un par de minutos.

—¿Después de la cena quieres hacer algo más?

—Ya veremos. Dependerá de lo adelantado que lleve el vídeo antes de irnos —responde Isa, que no tarda ni dos segundos en volver a dedicar de nuevo toda su atención al portátil. Ya de espaldas a Toni, y al notar que este no se ha movido del sitio, añade sin volverse siquiera—: Así que, si me lo permites, voy a ponerme otra

vez con esto.

—¿No bajas a comer?

—No. Ahora mismo no. Si acaso luego.

—¿Quieres que te espere?

—¡No! —exclama la chica, que se gira irritada—. Hemos quedado para esta noche, ¿no? ¡Pues ya está!

—Vale, no te enfades.

—No me enfado —replica ella haciendo un esfuerzo por dominar su carácter, a veces demasiado fuerte e impetuoso—. Pero tengo que trabajar. Y, si no paras de preguntarme cosas, no puedo hacerlo.

El valenciano asiente y le pide disculpas. Abre la puerta y se marcha solo al comedor. Mientras baja las escaleras, experimenta una sensación agridulce. Por un lado, está alegre por la cita de la noche; por el otro, lamenta que Isa se haya molestado. Ella es especial, tal vez por eso le gusta tanto. Así que debe aprender a medir sus actos y a no agobiarla.

En el comedor no hay nadie del pasillo, así que se da prisa por terminar de comer cuanto antes. En diez minutos acaba. De camino a su habitación, mordisquea una manzana roja que ha pillado de postre. Nada más entrar en su cuarto, enciende el ordenador. Siente curiosidad por conocer más detalles sobre el restaurante que Isa ha elegido para cenar. Accede a Google y escribe el nombre del sitio en el buscador: Poncelet. En la segunda opción aparece el *link* de la web. Clica en él y un instante después visualiza una imagen del local junto a un calendario para hacer reservas. El chico va bajando el cursor poco a poco y lee la información que va apareciendo en la pantalla. En la carta descubre que no solo hay quesos de todo tipo, sino que la variedad de carnes, pescados y ensaladas es bastante amplia. Aun así, le sorprende que Isa haya elegido aquel restaurante. Entonces, en el apartado de «Noticias», encuentra la explicación que resuelve todas sus dudas.

> *Youtubers* con queso.
>
> El próximo sábado, 11 de abril, tendremos en nuestro restaurante una gran cata de quesos en la que varios *youtubers* degustarán las mejores especialidades de nuestro amplio surtido. Emitiremos el evento en *streaming* a través de nuestra página web y podrás comentarlo en las redes sociales con el *hashtag* #Youtubersconqueso.
>
> Hora: 21:00.
>
> Lugar: calle José Abascal, 61.

Toni se pasa la mano por la cabeza rapada y resopla. Así que esa es la razón por la que Isa quiere cenar con él en aquel restaurante. ¡Había truco!

Muy molesto, apaga el ordenador y deja que tanto sus pasos como su profunda indignación lo guíen de nuevo al piso de arriba. Sube la escalera y, en cada escalón

que pisa, siente como le hierve la sangre. Aquella chica está jugando con él y con sus sentimientos. YouTube, siempre YouTube.

Una vez frente a la puerta de su habitación, llama con fuerza, hasta el punto de que llega a arañarse los nudillos con la madera. La chica no tarda en abrir.

—¿Qué quieres ahora? —pregunta Isa esgrimiendo un tono desafiante.

El valenciano se muerde el labio y entra en el cuarto airado, como una ráfaga de mal viento. La sorpresa que refleja el rostro de la chica ante el comportamiento de su amigo es evidente. Toni se queda de pie, junto a la cama, mirándola e intentando ordenar sus ideas antes de echarle en cara su actitud. En cambio, es ella la que, una vez pasado el estupor inicial, se anticipa y vocifera enfadada:

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡Estoy trabajando!

—¿Que qué me pasa? ¡Dímelo tú!

—¿Yo? ¿Cómo voy a saber yo lo que te ocurre?

—¡Pues deberías! —grita Toni, igualando el tono de voz que emplea Isa—. Ha sido idea tuya que vayamos al restaurante de los quesos.

—¿Y? ¿Por eso estás así?

—Hay un evento de *youtubers* allí esta noche. ¿O es que me vas a decir que no lo sabías?

—¡Claro que lo sabía! ¡Van a ir un montón de ellos a catar quesos!

—¿Por qué no me has dicho nada?

—¿Para qué? ¡Tampoco me has preguntado!

—¡No soy adivino! —dice Toni, elevando todavía más la voz—. Yo pensaba que querías ir conmigo a cenar porque te apetecía, no para ver a *youtubers*.

La chica mueve la cabeza de un lado al otro y se sienta en la cama.

—No iría contigo si no me apeteciera. Ya sabes que no hago cosas que no quiero hacer.

—Pero no soy la prioridad de esa cena.

—Ya sabes lo que pienso. No es ninguna novedad.

—Sé lo que piensas. ¿Y lo que sientes? ¿Alguna vez me dirás lo que sientes?

Isa no contesta a la pregunta de Toni. Ni siquiera lo mira. Se pone de pie y camina hasta el baño, donde se encierra. El chico no la sigue y permanece de pie en el mismo lugar que estaba desde que llegó al cuarto. A lo mejor se ha pasado y la ha vuelto a agobiar. Pasan algunos minutos y, finalmente, viendo que no sale, opta por acercarse a la puerta del cuarto de baño y llamar.

—Oye, perdona. No tenía intención de presionarte. Sal de ahí adentro y hablamos. No quiero que estemos mal.

Sin embargo, las palabras de Toni no obtienen respuesta. Aquel silencio empieza a ponerle nervioso.

—Vamos, Isa —insiste—. No alarguemos más esto. Solo era una pregunta.

—No era solo una pregunta —responde la joven con brusquedad—. ¿Por qué quieres que todo sea de una forma o de otra? ¿No estamos bien tal y como estamos?

—Estoy bien, pero…

—Pero necesitas más, ¿no? Quieres que vayamos juntos al cine, nos demos la mano cuando vayamos a comer o nos besemos mil veces al día. ¿Es eso?

El valenciano resopla. Sí, le encantaría hacer todo eso con ella. Pero no está muy seguro de que ese deseo sea recíproco.

—¿Por qué no sales y hablamos mejor cara a cara? Me molesta tener una puerta entre nosotros.

—No te conformas con nada —se queja Isa, que sin embargo abre y, sin decir una palabra, pasa por delante de Toni y camina hasta su escritorio para apoyarse en él. Desde ahí mira al valenciano, que enseguida le agradece que haya salido.

—Mucho mejor así —comenta el chico mientras se acerca hasta Isa. Esta, en cambio, le pide con las manos que no se aproxime más.

—Bueno, ya no hay puerta de separación. Dime lo que me tengas que decir. Y rápido, que tengo que seguir trabajando.

—¿Realmente no te gusto como para tener una relación conmigo? ¿No sientes nada por mí?

—Me caes bien. ¿Te parece poco?

—Sí, Isa. Me parece poco. A veces actúas como si yo no te importara.

—Yo soy así.

—Esa es una respuesta egoísta —dice Toni dando un pasito hacia ella—. ¿Qué sientes por mí? Porque yo me he enamorado de ti.

La chica lo contempla fijamente, en silencio. Se nota que está nerviosa: parpadea más de lo habitual y le tiembla un poco la rodilla derecha.

—Hazte *youtuber*.

—¿Qué?

—Que te hagas *youtuber*. Así me enamoraré de ti.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Completamente —contesta Isa, recobrando la entereza de la que suele hacer gala—. ¿Tú no me has dicho varias veces que en una relación hay que dar y recibir?

—Sí, pero…

—Pues yo saldré contigo si tú te conviertes en un *youtuber* reconocido.

—¡Eso no es justo! ¡Es imposible que me convierta de la noche a la mañana en alguien famoso en YouTube!

Isa come Pizza tuerce el labio y se encoge de hombros.

—Es el reto.

—No es un reto que pueda superar —protesta el valenciano—. Sabes que no lo conseguiré.

—Nunca he salido con alguien, ni tan siquiera le he dado una oportunidad a ningún chico. No me gustan las personas. Siéntete afortunado —le dice con una sonrisa conciliadora para, acto seguido, admitir lo que es obvio—. Pero tienes razón: es un reto imposible.

—Menos mal que lo reconoces.

—Sí. Así que cambio la apuesta: seré tu novia si consigues más suscriptores que yo.

—¿Estás loca? ¡Tienes casi cuarenta mil! ¡Y yo no tengo ni canal!

—Estamos a 11 de abril. Tienes un mes para superarme. El 11 de mayo, a las 23:59, debes tener en tu canal al menos un seguidor más que yo. Si lo logras, seremos novios. Y, si no te parece justo, te aguantas. Es mi propuesta final.

Capítulo 8

El sonido de su móvil le despierta. Anoche no durmió demasiado bien, como viene siendo habitual en las últimas fechas. Por eso necesita unos minutos de siesta. David se incorpora y examina el teléfono. Tiene mal cuerpo. Ha vuelto a ver a Rocío Costa en sus sueños. También a Fernando y a Verónica. Aunque no recuerda nada más. Joder, parecía tan real…

La que llama es Elena.

—¿Sí?

—David, ¿estabas dormido?

—No —miente, a pesar de que en su voz se nota que acaba de despertarse—. ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

—En mi cuarto.

—¿Y me llamas por teléfono estando a cinco metros?

—No quería molestar.

El sevillano se peina con la mano y se pone a caminar con el móvil pegado a la oreja.

—No molestas, Elena. Voy para tu habitación.

—No hace falta. Solo quería avisarte de que mi hermana está viniendo hacia aquí.

—¿A la residencia?

—Sí. Le he dicho que no era una buena idea. Pero me ha insistido tanto que no he podido negarme.

—Pero ¿para qué viene?

—Para pasar la noche conmigo. Dice que se ha cansado de estar con mis padres los sábados por la noche en Toledo. ¿Tú vas a quedarte por aquí?

—En principio, sí. No tenía planes. —El sevillano hace una breve pausa y, pese a estar ligeramente adormilado, enseguida entiende el motivo de la llamada—. ¿Prefieres que me vaya?

—Sí, por favor. Es lo mejor. No estoy muy segura de cómo va a reaccionar si te ve. Aunque sospecho que viene para eso.

David resopla. No desea encontrarse con Marta. La relación entre ellos terminó y no tiene ninguna intención de que la historia se repita. En esos meses, desde que rompieron, casi no han hablado. Al principio, algún que otro mensaje de WhatsApp y poco más. Pero no se han vuelto a ver.

—Me iré a dar una vuelta para que no coincidamos.

—Yo cenaré con ella por la zona de Sol. Nos marcharemos sobre las ocho y regresaremos temprano para ver una película en mi cuarto.

—Bien. Lo tendré en cuenta. Gracias por avisarme.

—De nada.

Ambos guardan silencio. De hecho, el chico piensa que ella ha colgado. Sin embargo, cuando está a punto de soltar el teléfono sobre el escritorio, David escucha

la voz de Elena:

—Siento todo esto, de verdad.

—Yo también.

—¿Estás bien? Te comportas de una manera muy rara desde que volvimos de Semana Santa —se atreve a decir la chica—. Casi no hemos hablado en estos seis días.

—Estoy normal.

—¿Es por…?

—No es por el beso que nos dimos el lunes —la interrumpe muy seco el sevillano —. Las cosas están muy claras.

—¿Qué cosas?

—Lo nuestro, Elena. No eres valiente.

—¿Que no soy valiente? Es mi hermana con la que estabas saliendo hasta hace dos meses. Marta continúa sintiendo algo por ti.

—Dejémoslo. Me has dicho que solo me llamabas para advertirme de que ella venía hacia aquí. Gracias. En un rato me iré para que no nos encontremos.

—Bien. Disfruta de la noche.

—Igualmente. Adiós.

—Adiós.

Aquella despedida le fastidia. No le agrada discutir con Elena, pero últimamente no ha podido evitarlo. Existe tensión entre ambos, eso está muy claro. Y la flecha puede dispararse tanto en una dirección como en la contraria. El lunes se besaron; ahora, en cambio, han terminado discutiendo. Es una moneda a cara o cruz. Sin embargo, si está raro, como ella ha intuido, no es solo por su negativa a iniciar una relación debido a lo que pasó con Marta. También hay otro asunto de por medio. Una circunstancia añadida de la que no puede hablar con la toledana.

No va a pensar más en eso. Se niega, necesita desconectar. Debe preocuparse de buscar un plan para esa noche. Quizás a Toni le apetezca dar una vuelta con él. Sale de la 1152 y se dirige a la habitación de su amigo. Llama en varias ocasiones, pero nadie responde al otro lado. Seguramente esté con Isa. Aunque él le asegura una y otra vez que no hay nada entre ellos, le cuesta creerlo. Se pasan juntos mucho tiempo.

Desiste. Pero, precisamente cuando está a punto de volver sobre sus pasos, el valenciano aparece por la puerta verde del pasillo 1B. Camina tan absorto en sus pensamientos que no se percata de la presencia de David hasta que prácticamente se encuentra a su altura. Tras un breve saludo previo, el sevillano va directamente al grano.

—Esta noche viene Marta y no puedo quedarme en la residencia, ¿te apetece que vayamos a cenar a algún lado y luego nos tomemos una copa por ahí?

—No puedo.

—¿Por qué? No me digas que te vas a quedar aquí jugando a la consola.

—Qué va. He quedado con Isa para ir a una cata de quesos.

—¿Es una broma?

—No. Van varios *youtubers* y quiere que la acompañe.

—Ahora lo comprendo —indica David antes de darle una palmadita en la espalda —. Para que luego me digas que no sois novios.

—Si fuera mi novia, no tendría que crear un canal en YouTube y superarla en suscriptores de aquí a un mes.

—No te comprendo. ¿Te vas a convertir en *youtuber*?

—Ese es el reto.

Toni le explica a David lo que le ha propuesto Isa. Cuando termina, el sevillano no sabe si reír o llorar. Opta por lo primero.

—Para que luego alguien nos venga con el cuento de que el amor es fácil —comenta el joven del tatuaje en el cuello—. ¿No hiciste ya el tonto lo suficiente con el vídeo del chocolate con churros? ¿Quieres pringarte otra vez? ¿Tanto te gusta esa chica?

Toni prefiere no contestar y abre la puerta de su habitación con la llave que saca del bolsillo de la sudadera.

—No te culpo, tío —continúa insistiendo David, que sigue en el pasillo—. Si esa chica te gusta de verdad, a por ello. ¡Supera al Rubius! ¡Tú puedes!

La cara del valenciano tras escuchar aquellas últimas palabras está lejos de parecer amistosa, pero termina sonriendo. Que se haga *youtuber* e intente conseguir una cantidad tan grande de suscriptores en tan poco tiempo es completamente surrealista. Pero el amor es así, una sucesión constante de surrealismo. Al menos tiene una carta que jugar. Una única carta ganadora que, si sale, le dará lo que más desea.

—Te dejo. Me voy a crear una cuenta en YouTube, a grabar un vídeo cortito de presentación y a pensar en lo que puedo hacer para ganar seguidores rápidamente.

—Puedes grabar un vídeo de chocolate con churros, pero esta vez desnudo.

—Adiós, David.

La puerta de la 1154 se cierra. El sevillano sabe que no se ha enfadado. Su amigo es un buen chico y, a pesar de que las cosas en el amor no acaban de salirle bien, espera que algún día encuentre a su media naranja. Isa y él pegan mucho, aunque por lo visto la relación no está tan avanzada como imaginaba.

Sin Toni disponible y con Óscar y Ainhoa camino de Valencia, las posibilidades de encontrar a alguien para salir se reducen bastante. ¿Julen? Últimamente lo ha visto mucho con Virus, uno de los veteranos de la residencia. Lo de su bisexualidad no se lo esperaba hasta que él lo contó en una reunión de grupo hace unas semanas. No quería que se quedaran boquiabiertos si lo veían besando a un chico. Quizás él y Marc salgan esa noche juntos. Lo mejor será preguntarle. Pero, cuando va a dirigirse al cuarto del navarro, se le ocurre algo que le atrae más. Se detiene frente a la 1155 y llama. Silvia tarda en abrir unos segundos.

—Hola —dice la joven, que sigue llevando la gorra que tenía puesta por la

mañana.

—Hola, ¿estás muy liada? ¿Diseñando un estadio de fútbol? ¿Un parque de atracciones?

—No, solo una estación espacial —responde irónica, exhibiendo una contagiosa sonrisa—. No te preocupes. Me estaba tomando un descanso. ¿Quieres pasar?

David asiente y entra en la habitación de Silvia. Es curioso, pero se acaban de conocer y ha conectado con ella muy deprisa. Tal vez aquella chica le ayude a desconectar de todo lo que tiene en la cabeza.

—¿Vas a hacer algo esta noche? —le pregunta el joven directamente.

—Cenar y dormir.

—¿En la residencia?

—Sí, las dos cosas.

Un nuevo intercambio de sonrisas cómplices. Salvando las distancias, porque sus personalidades parecen muy distintas, aquel comienzo le recuerda a los primeros días con Elena. Sus conversaciones se asemejan a las que ellos tenían a principios de curso. Añora septiembre y todo lo que vivió en esos días junto a la toledana.

—Me apetece salir esta noche y ninguno de los chicos del pasillo puede. ¿Te animas tú?

—La verdad es que no me hace especial ilusión ser el segundo plato de nadie —replica muy seria la extremeña.

—No he querido decir eso… —comenta David algo avergonzado. ¿Se ha puesto colorado?

—¡Tranquilo, hombre, que estaba bromeando! —exclama Silvia sin poder contener la risa—. Aunque no sé si podré —le explica en cuanto se tranquiliza—. Tengo mucho trabajo pendiente.

—Es sábado —responde aliviado el sevillano. Por un momento temió haberla ofendido—. No hay ningún trabajo que tengas para un sábado que no pueda hacerse un domingo.

La joven lo mira sorprendida. Niega con la cabeza y le señala el plano que está sobre el escritorio.

—¿Y quién le pone las columnas a la galería de este teatro?

—No tiene que ser tan difícil.

—¿No? Si no posee las medidas exactas porque no has hecho los cálculos adecuados, se caerá una vez construido.

—Un par de sumas y de restas que puedes hacer mañana —vuelve al ataque David, que intenta convencer a Silvia—. Anda, vente conmigo esta noche o tendré que salir solo.

—¿Esto va a ser así lo que queda de curso? Porque yo he venido aquí para estudiar.

Eso le suena de algo. La de veces que lo dijo Elena cuando llegó a Madrid. Evidentemente, no fue así. Estudiar no es lo único que la de Toledo ha hecho. Ha

vivido todo tipo de experiencias, algunas relacionadas con él. De repente, David se siente algo culpable por estar flirteando con la nueva residente. Sus sentimientos no han cambiado, pero, como le advirtió a Elena, no puede estar esperándola toda la vida.

—Vale. No insisto más. Espero que las columnas de tu teatro queden perfectas.

Silvia se percata de que el tono de voz del sevillano ha cambiado. Ve como el chico se da la vuelta y se dispone a marcharse.

—Oye, déjame media hora para que lo piense —suelta antes de que David desaparezca de su vista—. En un rato te digo algo. ¿Vale?

—Bien. Estaré en mi habitación.

La joven se asoma a la puerta y, justo antes de que su compañero de pasillo entre en la 1152, se despiden con la mano.

¿Y ahora?, se plantea una vez de vuelta en su habitación. ¿Sale con él? Sinceramente, le apetece. Cenar y tomar algo con David la ayudaría a integrarse más. Es muy agradable. Además se le ve sincero y que no busca nada con ella. Solo dar una vuelta, ¿verdad? ¿O es que no pueden un chico y una chica salir juntos un sábado por la noche simplemente como amigos?

Se sienta frente al escritorio y levanta la pantalla del portátil. Accede a Skype y lo ve conectado. Lo invita a una videoconferencia. Rápidamente, se abre una pantalla en la que contempla a un hombre moreno con barba de tres días. Sus encantadores ojos verdes lucen por encima de una sonrisa de anuncio de dentífrico. Gabriel y su blanca sonrisa la conquistaron desde la primera vez que se vieron.

—Perdona, ya estoy otra vez contigo —dice Silvia mientras se ajusta la gorra.

—¿Quién era?

—Un chico de mi pasillo.

—¿Y qué quería?

—Nada en concreto. Hablar —contesta titubeante, sin explicarle el verdadero motivo de la visita de David.

—¿Hablar? —La sonrisa de Gabriel desaparece—. ¿Hablar sobre qué?

—Pues hablar sobre… No sé, hablar. Creo que solo pretendía ser amable conmigo.

—Ningún tío que va a la habitación de una chica pretende solo ser amable con ella. ¿Ha intentado algo?

A Silvia no le agrada que le haga tantas preguntas. Alguna vez Gabriel se ha puesto celoso de sus compañeros de clase, pero ella le ha aclarado que ninguno la atrae y que, aunque esté en Argentina, el que le gusta de verdad es él. Se lo ha demostrado en los cuatro meses que llevan juntos.

—No, Gaby. No ha intentado nada. Ya te digo que solo quería ser amable. Vivimos en el mismo pasillo.

—No me fío nada de ese tipo.

—¡Pero si no lo conoces!

—Conozco a los hombres. Y a esa edad lo único que les interesa es sumar trofeos.

—¿Sumar trofeos?

—Sí, tener sexo con cuantas más mejor. Ese pibe no va a ser diferente al resto.

—Para ya, por favor.

La extremeña se levanta y se aleja del ordenador. Siente algo muy fuerte por él, pero odia cuando se comporta así. Escucha su voz reclamando que vuelva y pidiéndole perdón. Silvia suspira y se sienta otra vez frente a la cámara del portátil.

—Disculpame. Me enferma estar tan lejos de ti y que otros puedan ganarse tu corazón.

—Mi corazón te lo has ganado tú —dice la chica, sonrojándose—. Ya lo sabes.

—¿A pesar de mis treinta y siete años?

—Te lo he dicho muchas veces: no me importa la edad.

Pero eso es ahora: cuando, al verse por primera vez por Skype, se enteró de su verdadera edad, los treinta y siete años de Gabriel fueron un hándicap porque a la chica le asustaba que entre ellos hubiera una generación de diferencia. Aunque físicamente Gabriel aparentaba ser más joven, se notaba que ya no era el chico universitario que había visto en las fotos que le enseñó cuando se conocieron. En aquel foro le mintió al quitarse un buen puñado de años de encima. Así que Silvia estuvo una semana sin hablarle cuando le confesó su edad y su verdadera dedicación: abogado en un pequeño bufete de Buenos Aires. Luego llegó el perdón, el darle más importancia a la persona que a los años, las conversaciones en Skype, el cibersexo y la promesa de volar a España para conocerse en persona.

—Tengo que irme, Silvi. ¿Nos vemos a las nueve hora española, cinco de acá?

—No sé si podré. Tengo mucho trabajo.

—No descansás ni en sábado.

—Si quiero aprobar todas en junio, debo esforzarme cada día. Te compensaré.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Otro día.

—¿Por qué no ahora?

—¿No tenías que irte?

—Puedo quedarme diez minutos más —comenta Gabriel mientras se desabrocha los botones de la camisa blanca que lleva puesta—. O veinte.

—¿No hay nadie por ahí?

—Es sábado. Nadie viene a la oficina hoy.

Casi siempre, Gabriel se conecta desde su despacho en Buenos Aires porque la conexión a Internet es mucho mejor que la que tiene en su casa. Por suerte, vive a solo un par de calles de allí.

—Bien. Pues empecemos, ¿no?

La joven arroja la gorra al suelo y libera su larguísimo cabello rubio. No es lo único que se quita. Poco a poco, va desapareciendo la ropa de su cuerpo y la excitación de Gabriel crece segundo a segundo. Una excitación no compartida del

todo, ya que los pensamientos de Silvia están en otro sitio. Sí, definitivamente esa noche saldrá con David.

Capítulo 9

La primavera se va instalando paulatinamente en Madrid y la temperatura sigue aumentando en aquellos primeros días de abril. Ese sábado, llegan casi a los veinticinco grados. Iria y Julen bajan hacia las pistas de tenis para dar unos cuantos raquetazos que les libere la tensión acumulada. El chándal del invierno ha sido sustituido por el pantalón corto, aunque ambos conservan la sudadera para evitar enfriarse con el sudor del esfuerzo. Caminan en silencio hasta que la gallega se da cuenta de que su amigo la observa de reojo.

—Sé que estoy rara con este peinado, pero ¡no me mires más!

—¿Te han dicho cuánto dura ese color?

—No. No lo he preguntado. ¿Por qué?

—Porque creo que pronto harán otra película de *Star Trek* y necesitarán extras.

—Eres tonto —protesta la chica mientras intenta golpearle con la raqueta sin conseguirlo—. ¿No dijiste que te gustaba el platino?

—Sí, me gusta. Te queda muy bien. Perdona la broma, es que estoy nervioso.

—¿Por lo de los padres de Marc?

—Sobre todo por lo que le diga el padre. Espero que el hombre no se lo tome muy mal.

—Nadie debería tomarse mal que su hijo sea homosexual.

—Ya lo sé. Pero una cosa es la teoría y otra la práctica.

El navarro resopla. Por enésima vez, examina su móvil, pero no hay ningún mensaje nuevo. Tampoco quiere insistir. A lo mejor, justo en ese momento, se lo está confesando. ¿Les hablará de él?

—Diga lo que le diga su padre, Marc es lo que es. Y te seguirá queriendo. De eso no tengas ninguna duda.

—¿Tú crees que me quiere de verdad? Nunca me lo ha dicho.

—He visto cómo te mira, Julen.

El chico no puede evitar que se le escape una sonrisa, aunque los nervios permanecen en su interior, devorándole. Ojalá que todo salga bien y puedan disfrutar de su relación al cien por cien, lejos de contratiempos familiares.

La pareja llega hasta las pistas de tenis. La que suelen utilizar está ocupada, así que se marchan hacia la que se encuentra más al fondo. Mientras saca su raqueta de la funda, Iria ve que el partido de la otra cancha se detiene y alguien grita sus nombres. Uno de los jugadores se dirige hacia donde están ellos.

—¡Qué casualidad veros por aquí! Tenía que hablar con vosotros —dice Carmona entrando en la pista en la que Julen e Iria van a empezar a jugar—. Antes he ido a vuestras habitaciones, pero no estabais.

—Estaríamos comiendo. ¿Qué quieres? —pregunta la gallega con voz neutra, intentando disimular que Martín no le cae nada bien.

—¿Sabéis dónde está Manu?

La consulta deja helada a la chica, que mira a Julen. Este decide responder y evitar el mal trago a su amiga:

—En Málaga, con su familia. Todavía no ha vuelto de las vacaciones de Semana Santa.

—Eso no puede ser.

—¿Que no? ¿Por qué?

—Porque su madre ha llamado a la residencia. No tiene noticias de él desde hace más de una semana.

Iria se tapa la boca con una mano, incapaz de ocultar su preocupación. Aquella noticia le ha provocado un mal presentimiento. Algo le ha pasado al malagueño. Está convencida. Sin embargo, no dice nada y deja que sea Julen el que continúe hablando con Carmona.

—Pues nosotros no sabemos nada.

—¿Desde cuándo no lo veis?

—Creo que desde antes de irnos de vacaciones —miente el navarro.

—¿Y no os informó de si iría a algún lugar después de Semana Santa?

—No.

—Todo esto es muy extraño. ¿No os escribís por WhatsApp?

—No lo utilizamos mucho.

—¿Puedo ver los mensajes del grupo que tenéis los del pasillo 1B?

—¡Menudo interrogatorio! ¿Has abandonado Derecho para ingresar en la Policía Nacional? —interviene ahora Iria, enfadada—. ¿Tú quién te crees que eres para pedirnos eso?

—Solo quiero ayudar a encontrar a Manu. Sus padres están muy preocupados.

—¡Pues que pongan una denuncia!

—Imagino que es lo que harán si su hijo no contacta pronto con ellos.

Carmona les cuenta por encima lo que su padre conversó con la madre del malagueño. Antes de Semana Santa, Manu la llamó para decirle que iba a pasar las vacaciones fuera de Málaga con unos amigos. A ella le extrañó porque llevaban sin verle desde enero. Pero no insistió. Las cosas nunca han estado bien entre ellos y, al parecer, cuando le lleva la contraria, se pone agresivo. Eso no impide que el chico suela llamar por teléfono a su casa una o, excepcionalmente, dos veces por semana. En cambio, desde el Viernes Santo, hace ocho días ya, no ha vuelto a saber de él, y cuando llama a su número sale desconectado o fuera de cobertura.

—Nosotros no tenemos noticias de Manu —señala Julen, también preocupado por su amigo—. Si nos enteramos de algo, te avisamos.

—Bien. Me voy. Que disfrutéis del partido.

El veterano se despide de la pareja y regresa a la otra cancha, en la que Martín juega con otra de las veteranas de la residencia.

Julen espera a que Carmona esté lo suficientemente lejos para afrontar el tema de la desaparición de Manu.

—¿Qué piensas, Iria?

—No quiero pensar —dice la gallega, que se sienta en el banquito a pie de pista y guarda de nuevo la raqueta en la funda—. Estoy bloqueada. No me apetece ni jugar.

—¿Subimos a la residencia?

—Dame un par de minutos.

—Vale, tranquila. El tiempo que necesites.

La gallega no para de suspirar. Una fuerte presión le taladra la cabeza. La incertidumbre y el miedo la están afectando una vez más. Por mucho que desee olvidarse del malagueño, parece misión imposible. Siempre surge algo nuevo que se lo recuerda, que evita que se aleje de él definitivamente.

Hay demasiadas cuestiones por resolver que la perturban: ¿por qué no llama a su madre? ¿Por qué no regresó el lunes a la residencia como le dijo la semana pasada? ¿Por qué su teléfono está desconectado?

—Tengo un mal presentimiento, Julen. Creo que a Manu le ha pasado algo muy grave.

—No pienses eso. Seguro que tarde o temprano aparecerá sonriendo y burlándose de nosotros por habernos preocupado tanto por él.

—No, está mal. Lo sé —insiste la chica, cada vez más nerviosa—. Sé que le ha pasado algo malo.

—Cálmate, por favor.

—¡Dios! ¿Y si ha muerto?

—¡No digas eso! ¡Cómo va a morir! —exclama Julen, que también se ha puesto muy tenso—. Habrá una explicación lógica para todo esto. Tú sabes cómo es.

—Ya se encontraba mal antes de marcharse. Perdía la memoria. Se quedaba en blanco. Podría haber empeorado y… estar tirado en cualquier cuneta.

—¡Basta, Iria! ¡No nos pongamos en lo peor!

El grito del navarro es tan fuerte que Carmona y su acompañante se giran hacia ellos. El chico los ignora, recoge sus cosas y sale de la pista. Iria va detrás. Caminan deprisa por el sendero que lleva hasta la residencia. En el trayecto, Julen recibe un mensaje de WhatsApp. Se detiene y lo lee para sí.

«Tenemos que hablar. ¿Puedo llamarte en cinco minutos?».

—¿Es Marc?

—Sí.

—¿Pasa algo malo?

—No lo sé. Pero el mensaje que me ha enviado es muy seco —dice Julen mientras responde al mensaje de Virus dándole el OK.

—Eso no tiene por qué significar nada.

—Ahora lo sabré. Me va a llamar en cinco minutos.

El navarro cambia el objeto de su preocupación. De repente, ya no piensa en

Manu ni en dónde estará su amigo. Ahora su principal dilema es qué ha sucedido en la comida de Marc con sus padres y qué quiere contarle.

Los chicos llegan a la residencia cabizbajos. Julen va directo a su cuarto e Iria se queda en recepción. Han acordado verse antes de la hora de la cena.

La gallega se acerca hasta el mostrador donde Jesús, el bedel de guardia, rellena un informe. Es su recepcionista preferido. El hombre advierte su presencia y le dedica una sonrisa.

—Estás muy guapa con ese nuevo *look*.

—Muchas gracias. ¿No te parece muy atrevido?

—Claro que me lo parece. Yo no me lo haría —comenta Jesús, tocándose su cabeza casi completamente calva—. Pero a ti te queda fenomenal.

—Eso seguro que se lo dices a todas.

El hombre sonríe y lo niega. Luego regresa al informe y marca una casilla con un bolígrafo azul. Iria continúa allí, observándolo.

—Oye, Jesús, probablemente no sea importante, pero antes he visto a un tipo extraño merodeando en el aparcamiento.

—¿Un tipo extraño? —pregunta alarmado el hombre.

—Sí, un tío con una barba muy larga y una gorra. Miraba los coches con mucho interés.

—¡Qué me dices! —exclama el hombre antes de salir como una bala del mostrador de recepción—. Voy a echar un vistazo. ¿Puedes quedarte aquí un momento?

—Claro. No te preocupes.

Jesús corre hacia el aparcamiento con la esperanza de que el intruso no haya robado o pinchado la rueda de ningún vehículo. Mientras, Iria aprovecha la ausencia del bedel y entra en el cuartito que hay detrás del mostrador, donde está el cuadro de llaves. Coge la llave maestra, que abre todas las puertas de la residencia, y se la guarda en la sudadera. Resopla aliviada al comprobar que nadie la ha visto. Por la noche buscará el momento para devolverla, pero ahora necesita entrar en el cuarto de Manu, como aquel día de enero en el que su amigo desapareció.

Capítulo 10

Todavía le está dando vueltas a la conversación telefónica que ha mantenido con David. Que no es valiente, dice. Capullo. Si la situación fuera al revés, le gustaría ver cómo se comportaría él. ¡Su exnovia es su hermana! ¿¡Cómo podría traicionarla de esa manera!?

Elena toma un sorbo del café con leche que acaba de comprar en el cuarto de las máquinas. Está demasiado caliente. Sopla y se pasa la lengua por los labios mojados mientras continúa reflexionando, sentada en su habitación.

Que no es valiente…

Si las cosas fueran más fáciles, no lo dudaría ni un segundo. ¿O es que se cree que ella no sufre por no poder estar juntos? ¡Joder, si es que lo tiene en la puerta de enfrente!

Mira el reloj de su móvil. Marta está a punto de llegar. Espera que cumpla con lo pactado y vaya con el único objetivo de verla y pasar el fin de semana con ella. Le da miedo que se encuentre con el sevillano y se líe la cosa. No tiene ganas de enfrentamientos ni de más noches de llantos y lamentaciones.

Oye como se abre la puerta del pasillo. ¿Será ella? Aguarda a que llamen a su habitación, pero no lo hacen. Tal vez sea Iria o el propio David. Sigilosamente, se asoma para indagar y descubre a su hermana frente a la puerta de la 1152.

—¡Marta! ¿Qué haces? —exclama Elena, saliendo del cuarto.

—¡Joder! ¡Me has asustado! —grita la otra chica, que se gira dando un brinco.

—¡Vamos! ¡Entra en la habitación!

La joven agacha la cabeza y obedece a su hermana mayor, que cierra la puerta en cuanto están las dos dentro.

—No hacía nada malo. Solo estaba recordando los buenos momentos que pasé ahí con él.

—¡No has venido para recordar eso! —exclama Elena.

—Lo sé. Pero no he podido evitarlo —indica Marta con tristeza. Sin embargo, no tarda en esbozar una sonrisa—. Bueno, ya pasó el momento de nostalgia. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Como siempre. Ven, anda. Dame un abrazo.

—Eres muy cursi —dice la chica, que se aproxima a Elena y la abraza como ella le ha pedido.

Cuando se separan, se sientan en la cama, una junto a la otra, y se miran fijamente.

—No te hagas más daño, ¿vale? Has venido para estar conmigo. Pasémoslo bien nosotras y olvidémonos de todo lo demás.

Marta asiente con la cabeza y ahora es ella la que desea el abrazo de su hermana. Se inclina sobre Elena, la estruja muy fuerte y después le da un beso en la mejilla.

—Solo nosotras —dice la recién llegada, secándose los ojos vidriosos.

—Exacto. Las hermanas Guillermo Casanova y nadie más.

—¿Ya sabes dónde iremos a cenar?

—¿Qué te apetece? ¿Foster's Hollywood?

—Muy bien.

—Vale, podemos ir al que está en Ópera —propone Elena, levantándose y dirigiéndose al otro lado de la habitación. Tiene el móvil sobre el escritorio—. Voy a avisar a mamá de que ya estás aquí.

—Muy bien. ¿Te importa que me dé una ducha? He salido tan rápido de casa que ni me ha dado tiempo.

—Claro, dúchate. Tienes una toalla para ti colgada detrás de la puerta del baño. La rosa.

—Gracias. Estás en todo.

Marta se pone de pie y se mete en el cuarto de baño. Elena respira aliviada. Alcanza su móvil y manda un mensaje a su madre para contarle que su hermana ya está con ella. Pero no es el único WhatsApp que envía. El segundo texto es para David.

> «Marta ya ha llegado. Estamos en mi habitación. Por favor, procura no coincidir con nosotras mientras ella esté aquí. Iremos a cenar al Foster's de Ópera sobre las ocho y media. Cuando acabemos, volveremos a la residencia para ver una película. No estoy segura de que no intente algo. Ya hablaremos mañana cuando se haya ido».

El sevillano recibe el WhatsApp que le envía Elena y lo lee tumbado en la cama. Responde con un escueto «Vale». Chasquea la lengua y deja el teléfono sobre la almohada. Hará lo que le pide, aunque tenga que salir solo por la noche. Encontrarse con Marta no es lo mejor para ninguno de los tres. Por eso, habrá que evitar riesgos. Examina el reloj del portátil que tiene encima de la cama y decide que se irá en media hora. Antes, revisa otra vez Internet en busca de más información sobre una noticia que ha encontrado hace un rato en un diario digital. El titular es de lo más morboso:

> Encuentran en Edimburgo un cuerpo con el rostro desfigurado y sin dedos.

Edimburgo. Allí es a donde se fue Fernando con Manu, según le contó ella.
El final de la noticia es lo que más le llama la atención.

> Unos testigos argentinos aseguran que escucharon a dos chicos españoles discutiendo cerca del lugar en el que encontraron el cadáver en Calton Hill. La víctima podría ser uno de ellos, aunque no ha sido identificada. El mal

estado de su rostro y la imposibilidad de analizar sus huellas dactilares complicarán la tarea.

La noticia está muy mal redactada y no viene ni firmada. Seguramente la han traducido de algún periódico escocés y les habrá interesado por ser el muerto, presuntamente, español. Aunque eso tampoco está confirmado.

David investiga en la prensa escocesa. Tarda unos minutos en encontrar la información, pero prácticamente dice lo mismo que la publicación española.

Que a Manu le hubiera ocurrido algo así justificaría su ausencia y que su teléfono esté desconectado. Pero en Edimburgo viven cuarenta mil españoles. Así que las posibilidades de que sean ellos los chicos de los que hablan los testigos argentinos son remotas. Sin rostro no hay identificación facial; y, sin dedos, no hay huellas. Mal asunto.

No las tiene todas consigo. Quizás ella sepa algo más. Agarra su móvil y marca un número que antes se sabía de memoria. No lo coge. Lo intenta otra vez y en esta oportunidad una tímida voz femenina responde temblorosa.

—¿Qué quieres?

—Hola, Verónica. ¿Te pillo en mal momento?

—Hace mucho tiempo que todos son malos momentos, David. ¿Sabes? Creo que se me está cayendo el pelo.

—Eso será del champú que usas.

—¿Del champú? No seas cabrón —replica enfurecida la chica—. ¿Desde cuándo te comportas así? No te reconozco. ¿Queda algo de la persona de quien me enamoré?

—No te hagas la víctima conmigo. Tú fuiste la que atropelló a Rocío.

—Con tu moto, con tu permiso. Sabías que había bebido y que no estaba en condiciones de conducir. Fue tan culpa tuya como mía y la única que ha pagado he sido yo. ¡No lo olvides!

David se muerde la lengua. Lo que tenía que decirle se lo soltó el Viernes Santo. Quizás no fue muy elegante, y traspasó los límites de lo razonable. Incluso la amenazó con la daga que encontró en el piso de Fernando, cuya dirección había obtenido en el despacho del subdirector. Sabía que era ella quien le había revelado al novio de Rocío dónde estaba él: que estudiaba en Madrid y vivía en la residencia Benjamin Franklin. Todo cuadraba. Verónica confesó hasta el último detalle, y hasta descubrió algo que no se le había pasado por la cabeza.

Hace ocho días, en Sevilla

—Tú también merecías sufrir —comenta la chica, que nota en la espalda la punta de la daga que David sujeta en su mano. Es la misma que usó Fernando para amedrentarla hace unos meses, cuando se coló en su casa.

Tras empujarla y llevarla a un callejón por el que no circula nadie, los dos se sientan en el escalón del zaguán de una vivienda abandonada.

—¿Dónde está?

—No te lo voy a decir.

—Sí que me lo vas a decir —susurra el joven, apretando el filo de la daga contra la piel de la que un día fue su novia.

—No te atreverás a hacerme daño.

—Ponme a prueba. Estoy realmente harto de todo esto, Verónica.

La chica siente el pinchazo en el costado, y luego dolor. Como la picadura de una avispa. Se levanta la camiseta y observa el pequeño corte.

—¡Estás loco! —exclama ella con lágrimas en los ojos al ver la sangre.

—¿Dónde está Fernando?

—No me lo puedo creer.

—Dime dónde está y no habrá más pinchazos.

—En Escocia.

—¿En Escocia?

—Sí, lleva en Edimburgo desde finales de enero —dice secándose las lágrimas, antes de volver a mirarse la herida que David le ha causado.

—Solo es un arañazo, no te desangrarás. ¿Y me manda las cartas desde allí?

El sevillano saca tres pequeños sobres de la chaqueta. Abre uno de ellos, extrae un folio doblado de su interior, lo alisa y se lo muestra a Verónica. A continuación, lee en voz alta:

> «Esto no ha terminado. Tienes que pagar por lo que hiciste. No creas que me he olvidado de ti. Eso nunca sucederá. Yo perdí a mi Rocío, lo que más quería en el mundo. Tú todavía tienes mucho que perder. Cuando menos te lo esperes, completaré mi venganza».

El chico guarda el folio en el sobre y se dispone a leer la segunda carta.

—No hace falta que leas más. Sé lo que pone en ellas. Fernando me las pasó por *e-mail* y yo las imprimí y te las envié a ti por correo.

—Imaginaba que habías sido tú. ¿Estás enamorada de él?

—¿Qué? ¡Definitivamente has perdido el juicio! —grita Verónica temblorosa—. Si le ayudo es porque le tengo miedo. Se le ha ido la cabeza y puede hacer cualquier cosa. Por eso le hago caso.

—Pues a partir de ahora me harás caso y me tendrás miedo a mí. ¿Has entendido?

La joven agacha la cabeza y se cubre la cara con las manos. Vuelve a llorar y se queja de lo desgraciada que es su vida.

—¿Por qué no me dejáis en paz? ¡Ya he sufrido suficiente!

—Eres la única que tiene contacto con él y que puede ayudarme a encontrarle.

—No soy la única.

—¿Cómo dices? ¿Hay alguien más metido en todo esto?

Verónica suspira. Ha hablado de más y ahora no puede dar marcha atrás.

—Tu compañero de residencia. El malagueño. Están los dos en Edimburgo.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Fernando y Manu están juntos?

—Sí. Ambos se marcharon a Escocia.

—No me lo puedo creer. ¿Qué tienen que ver el uno con el otro?

—¿Aún no lo has entendido, David? Fernando y Manu son los que te han hecho la vida imposible en la residencia.

La chica le explica que se conocieron en un local de Madrid. Fernando los estuvo espiando a todos durante varias semanas y rápidamente captó que el malagueño no soportaba al sevillano. Era evidente aquella rivalidad. Por eso, se las apañó para quedar con él en un bar de la capital y contarle lo que David había hecho. Manu se prestó inmediatamente a ayudarle. Ahora tenía un motivo real para ir a por aquel tipo que parecía perfecto pero que escondía un turbio secreto: la muerte de una chica.

—Según me dijo Fernando, Manu entró en un ordenador de la residencia y lo preparó todo para que fuera camarero de la Benjamin Franklin y así estar más cerca de ti.

David está atónito. Apenas puede digerir lo que Verónica le cuenta. Todo estaba preparado. Un plan ideado durante varias semanas. Ahora se explica también lo de la *ouija*. Acertó en su intuición: Manu estaba detrás del espíritu de Rocío Costa, aunque no imaginaba que colaborara con Fernando.

—¿Te han dicho cuándo van a volver a España?

—No, no sé nada más. De verdad.

—¿Seguro que no sabes más?

—Te lo juro —solloza al notar de nuevo el filo de la daga penetrando en su piel.

Sus ojos no mentían. Verónica no tenía más información de la que le había revelado. Ni tampoco sabía, ocho días después, si la noticia que había aparecido en la prensa del cadáver de Edimburgo tenía relación con Fernando y Manu. Lo único que podía decirle es que había llamado a aquel chico varias veces y su móvil se encontraba apagado o fuera de cobertura desde hacía más de una semana.

Capítulo 11

Aproximadamente a mitad del trayecto entre Madrid y Valencia, el autobús se desvía para hacer una parada en una venta de carretera. Todavía les quedan más de ciento cincuenta kilómetros para llegar. Bajo la atenta mirada de Ainhoa, Óscar se despierta y mira despistado por la ventana. Ha estado dormido buena parte del camino. La canaria casi no le ha quitado ojo de encima y ha tenido la tentación de inclinarse sobre él y acurrucarse en su hombro. Pero no lo ha hecho. Simplemente lo contemplaba y pensaba lo feliz que sería si aquel chico fuese su novio y la cantidad de viajes como ese que harían juntos. Una fantasía que es imposible que se haga realidad.

El conductor anuncia que la parada durará quince minutos.

—¿Quieres bajar? —le pregunta el vallisoletano desperezándose.

—Sí, me apetece beber algo frío. ¿Vienes?

El chico asiente y los dos se levantan. Cogen sus mochilas, se las cuelgan del hombro y descienden del autobús. Mientras caminan hacia el interior de la venta, suena el móvil de Ainhoa. Saca su *smartphone* y lo revisa.

—Es un WhatsApp de Nicole —indica, y lee en voz alta:

> «Mi madre me va a volver loca. Dice que tengo la cabeza en otro sitio y que no me centro en lo que debo. Lo peor es que tiene razón. ¡Cómo me gustaría estar en la residencia con vosotros!».

—Pobrecilla. Parece desesperada.

—Lo está. A ver si nuestra visita la anima un poco.

—Seguro que sí. Para eso vamos. Cuando te vea, se llevará una alegría enorme.

Óscar trata de tranquilizar a su amiga con una sonrisa, algo que consigue de inmediato. Juntos entran en la venta y se sientan en los únicos taburetes que quedan libres, al final de la barra. Solo hay un camarero, que se multiplica para atender a todos los viajeros del autobús. Parece que a ellos les tocará en último lugar. El móvil del chico, que ha colocado sobre el mostrador, se ilumina, aunque no suena. Le quitó el volumen antes para no molestar a los pasajeros que se durmieran durante el viaje. Echa un vistazo a la pantalla y arruga la frente. Precipitadamente, pulsa el botón de colgar y se guarda el teléfono en el bolsillo del pantalón. Ainhoa lo mira extrañada.

—¿No respondes?

—No, es un número que no tengo anotado en el móvil. Ya llamaré luego para ver quién es.

La joven no cree a su amigo. No le ha dado tiempo a verlo con claridad, pero está segura de que en la pantalla aparecía el nombre de alguien, no un número. Por lo que esa persona sí estaba apuntada en su lista de contactos. ¿Por qué no le ha dicho la

verdad? ¿Esconde a alguien? ¿No se tratará de Naiara? ¿Vuelven a hablarse? ¿Están saliendo otra vez?

No es asunto de ella, pero le fastidia que le haya mentido. Y también le molestaría que fuera su exnovia, no lo puede remediar. Odia a esa tía con todas sus fuerzas. Las ganas por enterarse la están matando. Sin embargo, opta por no decirle nada.

El camarero por fin los atiende. Piden una Coca-Cola cada uno y un paquete de patatas al punto de sal para compartir, aunque la canaria no las prueba. El joven se da cuenta y se inquieta porque son sus preferidas.

—¿Todo bien?

—Estoy nerviosa por encontrarme de nuevo con Nicole. Además, me preocupa que su madre no se tome bien que vayamos a verla —responde Ainhoa, aunque realmente está pensando en esa llamada y en el engaño de Óscar.

—¿Solo es eso? ¿Nada más?

—Nada más. ¿Por qué lo dices?

—No has tocado las patatas. Las he pedido por ti.

—Simplemente es que no me apetecen. Solo tenía sed —responde Ainhoa molesta, poniéndose de pie—. Voy al baño. Pero no te alarmes, no voy a vomitar. Ya no lo hago, ¿recuerdas?

—No se me había pasado por la cabeza.

—Ya. Seguro.

La chica se aleja de la barra y desaparece por unas escaleras que llevan a un sótano. Sigue la flechita que guía hacia los baños hasta que da con ellos. Entra en el de chicas, un cubículo muy pequeño que por lo menos está limpio. Echa el pestillo y se queda frente al espejo. ¿Soportaría otra vez una relación entre Óscar y Naiara? Sería muy complicado. Siente náuseas de solo imaginarlo. Aunque no tiene ninguna prueba de que ellos estén juntos de nuevo. Debe calmarse. Está obligada a hacerlo. Se echa agua en la cara y vuelve a contemplarse en el cristal. Seguro que hay otra explicación para que no le haya dicho la verdad. Una lógica, que no esté relacionada con aquella arpía.

—¡Ainhoa! ¿Te falta mucho? ¡Nos tenemos que ir!

La canaria oye la voz de Óscar al otro lado de la puerta del cuarto de baño. Mira su móvil. Sin darse cuenta se ha pasado más de cinco minutos allí dentro, haciendo cábalas sobre aquella llamada de teléfono.

—¡O nos damos prisa o el bus se marchará sin nosotros! —insiste su amigo con cierta angustia.

La chica sale del pequeño cuarto de baño y, movida por un fuerte impulso, se lanza a los brazos de Óscar. Pero no se limita a abrazarle. Aproxima su cara a la del joven, tanto que siente su respiración. Va a besarle, necesita besarle. Cierra los ojos y busca su boca. Sin embargo, no la encuentra. Abre los ojos y se separa de él, avergonzada.

—Lo siento. No puede ser —comenta Óscar, mirando hacia el suelo.

—Perdona, la culpa es mía. No debí…

—No pasa nada.

—Sí pasa. Pero, bueno, soy idiota.

—No digas eso. No eres ninguna idiota.

—Ha sido un lapsus. Se me ha ido la cabeza. No volverá a suceder.

«No sucederá más». ¿Cuántas veces ha pensado eso en su vida? En cambio, ha vuelto a meter la pata. Se lamenta de su error y le gustaría encerrarse otra vez en aquel minúsculo baño y echarse a llorar. Pero no hay tiempo. Óscar le advierte de ello. La agarra por la mano y suben la escalera corriendo. Atraviesan la venta a toda velocidad y salen al exterior. Se detienen y miran a su alrededor.

—¿Dónde coño está el autobús? —pregunta la canaria, que ha apoyado las manos sobre sus rodillas e intenta recuperar el aliento.

—Se ha ido —dice Óscar, comprobando su reloj—. Han pasado veinte minutos desde que bajamos. Mierda.

—¿No es el deber del conductor comprobar que están todos los pasajeros?

—No lo sé, Ainhoa, no lo sé.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Voy a llamar a la compañía de autobuses. A ver si me dan una solución.

El vallisoletano se aleja unos metros con el teléfono en la mano, pegado a la oreja. Ainhoa lo observa inmóvil. Se siente fatal. Aquello ha ocurrido por su culpa. No solo ha intentado besarle, sino que han perdido el bus a Valencia por no controlar el tiempo en el cuarto de baño. No sabe hacer nada bien. Es normal que Óscar no quiera estar con ella.

—No me cogen el móvil —dice el chico tras regresar junto a la canaria—. He llamado cuatro veces y nada.

—Joder. ¿No hay más autobuses hoy que vayan a Valencia?

—Sale uno a las siete desde Madrid. Pero no sé si parará aquí, ni si nos dejarían subirnos —indica Óscar mientras busca la información en su móvil—. Voy a ver si puedo sacar dos billetes en Internet.

—Si no fuera tan tonta, no nos habría pasado esto.

—Joder, está completo —anuncia el chico, desesperado, frotándose los ojos con una mano.

—¿En serio?

Óscar le enseña a Ainhoa la pantalla de su teléfono para que lo compruebe por sí misma. El panorama se va poniendo más negro por momentos. Están en medio de algún lugar entre Madrid y Valencia sin saber cómo salir de allí.

—Bueno. Tranquilicémonos. Vamos dentro de la venta y pensemos qué podemos hacer.

La pareja regresa al restaurante de carretera y se sienta en una de las mesas. El local se encuentra completamente vacío, a excepción del camarero que los atendió antes y que ahora mata el tiempo leyendo un periódico atrasado. Cuando los ve, el

hombre se acerca a los chicos y, con unos modales que distan mucho de ser amables, les toma nota de sus refrescos.

—¿Y si le preguntamos a él? —dice Ainhoa cuando el tipo se ha marchado.

—No parece muy simpático. No creo que nos aporte muchas soluciones. Voy a llamar de nuevo a la compañía. A ver si hay suerte.

Pero continúa sin responder nadie al otro lado de la línea. Óscar se da por vencido tras intentarlo tres veces.

—No me queda otro remedio que anular la reserva del hotel de Valencia.

—¿Qué? ¿Vas a anularla?

—Sí, esto tiene pinta de que vamos a tener que pasar la noche por aquí. Si no anulo ya la reserva del hotel, me la cobrarán.

—¡Madre mía! La que he liado.

—Podría ser peor.

—¿Sí? No sé cómo…

—Imagínate que hubiésemos dejado las mochilas dentro del autobús al bajarnos de él.

Capítulo 12

Después de hablar con Verónica, a David se le acumulan todavía más dudas. Ella no ha vuelto a tener noticias de Fernando y, por consiguiente, tampoco de Manu desde la semana anterior. Y está seguro de que no miente. Había puesto a su exnovia entre la espada y la pared hacía unos días, apretándole las clavijas con una daga clavada en la piel. En aquella calle de Sevilla, soltó toda la información de la que disponía. Nunca ha creído en ese dicho, pero, en esa ocasión, el fin sí justificaba los medios. Su intención es la de encontrar a Fernando antes de que este pueda causarle más daño. Lo había amenazado en tres cartas con completar su venganza en cualquier instante. ¿Qué tendría pensado hacer aquel individuo?

El antiguo camarero de la cafetería de la residencia es un tipo peligroso. Su cabeza no funciona como debería y actúa desde la desesperación. Eso le hace impredecible y capaz de todo. Como vigilar pacientemente a todos los chicos del pasillo 1B, convencer a Manu para que le ayudase o infiltrarse en la Benjamin Franklin para acercarse más a él. Una historia digna de una película de fin de semana en la sobremesa de Antena 3.

Quizás la noticia de Edimburgo lo cambie todo. ¿Serán ellos los protagonistas? Si es así, uno de los dos estaría muerto y el otro… sería su asesino. No quiere el mal para nadie, pero debe admitir que no siente ningún tipo de lástima. El tiempo y las circunstancias de la vida lo han vuelto más duro y frío de lo que desearía.

Debe avisar a Toni de lo que ha descubierto. Él se maneja mejor en Internet y puede que logre recabar más información sobre el cadáver de Calton Hill.

Está a punto de salir de su habitación para ir a la del valenciano cuando alguien se anticipa y toca en su puerta. David abre al instante.

—¡Qué rapidez! ¿Me estabas esperando? —pregunta Silvia, que se ha cambiado la gorra. Ahora lleva una totalmente blanca y con el símbolo de Nike en azul.

—Sí, sabía que vendrías.

—¿Eres adivino?

—Algo así. Oye, ¿cuántas gorras tienes?

—¿Aquí? Unas veinticinco. En Cáceres, más de cincuenta.

—¡Qué pasada!

—Muchas coleccionan zapatos o bolsos; yo, gorras —apunta la chica sonriente —. Pero no he venido a hablar de mi pequeño vicio. ¿Está todavía en pie tu oferta para salir a dar una vuelta esta noche?

—¿Quieres venir?

—Sí, lo he pensado y tienes razón: puedo seguir trabajando mañana.

—Me alegro de que te hayas decidido. Tenía previsto irme en unos veinte minutos.

—¿Veinte minutos? Pues me voy a dar prisa para cambiarme de ropa. ¿Tengo que arreglarme mucho?

—Así estás bien —indica el sevillano después de mirarla de arriba abajo.

Silvia va vestida de una forma muy sencilla, con una camiseta blanca lisa de manga corta y unos vaqueros azules.

—No, hombre. Ya que salgo un sábado por la noche, deja que me arregle un poquito.

—Como quieras, pero no hace falta.

—Bueno, me doy prisa para no retrasar tus planes.

La chica se da la vuelta y se dirige hacia su habitación. David cierra la puerta de la suya y camina detrás de ella, que lo observa extrañada.

—Tranquila, no te estoy persiguiendo ni pretendo elegir tu ropa. Es que voy a la habitación de Toni.

—Por lo visto en este pasillo hay mucha vida social.

—Más de la que muchas veces quisiéramos. ¿Te recojo o me recoges?

—Voy yo a por ti, que me pilla de camino.

—Genial. Te espero en… ¿dieciocho minutos? ¿Te da tiempo para elegir qué gorra te vas a poner?

Silvia sonríe y mueve la cabeza a un lado y a otro. Se despide de él y entra en su habitación mientras el joven llama a la 1154. Toni no tarda en abrirle.

—¿Puedo pasar un momento? Quiero enseñarte algo.

—Estoy muy liado creándome el canal de YouTube.

—Solo serán dos minutos.

El valenciano se aparta y permite que David entre en su cuarto. El sevillano se acerca hasta donde reposa el ordenador y le pide permiso para buscar una noticia en Google. Toni accede y se coloca a su lado.

—Mira esto y dime qué piensas.

El chico de la cabeza rapada hace caso a su amigo y lee con atención la información que aparece en la pantalla de su portátil. No es demasiado larga, así que no tarda mucho.

—¿Crees que son ellos? —pregunta Toni en cuanto acaba.

—No lo sé. Hay pocos datos. Este diario lo ha copiado y traducido de la prensa escocesa, casi palabra por palabra. No he encontrado nada más. Por eso recurro a ti.

—¿Quieres que busque algo que relacione a Manu y a Fernando con este crimen?

—Existe una posibilidad entre cuarenta mil de que sean ellos. Pero tú te mueves en Internet mucho mejor que yo. A lo mejor tropiezas con algo que a mí se me ha pasado.

—Cuando termine con lo del canal de YouTube, me pondré a ello. Aunque no tengo demasiado tiempo.

—Es verdad, te vas luego con Isa al restaurante ese de los quesos a ver a *youtubers* —comenta David en tono jocoso—. Aunque tú pronto serás uno de ellos y tal vez te inviten a ese tipo de eventos.

—No me gustan esos eventos, con todo el mundo pendiente de ti.

—Piénsalo, ellos cenarán gratis y tú no.

—No paro de repetirme que estoy metiéndome en algo para lo que no sirvo. Y todo por una chica.

—El amor es así. ¿Ya le has puesto nombre al canal?

—Más o menos —responde el valenciano, frotándose nervioso la cabeza.

—¿Más o menos?

—Sí, se me ha ocurrido uno, pero aún no estoy seguro de si será el que utilice.

—Dímelo.

—Si te lo digo, te reirás.

—No me reiré. Lo prometo.

—He querido jugar con mi nombre, con el canal de Isa… Todavía no es definitivo. Tengo que pensármelo bien.

—¡Venga! ¡No te hagas de rogar! ¿Cómo te llamarás?

—Toni Pepperoni.

La carcajada de David es inmediata. Toni se sonroja y maldice en voz baja el haber confiado en su amigo.

—Está muy bien, de verdad —indica el sevillano segundos más tarde, mientras se seca con la mano una lágrima descarriada—. Tiene mucho gancho.

—No te burles de mí. ¿Suena muy ridículo?

—Para nada. Será un éxito. Lo veo claro. Y cuando salgáis juntos, Isa come Pizza y Toni Pepperoni grabaréis vuestras colaboraciones para YouTube en Ginos.

—O en La Tagliatella, ¿no?

—¡Sí! ¡También! —exclama David, que vuelve a reírse, aunque en esta ocasión con más moderación—. Me tengo que ir. Ya me contarás qué tal la cena de los quesos.

Y, tras darle una palmadita en la espalda a su amigo y recordarle que le eche una mano con lo de la información de Edimburgo, el sevillano se despide y regresa a su cuarto. Abre la puerta y, justo antes de entrar en la 1152, oye la voz de Elena en la habitación de enfrente. Enseguida, también suena la de Marta. Temeroso de que lo descubra en el pasillo, se mete rápidamente en su cuarto y cierra con cuidado de no hacer ruido.

Ya a salvo, respira hondo y se deja caer en la silla del escritorio. Le fastidia tener que esconderse de esa forma, pero tal vez es la única solución posible para no perjudicar a la que hasta hace dos meses era su novia. Si ha ido hasta allí, no cree que se conforme con pasar la noche tranquilamente junto a su hermana. Por eso, cuanto más tiempo esté fuera de la residencia, mucho mejor.

Si Silvia es puntual, en apenas tres minutos se marcharán. ¿Se habrá arreglado mucho para salir? Él no va muy de sábado noche. Quizás debería cambiarse de ropa. Raudo, se pone de pie y camina hasta el armario. Saca una camisa blanca con rayas azules y un pantalón vaquero, menos gastado que el que lleva puesto. Se desnuda y se viste en un minuto. Luego se calza unas botas negras. Para finalizar, un poco de

colonia y de espuma para el pelo. Listo.

La extremeña es como un reloj suizo y llama a su habitación a la hora acordada por ambos. Cuando el sevillano abre la puerta, se queda con la boca abierta. Silvia lleva un vestido blanco de tirantes, que le llega hasta las rodillas, y unos zapatos de tacón. También lleva una chaqueta vaquera, pero colgada del brazo. El pelo rubio se lo ha soltado y le cae larguísimo por la espalda. Se ha maquillado con un poco de rímel, que resalta el azul de sus ojos, y se ha pintado los labios de un rojo muy suave.

—¿Y la gorra? —Es todo lo que puede decir David, a todas luces impresionado.

—No voy a ponerme la gorra para salir un sábado por la noche. Y menos mal que me he arreglado un poquito, porque tú te has cambiado también.

—Bueno, solo porque tú me has dicho que te cambiarías.

La chica sonríe. David se ha puesto muy guapo. En realidad, con cualquier cosa lo estaría. El cambio de vivienda no ha podido ser más positivo. Y pensar que hasta hace unos días tenía que estar soportando a sus compañeras de piso… Ha sustituido a las hermanas malas de Cenicienta por un príncipe azul. Aunque su verdadero príncipe vive en Buenos Aires y no sabe nada de aquel encuentro.

—¿Nos vamos?

—Sí —contesta David al tiempo que cierra la puerta de su cuarto—. Es muy pronto todavía. ¿Te apetece que vayamos a tomar un café?

—Muy bien.

Los chicos salen del pasillo 1B y después del edificio. Conversan animadamente, ríen, bromean y cualquiera pensaría que hacen muy buena pareja. Sin embargo, alguien los ha visto desde una de las habitaciones de la residencia y no cree lo mismo.

—¡Dime que eso no es lo que parece! —grita Marta, fuera de sí, asomada a la ventana del cuarto de su hermana.

—¿El qué?

—¡Eso! ¡David va con una rubia!

Elena se aproxima y también contempla la escena a través del cristal. El sevillano y Silvia caminan juntos hacia la cancela de la residencia. Los dos van arreglados como para salir de noche. Siente como si le dieran un puñetazo en la boca del estómago.

—¡Joder! ¿Quién es esa zorra? —pregunta exaltada Marta.

—¡No hables así! —la reprende Elena—. Es la chica nueva. La que ha ocupado la plaza de Nicole. Vive en la 1155.

—¿Y por qué salen juntos? ¿Son novios?

—Que yo sepa, no. Se acaban de conocer.

—¡Pues esa puta no ha perdido el tiempo!

—¡Marta! ¡Que no hables así!

—¿Qué pasa? ¿No me puedo enfadar tampoco? ¿Qué hago? ¿Me quedo

embobada, sin decir ni mu, mientras me entero de que el chico del que estoy enamorada se tira a otra? ¿Y qué más? ¿Aplaudo? ¡Me duele que David se vaya con esa rubia! ¡No soy un trozo de madera!

Y tras los gritos, la pequeña de las hermanas se tumba en la cama y se echa a llorar con la almohada cubriéndole la cara. Elena suspira. Ya sabía que aquello no era buena idea y que tarde o temprano se liaría una gorda. Adiós a la tranquilidad. Tendrá que pasarse la noche consolando a Marta, pero ¿quién la consuela a ella?

Capítulo 13

—¿Nada?

—Nada. Continúan sin coger el teléfono. Y ya casi no tengo batería.

Óscar empieza a desesperarse de verdad. Parece mentira, pero en pleno siglo XXI, en la era de la tecnología, están en una venta, en medio del campo, sin saber cómo salir de allí. Para colmo, no hay ni un solo enchufe donde cargar el móvil en las paredes de aquel sitio.

—¿Y si hacemos autostop? —pregunta Ainhoa, que se siente culpable del desastre.

—No vamos a montarnos en el coche de un desconocido. Además, estamos a más de ciento cincuenta kilómetros de Valencia. No todo el mundo irá hacia allí. Voy a llamar para anular la reserva del hotel antes de que se me apague el teléfono.

—¿Y dónde nos vamos a quedar a dormir?

—Aquí —dice el vallisoletano, señalando la pantalla del *smartphone*.

—¿En un motel de carretera?

—Sí, está a solo un kilómetro y medio. A no ser que tengas un plan mejor que no suponga meternos en el coche de nadie.

—No tengo ningún plan, ni mejor ni peor.

El chico apura el último trago de su refresco y después llama al hotel de Valencia para anular sus reservas. En cuanto acaba, la batería del móvil se agota.

—Tenemos que irnos. No quiero estar mucho tiempo sin teléfono.

—¿Por qué? ¿Esperas una llamada? —pregunta la canaria, algo suspicaz.

—No. Simplemente es que no me gusta tener el móvil apagado. Y pronto se hará de noche. No es bueno que andemos por ahí a oscuras.

A Ainhoa no le convencen las razones de Óscar, pero se termina su refresco y se pone de pie. El joven la imita y juntos abandonan la venta.

—Bien. ¿Por dónde es?

—¿Me dejas tu móvil para ver cómo llegar antes? —le pregunta el chico.

Ella se lo entrega y el vallisoletano busca el nombre del motel en Google. Rápidamente obtiene la información y la localización del lugar en el mapa.

—Ya está. Hay que ir por ese camino y luego a la derecha —indica Óscar antes de devolverle el *smartphone* a Ainhoa.

La canaria no se guarda el teléfono y lo va observando mientras avanzan en silencio. No se siente bien consigo misma por como se han desarrollado los acontecimientos. Se suponía que iba a ser un día especial. Estaba deseando ver a Nicole y abrazarla. Todo se ha ido al traste. Ni siquiera la presencia de Óscar la anima. Este se comporta de una manera extraña, mintiéndole acerca de aquella estúpida llamada perdida. Y, ¡joder, ha intentado besarlo! ¿Qué estará pensando de ella? Seguro que nada bueno.

—Te has quedado muy callada. No le des más vueltas a lo que ha pasado.

—Me da rabia haberlo fastidiado todo.

—No pasa nada. Cuando lleguemos al motel, reservaré dos billetes para mañana a Valencia y ya está.

—Deja que los pague yo esta vez. Es lo menos que puedo hacer.

El chico asiente y continúan caminando por el sendero que han decidido tomar. Están completamente solos y únicamente escuchan el graznido de algunos pájaros y el ruido que hacen los coches que circulan por una carretera cercana pero que no tienen a la vista.

—Perdona por lo de antes —suelta Óscar de repente—. No tenía que haber insinuado nada cuando no has querido comer patatas. Me he preocupado sin motivo.

—Cada vez que no tenga hambre o no quiera comer no significará que haya recaído.

—Lo sé, por eso te pido disculpas.

—Ya sabes que, si me encuentro mal o tengo una crisis, te lo contaré. Gracias por preocuparte por mí.

Entre los dos se estableció un vínculo de extrema confianza durante las semanas en las que Ainhoa estuvo tratando su problema con la comida, primero en Madrid y después en Las Palmas. Ella le contaba lo que sentía, por WhatsApp, por Skype, por teléfono, y él trataba de ayudarla. Todos los días hablaban, la animaba y le preguntaba si había comido bien o si había vomitado. En ese asunto, no había secretos y podían conversar abiertamente sobre sus sensaciones. La chica incluso le detallaba las charlas con el especialista que había estado viendo en la isla y le enseñaba los progresos que iba consiguiendo en la báscula.

—Yo también te pido perdón —dice Ainhoa tras unos segundos en silencio—. No sé qué me pasó antes. Me refiero a…, a lo del beso. Bueno, al no beso.

—Ya me has pedido disculpas antes —señala Óscar, que sonríe por la manera de definirlo de la canaria.

—Ha sido un momento de debilidad y de confusión. Como te he dicho, no volverá a suceder.

El vallisoletano asiente sin hablar y continúan caminando en silencio. Está empezando a anochecer y ya no hace calor. Sopla un poco de viento que mece las ramas de los árboles con los que se encuentran a ambos lados del sendero. Es un aire frío que estremece a la canaria. Esta se detiene y abre la mochila en busca de una chaqueta con la que abrigarse.

—Mierda.

—¿Qué te ocurre?

—Me he dejado la chaqueta en el bus. Juraría que la había guardado en la mochila.

—Tal vez tenías la cremallera abierta y se te ha caído.

—No, me da que me la he dejado en el portaequipaje de arriba.

—Toma la mía.

El joven se desata la chaqueta que tiene amarrada a la cintura y se la da a Ainhoa. Esta se muestra reacia al principio, pero termina aceptándola. Se la coloca sobre los hombros y emprenden de nuevo el camino. Evidentemente, no va a confesarle que le encanta llevar su cazadora puesta. Gestos como aquel hacen que siga enamorada de Óscar. Un amor que estuvo dormido algún tiempo, pero que nunca se marchó del todo. Aunque solo pueda aspirar a ser amigos. Amigos, nada más que amigos.

Después de veinticinco minutos andando, llegan al motel, que está próximo a la carretera. En el aparcamiento hay estacionados una decena de coches y algún que otro camión. Se trata de un edificio de dos plantas cuya fachada pide a gritos una buena mano de pintura. Lo que más destaca a la vista es un indiscreto y parpadeante letrero luminoso con el nombre del lugar: «Dulces Sueños».

—Me da que aquí soñar y dormir, poco —bromea Óscar.

—No me quiero ni imaginar lo que podemos encontrarnos ahí dentro. Si mis padres supieran dónde voy a pasar la noche…

—Nosotros solo venimos a dormir.

—Ya. Pero el resto de clientes igual no. ¡Dios! Espero que las paredes no sean tan finas como las de la residencia.

Óscar sonríe al escuchar la ocurrencia de Ainhoa y se dirige hacia la puerta del motel. Abre y apenas a un par de metros de distancia se encuentra una modesta y pequeña recepción. Detrás del mostrador hay un hombre de unos cincuenta años, bajito, encorvado, de rostro desagradable. Teclea algo en un móvil viejo con sus dedos huesudos que terminan en unas uñas largas y sucias. El poco pelo que le queda lo tiene grasiento y le cae prácticamente en su totalidad por la parte derecha de la cabeza. Cuando se da cuenta de la presencia de la pareja, esconde el teléfono y les dedica una tibia sonrisa. Posiblemente la misma que muestra a todos los huéspedes.

—Buenas tardes —saluda el chico, que ha sentido repulsión por aquel tipo nada más verle—. ¿Tiene habitaciones disponibles?

—¿Habéis hecho reserva? —pregunta el hombre con un acento que parece de Europa del Este.

—No. No tenemos reserva.

El recepcionista consulta en un antiguo ordenador de mesa si le queda alguna habitación libre. Ainhoa también lo mira con desagrado y se lamenta una vez más de haber perdido el autobús que los llevaba a Valencia.

—Habéis tenido suerte. Me queda una habitación.

—¿Una? Necesitamos dos —indica Óscar.

—¿Dos? —pregunta el hombre sorprendido. Ninguna pareja suele ir a su motel en busca de dos habitaciones—. Esperad, voy a volver a mirar.

El hombre se centra de nuevo en el ordenador y echa un vistazo al panel de habitaciones.

—Lo siento, solo tengo una libre. En fin de semana esto se llena.

Otra vez aquella sonrisa tibia tan desagradable. Óscar y Ainhoa se miran. La chica se encoge de hombros, como delegando la responsabilidad de elegir en su amigo. Por ella no hay problema en compartir cuarto. ¿Y por él?

—Muy bien. Nos quedamos con esa habitación.

—Perfecto. Necesito vuestros DNI.

Los chicos buscan en sus mochilas y sacan su documentación. Se la entregan al recepcionista, evitando en la medida de lo posible rozarse con sus manos mugrientas.

Mientras el hombre toma nota de sus datos, les habla sobre el precio de la noche, cincuenta euros, y el horario del desayuno. También les da la clave para conectarse al wifi.

—La salida es a las doce. Si os pasáis, deberéis abonar diez euros por hora de más.

—Nos iremos temprano.

—Eso ya es decisión vuestra. Por cierto, que no os he advertido, solo hay una cama en la habitación. Aunque es de matrimonio. ¿Vais a pagar en efectivo o con tarjeta?

Capítulo 14

Hace más o menos una hora que tuvo la charla con Marc. Todavía está asimilando lo que ha pasado. A Julen le pide el cuerpo un cigarro, pero no van a vencerle las ganas de fumar. Sentado en la cama, mirando en el móvil las fotos que tienen juntos, no se quita de la cabeza la conversación que han mantenido.

—Ya he hablado con mis padres.

—¿Y qué te han dicho? ¡Cuéntamelo! ¡Me tienes en ascuas!

Julen camina de un lado para otro de la habitación, nervioso. Marc por fin le ha llamado. Por su tono de voz no ha logrado descifrar si lo que ha sucedido en la comida con sus padres ha sido bueno o malo.

—Mi madre ha reaccionado bien.

—¿Y tu padre?

—Se ha levantado y se ha marchado del restaurante.

—¿Qué? ¿Se ha ido?

—Sí. Sin decir nada —indica Marc, en el que Julen percibe una mezcla de enfado, tristeza y decepción—. Ni siquiera ha tenido huevos para recriminarme o echarme la bronca. Le he confesado que soy gay, que me di cuenta hace tiempo de que me gustan los chicos. Y él ni se ha molestado en mirarme a los ojos y soltarme lo que piensa.

—Joder, lo siento.

—Tú no tienes la culpa.

—¿Y tu madre qué ha hecho?

—Nada. Dice que es mi padre y debo respetarlo. Aunque la he notado muy tocada; no por mí, sino por su reacción. Ella ya había intuido que yo era homosexual.

No es la mejor de las noticias, aunque, en cierta forma, sospechaba que sucedería algo por el estilo. Eso no quita que se sienta mal por su novio. Imagina por lo que debe de estar pasando después del desplante de su padre.

—¿Cómo te encuentras?

—Me siento raro. Muy raro. No es fácil asumir el rechazo y el menosprecio de la persona que se supone que más te quiere en el mundo.

Julen entiende su malestar. Le apetece estrecharle entre sus brazos y achucharle. Marc no suele mostrar síntomas de debilidad, pero está claro que aquel asunto le ha superado.

—¿Cuándo vas a venir a la residencia?

—No lo sé. Estoy con mi madre dando una vuelta por el centro. Hemos parado en una cafetería para que se tome un té. Yo me estoy bebiendo una tila para calmarme. Me gustaría intentar hablar con mi padre, pero no estoy seguro de que eso sea posible.

—¿Le has dicho algo de mí a tu madre?

—¿Quieres que le cuente lo nuestro?

—Como tú veas. Si eso lo complica más, quizás sea mejor hacerlo en otro momento —comenta el navarro dubitativo—. ¿Vendrás a cenar? Estoy deseando verte.

—Yo también tengo ganas de verte a ti. Dentro de un rato te llamo, a ver cómo va todo y si ceno con ellos o en la *resi*. Ahora te dejo, que mi madre está sola.

—Bien. Hablamos luego. Marc… Te quiero.

Se sonroja al pronunciar esas últimas palabras y aguarda expectante a que el otro chico rompa el silencio y se atreva a decirle lo mismo.

—Te quiero, Julen.

Recibir esa respuesta le pone los pelos de punta. No necesita nada más. Cuelga y se queda sentado durante un buen rato, inmóvil, pensativo, con el regusto dulce de aquel primer «te quiero».

A la misma hora, en la habitación de enfrente

Se acerca hasta la ventana y baja la persiana. Lo último que desea es que alguien la vea haciendo lo que tiene pensado llevar a cabo. Iria apaga la luz, enciende el flexo del escritorio y levanta la pantalla de su ordenador portátil. Luego extrae del bolsillo de la sudadera un paquetito transparente y lo examina con curiosidad. Ya lo había visto antes, pero la primera vez lo dejó donde lo había encontrado: dentro de aquel ejemplar de *Ángeles y demonios* que halló en la habitación de Manu el día que se marchó. Era peligroso tenerlo en su cuarto o en el de Julen. Tampoco Eva quiso hacerse cargo de él por miedo a la tentación y a recaer en algo de lo que parecía que ya había salido. Así que los tres determinaron no cambiarlo de sitio.

¿Qué tendrán aquellos polvos blancos para que tanta gente se vuelva loca por ellos?

Ella ni siquiera sabe cómo se consumen. ¿Se inhalan por la nariz? ¿Se ingieren por la boca? De lo único que está segura es de que debía sacarlos de la habitación del malagueño. Es muy posible que pronto entren a registrarla si no aparece. Y, si la gente de la residencia o la policía encontrase la bolsita, las cosas se pondrían todavía más feas.

Escribe en Google la palabra «cocaína» y le da al *enter.* Hay más de siete millones de resultados. El primero es el de la Wikipedia. Clica en el enlace y espera unos segundos a que se cargue la página. Necesita más información, comprender a lo que se está enfrentando. Lee para sí, preocupada, bajando el cursor con la mano derecha y analizándolo todo con extrema atención:

> La cocaína o benzoilmetilecgonina según la Denominación Común Internacional, también conocida simplemente como coca, es un alcaloide tropano cristalino y fuerte estimulante utilizado sobre todo como droga

recreativa. Las formas más comunes de consumo son inhalación, insuflación o inyección en vena. Los efectos mentales que provoca incluyen la pérdida de contacto con la realidad, agresividad, la agudización del estado de alerta y manía persecutoria, una intensa sensación de felicidad y agitación psicomotriz. Los síntomas a nivel físico son una rápida frecuencia cardiaca, sudoración y dilatación de las pupilas. Altas dosis pueden provocar una tensión arterial alta y el aumento de la temperatura corporal. Los efectos comienzan apenas unos segundos (o minutos) después de su consumo y duran entre cinco y noventa minutos. Aunque la mayor parte de su consumo se realiza de forma ilegal, la cocaína tiene un pequeño número de usos médicos aceptados como anestésico tópico y antihemorrágico durante cirugías nasales, entre otras.

Se le hace un nudo en la garganta y el estómago se le agita. Conforme va leyendo el resto de la información que proporciona la Wikipedia, peor se encuentra. Aunque también se activa en ella una extraña curiosidad. ¿Qué se sentirá con aquella sustancia dentro del organismo? ¿Le pasará algo por probarla? No se va a enganchar por un poquito de nada. Simplemente desea experimentar lo mismo que Manu cuando consume aquellos polvitos blancos. Solo será una vez.

Recupera el sobrecito transparente que había abandonado junto al ordenador. Lo abre y echa una pequeña cantidad encima del escritorio. ¿Y ahora qué? Lo hará a su manera. Con la lengua se moja los dedos índice y corazón de la mano derecha. A continuación, los impregna de la droga. El corazón le late a mil por hora. ¿Está segura de hacerlo?

Se coloca la capucha negra de la sudadera sobre la cabeza para cubrirse lo máximo posible. No las tiene todas consigo. Ni siquiera está seguro de que deba aparecer por allí. Demasiado riesgo. Pero ha sido inevitable dirigirse a la residencia Benjamin Franklin. El vínculo que le une con aquel lugar todavía es muy fuerte, aunque desaparecer un tiempo era completamente necesario. Su vida está marcada, nunca podrá ser como antes. Y menos después de lo que sucedió la semana pasada en Edimburgo.

Recuerda con dolor cómo recibía un golpe en el rostro, en el vientre, en las costillas… Y cómo, a su vez, él lanzaba sus puños contra su adversario. ¡Qué estúpidos fueron!

—¡Casi me matas! —grita confuso Fernando, que se aparta de su rival gateando. Durante unos segundos ha perdido la consciencia—. ¡¿Eres gilipollas o qué te pasa?!

—¡Has empezado tú, capullo!

Manu escupe sangre sobre la hierba de la pradera de Calton Hill. Tiene el labio roto y las manos amoratadas. Le duele mucho el pecho. Espera que aquel idiota no le haya fracturado ninguna costilla.

—La culpa es tuya por no querer compartir la coca.

—Te he dicho que te guardes el mono para cuando llegues a casa. Aquí nos pueden pillar.

—¡Cómo nos van a pillar! ¡Si estamos solos!

Fernando logra ponerse de pie y camina de nuevo hasta el malagueño, que continúa sentado sobre la hierba. Le muestra las palmas de las manos en son de paz. No quiere más guerra, solo un poco de eso que posee Manu y que no ha logrado arrebatarle.

—He visto antes a una pareja de sudamericanos rondando por aquí.

—Se han marchado ya. ¡Te repito que estamos solos!

Manuel mira a su alrededor. Parece que no hay nadie cerca de ellos. Aun así no se fía.

—Me debes una muy grande —dice el malagueño dándole el sobrecito transparente—. Apúrate, no quiero que nos vean.

Fernando esboza una enorme sonrisa y prepara aquellos polvos blancos para inhalarlos. Manu lo observa mientras saca un pañuelo y se limpia la sangre de la boca.

—¿Tú no quieres?

—No. Paso. Y tú también deberías pasar. Estás demasiado enganchado.

—¿Y me lo dices tú? ¡Por tu culpa empecé a consumir yo!

Manu se levanta y trata de estirar sus músculos. Le duele todo el cuerpo y está algo mareado. ¿En qué se ha convertido? En un tipo detestable, como el que tiene a su lado. ¿Quería eso? No, nunca quiso ser alguien así. Echa de menos la residencia. Echa de menos a Iria. Pero todavía no puede regresar a España. ¿O sí? Lleva más de dos meses fuera, alejado de todo. No ha hablado con sus compañeros de pasillo, que ni siquiera saben dónde está. ¿Y si vuelve? Tendría que dar millones de explicaciones. Posiblemente todos se hayan enterado de su problema. De su gran adicción a las drogas. ¿Cómo puede salir de toda esa mierda en la que se ha metido?

Observa a Fernando y siente lástima de sí mismo. Solo son dos yonquis inútiles. Debe dar un paso adelante para apartarse de ese mundo.

—Quédate con eso. No lo quiero —dice Manu refiriéndose al paquetito transparente. Y saca el móvil del bolsillo.

—¿Me lo das todo?

—Enterito para ti.

—No me lo puedo creer. ¿Qué te pasa? ¿De repente quieres ser una buena persona?

—Voy a dejarlo.

—¿Dejarlo? —comenta irónico Fernando—. ¡No te lo crees ni tú! ¡Eres un

drogadicto!

Pero Manu no desea seguir escuchando. Se aleja del otro chico y marca el número de Iria. Traga saliva cuando la joven coruñesa contesta al otro lado de la línea. El corazón le late muy deprisa.

—¿Sí?

—Hola, gallega.

Imagina la sorpresa que debe de haberse llevado. Y sonríe. Sonríe emocionado. Hasta se le escapa una lágrima; él, que nunca llora.

—¡Manu!

—Veo que te acuerdas de mí.

—¿Dónde estás? ¿Dónde has estado?

—Viajando.

—¿Viajando? ¿Por dónde?

—Por ahí, no es importante. Nada ya es importante. Voy a volver a la residencia.

Lo ha soltado de improviso. Sin pensarlo. ¿Es una buena idea? Quizás no, tal vez es la peor idea de la historia. Pero ya lo ha dicho.

—¿Qué? ¿De verdad?

—Sí, el lunes os veré a todos ahí. Solo quería que lo supieras para que no os coja desprevenidos.

Y cuelga sin decir nada más y sin permitir que la chica le pregunte. Rápidamente se echa las manos a la cabeza. ¡Qué coño acaba de hacer! ¿Volver a España? ¡No es el momento! Sin embargo, el cosquilleo que siente por dentro indica lo contrario. Debe prepararlo todo para su regreso.

Un regreso que finalmente se complicaría.

Capítulo 15

Se bajan del metro que los ha dejado en Gregorio Marañón y avanzan por los pasillos abarrotados de la estación hacia la salida. Isa coge de la mano a Toni y tira de él. Quiere que anden más deprisa.

—¡Vamos a llegar los últimos al restaurante! —grita la chica con desesperación —. Es muy tarde. No vamos a ver a nadie.

—Pero si solo son las ocho y media y el evento empieza a las nueve. ¡Y estamos aquí al lado!

—No hables tanto y corre.

—Que no hable tanto, dice. ¡Me estresas!

La joven sonríe pícara, torciendo la boca, y acelera un poco más. Salen de la estación y avanzan a paso ligero por la calle José Abascal. En el número 61 se encuentra Poncelet, el *cheese bar* en el que varios *youtubers* van a realizar una cata de quesos.

De pronto, Isa se detiene en seco. Aprieta el brazo del valenciano y se pone a dar saltitos.

—¿Qué te pasa?

—Dios. Es ella. Mira —susurra Isa, conteniendo un grito, mientras señala a una joven que viene de frente y va a entrar en el restaurante.

—No sé quién es.

—¿En serio? ¿En qué mundo vives? ¡Es Rebeca Stones!

La chica escucha su nombre y se queda mirando a la pareja antes de entrar en Poncelet. Isa se da cuenta de que la está observando y corre hasta ella. Cuando la tiene delante, le da un abrazo.

—¡Qué alegría verte! ¡Soy una gran seguidora tuya! —exclama mientras la estruja.

Rebeca consigue separarse de la otra chica y sonríe de manera forzada pero amable. Le da las gracias y recompone su figura, colocándose bien la camisa que lleva puesta. Luego saluda con la mano a Toni, que ha llegado hasta ellas.

—De verdad. Amo tus vídeos.

—Muchas gracias… Perdonad, pero os tengo que dejar ya porque me están esperando —indica la *youtuber*, que ha empezado a abrir la puerta del restaurante.

—Nosotros vamos a cenar también aquí. ¿Cuál es tu queso preferido?

—Mmm, creo que la *mozzarella*.

—¡El mío también! ¡Me encanta la *mozzarella*!

—Tienes buen gusto —bromea Rebeca, que está a punto de entrar en el restaurante—. Bueno, os veo luego —se despide la joven.

Isa y Toni también cruzan la puerta de Poncelet. Un camarero les pide que esperen después de indicarle a Rebeca Stones que suba por una escalera que lleva a una especie de biblioteca.

—Qué simpática es. A lo mejor le pido una colaboración.

—¿Vas a acosar así a todos?

—¡No la he acosado! Somos colegas de YouTube. Aunque ella tenga un montón más de suscriptores que yo. ¡Y eso que es superjoven!

—Espero que tu número de suscriptores no siga creciendo mucho. Por lo menos en este mes.

La chica vuelve a sonreír al escuchar las palabras de su amigo. Le da una palmadita en el hombro y entra a través del móvil en el canal que ha creado el valenciano. No puede aguantar la risa cuando ve el vídeo de presentación provisional que ha subido y que ha grabado con el móvil en plan cutre. Le siguen seis personas.

—No te des por vencido. Todavía tienes treinta días para superarme, Toni Pepperoni —indica Isa. Y suelta otra carcajada.

—Eres muy mala conmigo.

—¿Yo? El que algo quiere, algo le cuesta. Yo solo tengo un amor.

—YouTube.

—Exacto. Pero, para que veas que no soy tan cabezota ni cierro puertas, te he dado una oportunidad.

—Eres muy generosa.

—¿A que sí?

En ese instante, un camarero se acerca hasta ellos. Solicita que lo acompañen y los conduce hasta el interior del restaurante. El comedor principal es inmenso pero muy acogedor. Está prácticamente lleno. El mostrador del fondo, en el que ven un amplio surtido de quesos, lo han preparado especialmente para la cata de los *youtubers*. Isa suplica que los sienten en la mesa que está justo delante, en la que no hay nadie, pero el chico le indica que está reservada. Así que los lleva hasta otra, un poco más alejada, que se encuentra bajo un curioso jardín vertical.

—Si fuera famosa, nos habrían dado la mesa de enfrente del mostrador.

—No te quejes. Desde aquí también se ve muy bien.

—Pero ellos no me verán a mí entre tanta gente —se lamenta Isa antes de echar mano a la carta de quesos que el camarero le ha dado tras explicarles el funcionamiento del restaurante.

Tienen un menú exclusivo de quesos, en el que cuentan con varias tablas. Una es la especial del día, con seis clases diferentes. Las piezas están colocadas y hay que comerlas en un orden determinado: de más suave a más fuerte. También disponen de otra carta variada en la que están indicados los platos que contienen queso entre sus ingredientes.

—Todo tiene una pinta espectacular —comenta la chica. Se le hace la boca agua solo de pensar en el suculento banquete que tiene por delante.

—Sí, solo hay un problema.

—¿Cuál?

Toni se asegura de que ningún camarero se encuentra cerca antes de hablar.

Luego se inclina sobre la mesa y susurra.

—¿Has visto los precios?

—No, ni me he fijado. Como pagas tú…

—¿Qué? ¿Cómo que pago yo? ¡Vamos a medias!

—Pues entonces solo puedo pedir un vaso de agua —reconoce Isa, cerrando la carta—. No me he traído dinero.

—¿Por qué no te has traído dinero?

—Porque pensé que me invitabas. O eso he entendido cuando me dijiste que querías que cenáramos juntos.

El valenciano se queda a cuadros con su respuesta. ¿En qué momento le dijo que pagaba él la cena? ¡En ninguno! ¡Qué cara más dura! Saca su cartera y comprueba el dinero que tiene en ella. Dos billetes de veinte euros y uno de diez. Viendo los precios de la carta, irá muy justo, aunque cree que podrán cenar los dos.

—Está bien. Te invito a cenar. Pero a la próxima pagas tú.

—De acuerdo. ¿Cuánto tenemos de presupuesto?

—Si no quieres que nos quedemos lavando platos, cincuenta euros.

—Suficiente. ¿Pedimos la tabla del día y un par de cervezas?

El chico examina los precios en la carta y asiente. Llaman al camarero, que rápidamente les toma nota con la propuesta de Isa. Antes de marcharse, el muchacho los felicita por su buena elección.

—Este sitio es muy *top* —comenta Isa nerviosa y pendiente de si aparecen los *youtubers*.

—Si te gusta el queso.

—A todo el mundo le encanta el queso. Es como los churros con chocolate. ¿Hay alguien en el universo a quien no le gusten?

—No me hables de churros y de chocolate, por favor —protesta Toni, que no está seguro de que su amiga no los haya mencionado a propósito.

—Tal vez deberías hacer un vídeo de ese tipo para que te suban los suscriptores.

—Me lo pensaré.

Toni percibe el sarcasmo en la proposición de la chica y decide no entrar al trapo. Siempre está igual. Le encanta meterse con él; fastidiarle. ¿Qué habrá visto en ella para que esté tan colado? Amores extraños, que cantaba Laura Pausini.

El camarero les trae las cervezas e inmediatamente después se escucha un murmullo que acaba en aplausos. Los *youtubers* saltan a escena. Se trata de Rebeca Stones, OMGlobalNews, Julen Hernández, Marta Riumbau, Abi Power, Andrea Compton, Zeus Santorini y Rush Smith.

—¡Joder! ¡Ahí están! ¡Qué emoción! —exclama Isa, que da un gran trago a su bebida. Incluso se ha puesto de pie para aplaudirlos.

Los ocho chicos son presentados por la actriz Paula Dalli, que hace de conductora del evento. Junto a ellos está uno de los camareros del restaurante y uno de los encargados. La cata que realizarán será la de los quesos de la tabla del día.

—¡La que hemos pedido nosotros! —grita satisfecha Isa al enterarse—. Iremos comiendo al mismo ritmo que ellos. ¿Qué te parece?

A Toni le da igual hacerlo así o no, aunque acepta. Se siente feliz al contemplar a la chica tan contenta. Ve la emoción en sus ojos. Su risa es natural y sincera al escuchar hablar a sus ídolos. Irradia energía, fuerza, carisma… Quizás el que le falta a él. Entonces comprende el motivo por el cual se ha enamorado de ella. Aquella joven aspirante a *youtuber* de éxito es única y especial, y él hará lo que pueda para estar juntos. De momento, se conforma con verla sonreír a su lado a pesar de que él no es el motivo por el que sonríe.

La cata de quesos se convierte en un *show* de los ocho *youtubers*, que no cesan de gastarse bromas entre ellos. Interactúan constantemente con los asistentes, que cenan mientras tanto. Isa trata de intervenir el máximo de veces posible e incluso recibe un piropo de Rush, uno de sus referentes.

Cuando los *youtubers* acaban, la ovación en el *cheese bar* es atronadora. Se retiran con una reverencia y un camarero los guía hasta una zona privada del restaurante para que también cenen.

—Son increíbles. Ojalá yo algún día llegue hasta donde están ellos —murmura admirada Isa, dando el último sorbo a su segunda cerveza.

—Seguro que lo consigues.

—¿Tú crees?

—Claro. A ti te apasiona YouTube tanto como a esos chicos. Y eres muy buena. Yo te veo en actos de este tipo, en los que te inviten a comer queso y conquistes a la gente. Y lo harás genial. Como lo han hecho ellos. Verás como no me equivoco.

Isa sonríe de oreja a oreja. Se levanta de la silla, se inclina sobre la mesa y le agradece el comentario con un beso en los labios. Es muy cortito, pero a Toni le parece inmenso. En un mes, su canal debe superar en suscriptores al de ella como sea.

—No te vengas arriba. Solo ha sido un beso —dice la chica, sentándose de nuevo.

—Tranquila. No me lo he tomado como algo más —replica Toni, que es ahora quien se pone de pie—. Voy al baño.

—Aquí te espero. A ver si aparece alguno de los *youtubers* y me puedo hacer una foto.

—Suerte.

El valenciano se marcha y avanza por el comedor hasta llegar a unos escalones. Los sube y enseguida da con el pasillito que conduce hasta los cuartos de baño. En la puerta del que es para chicas reconoce a una joven con el pelo rojizo. Es Abi Power. A Toni le da vergüenza saludarla y entra directamente en el destinado a los hombres. Pero está ocupado. Así que sale de nuevo y espera su turno pegando la espalda a la pared. De reojo, observa a la *youtuber*, que escribe en el móvil. De pronto, se le ocurre una idea. Aunque para ello debe derribar un muro de inseguridad y hablar con la chica. Piensa en Isa y se lanza.

—Hola. Eres Abi, ¿verdad?

La joven levanta la mirada y dedica una sonrisa al chico de la cabeza rapada, que le resulta simpático.

—La misma. ¿Qué tal?

—Hasta arriba de queso.

—Yo he pedido pescado —dice la chica mientras guarda el teléfono en su cazadora vaquera—. Pero el queso que nos han dado en la cata estaba muy bueno.

—Sí, genial.

En ese momento, una mujer sale del baño. La *youtuber* entra después de despedirse de Toni con un «hasta la próxima».

Mierda. Se le ha escapado la oportunidad. Pero no va a rendirse.

Unos segundos más tarde, el baño de chicos también queda libre. Sin embargo, el valenciano no entra. Aguarda paciente en la puerta a que Abi aparezca otra vez. Cuando esto sucede, respira hondo. Se quita la vergüenza que le embarga y va directo al grano, ante la sorpresa de la chica.

—Perdona que te moleste. Creerás que estoy loco. Pero es una cuestión de vida o muerte.

Capítulo 16

Después de beberse un refresco en la plaza de los Cubos, recorrer Gran Vía y Fuencarral, parándose en alguna tienda, y cenar en un garito de Malasaña, Silvia y David buscan un local donde tomarse una copa. En esas horas que han pasado juntos se han ido conociendo un poco más y no hay duda de que han congeniado. Se caen bien, aunque no se lo han contado todo. Tal vez es demasiado pronto. La chica no le ha hablado de su relación a distancia con un argentino mucho mayor que ella y él no le ha mencionado sus sentimientos hacia Elena, ni lo que sucedió en el pasado con Rocío Costa. Tampoco le ha explicado nada sobre Verónica, Fernando o la desaparición de Manu. De este último, el sevillano se ha limitado a decirle que es un verso libre y que actúa por su cuenta.

—En el pasillo cada uno tenemos una personalidad diferente —comenta David, eludiendo darle más información sobre el malagueño—. Es normal, viniendo de ciudades de España tan distintas. Somos como una especie de familia, aunque no siempre nos entendamos o nos llevemos bien.

—Lógico. Es comprensible.

—Dentro de un grupo siempre tienes a alguien más afín. Esa persona que te genera más confianza. Por ejemplo, Óscar y Ainhoa son uña y carne desde el principio, aunque tuvieron una época complicada en la que se distanciaron.

—Se los ve muy unidos. ¿Son pareja?

—No. Él estuvo con una chica hasta enero. Y ella también ha tenido sus historias. Solo son amigos. Como les pasa a Iria y a Julen.

—¿Ellos tampoco son novios?

—Tampoco. Son muy buenos amigos. Pero no mantienen una relación.

—¿Y Elena? ¿No está con nadie?

David traga saliva y piensa unos segundos lo que debe responderle. Finalmente, prefiere contarle una verdad a medias.

—Salió durante unos meses con Martín Arias Carmona, el hijo del subdirector de la residencia.

—¿En serio? ¿Y lo dejaron?

—Sí, hace un par de meses. No terminaban de entenderse.

—¿Hubo terceros?

Otra vez David se enfrenta a una disyuntiva. A su mente acude instintivamente el beso que se dieron antes de Navidad. No imaginaba que tendría que contestar preguntas tan complicadas. No quiere mentirle a Silvia, pero tampoco puede ser completamente sincero con ella.

—No lo sé. Creo que simplemente no estaban hechos el uno para el otro.

—Elena es muy guapa. Seguro que no le faltan pretendientes en la universidad.

El sevillano opta por callarse y no decir nada más sobre ese asunto. Es algo que ya ha pensado en numerosas ocasiones: ella no quiere salir con él por ser el exnovio

de Marta, pero tarde o temprano podría aparecer otro chico que le gustara. De su clase, de la residencia o alguien a quien conociera saliendo de fiesta. ¿Cómo lo afrontaría él? No tiene ni idea, aunque no sería nada fácil.

En cualquier caso, David prefiere cambiar de tema y no pensar más en Elena esa noche.

—¿Y a ti? ¿No te atrae ningún chico de tu clase o que hayas conocido en la universidad?

—La verdad es que… estoy muy liada con la carrera como para conocer a gente. Además, no he salido mucho en estos meses que llevo viviendo en Madrid.

—Arquitectura debe de ser estresante.

—Sí. Como te dije antes, hay que trabajar mucho y todos los días. Pero también influyó que no me llevara bien con las chicas con las que compartía piso. Su forma de ser no cuadraba con la mía.

—No tuvo que ser fácil.

—Fue una pesadilla. Por suerte, todo eso quedó atrás.

La pareja continúa caminando y charlando por la zona de La Latina. Ven un *pub* con buena pinta, en el que no hay demasiada gente todavía, y deciden entrar. Se sientan en unos taburetes altos de la barra y piden un botellín de cerveza cada uno. Suena una canción de Justin Timberlake.

—Me encanta este temazo —indica David, bailoteando sobre su asiento.

—A mí también. Aunque soy más del otro Justin.

—¿Te gusta Bieber?

—¿Bromeas? ¡Es el mejor! —exclama eufórica la extremeña—. Y el que diga que su último disco no es una auténtica pasada no entiende de música.

Durante más de cinco minutos Silvia le cuenta a David las virtudes de uno de sus grandes ídolos. Le advierte que aquel chico ya no es el crío de *Baby* y que, pese a los problemas que ha tenido últimamente, su evolución como artista ha sido espectacular.

—Sí que eres fan de él.

—¡Es mi gran amor platónico! Aunque, sobre todo, lo que me gusta es su música, que es muchísimo mejor de lo que la gente piensa.

—Tendré que escucharla detenidamente. Porque yo pertenezco a esa gente de la que hablas.

—¡Qué dices! ¡Estoy tomándome una cerveza con un *hater*!

La chica se tapa la cara con las manos teatralmente. Cuando se las quita del rostro, aparece esbozando una sonrisa.

—No soy *hater* de nada —la corrige David, agarrando el botellín—. Y te lo voy a demostrar.

El sevillano se baja de un salto del taburete, da un trago a su cerveza y se dirige hacia el fondo del *pub*. Silvia lo observa intrigada. ¿Qué pretenderá? Mientras su acompañante regresa, echa un vistazo al móvil, que apenas ha mirado en toda la tarde. Entra en su Facebook y encuentra un mensaje privado. Ya imagina de quién es.

«Hola, muñeca de ojos azules. No te he visto conectada a Skype, ni tampoco has pasado por las redes sociales. ¿Estás trabajando? ¿Tenés un descansito para mí? Me gustó mucho lo de antes. Aunque me supo a poco. Necesito más. Vos sos todo. Lo mejor que me ha pasado en la vida. Escribime cuando puedas. No quiero que te vayas a la cama sin desearte una linda noche».

Lo ha escrito hace cerca de una hora. Gabriel no debe de estar muy contento por no recibir respuesta. De hecho, hay otro mensaje, de hace un cuarto de hora, preguntándole de nuevo dónde está y si hay algún problema. La chica va a contestarle, pero en ese instante comienza a sonar en el local *As long as you love me*, de Justin Bieber. Acto seguido, aparece David.

—¿Ves como no soy ningún *hater*?

—¿Cómo has conseguido que la pongan?

—Hablando con el que pincha la música. Así de fácil. ¿Te gusta este tema?

—Muchísimo. Gracias.

La sonrisa de Silvia es un premio para David, que se lo está pasando muy bien con ella esa noche. El chico alza su botellín y le insta a que brinden.

—Por la gente que cree que Justin no es tan bueno, pero le da una oportunidad —dice la extremeña, tras incorporarse.

—Por las *believers* de ojos azules.

La chica se sonroja y baja la mirada un instante, azorada. Aunque enseguida vuelve a levantarla y clava sus ojos en los de David. Chocan las cervezas en el aire. Dan un trago y vuelven a sentarse en sus taburetes. La canción termina y empieza otra de la que desconocen su intérprete. Continúan la conversación sobre música y cantantes con un segundo botellín. Silvia se encuentra tan a gusto que se olvida de responder a Gabriel. Sin embargo, el argentino no se da por vencido. El móvil de la joven suena y esta descubre que la llaman desde el otro lado del charco. No es habitual, ya que casi siempre usan Skype por el coste de las llamadas telefónicas de un continente a otro. Se disculpa con su compañero de pasillo y sale aceleradamente del *pub* con el *smartphone* en la mano. Ya en la calle, contesta.

—¿Sí? ¿Gaby?

—¿Por qué no me escribís? —pregunta el hombre sin tan siquiera saludarla—. Llevo esperando tu mensaje más de una hora.

—Perdona. Es que…

—¿Dónde estás? Escucho ruido.

—Estoy… en la calle —dice Silvia, sin capacidad para improvisar otra respuesta.

—¿En la calle? ¿No te encontrás en la residencia?

—Bueno, no. He salido a… dar una vuelta.

—¿Con quién?

—Con gente de mi pasillo. Ha sido una decisión de última hora. Te iba a escribir,

pero no tenía buena cobertura en el sitio en el que estábamos.

La chica se percata inmediatamente de que esa es una excusa horrible. El silencio que viene a continuación resulta de lo más tenso.

—¿Ya no te importo? —pregunta el argentino, endureciendo su tono de voz—. ¿Olvidaste lo que sentís por mí?

—¡No! Claro que no. ¿Por qué dices eso?

—Porque preferís estar por ahí, con gente que acabás de conocer, a conversar conmigo.

—No seas así, Gaby. Sabes que te quiero. Que estoy enamorada de ti. Te lo he demostrado muchas veces.

—Últimamente, no tanto. Tengo que pedir audiencia para poder hablar con vos. Antes no era así. ¿Es que querés terminar lo nuestro?

A Silvia le empieza a temblar el cuerpo. Se siente mal al oír aquello, no le gusta lo que Gaby le está diciendo.

—No, claro que no.

—Si es lo que deseás, solo tenés que decírmelo.

—No sigas, por favor. Te quiero y no deseo perderte —insiste la extremeña, secándose las lágrimas—. Solo he salido a tomar algo con unos amigos. Nada más.

—Entiendo que sos joven. Que tenés que salir con chicos de tu edad. Pero entendeme vos también a mí. Estamos muy lejos y la persona a la que amo se divierte por ahí con otros. ¿No es comprensible que tenga dudas o que me sienta mal? Sos tan bonita que todos los pibes querrían salir con vos.

—No voy a salir con nadie que no seas tú. Me encantaría que estuvieras aquí conmigo y fuéramos a cenar juntos y hacer todo lo que suelen hacer las parejas.

—Llegará ese día, muñeca. Pero debés tener paciencia.

—Lo sé. Y la tengo. Pero, por favor, no pienses que quiero romper nuestra relación. Y, si no he estado a la altura, discúlpame. No ha sido mi intención.

—Está bien. Tranquila —dice Gabriel, que se ha calmado—. Perdoname también a mí por la reacción que tuve. Estoy tan enamorado de vos que mis sentimientos se descontrolan.

Silvia vuelve a sonreír, aunque tiene las mejillas empapadas de lágrimas. Le duele no estar cerca de él, pero más le duele su desconfianza. Es cierto que le ha mentido, que no le ha contado que ha salido con David y no con un grupo de la residencia. Pero no desea alarmarle, ni que piense cosas que no son. El sevillano solo es un chico que acaba de conocer y con el que se lo está pasando bien. Como amigos. Exclusivamente como amigos.

—No tardaré mucho en regresar. ¿Quieres que me conecte a Skype cuando llegue?

—No sé si tendré cobertura en casa como para vernos por la cámara. Ya sabés lo mal que me funciona el wifi. Pero podemos conversar por mensajes de Facebook o de WhatsApp.

—Muy bien. Te aviso cuando llegue.

—Genial, muñeca. Y, aunque pierda los nervios algunas veces, nunca olvides lo mucho que te quiero.

—Yo también te amo, Gaby.

La pareja se despide con un beso y otro «te quiero» antes de colgar. Silvia regresa al interior del *pub* tras limpiarse las mejillas y los ojos con una toallita. David la recibe sonriente, aunque nota algo raro en ella en cuanto la ve.

—¿Has llorado?

—Un poco. Mi madre ha hecho que me emocione.

—¿Sí? ¿Qué te ha dicho?

—Que Justin Bieber me sigue en Twitter —bromea. Agarra su botellín de cerveza y de un trago lo termina. Odia mentir, pero, en lo que lleva de día, no le ha quedado más remedio que hacerlo unas cuantas veces—. Estoy cansada, ¿volvemos ya a la Benjamin Franklin?

Capítulo 17

«Ya hemos terminado. Regresamos a la residencia. Intentaré que mi hermana no salga de la habitación. Pasa buena noche. Mañana hablamos».

Elena le envía el WhatsApp a David mientras Marta se encuentra en el baño del restaurante. Han cenado en el Foster's Hollywood de Ópera y pretenden volver ya a la Benjamin Franklin. En el mensaje, ha eludido decirle que antes lo vieron marchándose con Silvia, algo que las ha afectado, tanto a una como a otra. Pero ella no puede permitirse el lujo de exteriorizarlo. Debe mostrarse fuerte, aunque sienta un pinchazo en el pecho cada vez que le viene a la cabeza la imagen de los dos juntos.

Su hermana ha estado tristona durante toda la velada. No le apetecía salir, pero Elena la convenció para que no se quedaran encerradas en la residencia y por lo menos fueran a cenar, como habían planeado. Tenerla allí dentro hubiera significado unas cuantas horas de quejas y lágrimas. Confiaba en que poco a poco se fuera calmando y pudieran pasar una noche más o menos tranquila.

—Ya estoy lista. ¿Nos vamos? —dice Marta, que se ha pasado más de quince minutos en el cuarto de baño.

Se le nota que ha estado llorando y que ha hecho todo lo posible para ocultarlo. Sin ningún éxito: la delatan los ojos irritados y la voz, algo más nasal de lo habitual.

—¿Te encuentras bien?

—Todo lo bien que podría estar. No te preocupes.

Elena asiente y acaricia dulcemente el cabello a su hermana. Es un mal trago que no sabe cuándo va a terminar. Van más de dos meses desde que ella y David cortaron. Pero Marta sigue pasándolo mal, como si acabara de suceder.

Las chicas se marchan del restaurante y avanzan por la calle Arenal hacia Callao para coger allí el metro.

—¿Qué película te apetece ver?

—No sé, la que quieras.

—Creo que una de risa, que ya has llorado bastante por hoy —comenta Elena buscando la sonrisa de su hermana pequeña.

No lo consigue. Marta permanece seria y cabizbaja. En realidad, no tiene ganas de ver ninguna película. Aunque se ha desahogado antes de salir a cenar y ahora en el baño del restaurante, sus ganas de llorar no han disminuido.

—Como tú veas.

—Hay una francesa muy divertida que se llama *Dios mío, ¿pero qué te hemos hecho?* que dicen que está genial. Podríamos comprar golosinas en una tienda y…

—Sentémonos allí —la interrumpe Marta, señalando lo que parece un bar de copas en la calle Preciados—. Quiero tomarme algo antes de volver a la residencia.

Elena se sorprende con la petición de su hermana, pero acepta para no llevarle la contraria. Se dirigen hacia la terraza del local y ocupan dos sillas de las cuatro que

dispone la mesa. Antes de que el camarero les sirva, echan un vistazo a la carta de bebidas.

—¿Qué vas a pedir?

—Este cóctel que se llama *sexy* Madrid.

—Pero lleva vodka y Cointreau. No pueden servir alcohol a menores de edad —le advierte Elena.

—¿No? Pues pídelo tú por mí.

—Marta, no necesitas beber alcohol.

—¡Como si nunca lo hubiera probado! —protesta la pequeña de las hermanas Guillermo Casanova—. ¿Me lo vas a pedir o no?

Lo último que desea ahora Elena es discutir con ella. Así que cuando el camarero se acerca hasta su mesa para tomarles nota, pide un cóctel *sexy* Madrid y Marta un zumo de piña. En cuanto se los sirven, lo intercambian.

—Muchas gracias. Siento haberte obligado a cometer un acto delictivo.

—No seas tonta. ¿Estás mejor?

—Tengo ganas de llorar —indica Marta. Aparta la pajita y de un trago se bebe media copa—. Pero lo superaré. Tarde o temprano lo superaré. Supongo.

—Seguro que cuando pase el tiempo lo verás de otra forma y te reirás de todo esto.

—No creo que esto me haga gracia nunca.

—No quería decir eso. Me refería a que llegará un momento en el que no te afectará. Y te quedará solo un bonito recuerdo.

—¿Es lo que te sucede a ti con Martín?

Elena se lo piensa. Ella jamás sintió tanto por su ex como le sucede a su hermana con David. Terminar la relación con Carmona fue un alivio, no un drama. Aunque opta por asentir y no explicarle toda la verdad.

—Sí, algo así.

—¿Ahora te gusta alguien? Han pasado muchas semanas ya desde que lo dejaste con él. Habrá algún chico por ahí, ¿no?

—Solo pienso en la carrera y en terminar el curso lo mejor posible. Se lo prometí a mamá y a papá.

No va a contarle que David sigue muy presente en su corazón y que, si Marta no fuera su ex, las cosas habrían sido diferentes entre ella y el sevillano. Cada vez que le ha dicho «no», siente que ha perdido una oportunidad con la persona a la que más ha querido en su vida.

—¿Ya sabes lo que vas a hacer el año que viene?

—Todavía no. Sigo algo confusa. Mis notas han mejorado y me siento cada vez más a gusto en mi clase, con los profesores… Pero no sé si Derecho me va a dar lo que busco en el futuro.

—Papá está convencido de que vas a continuar.

—¿Papá piensa eso?

—Sí. Mamá tiene muchas más dudas. Pero él cree que te echarás atrás en lo que hablasteis en enero y seguirás en la carrera —comenta Marta, dando otro sorbo a su cóctel—. Me parece que esto se me está subiendo un poco.

—¡Es que te lo estás bebiendo muy deprisa!

Una sonrisilla aparece en el rostro de la menor de las hermanas. Una agradable sensación de evasión se apodera de ella. Termina su bebida con un último trago y nota el calor del vodka y el Cointreau recorriendo su garganta.

—Voy a pedir otra.

—No. No vas a pedir más.

—¡Venga! ¡No me fastidies ahora! —exclama enfadada Marta—. Una más y nos vamos para la residencia.

—No. No beberás más alcohol. Lo que nos faltaba es que te pillaras una borrachera.

—¿Por dos cócteles de nada? ¡Imposible! Si tiene más fruta que otra cosa. Solo se me ha subido un poquito, pero ha sido porque me lo he tomado muy deprisa. Te juro que no me pasará con el siguiente.

—Deberíamos volver ya a la residencia.

En ese instante, dos chicos, de veintitantos años, se aproximan hasta su mesa. Uno es alto, moreno y lleva un *piercing* en la ceja derecha. El otro también tiene el pelo negro y es un poco más bajo; sus ojos, verde claro, destacan en un rostro de pómulos muy marcados. Ambos van vestidos con camisa y pantalón vaquero, en tonos oscuros, preparados para el sábado noche.

—Perdonad, chicas —dice el más alto de los dos—. ¿Podemos sentarnos? No hay sitios libres.

Elena mira a su alrededor y efectivamente todo está ocupado. Sin embargo, aunque aquel tío ha sido educado, le parece muy descarado que quieran sentarse en su mesa. Son como ocho o diez años mayores que ella. Se ha dado cuenta, además, de la mirada que le han echado a su hermana y no le ha gustado nada.

—Lo siento, estamos esperando a…

—¡Claro! ¡Sentaos! —grita Marta, desplazando su silla hacia la izquierda para que haya más espacio libre—. Estábamos a punto de pedir otra copa. ¡Uníos!

Elena atraviesa a su hermana con la mirada y a continuación observa cómo aquellos chicos se acomodan en las dos sillas libres. El joven que los atendió antes regresa rápidamente y les pregunta lo que van a beber. En esta ocasión, la propia Marta es la que pide un *sexy* Madrid, sin miedo a tener que enseñar el DNI, algo que no ocurre. Después de que el camarero se retire, los dos muchachos se presentan. El del *piercing* en la ceja es Javier y el de los ojos verdes, Miguel Ángel, aunque prefiere que lo llamen Miki. Es Marta la encargada de revelar su nombre y el de su hermana.

—Somos gaditanos. Pero hemos venido este fin de semana a Madrid a una reunión de trabajo —apunta Javier, que no le quita ojo a Marta—. Trabajamos en una

editorial como comerciales.

La chica, mientras los recién llegados explican las razones de su visita a la capital, coge el móvil disimuladamente y envía un WhatsApp. Un par de segundos después suena el teléfono de Elena, a la que aquella improvisada cita doble no le agrada en absoluto. Examina su *smartphone* y lee el mensaje que acaba de llegarle.

«Por favor, no digas que tengo dieciséis años. Me portaré bien. ¿Has visto qué guapo es el de los ojos verdes?».

Elena le da una patada por debajo de la mesa a su hermana, que ni gesticula. ¡Esa chica no tiene remedio! Aquello no puede salir bien.

—¿Y vosotras a qué os dedicáis? —pregunta Javier.

—Estudiamos en la universidad —se adelanta a contestar Marta—. Ella hace Derecho y yo… Periodismo.

—¿Sois hermanas?

Las dos chicas se miran entre sí.

—No, solo amigas —señala Elena, que no sabe muy bien por qué ha mentido—. Aunque la gente dice que nos parecemos mucho.

—¿Tenéis la misma edad?

—Sí, veintiuno —responde en esta ocasión Marta.

—Nosotros, veintiséis. Bueno, Javi, veinticinco; cumple veintiséis en diez días.

—¡Eso! ¡No me hagas mayor de lo que soy! —comenta el joven del *piercing* en la ceja—. Llevo fatal eso de cumplir años. Hace nada estaba en la universidad, como vosotras, y mira ahora. Reuniones, viajes, alquiler… Aprovechad esta etapa porque luego no vuelve.

El camarero les sirve las bebidas mientras ellos hablan de su época universitaria en Sevilla, donde se conocieron pese a ser ambos de la provincia de Cádiz, uno de Sanlúcar de Barrameda y el otro de la capital. De alguna manera, sin saber cómo, la conversación va alargándose y derivando en otros temas, entre risas y alguna copa más. Elena se desespera, aunque contempla cómo su hermana disfruta charlando con los recién conocidos y se olvida de David momentáneamente. Por eso no insiste en regresar a la residencia.

—¿Os gustan los carnavales? Tenéis que venir un año.

—Yo soy de Juan Carlos Aragón y este de Antonio Martín. ¿Habéis escuchado alguna vez la comparsa Los Inmortales? Canelita fina, chicas.

Y al tiempo que Miki se pone de pie y canta la presentación de la comparsa Los Inmortales, que a las dos toledanas no les suena de nada, Elena, a escondidas, le envía un WhatsApp a David.

«Todavía no hemos vuelto a la residencia. Estamos en Preciados tomando

algo. No vengas por aquí, por favor. Ya te contaré mañana, cuando Marta regrese a Toledo».

Elena se guarda el móvil, suspira y presta atención al joven de los ojos verdes impactantes. Casi no entiende lo que dice, pero canta muy bien. Y, como dice su hermana, aquel tío es realmente guapo. Se relaja por primera vez en esa noche y da un sorbo a su copa. Prácticamente sin quererlo, una pregunta comienza a rondarle en la cabeza: «¿Tendrá novia?».

Capítulo 18

La habitación no es ninguna maravilla. De hecho, les parece más bien fea. Las paredes están amarillentas, los muebles gastados y la luz de la lámpara del techo parpadea ligeramente. Sin embargo, es bastante más grande de lo que Ainhoa y Óscar imaginaban. Eso sí, como les ha comentado el recepcionista del motel, solo dispone de una cama de matrimonio. La cena que les suben, en cambio, es un banquete digno de un restaurante con estrella Michelin: la sopa resulta muy sabrosa y la carne del segundo plato sorprendentemente tierna, como las verduras que la acompañan. Pero, sin duda, lo mejor es el postre. Ambos reconocen que jamás han probado una tarta de queso como aquella.

Después de cenar, planean la jornada del día siguiente. Lo primero que hacen es intentar buscar la manera de llegar a Valencia lo antes posible.

—Hay un autobús con plazas libres que sale a las ocho y media de Madrid —indica el joven, examinando el móvil que ya ha recargado en la habitación.

—¿Y dónde para?

—Aquí pone que hace parada a unos tres kilómetros de donde estamos. Tendríamos que andar un buen rato. ¿Cómo lo ves?

La canaria se encoge de hombros y esboza una tibia sonrisa. Les tocará madrugar y caminar un buen trecho.

—Si no hay más remedio…

—Parece que no. Es eso o pedimos un taxi que nos lleve hasta la parada. Pero no sé cuánto nos costaría que viniera hasta aquí a recogernos.

—Ya hemos gastado mucho dinero en este viaje. Nos levantamos pronto y damos un paseo.

—Muy bien. Saco dos billetes para el bus de mañana a las ocho y media.

El vallisoletano hace las gestiones a través de Internet y en unos minutos lo soluciona.

—Ya está. Arreglado.

—Espero que no perdamos otra vez el autobús —indica Ainhoa, que se ha echado varias veces la culpa de lo sucedido esa tarde.

—Seguro que todo irá bien. Mañana podrás ver y abrazar a Nicole. Llegaremos a Valencia entre las doce y media y la una.

—¿Y la vuelta a qué hora la tenemos?

—Por la tarde. A las ocho.

—Estaremos poquito tiempo en Valencia. Me hubiese gustado pasar más rato con ella.

—Hay que mirarlo con optimismo. Hace unas horas ni siquiera teníamos previsto ver a la peruana —comenta Óscar, agarrando la bandeja en la que les han subido la cena—. Voy a bajar esto y a tomar un poco el aire. Subo en quince minutos. Me llevo la llave.

Ainhoa sigue con la mirada a su amigo, que no tarda en abandonar la habitación. ¿A tomar el aire? ¿Es que se está agobiando por estar con ella en el mismo cuarto? Quizás no se encuentre a gusto compartiendo habitación y necesite respirar. Estar solo. Llevan muchas horas pegados y es comprensible. De repente, se siente mal. Pesada. Con el estómago demasiado lleno. Se maldice a sí misma por haber cenado tanto. Los fantasmas regresan a su cabeza y no se puede quitar de encima esa presión que le resulta tan familiar.

Se pone de pie y camina hasta el cuarto de baño, que luce en perfecta consonancia con el resto de la habitación. Algunos azulejos de las paredes y las losas del suelo están resquebrajados y la cortina de la ducha tiene pequeños agujeros. También el techo necesita una mano de pintura. Al menos las toallas parecen limpias y hay dos botecitos de gel y de champú encima de una balda de madera, sin estrenar.

Temblorosa, con las manos cruzadas protegiéndose el vientre, Ainhoa se sitúa delante del váter. Una terrible sensación de culpabilidad la asalta cuando levanta la tapa. Han pasado muchos días desde la última vez. ¿Va a tirar por tierra todo lo que ha conseguido? No es fácil salir de algo así, pero ella lo está logrando. Y, aunque le queda mucho por delante, cada vez se encuentra mejor. ¿Por qué esa repentina debilidad? ¿Por qué vuelve a necesitar vomitar lo que ha comido? Nadie lo entendería. Nadie, salvo quien ha pasado por lo mismo que ella.

Abre el grifo del agua fría del lavabo, que tiene a un metro de distancia, y a continuación se arrodilla. ¿De verdad que va a volver a caer en el pozo del que comenzaba a salir?

Sin darse cuenta, sus ojos derraman lágrimas sobre el fondo del inodoro. Una lluvia amarga que le hace pensar en el chico del que está enamorada. Óscar la ha ayudado tanto… Le tendrá que contar aquel paso atrás. Deberá explicarle que la situación ha vuelto al punto de partida. Se imagina su cara al escucharla hablar. ¿Decepcionado? ¿Enfadado? ¿Triste? ¡Si aquel viaje lo ha organizado para ella! Para que vea a Nicole y sea un poco más feliz.

No puede hacerlo. ¡Joder, no puede hacerlo!

Sacando fuerzas de donde no las tiene y venciendo aquellas terribles sensaciones, baja la tapa y se dobla sobre sí misma, apoyando la cabeza en ella. Las lágrimas no desaparecen, pero se obliga a incorporarse. Lo logra en un esfuerzo titánico, a cámara lenta. No se quiere ni mirar en el espejo rayado y viejo que refleja su rostro. Sabe lo que va a ver. Se enjuga los ojos y se moja los labios, que tiene completamente secos.

Ha ganado aquella batalla. Una de las muchas que ha librado y que tal vez le queden por pelear contra aquel mal.

En cambio, continúa temblorosa. No hay ni un gramo de felicidad en ella. Está amedrentada por haber vuelto a vivir la experiencia de quien no puede controlar lo que hace. De quien necesita ceder al cruel empuje de su mente.

Tarda cinco minutos en reponerse y salir del cuarto de baño. Óscar todavía no ha regresado. Se asoma a la ventana para respirar y enseguida el aire frío de esa noche

de abril la sacude en la frente. Poco a poco va recuperándose, eliminando la angustia. Y entonces lo ve.

El vallisoletano camina en círculos, dando pequeños pasos, con el móvil en la mano. Está hablando por teléfono, bastante serio, aunque no puede escuchar lo que dice. ¿Quién estará al otro lado de la línea? ¿Naiara? ¿Será esa bruja?

Como si supiera que le está observando, Óscar alza la mirada hacia la ventana del segundo piso en la que se encuentra Ainhoa. Esta, instintivamente, se agacha para que no la vea. Lo hace de una forma tan brusca, que se cae de culo sobre el suelo, quedando en una posición un tanto extraña, con las piernas y los brazos extendidos.

No entiende muy bien por qué ha reaccionado de esa manera. No estaba espiándole, ni nada por el estilo. Simplemente, miraba por la ventana. ¿Por qué se comporta así? Es Óscar, su Óscar, no tiene que desconfiar de él.

La canaria se pone en pie de nuevo y se sienta en una butaca colocada en una de las esquinas de la habitación. Se dice a sí misma que debe tranquilizarse. Respira hondo e intenta recobrar la compostura perdida en los últimos minutos. Depende en gran parte de ella. Cierra los ojos e inicia una técnica de relajación que le enseñó una de sus hermanas en Las Palmas. En pleno proceso, escucha pasos acercándose por el pasillo del segundo piso. Luego, la llave en la cerradura y, finalmente, la puerta que se abre, produciendo un chirrido muy desagradable.

—Ya estoy aquí —dice Óscar, que va directamente hacia Ainhoa cuando entra.

Lleva una mano en la espalda, como si escondiera algo. La chica lo contempla extrañada, sin saber muy bien lo que pretende. Hasta siente una ráfaga de pánico cuando le tiene delante. De pronto, en un rápido movimiento, el joven descubre lo que guarda. Una bolsa de plástico cae encima de las piernas de Ainhoa, que da un grito de terror.

—Solo son ositos de gominola —comenta Óscar, que también ha dado un brinco tras el chillido de su amiga—. Los he comprado en una máquina que he encontrado abajo. Aunque, si llego a saber que te dan tanto miedo, habría elegido Huesitos.

—Perdona. Estoy algo alterada después de todo lo que ha ocurrido hoy.

—No pasa nada. Entiendo que este sitio te ponga tensa. Espero que esta noche no aparezcan fantasmas.

—Es lo único que nos faltaba.

El chico sonríe y se sienta en la cama. Se quita los zapatos, que deja a un lado, y se tumba sobre el colchón, apoyando las manos en la nuca.

—Oye, ¿te has asomado antes a la ventana o he visto visiones?

—No has tenido visiones. Era yo —reconoce Ainhoa, que continúa sentada en aquella vieja butaca examinando la bolsa de ositos. Hay pocos amarillos, que son los que más le gustan—. He abierto la ventana porque también necesitaba aire y te he visto hablando por el móvil. Aunque no te espiaba, que conste.

—Menos mal que me lo has aclarado. Por un momento pensé que había un espíritu en nuestra habitación. Como has aparecido y desaparecido repentinamente.

—Es que he tropezado y me he caído al suelo cuando has mirado hacia arriba.

—Habrá sido por culpa del suelo. Deberían arreglarlo.

—No solo el suelo. Esta habitación se cae a pedazos.

Óscar asiente, aunque la impresión que él ha tenido ha sido otra. Le ha parecido que la canaria se ha agachado a propósito cuando ha mirado hacia la ventana de la habitación.

—He tardado un poco más porque por fin he logrado contactar con la empresa de autobuses.

—¿En serio?

—Sí. Les he echado la bronca por irse sin nosotros y dejarnos tirados en aquella venta. Pero sobre todo los he llamado para preguntar por tu chaqueta. Mañana me telefonearán a primera hora para ver si la han encontrado.

Así que era con alguien de la empresa de autobuses con quien hablaba por el móvil, no con Naiara. Ainhoa esboza una sonrisa alegre. Siente ganas de lanzarse sobre él y comérselo a besos. Pero se reprime. Ya se ha equivocado hoy demasiadas veces.

—Además me han pedido disculpas y nos devolverán el dinero de los billetes —continúa diciendo Óscar—. Cuando lleguemos mañana a la estación, tenemos que ir a una ventanilla y reclamarlo. Ya tengo el código de la incidencia.

—¡Qué buena noticia!

—Es lo justo. Han sido ellos los que han cometido el error. Un conductor no puede dejar abandonados a los pasajeros en medio de la nada. No me extrañaría que lo sancionaran.

—¿Lo van a sancionar?

—No lo sé, pero es probable, según lo que me han contado desde la empresa.

—Pobre hombre. Ahora me siento culpable. Si no hubiera estado tanto tiempo en el cuarto de baño, no habríamos perdido el autobús. En cierta forma, también es responsabilidad mía.

—¡Para ya de hacer eso! —exclama Óscar, cambiando de postura, recostándose sobre su lado derecho.

—¿De hacer qué?

—Responsabilizarte de todo y machacarte continuamente. Aunque cometas un fallo, no es más que eso: un simple error. En este caso, el error ni siquiera ha sido tuyo. El conductor debe contar los pasajeros antes de ponerse en marcha.

La chica se levanta de la butaca y se dirige a la cama. Se tumba junto a su amigo y se coloca de costado, en paralelo a él.

—Tengo que contarte algo —comienza a decir Ainhoa mientras Óscar la observa preocupado—. Cuando estabas fuera, he tenido un momento de debilidad. He estado a punto de provocarme el vómito. Y si no lo he hecho ha sido por ti. Porque he pensado en todas nuestras charlas y en lo decepcionado que estarías conmigo si recayera. Tal vez tendría que ser fuerte por mí misma. Sin embargo, parece que lo

único que me da fuerzas y me ayuda en estos momentos es estar contigo. Y eso me da miedo. Tanto miedo que no sé si algún día conseguiré desengancharme de lo que me das. Porque aunque no estemos juntos como pareja, ni seamos más que amigos, siento que no lograría superar estar lejos de ti.

Capítulo 19

—Me ha dicho que me quiere. ¿Entiendes? ¡Me quiere! ¡Me lo ha dicho!

Julen es incapaz de pensar en otra cosa. Ni siquiera le importa que Marc le volviera a llamar para avisarle de que no cenaría en la residencia. Se ha quedado con su madre y luego tratará de volver a hablar con su padre. Aunque sus esperanzas de hacerle cambiar de opinión son prácticamente nulas.

—Me alegro mucho por ti —responde Iria, que sonríe tímidamente—. Te mereces ser feliz y que te pasen cosas buenas.

—Marc es algo muy bueno. Y, aunque hemos tardado en confesar nuestros sentimientos, yo también le quiero mucho a él.

—Si es que ya os vale. Habéis esperado demasiado tiempo.

—A veces no resulta fácil decirlo. El primer «te quiero» es el más complicado, porque temes que no sea recíproco o te estés precipitando —indica el navarro—. Pero una vez roto el hielo, no voy a parar de decírselo cada día.

—Eso es muy importante. Que os lo repitáis muchas veces para que ninguno lo olvide. Por desgracia, a veces el amor desaparece sin previo aviso.

Aunque está feliz por Julen, una de las mejores personas que ha conocido en su vida, la gallega siente envidia sana de su amigo. A ella también le encantaría tener a alguien con quien intercambiar muchos «te quiero». El pamplonica saborea como una gran victoria aquel reconocimiento de sentimientos mutuos. Es una lástima que el padre de Marc se lo esté poniendo tan difícil a su hijo. Cuando Julen le ha explicado la reacción del hombre al confesarle Marc que es homosexual, Iria ha sentido mucha rabia. No puede creer que, en pleno siglo XXI, continúen existiendo ese tipo de mentalidades, y menos aún en el caso de un padre. ¿Qué importa si la persona con la que desea estar su hijo es un hombre o una mujer?

—No te preocupes, lo haré —admite Julen, que agradece poder hablar de aquel tema con alguien—. Muchas gracias por escucharme.

—De nada, para eso estamos. Tú siempre me has ayudado cuando he tenido problemas, que no han sido pocos desde que nos conocimos.

—Está siendo un curso intenso.

—Muy intenso. Y me da la impresión de que todavía nos queda mucho que vivir —comenta Iria mientras se frota los ojos, que tiene bastante irritados—. Oye, estoy muerta de hambre. ¿Me acompañas a la máquina de sándwiches?

—Es normal que tengas hambre, no has bajado a cenar.

—Me he dormido. Ya te lo he dicho.

El chico llamó a la gallega en varias ocasiones para contarle lo que había sucedido entre Marc y sus padres y para preguntarle si quería ir a cenar con él. Sin embargo, no obtuvo respuesta. El motivo que Iria le ha dado es que se había quedado profundamente dormida y no había escuchado ni los toques en la puerta ni el timbre

del móvil. Así que el navarro optó por bajar a cenar solo. Al subir, llamó de nuevo a su amiga y esa vez sí que le abrió, aunque la notó muy rara. Imaginó que se debía a que se acababa de despertar.

La pareja sale de la 1157 y se dirige hacia el cuarto en el que se encuentran las máquinas expendedoras.

—Deberías comprarte un colirio. Tienes los ojos rojos —apunta el navarro mientras caminan.

—Eso es alergia primaveral.

—Lo que sea. Pero cuídatelos.

La joven asiente, aunque prefiere no hablar más sobre el asunto. Llegan al cuarto de las máquinas e Iria compra un sándwich de atún con tomate y una Coca-Cola Light. Entonces recuerda algo que debe hacer cuanto antes. En el camino de regreso al pasillo 1B, pasan por recepción y saludan a Jesús, que está a punto de terminar su turno. La gallega se agacha y cuando se vuelve a erguir lleva algo en la mano que le enseña al bedel.

—Jesús, toma. Estaba tirada en el suelo —dice la chica mostrando una llave.

—¿Estaba en el suelo? —pregunta confuso el hombre, que toma el objeto y lo mira asombrado como si fuera un ente de otro planeta.

—Sí, aquí mismo.

—Qué raro. Es la llave maestra de las habitaciones. No sé cómo ha podido llegar hasta ahí.

—Se le habrá caído a alguna de las limpiadoras.

—Posiblemente. Pero es muy extraño. Gracias, Iria.

La chica le sonríe, se despide de Jesús y se encamina, junto con Julen, de nuevo hacia su pasillo. Cuando abren la puerta verde, el navarro la adelanta y se pone delante de ella para impedirle el paso.

—¿Me puedes explicar qué ha sido eso?

—¿A qué te refieres?

—A la farsa de la llave. He visto que la has sacado del bolsillo de tu pantalón. ¡No te la has encontrado en el suelo!

—Deliras, amigo mío.

—¡No me trates como si estuviera loco! —exclama Julen molesto—. Sé lo que he visto. Además, no sería la primera vez que coges la llave maestra de recepción sin permiso. ¿No habrás entrado otra vez en el cuarto de Manu?

Iria se pone el dedo en la boca para pedirle silencio a Julen. A continuación, agarra de la mano a su amigo y lo arrastra hasta su habitación. Dentro del cuarto, enciende la luz y cierra la puerta. Las persianas también están echadas.

—Siéntate —dice la joven mientras abre el armario.

—¿Qué está pasando? Me estás poniendo muy nervioso.

—Ahora lo comprenderás.

Del bolsillo de uno de sus abrigos, colocado en una percha al fondo, extrae una

bolsita de piel cerrada con una cuerda y la lleva hasta donde se ha sentado Julen. Deshace el nudo, saca un plástico transparente con polvos blancos en su interior y lo pone encima del escritorio.

—Pero esto es…

—Sí, es eso.

—¿Y por qué tienes tú la droga de Manu? ¡Quedamos en que se quedaría escondida en su habitación!

—Porque tengo miedo de que la encuentren y todo se complique más.

—Nadie sabe de su existencia salvo Eva, tú y yo. ¿Quién la va a buscar?

—¡La policía! —responde Iria, alterándose—. Manu sigue desaparecido y sus padres ya lo saben. Es cuestión de tiempo que recurran a ellos para localizar a su hijo, si es que no lo han hecho ya. Imagino que revisarán sus cosas tarde o temprano. ¿Sabes la que se liaría si encuentran cocaína en su cuarto?

—¿Y si la encuentran en el tuyo?

—Nadie va a registrarme. Yo no estoy desaparecida.

—Estás arriesgándote mucho. Si te pillan, te meterás en un lío tremendo. ¡Podrías ir a la cárcel!

—¡No exageres!

—No exagero. Te acusarían de posesión de cocaína. Eso es muy grave.

—¿Y qué hago con la droga? Si la saco de la residencia, sí que corro peligro de que alguien me descubra con ella —dice Iria, recuperando el paquetito y volviéndolo a guardar en la bolsa de piel.

—Dámela, yo me encargaré de hacerla desaparecer.

—¡No!

El grito de la gallega sorprende a Julen. La chica se dirige al armario y coloca la bolsita en el mismo abrigo en el que la había escondido anteriormente.

—No puedes dejarla ahí.

—Claro que puedo. Es lo que vamos a hacer. En mi armario no la encontrará nadie.

—Sigo pensando que es una locura y un riesgo innecesario que la tengas en tu habitación.

—Ya me desharé de ella cuando vea una buena oportunidad —insiste Iria, firme en su decisión—. Mientras tanto, se quedará aquí.

—Podríamos tirarla por el váter ahora mismo —propone Julen.

—¡He dicho que no! —replica la gallega en un tono que no admite discusiones.

A Julen no le agrada la forma en la que le habla la gallega. Parece diferente a como suele comportarse con él. Su manera de actuar le sigue resultando extraña.

—Está bien. No quiero discutir contigo.

—Yo tampoco. Y menos hoy que acabas de recibir tu primer te quiero —comenta la chica, cambiando la expresión de la cara—. Tienes que estar feliz y pensar solo en Marc. De lo otro ya me ocupo yo.

—Es una carga muy pesada para que la lleves tú sola.

Iria resopla y abre la lata de refresco que ha comprado. Le da un trago y cabecea negativamente.

—No quiero hablar más de esto, Julen. Déjalo ya —dice la chica molesta—. ¿Por qué no te vas a tu cuarto y llamas a tu novio para ver cómo está?

El joven percibe la hostilidad de la gallega y se da por vencido. En su comportamiento hay algo que le rechina, algo sospechoso. No es la Iria de siempre. Solo espera que el motivo no sea el que su intuición le dicta.

—Muy bien. Como tú has dicho, no quiero discutir contigo en un día tan especial para mí. Me voy a mi habitación. Mañana hablamos.

—Es lo mejor.

—Tal vez no. Pero buenas noches.

—Buenas noches.

Julen se marcha de la 1157 con la sensación de que su amiga ha evitado contarle algo importante. Además, se ha mostrado demasiado agresiva e inusualmente hostil con él. Es cierto que tiene motivos para encontrarse mal: la desaparición de Manu y lo que les ha contado Carmona son razones suficientes para que esté más alterada de lo habitual. Pero él no está en su contra. Siempre ha jugado en su mismo equipo. Así que el trato que le ha dado se encuentra fuera de cualquier lógica.

Hay algo más. Tiene que haberlo.

Preocupado, el navarro entra en su habitación. Debe hacer una llamada. No es a Marc, como le había propuesto Iria. Antes de hablar con su chico, necesita intercambiar opiniones con otra persona.

Saca el móvil y explora en la lista de contactos. Cuando encuentra el nombre que estaba buscando, pulsa en su número. En el tercer *bip*, una voz femenina responde.

—¡Hola, Julen! Me alegro de oírte.

—Hola, Eva. ¿Qué tal estás?

—Vamos tirando. ¿Y tú?

—Yo muy bien, pero no estoy seguro de que Iria lo esté. Tengo varias cosas que preguntarte.

Capítulo 20

No está muy segura de cómo ha terminado allí. Elena se olvidó rápidamente de los zumos en Gramabar, el local donde se sentó con su hermana a tomar un cóctel, y pasó a las bebidas con alcohol. Después llegaron los chupitos, a los que invitaron aquellos dos chicos de Cádiz. Ellos han sido los que han propuesto ir a Kapital, la discoteca de la que tanto han escuchado hablar.

Al principio la chica se negó, pero terminó cediendo. ¿O fue el alcohol el que acabó aceptando? Su hermana y los gaditanos también han tenido mucho que ver. Los tres le insistieron hasta que lograron que aceptara.

Y allí están los cuatro, en la sala latina, bailando al ritmo de Shakira.

—¡Necesito ir al baño! ¿Vienes conmigo? —le grita Marta a su hermana al oído.

Elena accede y, tras avisar a los chicos, abandonan la pista. La zona de los baños es mucho más tranquila y no necesitan alzar la voz para comunicarse. Mientras esperan en la cola, Marta le revela sus intenciones.

—Voy a liarme con Miki.

—¿Qué estás diciendo? ¡Lo acabas de conocer!

—Es guapo, está bueno y es muy simpático. No necesito más.

—No puedes liarte con él.

—¿Por qué?

—Porque hemos salido solo a dar una vuelta —comenta nerviosa Elena, que comprueba su reloj—. Mira, nos vamos para la residencia. Son más de las tres de la madrugada.

—¡Vete tú si quieres! ¡Yo me quedo! ¿¡Es que no puedo pasarlo bien ni siquiera un día!?

Los gritos de la chica hacen que todas las que están en la cola se giren y observen a las hermanas. Elena se pone colorada al sentirse el centro de atención. No desea montar un espectáculo allí en medio. Agarra de la mano a Marta y tira con fuerza de ella para huir de aquel buen montón de miradas chismosas. Solo se detiene al llegar a un pasillo donde apenas hay gente y que conecta con la escalera que une las plantas de la discoteca.

Elena suelta por fin a su hermana y se la queda mirando fijamente.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le recrimina.

—¿Qué te pasa a ti? —replica Marta—. Yo solo quiero divertirme.

—¿Liándote con un tío al que acabas de conocer?

—¿Qué hay de malo en eso? Parece un buen chico.

—Un chico al que hemos mentido y que te saca más de diez años de diferencia.

—¿Ahora es importante la edad para estar con alguien?

—Lo es cuando él está trabajando como comercial en una editorial y tú todavía en el instituto.

—¡Pero eso Miki no lo sabe! Además, mañana regresará a Cádiz y ya no lo

volveré a ver nunca.

Elena suelta un gruñido de desesperación. En buen momento aceptó que su hermana pasara la noche con ella. Se arrepiente. En realidad, se arrepiente de todas las veces que ha cedido a sus caprichos.

—Muy bien, Marta. Líate con él. Adelante. Es más, vete a un reservado y tíratelo. Haz lo que te dé la gana. Paso de seguir insistiéndote. Yo me voy para la residencia, estoy muy cansada.

Como no tiene nada más que decir, la chica da la espalda a su hermana y avanza a paso ligero hacia la escalera. No va a aguantar más tonterías. Por esa noche, ya ha tenido suficiente.

—¡Elena! ¡Espera! —grita Marta, que camina detrás de ella—. ¡No te vayas!

Sin embargo, la mayor de las Guillermo Casanova no quiere escucharla y continúa su camino hacia la planta baja.

—¡Está bien! ¡Tienes razón! ¡Me voy contigo! ¡No te enfades, por favor!

Cuando Elena oye las súplicas de Marta, se detiene. Se da la vuelta y contempla a su hermana, que también se para. Las dos se miran fijamente.

—¿Lo dices en serio? No estoy para juegos.

—Sí, lo digo de verdad. Prefiero volver a la residencia a enfrentarme contigo. Ya nos enfadamos una vez aquí y no quiero repetirlo. ¿Recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo.

Fue en septiembre del año pasado, al comienzo del curso. Los chicos del pasillo 1B salieron juntos por primera vez y Marta los acompañó. Terminaron en Kapital, donde las dos tuvieron una bronca monumental.

—Tú me culpaste de bailar provocativamente —dice la pequeña de las hermanas.

—Fue un error acusarte de eso. Cada uno debe bailar como le dé la gana.

—No lo sé. A lo mejor me pasé un poco. Quería llamar la atención. Me sentí mal cuando creí que insinuabas que era una chica fácil para los tíos y que me dedicaba a calentarlos.

—Nunca diría ni pensaría algo así.

—Ya lo sé. Pero en aquel instante… Me quería morir. No podía soportar que creyeras eso. Fue horrible.

—Yo tampoco lo pasé bien aquella noche.

Y no solo por la pelea con su hermana. Aquella noche fue la primera en la que Marta y David se enrollaron. Lo hicieron delante de ella y de alguna manera, en aquella discoteca, iniciaron su relación.

—¿Me dejas que me despida de los chicos?

—Sí. Voy contigo. Pero no les des el móvil ni tus redes sociales.

—Tranquila, no tenía pensado hacerlo.

Las dos regresan a la planta en la que ponen música latina. Suena un tema de Pitbull. Buscan a los gaditanos en la pista de baile, pero no están. Finalmente, los ven en la barra, pidiendo una copa.

—Quería vengarme de David —explica Marta mientras caminan hacia ellos.

Su hermana no está segura de haberla entendido bien. Hay mucho ruido y tampoco tiene muy claro a qué se refiere. No dice nada y espera a que ella continúe hablando.

—Aunque nuestro primer beso fue en Atocha, aquí nos enrollamos por primera vez. Quería liarme con Miki por eso. Para vengarme de él.

—Marta, esa no era una buena idea.

—Lo sé. Pero me ha dado mucha rabia verlo con otra.

—Así es la vida, hermana. David tiene derecho a salir con quien quiera. Aunque suene muy duro, él ya no está contigo.

La chica agacha la cabeza y se muerde el labio. Han hablado muchas veces de ese tema. Quizás es el asunto sobre el que más han conversado en los últimos dos meses. Pero le cuesta dejarlo atrás. Una y otra vez recae y tropieza en la misma piedra. ¿Por qué no puede pasar página?

—Tal vez haber venido aquí con los gaditanos sea una señal.

—¿Una señal de qué?

—Una señal para aparcar para siempre lo de David. Cerrar el círculo que se abrió en esta discoteca.

—¿Estás segura?

—No. En lo que tiene que ver con él, nunca estaré segura. Le quiero muchísimo —suelta Marta con tristeza—. Pero hay más peces en el mar, ¿no?

Elena la contempla con admiración y le da un gran abrazo. Los gaditanos las ven desde la barra y les piden que vayan con ellos.

—Encontrarás a tu Nemo, Dori —le susurra su hermana al oído. Y le propina un sonoro beso en la mejilla.

—Eso espero. Aunque siempre existirá el riesgo de que lo pesque otra.

—Buen juego de palabras.

Las dos se sonríen antes de llegar hasta donde se encuentran los chicos. Estos las reciben con vítores y una copa en la mano.

—¿Dónde os habíais metido? ¡Pensábamos que os habíais ido con otros! —exclama Javier rodeando con un brazo la cintura de Elena.

—Se ha hecho tarde y nos marchamos ya —responde esta, apartándose del joven del *piercing* en la ceja—. Veníamos para despedirnos.

—¿Ya? ¡Pero si es muy pronto! ¡Quedaos un poco más!

—Lo sentimos. Estamos cansadas.

Los dos gaditanos tratan de convencer a las chicas para que se tomen la última copa, pero esta vez no lo consiguen. Se despiden de ellos y salen de Kapital, en busca de un taxi que las lleve de vuelta a la residencia.

—Perdona por sacarte así de la discoteca —le dice Elena a su hermana mientras bajan andando por la calle Atocha. Todos los taxis con los que se cruzan están ocupados.

—No te preocupes. Me ha entrado sueño y quiero irme a dormir.

—Esos chicos eran muy majos.

—Sí, lo eran. Miki me ha dado su número de teléfono.

—¿Qué? No te dije que…

—Tranquila, no le llamaré. Está muy bueno y es muy agradable, pero no quiero pillarme de él. Vive en Cádiz y me saca un montón de años. Seguramente tenga novia y no nos lo ha dicho.

—Los sábados por la noche todo el mundo miente.

—¿Tú también?

Elena observa extrañada a Marta. ¿A qué se refiere?

—Claro. Alguna vez lo hago. A los gaditanos les he dicho que no éramos hermanas —recuerda con una sonrisa.

—¿Y a mí siempre me has dicho la verdad?

—Pues… No lo sé, Marta. En todos estos años, alguna vez te habré mentido. Imagino que como tú a mí.

—Es verdad. Yo recuerdo haberte engañado varias veces, aunque la mayoría por tonterías. Pero ahora, si te pregunto algo, ¿prometes que serás sincera conmigo?

La seriedad con la que habla Marta asusta a su hermana. De repente, la nota más madura, como si hubiera crecido varios años de golpe. Duda qué decirle. Un taxi libre la salva de momento. Elena levanta la mano y el coche se detiene. Las chicas suben al asiento trasero e indican la dirección de la residencia.

—Entonces, ¿me dirás la verdad? —insiste Marta mientras se abrochan el cinturón de seguridad.

—Qué pesada. A ver, ¿qué quieres saber?

—Es algo que lleva tiempo rondándome la cabeza. A lo mejor no tiene mucho sentido y piensas que soy estúpida. Pero hoy se ha dado el día perfecto para que te lo pregunte. Por favor, sé sincera conmigo, Elena. ¿Estás enamorada de David?

Capítulo 21

Dormir junto a la persona que amas puede convertirse en un mal trago si esta solo te ve como a un amigo. El simple roce de su mano con la tuya significa caer en un permanente insomnio para toda la noche. Le oyes respirar a tu lado y te preguntas qué estará soñando. Si formas parte de esa película confusa e imposible que rueda y dirige con los ojos cerrados o si el protagonista es otro. Te sobresaltas con cualquiera de sus sobresaltos. Y, aunque tus párpados también se encuentran plegados, no permites que Morfeo te engulla por completo.

Algo así le sucede a Ainhoa con Óscar la noche que pasan en el motel.

Después de una intensa charla, en la que la canaria le desveló al joven que, aunque no sean pareja, no podría imaginarse una vida sin él, los dos cayeron derrotados en la cama de matrimonio. La diferencia entre ambos fue que el chico se durmió a los cinco minutos y ella, a lo largo de la noche, no logró conciliar el sueño más de media hora seguida.

Cuando suena el despertador del móvil y el vallisoletano se despierta, Ainhoa ya se ha duchado y está preparada.

—Buenos días —dice el joven desperezándose—. ¿A qué hora te has levantado?

—Hace veinte minutos. El tiempo de darme una ducha y vestirme —miente la canaria, que le oculta lo de su insomnio.

—¿Qué tal va el agua caliente?

—No te voy a mentir, fue bastante mejor la cena.

Óscar se tapa la cara con la almohada y amenaza con continuar durmiendo. Sin embargo, sale de la cama dando un brinco y se dirige rápidamente al cuarto de baño. No tarda demasiado y enseguida también está listo. Los dos toman un desayuno rápido en el pequeño comedor del motel y se ponen en marcha. Deben recorrer tres kilómetros hasta el lugar donde para el autobús que los llevará hasta Valencia.

Aquel domingo de abril amanece soleado y fresco. La temperatura a esa hora de la mañana apenas llega a once o doce grados. La canaria echa de menos su chaqueta, aunque se ha vestido con un jersey de cuello alto que le abriga bastante.

En el diálogo que entablan durante la caminata, evitan mencionar la conversación de la noche anterior. Se centran en temas relacionados con la universidad, la familia o sus compañeros del pasillo 1B. Son cuarenta y cinco minutos que se pasan volando.

—Todavía queda un rato para que llegue el autobús —comenta el chico, estirándose—. Hemos venido pronto.

—Mejor pronto que tarde. Imagínate que lo volvemos a perder.

—Lo de ayer fue un accidente tonto. Cuando lleguemos a Valencia, iremos a una ventanilla con el código de la incidencia que me dieron ayer por teléfono para que nos devuelvan el dinero.

—A ver si tenemos suerte y no tenemos que hacer mucha cola.

—Sí. Por cierto, dijeron que llamarían a primera hora para decirme qué había

pasado con tu chaqueta, pero, si no lo han hecho dentro de un rato, les daré un toque yo.

—Ojalá la hayan encontrado y pueda regresar a Madrid con ella.

—Seguro que sí. Sé optimista.

La canaria sonríe y suelta un gritito de entusiasmo para demostrarle a Óscar que afronta el día de manera positiva. Y es verdad. A pesar de haber dormido poco y casi no haber descansado, se siente con energías renovadas. La ducha y después el desayuno la han revitalizado. No puede estar siempre quejándose ni llorando por él. Lo tiene como amigo y eso es lo que debe valorar por encima de cualquier otro sentimiento.

El autobús tarda un cuarto de hora en aparecer. La pareja se sube al vehículo y por fin reemprenden el camino a Valencia.

—¿Preparada para ver a Nicole?

—Preparadísima. Estoy muy emocionada.

Ha pasado tanto tiempo desde que ayer iniciaron el viaje que Ainhoa podía haber perdido la perspectiva. En cambio, tiene muy claro el objetivo con el que han partido de Madrid. ¡Está deseando abrazar a su amiga!

El trayecto se hace eterno. Durante el mismo, Óscar consigue contactar con la empresa de autobuses, que le indica que no han encontrado la chaqueta de la canaria. La chica lo asume y prefiere no darle más vueltas al asunto; aunque el conductor debió esperarlos, ella también se considera culpable de lo ocurrido. A su amigo, en cambio, le molesta más que la prenda no haya aparecido.

—Cuando lleguemos, reclamaremos tu chaqueta. Y, si no aparece, que te den el dinero aproximado de lo que costó.

—Da igual, Óscar. No pasa nada.

—Claro que pasa. Alguien tiene algo que no es suyo. ¡Haremos justicia!

La última frase del vallisoletano, medio en broma medio en serio, hace reír a Ainhoa. Es una de las pocas personas de su entorno que lo consiguen. No es un chico gracioso, ni tiene un sentido del humor demasiado acusado. Pero a ella le encanta ese puntito divertido que saca a relucir de vez en cuando.

Antes de la una, llegan a Valencia. En la estación, no tardan demasiado en conseguir que les devuelvan el dinero de los billetes. No tienen la misma suerte con el tema de la chaqueta. La mujer que los atiende en la ventanilla alega que no pueden demostrar que la haya perdido en el bus o a la posibilidad de que alguien se la quitara antes de subir a él. No les queda más remedio que resignarse y centrarse en lo que han ido a hacer.

El restaurante de la madre de Nicole está algo lejos para ir andando, así que toman un taxi que pagan con parte del dinero que les han devuelto.

—Me estoy poniendo muy nerviosa —comenta Ainhoa conforme el coche se acerca a su destino—. No la veo desde diciembre. No se molestará porque hayamos venido, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¡Estará encantada!

—Eso espero. Tal vez la pillemos en mal momento.

—Tranquilízate. La única que puede darnos problemas es su madre. Pero la peruana será la persona más feliz del mundo cuando nos vea aparecer en el restaurante.

La seguridad con la que habla Óscar calma los nervios y las dudas momentáneas de la canaria. Ellas eran inseparables en los meses que vivieron juntas en la Benjamin Franklin, y, a pesar de mantener el contacto a través del móvil, con llamadas y mensajes de WhatsApp, la echa de menos. No ve el momento de tirarse a sus brazos y achucharla. Pero, para ello, deben salvar el escollo de su madre: la persona que la retiene en Valencia y que no le permite regresar con ellos a la residencia.

El taxi se detiene justo enfrente del restaurante. El vallisoletano paga al taxista y bajan del coche.

—Vamos allá —dice Óscar, dándole la mano a su amiga. Esta la coge y aprieta con fuerza. A continuación, la suelta de nuevo y toma aire, que expulsa de un soplido.

Es el chico quien abre la puerta, decidido; Ainhoa va detrás de él. Lo primero con lo que se encuentran es con una barra en la que ven a una joven sudamericana, posiblemente también peruana, preparando varias bebidas en una bandeja para servirlas. Al fondo se divisa el comedor. Todavía no hay muchos clientes sentados en las doce mesas de las que dispone el restaurante. Solo dos están ocupadas. Un camarero atiende a la familia que está sentada en una de ellas.

—¿Qué hacemos? ¿Nos sentamos? —pregunta en voz baja la canaria.

—Mejor vamos a preguntarle por Nicole a la camarera de la barra.

—Habla tú, por favor. Yo estoy muy nerviosa.

—Vale, no te preocupes.

La pareja se acerca al mostrador, donde la chica ha terminado de colocar las bebidas que irán a una de las mesas del comedor. Cuando ve a los recién llegados, se seca las manos en un paño y los atiende.

—Hola, ¿vais a comer?

—No. Bueno, ahora mismo no —contesta Óscar, titubeante—. Buscamos a Nicole, la hija de la dueña del restaurante. ¿Está por aquí?

—¿Nicole? No la he visto. Acabo de entrar en mi turno.

—¿Podrías mirar un segundo a ver si ha venido?

—Esperad.

La camarera abandona la barra y avanza por el pequeño pasillo que conduce hasta el comedor. Luego desaparece por una estrecha puerta que está a la izquierda.

—Al final vamos a tener que llamarla para decirle que estamos aquí —señala Ainhoa, un poco desencantada.

—Vamos a ver qué nos dice la chica. A lo mejor está en la cocina echando una mano. Sé optimista.

—Vale, soy optimista. Soy optimista.

Pero el optimismo de ambos desaparece cuando la que aparece no es Nicole, sino una señora oronda, de piel morena y ataviada con un delantal blanco y algo manchado de harina. La canaria enseguida la reconoce.

—Muchachos, ¿qué hacen acá? —pregunta la madre de su amiga sin poder disimular su sorpresa.

Ella también los ha reconocido a ellos. Su hija le ha enseñado un montón de fotos de sus amigos de Madrid.

—Hemos venido a ver a Nicole —contesta Óscar, sonriendo y tratando de mostrarse simpático con la mujer.

—¿Ella sabe algo de vuestra visita?

—No, es una sorpresa. No la hemos avisado.

—Pues lo siento mucho. Nicole Katherine no está.

—¿No? ¿Y dónde podemos encontrarla?

—Se ha ido a pasar el día con sus hermanos y unos amigos de la familia a la Albufera. Regresará a la noche.

A Ainhoa el mundo se le cae a los pies. Siente unas inmensas ganas de llorar. ¿Es que no hay nada que pueda salirle bien a la primera?

—¿A la Albufera?

—Sí. Como hoy sus hermanos no tienen colegio, los está cuidando. Un matrimonio amigo iba a pasar el día allá y se han marchado con ellos. Le he dado el día libre en el restaurante.

—Entiendo.

—¿Cuándo regresan a la capital?

—Esta noche. En el autobús de las ocho.

—A esa hora aún estarán fuera. Mala suerte. Por cierto, no habrán venido para intentar llevársela a Madrid o para tratar de convencerme de que regrese a la residencia, ¿verdad?

—No, simplemente queríamos verla. La echamos de menos.

—Deberían haberla telefoneado antes. Han hecho el viaje en balde —indica la mujer, que no ha sonreído ni una sola vez durante la conversación—. Y ahora, si me disculpan, debo regresar a los fogones. Esto no tardará mucho tiempo en llenarse.

—Gracias, señora. Sentimos las molestias.

—Gracias a ustedes. Le diré a Nicole Katherine que han estado de visita.

La pareja sale del restaurante cabizbaja. Por su parte, la mujer vuelve a la cocina. Se dirige hacia la mesita en la que está preparando ceviche, posiblemente el mejor ceviche que alguien pueda comer en Valencia. Antes, coge el móvil que encuentra sobre la repisa que está junto a una puerta trasera. Lo apaga y se lo guarda en uno de los bolsillos del pantalón. Ha sido más fácil de lo que imaginaba, y la suerte ha estado de su parte. Ni siquiera han llamado a su hija para avisarla de que iban a verla. Qué estúpidos. Y mentirosos. Seguro que sus intenciones eran diferentes a las que le han contado.

No va a permitir que se lleven a su pequeña a Madrid.

Cuando se pone otra vez con el ceviche, la puerta trasera, que se encuentra entornada, se abre. Es la que da al almacén del restaurante. Una chica sale, secándose el sudor de la frente. Mira la repisa y descubre que no está su teléfono.

—¿Y mi celular?

—Lo tengo yo. Me he quedado sin batería en el mío y tengo que llamar a varios proveedores. ¿La contraseña de desbloqueo?

—Tres, uno, uno, ocho.

—Muchas gracias. Luego te lo devuelvo.

—Vale. No hay problema —responde la joven, fatigada—. Ya he contado todos los refrescos, los zumos y las botellas de agua que nos quedan. Mañana habrá que hacer un pedido urgente de bebidas. ¿Sigo haciendo el inventario de la despensa?

—Gracias, mi vida. Luego continúas. Ahora, ¿puedes sacar de la nevera un par de vasitos de suspiro de limeña y echarles un poco más de canela? Los han pedido en la mesa tres.

—Claro. Enseguida lo preparo, mamá.

Capítulo 22

Llega a la residencia con la moral un poco baja. Acaba de dejar a su hermana en Atocha para que coja un tren rumbo a Toledo. Ha insistido en acompañarla, a pesar de que Marta le ha repetido una y otra vez que prefería ir sola. Finalmente, la convenció, aunque prácticamente no han hablado en el camino. Ya se lo dijeron todo anoche.

Sus ojeras tienen un tamaño considerable, y es que casi no ha dormido. Ninguna de las dos lo ha hecho.

Elena entra en el edificio de la Benjamin Franklin y se dirige directamente al pasillo 1B. Abre la puerta verde y se queda unos segundos delante de la habitación 1152. Toca con suavidad y aguarda a que David aparezca. No lo ve desde ayer por la tarde; en esas horas han sucedido tantas cosas que va a ser difícil elegir por dónde empezar.

El sevillano aparece y la invita a pasar. La chica acepta, suspirando.

—¿Ya se ha ido?

—Sí. Necesita estar sola —le confirma Elena antes de sentarse en la cama, que está recién hecha.

David se coloca a su lado. Su amiga no tiene buena cara y se nota que la noche ha sido muy larga para ella.

—Cuéntamelo todo. ¿Qué ha pasado con Marta?

Esa mañana, muy temprano, Elena le envió un largo WhatsApp a David en el que le decía que su hermana se iría en cuanto desayunaran y que tenían que hablar de algo importante. No le explicaba el motivo exacto, pero le había dejado caer que la razón estaba relacionada con él, con ella y con los sentimientos de ambos. El mensaje añadía que aquella noche había sido una de las más difíciles de su vida.

«Pero te lo cuento después. Prefiero hablarlo contigo personalmente». De esa manera concluía el WhatsApp de Elena. David simplemente le contestó con un «OK. Estaré en mi habitación haciendo un trabajo toda la mañana. Avísame cuando quieras hablar».

El momento de hablar ha llegado.

Después de hacerle un resumen de la cena en el Foster’s Hollywood, los cócteles en el bar de Preciados y lo que habían vivido en Kapital con aquellos dos gaditanos, Elena se toma un respiro antes de afrontar el momento crucial de la historia.

—Eran más de las tres de la madrugada y cogimos un taxi para volver a la residencia. Marta me preguntó en varias ocasiones si yo siempre le había dicho la verdad. Le dije que suponía que alguna vez no, como seguramente ella había hecho conmigo. Entonces me comentó que quería preguntarme algo y que deseaba que fuera totalmente sincera con ella. Insistió mucho en ello.

—Y la pregunta era… ¿sobre nosotros?

—Exactamente me preguntó si estoy enamorada de ti.

La mirada de Elena huye rápidamente de los ojos de David, que tarda en reaccionar y comprender la situación.

—¿Y qué le contestaste? —se atreve a preguntar por fin el sevillano.

—Pues, al principio, traté de escaparme. Estaba muy cansada. Había bebido alcohol, bailado con los gaditanos y hasta había discutido con ella en la discoteca. No me apetecía tener esa charla. Además, íbamos en un taxi. Puse varias excusas para eludir el tema, pero mi hermana se lo tomó como aquello de que el que calla otorga.

—¿Lo interpretó como un sí?

—Lo interpretó como quiso. Siempre lo hace igual. Decía que si no le quería contestar la pregunta era porque estaba en lo cierto. Pero necesitaba escucharlo de mi boca. Me martilleó con lo mismo hasta que llegamos a la habitación.

Elena recuerda la conversación con Marta como si acabara de pasar. Eran casi las cuatro de la madrugada…

—No ha sido algo que se me acaba de ocurrir. Lo pienso desde el primer día que le conocí y os vi juntos —comenta Marta, ya dentro de la 1151—. Te miraba de una manera muy particular. A David le brillaban los ojos cada vez que te cruzabas con él o teníais una conversación. Y a ti te pasaba igual. Pero luego recapacitaba y me decía a mí misma: no pegan. Su carácter es muy distinto y terminarían discutiendo a todas horas si fueran pareja. Recuerdo haberlo hablado contigo antes de que empezáramos a salir. ¿No te acuerdas de eso?

—No. Voy a ponerme el pijama. Ahora vuelvo.

La hermana mayor entra en el cuarto de baño con la ropa para dormir en las manos, buscando ganar algo de tiempo. Necesita una solución, una salida para aquel laberinto en el que Marta la ha metido.

—¿Por qué no quieres hablar de esto? Eso significa que mi intuición es correcta. Estás enamorada de David. ¿Y él de ti?

Elena no contesta. Se cambia y después se lava los dientes, abriendo al máximo el grifo del agua fría para no oírla. Está agotada y le cuesta pensar con claridad. Sin embargo, su hermana sigue insistiendo al otro lado de la puerta. Aunque solo escucha el murmullo de su voz, sabe que continúa recitando el mismo discurso.

Cuando sale del baño, encuentra a Marta sentada en la cama, también con el pijama puesto. La mira un instante, desafiante, y vuelve a la carga.

—¿Ahora ya es buen momento para que me respondas a lo que te he preguntado?

—Eres muy pesada.

—¿Pesada? ¿Por querer saber si mi hermana está enamorada de mi exnovio? No tenemos entonces el mismo concepto de la palabra «pesada».

—¿En serio vamos a discutir por el significado de una palabra? Son más de las cuatro. Quiero irme a dormir.

—Si pretendes dormir con la conciencia tranquila, respóndeme. Solo quiero que

me digas si estás enamorada de David. Prometo que no te daré más la lata con esto cuando me cuentes la verdad.

La propuesta de Marta es clara. Simplemente tiene que aclararle lo que siente por el sevillano y la dejará en paz.

—No estoy enamorada de él —suelta Elena con la mayor seriedad y firmeza con la que es capaz de contestar.

—¿De verdad?

—De verdad.

—No te creo. Me estás mintiendo.

—¡No te estoy mintiendo!

—¡Sí que lo estás haciendo! ¡Se te nota un montón!

—¿Hasta que no te diga lo que quieres escuchar no vas a parar?

—¿Pensabas en él cuando estabas con Martín?

—¿Qué estás diciendo?

—¿Te acostabas con tu novio e imaginabas que lo hacías con el mío? ¡Confiésalo!

En ese instante, Elena se siente tan ofendida que, incapaz de reprimirse, lanza su mano contra el rostro de su hermana para abofetearla. Por suerte, se contiene justo en el último instante, cuando está a punto de golpear su cara. Como no desea ni mirarla, se gira y no se detiene hasta alcanzar el otro extremo de la habitación.

—Por favor, para de decir tonterías —murmura entre dientes mientras intenta calmarse.

—No digo tonterías. Me ha quedado muy claro que sientes algo por David. Tal vez siempre lo has sentido. Y él también. Desde el principio. Martín y yo solo fuimos una especie de tapadera. Alguien con quien pasar el rato. ¿No es así?

—Por supuesto que no es así. —Elena se gira para enfrentarse a su hermana cara a cara—. Tú fuiste muy importante para David y yo con Martín viví cosas nuevas, diferentes, momentos increíbles. Simplemente, no funcionó, como pasa con millones de relaciones.

—No te creo, Elena. Si no funcionó fue porque vosotros no nos queríais. Nos tomasteis el pelo. Fue una gran mentira. Os reísteis de nosotros.

—No te permito que hables de esa manera.

—Si fueras sincera conmigo, no habríamos llegado a esto. Tú me estás obligando a hablarte así.

La hermana mayor estira las mangas de la camiseta del pijama y las muerde rabiosa. No comprende cómo han llegado a aquella situación. ¿Desde cuándo tenía guardados Marta esos sentimientos? Quizás está al corriente de los besos con el sevillano o le ha quitado el móvil en algún momento y ha leído alguna de sus charlas vía WhatsApp. No lo sabe, pero es posible. Si así fuera, es inútil seguir escondiendo la verdad. Tenía muchas dudas acerca de su visita a la residencia, pero no sospechaba que iría tan mal, ni que ella se centraría en aquel asunto. Tal vez es el momento de abrirle su corazón de una vez por todas. La noche de la sinceridad absoluta.

—Está bien. Vamos a jugar a ser sinceros. Pregunta lo que quieras y te respondo —indica Elena mientras se sienta sobre el escritorio de la habitación—. Vamos, adelante.

—¿Serás sincera conmigo esta vez?

—Totalmente sincera. Te lo prometo.

Marta no las tiene todas consigo. Contempla a su hermana con cierto recelo. Pero aquello debe finalizar. Debe rubricar de alguna forma su historia con David. Para pasar la última página, tiene que conocer la verdad.

—¿Estás enamorada de David?

—No sé si estoy enamorada, pero siento algo por él —responde Elena, y traga saliva.

—¿Algo muy fuerte?

—Es complicado explicar con palabras la intensidad de lo que uno siente. Pero sí, me parece que es bastante intenso lo que siento.

Marta se tapa la boca con las manos y luego se seca los ojos con las mangas de su pijama. Está sintiendo dolor al escuchar a su hermana, pero es necesario hacerlo ahora.

—¿Desde cuándo te gusta?

—No estoy segura. Quizás desde el día en que llegué a la residencia.

—¿Fue un flechazo a primera vista?

—Esa pregunta es muy difícil. No lo sé. Una cosa es que una persona te guste y otra enamorarte de ella.

—Y él, ¿qué siente por ti?

Elena cruza las piernas, incómoda, levanta la cabeza y lanza una triste mirada al techo. Si difícil es hablar de sus sentimientos, más complicado es explicarle a su hermana los sentimientos del sevillano. Si le cuenta toda la verdad, le hará mucho daño.

—Hoy lo has visto salir con Silvia, la chica nueva —responde dándole un rodeo a la sinceridad en esta ocasión—. Creo que tiene muchas dudas respecto a sus sentimientos.

—¿Alguna vez te ha dicho que te quiere?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—No sé si me dices la verdad.

—Puedes pensar lo que quieras, Marta. Te he prometido que iba a ser sincera en todo lo que me preguntaras. Ya es asunto tuyo creerme o no.

La pequeña de las hermanas asiente y sorbe por la nariz. Se levanta de la cama y se dirige al cuarto de baño. Aparece unos segundos después con papel higiénico en la mano. Se suena y vuelve a mirar fijamente a Elena.

—¿Alguna vez habéis intimado?

—¿A qué te refieres?

—¿Os habéis… acostado? —A Marta le tiembla el labio al hacer la pregunta. Tiene miedo de la respuesta.

—No, no nos hemos acostado. Te lo juro.

—¿Y… besado?

En esta ocasión, la contestación no llega tan rápida. Pero Elena sabe que no puede mentir más en eso. Su hermana lo notaría y todo el esfuerzo que ha hecho hasta ahora no serviría de nada.

—Sí.

—¿Sí?

—Eso he dicho.

—¿Cuándo?

—Qué más da cuándo. Nos hemos besado y ya está.

—Joder, Elena, ¿cuándo?

—Esta semana. El lunes. Cuando llegamos de las vacaciones de Semana Santa.

—Dios. Joder, joder, joder —balbucea Marta, que tiembla—. ¿Solo ha sido esta vez?

—No.

—¿No? ¿Cuándo más?

—En Navidad. Nos dimos un beso en Navidad.

Capítulo 23

Cuando Marc regresó anoche a la residencia, Julen todavía no se había dormido. Eran algo más de las doce. El joven catalán no tenía buen aspecto. Parecía agotado, abatido. Y es que su padre seguía en las mismas y no deseaba hablar con él. Ni siquiera había servido de algo que su madre hubiera actuado de intermediaria, tratando de mejorar las cosas entre ellos.

Tampoco el navarro se encontraba del todo bien. Aquel sábado había resultado agridulce. Se habían dicho el primer te quiero y eso le hacía muy feliz. Pero el asunto de los padres de su novio y lo que estaba ocurriendo con Iria eran dos cuestiones que le preocupaban sobremanera.

Tanta tensión, por una parte y por otra, desembocó en donde era previsible. Hicieron el amor desenfrenadamente sobre la cama de la 1158. Con la intensidad y el furor de quienes necesitan desahogarse y liberarse de una pesada carga. No les importó alzar la voz demasiado, ni el fino grosor de las paredes. Todo les daba igual en esos minutos de pasión y deseo. Al acabar, Marc se despidió de Julen y se marchó a dormir a su cuarto, en la tercera planta del edificio.

Durante el desayuno, no hablan demasiado. No hace falta. Se sonríen, se dan la mano y cada uno repite café con leche. Sosegados, con calma.

—¿Vendrás para comer? —pregunta el pamplonés mientras suben de nuevo a recepción.

—No. Mis padres se marchan a las siete. Comeré con ellos. Intentaré volver a hablar con él.

—Suerte.

—Gracias. Aunque, más que suerte, necesito un milagro. Y mucha paciencia para no volverme loco con esto.

La sonrisa triste de Marc conmueve a Julen, que trata de animarle con un beso en los labios y un nuevo te quiero. Ha contado unos cuantos más desde el primero y no piensa parar de decírselo.

La pareja acuerda verse por la tarde y se despiden con un nuevo beso.

El navarro examina la hora y regresa a su habitación También él ha quedado en un rato, aunque no le ha contado nada a su chico. Coge una chaqueta, se peina un poco y se marcha. En el pasillo coincide con Toni, que justo en ese instante sale de la 1154. El valenciano espera a que llegue a su altura y se saludan con un choque de manos.

—¿Vas a dar una vuelta? —pregunta el joven de la cabeza rapada.

—Sí, voy al centro. ¿Y tú?

—Yo también. He quedado en Callao.

—Yo, en Sol. ¿Vas en metro?

El valenciano asiente y juntos caminan hacia la estación más cercana para tomar la línea amarilla. En el trayecto, Toni le confiesa su última locura.

—¿Sabes que he creado un canal de YouTube?

—¿En serio? ¿Y eso?

—Es una larga historia. Pero necesito conseguir muchos suscriptores en un mes.

—¿No tendrá que ver con tu querida Isa come Pizza?

—Has acertado. Está relacionado con ella.

Entonces le explica el reto que debe lograr en treinta días y el motivo por el que está haciéndolo. Julen escucha atento, aunque no da crédito a lo que su amigo le cuenta.

—¿Será tu novia si la superas en número de suscriptores?

—Exactamente. No resultará sencillo: tiene casi cuarenta mil; y de aquí a un mes probablemente habrá llegado a los cincuenta mil.

—¿Y tú cuántos tienes?

El valenciano saca el móvil y entra en su canal de YouTube. Levanta el teléfono y le enseña la pantalla a Julen.

—Veinte suscriptores —dice el navarro, aguantando la risa—. No sé muy bien cómo va el tema, pero ¿no lo tienes algo imposible?

—En principio, sí. No es nada fácil llegar a esas cifras si no grabas un vídeo que se convierta en viral y empiecen a lloverte seguidores como rosquillas. Y conseguir que se viralice un vídeo, sin que seas conocido, es prácticamente un milagro. O como si te tocara la lotería.

—Comprendo. ¿Y qué vas a hacer?

—Tengo un plan. Para eso voy a Callao. He quedado con una *youtuber*.

—¿Con quién?

—Abi Power. Aunque quizás la conozcas como Adelita.

—Sé quién es. He visto alguno de sus vídeos.

Ya en el interior del metro, durante unos minutos, Toni y Julen hablan sobre aquella chica. El valenciano le cuenta que la conoció la noche pasada en una cata de quesos y que fue muy amable con él. Este le informó de su situación y de la apuesta que había hecho con Isa come Pizza. Para su incredulidad, ella aceptó echarle una mano.

—Hoy vamos a grabar un vídeo para su canal y otro para el mío. Es un primer paso para abrirme camino en YouTube.

—Es una gran idea. ¿Isa lo sabe?

—No, no le he dicho nada. Se llevará una gran sorpresa.

—La sorpresa se la llevará sobre todo si la superas en suscriptores.

—Si pasa eso, yo seré el más sorprendido —indica Toni, que, en un gesto característico en él cuando está nervioso, se frota la cabeza—. Aunque Abi me ayude, sigue siendo un reto prácticamente imposible.

—No pierdas la esperanza, amigo. Si puedo ayudarte en algo, dímelo.

El valenciano le da las gracias y continúan conversando en el metro sobre aquel tema, hasta que llegan a la estación de Callao, donde Toni se baja. Tras despedirse de

su compañero de pasillo, Julen permanece en el tren una parada más, hasta Sol. Cuando sale a la calle, se dirige hacia la esquina en la que se encuentra la tienda de Apple. Mira el móvil y descubre que ha llegado un poco antes de la hora prevista. Sin embargo, apenas un minuto después, aparece la joven con la que ha quedado.

Eva lleva un vestido largo, verde oscuro, y encima una pequeña chaqueta negra. Cuando Julen la tiene cerca, percibe un aroma a coco que le embriaga. Se ha pintado los labios de oscuro y se ha puesto rímel en los ojos. Al ver al navarro, le da un gran abrazo y a continuación dos besos.

—¡Qué alegría me da volver a verte! —exclama la joven, repasándolo de arriba abajo. Hacía más de un mes que no quedaban.

—Yo también me alegro. Aunque sea en estas circunstancias. Por cierto, estás muy guapa.

—Gracias. He quedado con mi novio para comer. No me da tiempo a volver a casa para cambiarme y por eso me he vestido así.

—Yo que pensaba que te habías arreglado para mí.

—¡También! ¡Pero tú ya estás pillado! Aunque, si te cansas de él, avísame —bromea Eva sacándole la lengua y enseñándole el *piercing*.

En los últimos meses, tanto él como Iria se han acercado mucho a aquella joven; especialmente las semanas inmediatamente posteriores a la desaparición de Manu. Hablar con Eva ha significado una especie de terapia para la gallega, y Julen siempre las acompaña. Es lo único positivo que ha traído el extraño suceso del malagueño.

—Estoy muy preocupado —comenta el joven, cambiando el tono de voz.

—Yo también. Vamos a algún sitio a tomar un refresco y me lo cuentas todo con detalle.

El chico acepta y propone la cafetería del Círculo de Bellas Artes, muy cerca de donde están. Una vez allí, se sientan en la terraza, piden una Coca-Cola cada uno y continúan la conversación.

—Como te dije por teléfono, Iria se comporta de una forma extraña. Eso podría ser algo normal. En estos meses ha sufrido mucho. De hecho, se ha cambiado el peinado y ahora parece sacada de *Bola de dragón*. Mira, le hice esta foto sin que se diera cuenta.

Julen le muestra su *smartphone* a Eva, que contempla sorprendida la nueva imagen de su amiga.

—No le queda mal. Es habitual que las chicas cambiemos nuestro *look* radicalmente de vez en cuando. Son etapas.

—Lo comprendo. Pero eso no me llamó tanto la atención como lo que ocurrió ayer por la tarde.

—¿Lo de la agresividad y los ojos rojos?

—Sí. Su forma de comportarse no fue natural.

El navarro le narra cómo pasó todo: que fue a su habitación y golpeó varias veces la puerta pero no le abrió; que también la llamó por teléfono y tampoco recibió

respuesta; y que después de cenar lo intentó de nuevo y, en esa ocasión, la gallega sí apareció.

—Tenía los ojos irritados. Incluso le advertí que debía comprarse un colirio. Ella me dijo que seguramente era una alergia primaveral.

—¿Y no te lo creíste?

—No le di importancia hasta un poco más tarde.

Julen le habla a continuación del engaño de la llave maestra al bedel de la residencia.

—Tal como lo cuentas, lo hizo con mucha frialdad, ¿no? —indica la joven tras darle un trago a su refresco.

—Bueno, ya cogió prestada la llave de recepción para entrar en el cuarto de Manu aquella vez en enero.

—Lo recuerdo. Que haya actuado así es la prueba de que Iria sabe mentir y de que es capaz de hacerlo bajo presión.

El chico se queda pensativo al escuchar a Eva. En eso tiene razón. Su amiga había engañado a Jesús con extremada facilidad. Y ni siquiera sentía remordimientos por haberlo hecho.

—Me haces dudar. Ya no sé si también me ha podido mentir a mí en algo.

—En una cosa te ha engañado casi con toda seguridad.

—¿En qué?

—La rojez de sus ojos no creo que sea por culpa de una alergia —indica Eva, sacando un inhalador del bolso—. Yo soy asmática y, además, alérgica a mil cosas, sobre todo a las gramíneas, el polen y todo lo que tenga que ver con la primavera. Y te puedo asegurar que aún no he tenido ni un solo ataque alérgico este año.

—Suponía que sus ojos irritados no eran por una alergia.

—Por desgracia, me da que no. Háblame de la droga. ¿Dónde la ha escondido?

—En una bolsita de piel que ha metido en el bolsillo de un abrigo. Lo tiene guardado en el fondo del armario.

—Al menos ha tomado precauciones para que nadie la encuentre.

—Sí, eso sí. Aunque le propuse deshacerme yo mismo de la droga y se negó. Fue cuando más violenta se puso. Dio un grito que me dejó helado.

—Excesiva agresividad.

—Sí. Y no es habitual en ella comportarse así conmigo —dice Julen, muy serio —. Iria tiene mucho carácter, como ya sabes, pero siempre me ha respetado, incluso cuando nos hemos enfadado. Ayer, no sentí eso mientras estuve en su habitación, de la que prácticamente me echó. Era como si hablara con otra persona.

—Suele pasar con la gente que ha consumido cocaína. Desdoblan su personalidad.

—Estás convencida de que es eso lo que sucedió, ¿verdad? Se la tomó.

—Sí. No sé la razón, ni si alguna vez ha probado esta u otras drogas. Lo normal es que no, que haya sido su primera vez. Por eso se quedó dormida profundamente,

quizás hasta se desmayó, tenía los ojos rojos y fue agresiva contigo. Tiene toda la pinta de que ayer Iria consumió coca.

La expresión de Julen se torna sombría. Menea la cabeza de un lado a otro y se maldice a sí mismo por no haber impedido que su amiga haya llegado a ese punto.

—¿Puede convertirse en una adicta?

—De momento, no. Uno no se vuelve drogadicto de la noche a la mañana. Pero si sintió algún tipo de alivio o algún beneficio, puede resultar peligroso. Por no hablar de que su cuerpo no lo tolere y sufra algún tipo de infarto o derrame.

—Hay que quitarle el sobrecito cuanto antes.

—Sí. Eso es lo primero. Pero hay que encontrar la forma de hacerlo sin agobiarla. Si se siente presionada, puede ser peor.

—¿Y cómo hago eso?

—No lo sé —reconoce Eva tras encogerse de hombros—. Pero será mejor que no actúes solo. Esta tarde iré a merendar a la residencia y veremos qué nos inventamos para deshacernos de ese paquetito de los demonios.

Capítulo 24

—¿Reconociste que nos besamos?

—Sí, no me quedó más remedio. No quería ni podía engañarla más, y menos con un tema tan serio. Se me habría notado.

—¿Y qué dijo Marta?

—Se quedó en *shock* durante unos minutos. Le pedí varias veces disculpas, pero no reaccionaba —comenta Elena, muy tensa al recordar ese momento—. Luego, se metió en el cuarto de baño y se sentó en el suelo. Intenté consolarla, pero no quería verme. Así que la dejé sola.

—Joder. Me siento culpable.

A David le cuesta asimilar lo que su amiga le está contando. No imaginaba que los acontecimientos tomarían esa dirección. Ya han pasado más de dos meses desde que cortaron y aquella situación debería estar superada. Por lo visto, Marta tenía muchas dudas respecto a lo que él sentía. Y con razón. Aunque se esforzó, nunca consiguió enamorarse de ella.

—En ese instante, yo quería que me tragara la tierra. Me dolió mucho verla tan hundida.

—Tuvo que ser duro.

—Sí, muy duro —reconoce la toledana—. Ni siquiera lloró. Se quedó sentada en el baño, sin hablar, más de una hora y media.

—Pobre Marta. Ha debido de sentirse traicionada. ¿No pudiste evitarle ese dolor?

—¿Cómo, David? El error ya lo habíamos cometido. No podía ocultárselo más. No después de que me lo preguntara mirándome a los ojos y tras prometerle que no le iba a mentir.

El sevillano asiente con la cabeza y se toca el cuello, sobre la zona en la que lleva tatuado el ave fénix. Entiende a Elena y su decisión de no engañar más a su hermana, pero quizás aquella no haya sido la mejor de las soluciones.

—Sea como sea, ya no hay marcha atrás.

—Lo sé. Cometimos un gran error y tendremos que pagarlo. Sobre todo yo, que soy su hermana y viviré para siempre con ella.

—¿Se ha ido a Toledo muy enfadada?

—Más que enfadada, decepcionada. Muy decepcionada —indica Elena afectada —. Cuando salió del cuarto de baño, continuamos hablando, aunque ya repetíamos todo una y otra vez. Entramos en una especie de bucle de reproches, lamentos y disculpas. A las siete de la mañana, le propuse que durmiéramos un poco. Aceptó. En cambio, ni ella ni yo pegamos casi ojo, aunque no volvimos a discutir. No estaba bien, así que optó por coger el primer AVE que salía hacia Toledo.

—¿Habéis quedado en algo?

—No. La he acompañado hasta la estación, pero apenas hemos conversado.

—¿Quieres que hable con ella? Puedo llamarla y…

—No, mejor no —le interrumpe Elena—. Tal vez más adelante. Ahora lo más adecuado es dejarla en paz.

—Está bien.

La chica pasa los dedos por la frente y cierra los ojos. Le duele la cabeza hasta el punto de sentir mareos.

—Me voy a mi cuarto. Necesito dormir y desconectar de todo. Ha sido una noche muy difícil.

—¿Y nosotros?

—¿Nosotros qué?

—¿Qué pasa ahora con nosotros dos? Tu hermana ya se ha enterado de que estamos enamorados el uno del otro.

—No es el momento, David.

—Nunca es el momento. Estoy cansado de escuchar eso. ¿Es que ya no sientes nada por mí?

La joven toledana hace una mueca de fastidio, torciendo la boca. Se dirige hacia la salida de la habitación y desde allí observa severamente al sevillano antes de marcharse.

—La misma pregunta te podría hacer yo a ti.

—No entiendo por qué dices eso. ¿Me estás hablando en serio?

—Por supuesto que hablo en serio —dice Elena, que permanece de pie junto a la puerta de la 1152—. ¿No fuiste tú el que salió ayer por la noche con la chica nueva? ¿O quizás era alguien que se parecía mucho a ti?

—¿Preferías que me fuera solo? Que yo sepa, fuiste tú la que insistió en que saliera por la noche para no coincidir con tu hermana en la residencia.

—Marta también os vio juntos.

—¿A Silvia y a mí?

—Sí. Se enfadó mucho y tuve que calmarla. Fue el origen de todo.

David se da una palmada en la frente y recorre parte de la distancia que los separa. Como puede comprobar, no solo Marta se molestó al verlo con la extremeña.

—Salí con Silvia porque nadie en el pasillo estaba disponible —le explica—. De todas maneras, no hay nada malo en que dé una vuelta con una chica, ¿no?

—Nada malo.

—¿Estás celosa?

—Para nada. Tienes todo el derecho a hacer lo que quieras, con quien quieras. Pero deberías tener más cuidado cuando tu exnovia está presente.

—Otra vez con eso. ¡Marta y yo cortamos hace más de dos meses!

—No me repitas una y otra vez lo que ya sé.

—Pues no insistas más en que organice mi vida dependiendo de tu hermana.

El sevillano se sitúa a menos de un metro de Elena, frente a frente. Puede ver con claridad sus preciosos ojos marrones, de los que está completamente enamorado.

Pero…

—Creo que deberíamos tomarnos un tiempo —indica la joven, rotunda y aguantándole la mirada a David.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Un tiempo para qué?

—Para todo. Últimamente no paramos de discutir.

—Las personas discuten cuando no están de acuerdo en algo.

—Pero no cada vez que hablan. Esto se ha convertido en un tira y afloja permanente. Y lo peor es que no nos lleva a ninguna parte.

—¿Quieres que nos dejemos de hablar hasta que acabe el curso?

—No es lo que quiero, David. Claro que no quiero eso. Y, aunque lo deseara, sería imposible no dirigirnos la palabra estando en el mismo pasillo y formando parte del mismo grupo de amigos.

—Entonces, ¿qué propones?

—Que nos olvidemos de los sentimientos y nos tratemos solamente como amigos durante una temporada.

—No puedo olvidarme de lo que siento durante una temporada —indica el sevillano, dando un par de pasos hacia atrás—. Ni siquiera puedo olvidarme ni un minuto.

Elena resopla y abre la puerta de la habitación. A ella tampoco le resulta fácil plantearse algo así. Pero no hay otro camino. Corren el riesgo de cargarse su amistad y de hacer más daño a Marta.

—No sé si seguiré aquí el año que viene. Puede que estos sean mis dos últimos meses en la residencia y en Madrid. No hagamos que se conviertan en un infierno, por favor. Bastante hemos pasado ya.

—¿Y piensas que todo será mejor ignorando lo que sentimos?

—No será mejor. Pero necesito estar bien contigo, con mi hermana y conmigo misma. Y en este instante no estoy bien con nadie. Es una mala solución, pero la menos mala de las soluciones.

El chico no le lleva la contraria, aunque no está de acuerdo con lo que dice Elena.

—No hay forma de hacerte cambiar de opinión —afirma, recordando todas las veces que ella se negó a empezar algo con él—. Me doy por vencido.

—Es lo único que puedo hacer. Lo siento.

—Yo lo siento más. Te veo luego en el comedor.

—No sé si bajaré. Necesito dormir cuatro o cinco horas y que se vaya esta jaqueca. Te aviso cuando me despierte.

—Vale. Que te mejores.

—Gracias. Solo necesito descansar. Hasta luego, David.

—Hasta luego.

Elena le sonríe con timidez antes de marcharse de la habitación. Cuando cierra la puerta, siente dolor. Auténtico e intenso dolor. Aquel sacrificio que está haciendo es tan duro como si la hubiese rechazado el amor de su vida. En realidad, es lo que ha

sucedido pero a la inversa.

Mientras abre la puerta de su cuarto, le viene a la mente aquella frase de la película *Moulin Rouge*: «Lo más grande que te puede suceder es que ames y seas correspondido». ¡Qué equivocados estaban los guionistas!

Lo mejor que te puede pasar en la vida es ser amado y poder corresponder a ese amor. Esa es la única y verdadera realidad. Y es que en el amor no solo vale amar y ser amado, existen otras circunstancias que lo condicionan todo. Como es su caso.

Entra en la habitación y, sin más preámbulos, se lanza sobre el colchón. Cierra los ojos e intenta no pensar en nada. Lo consigue hasta que se duerme. Porque en sus sueños regresa David. Sueños en los que sí se deja llevar por lo que siente y en los que la frase de *Moulin Rouge* alcanza su máximo esplendor. Pero, en aquellos días de abril, sus sueños están lejos de hacerse realidad. Muy lejos.

Capítulo 25

En cuanto salen del restaurante de la madre de Nicole, primero Ainhoa y después Óscar, llaman al móvil de la peruana. A ambos les aparece el mensaje de voz que anuncia que aquel teléfono está apagado o fuera de cobertura.

—No habrá señal en la Albufera —comenta la canaria, desilusionada por no poder ver a su amiga—. Estoy gafada.

—No digas eso.

—Es la verdad. Por muy optimista o positiva que trate de ser, siempre me sale todo mal.

—Lamentarse no sirve de nada —indica el chico, tratando de animarla—. Vamos a dar una vuelta y buscamos un sitio en el que comer una buena paella. Aprovechemos que estamos en Valencia.

—No tengo hambre —protesta Ainhoa, que rápidamente se da cuenta de que tiene encima la mirada preocupada de Óscar—. No pienses nada raro. Simplemente es que la decepción de lo de Nicole me ha cerrado el estómago.

—Vale, pues comemos más tarde.

La chica va a rebatirle y contestarle que no hace falta que esperen a que ella tenga hambre para ir a algún sitio a comer. En cambio, se calla y continúa caminando a su lado. No desea discutir con él. Y, bueno, quizás en un rato le apetezca probar una rica paella valenciana.

Pasean lentamente, disfrutando del sol y de la discreta brisa que sopla en la ciudad del Turia. Ainhoa le escribe un par de WhatsApps a la peruana, que no obtienen respuesta. Se queja en voz baja para que Óscar no la oiga, aunque el chico se da cuenta de lo que sucede.

—Si no tiene cobertura para recibir llamadas, tampoco verá los WhatsApps.

—Ya lo sé. Pero por intentarlo no pierdo nada.

—Pierdes energía. Y sumas un enfado más. Intentemos olvidar para qué hemos venido y aprovechemos el viaje.

—Es difícil, aunque lo intentaré. ¿Te apetece que…?

El móvil suena e interrumpe a la chica, que se sobresalta. Pero no es Nicole. Ni siquiera es el teléfono de la canaria. El joven se da cuenta de que lo llaman a él, se aleja unos metros de su amiga y responde, susurrando.

—Hola, ahora mismo no puedo hablar. Te llamo en un rato… Sí, sí. Vale… Yo también. Adiós.

Cuando cuelga, Óscar se percata de que Ainhoa lo está observando muy seria. Acelera hasta llegar a ella y sonríe como si no hubiese habido llamada.

—Perdona, ¿qué me estabas diciendo? —pregunta sin parar de sonreír.

—No me acuerdo.

—¿No te acuerdas? Pero si solo hace un minuto que…

—Pues no me acuerdo. Tengo mala memoria.

El tono seco y cortante de la chica revela que se ha molestado por algo.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Es evidente que te ocurre algo. Así que no me digas otra que vez que no te pasa nada. ¿Ha sido por la llamada de teléfono?

—No me gusta que me dejen con la palabra en la boca —suelta Ainhoa, con la misma brusquedad que antes.

—¿Y qué hago? ¿No contesto al móvil?

—No he dicho eso. Pero te has ido para atrás como si no quisieras que supiera quién es la persona que te ha llamado.

—No lo he hecho por eso —dice Óscar, que trata de no perder la calma—. Ha sido un acto reflejo. Si estoy con alguien, siempre me distancio un poco cuando suena el móvil, para no molestar.

—Pues me ha dado la sensación de que lo que pretendías era esconderte de mí.

—Te equivocas.

—Muy bien. Una vez más, soy yo la que se equivoca.

La chica camina más deprisa, taconeando con fuerza. Óscar suspira y trata de alcanzarla. Está empezando a cansarse de sus continuas salidas de tono. Aquello parece la rabieta de una niña de cuatro años a la que no le dan lo que quiere. Sin embargo, recuerda todo lo que ha pasado en los últimos meses y sabe que las cosas serán así durante un tiempo. Se lo dijo Yaiza, una de las hermanas de su amiga. El médico que la trataba en Las Palmas advirtió a toda la familia de los cambios de humor que Ainhoa sufriría con asiduidad y de las recaídas que, posiblemente, padecería.

—Sabemos que eres un gran apoyo para mi hermana —le explicó Yai por teléfono cuando acordaron que la canaria volviese a Madrid—. Si no tuviera a alguien como tú, no podríamos permitir que regresase a la universidad. Confiamos en ti, Óscar. Tú eres el único que puede cuidar de ella en la residencia. Y, por favor, no le digas a Aino que te he llamado».

La responsabilidad que soporta el vallisoletano es demasiado grande, aunque la asume. Él quiere muchísimo a aquella chica. Pero, a veces, resulta imposible tratar con ella.

—Venga, no te enfades. Solo ha sido una llamada de mi madre. Y le he dicho que no podía hablar con ella porque estaba con una amiga —le explica Óscar a Ainhoa, colocándose a su altura.

—No estoy enfadada.

—Sí lo estás. Si no estuvieras enfadada, no caminarías tan rápido ni me llevarías con la lengua fuera.

La canaria se detiene y toma aire; también ella acusa el ir tan deprisa. Jadea al respirar. ¿Se ha molestado con Óscar por una simple llamada de teléfono? ¡Y de su madre! Una vez más, lo exagera todo. Pero no puede controlarlo. Además, le persigue

esa extraña sensación de que su amigo no le dice toda la verdad. ¿Será una de sus paranoias?

—No tengo hambre, pero sí mucha sed. ¿Te apetece que nos sentemos en algún sitio a tomar una cerveza?

—Me parece una idea estupenda.

—Era lo que te iba a proponer antes de que sonara tu móvil.

—Veo que lo has recordado, entonces.

—La memoria es muy selectiva. Va y viene a su antojo.

—Ya. No es porque se te ha pasado el mosqueo, ¿no?

—Te he dicho que no estaba enfadada —insiste una Ainhoa ahora sonriente—. Bueno, vamos a buscar un sitio decente donde nos pongan una caña.

El vallisoletano asiente y cinco minutos después se sientan en la terraza de un local cercano a la estación de trenes. Ambos piden una cerveza y continúan charlando, mucho más relajados.

—Queda una eternidad hasta que salga el autobús, ¿qué quieres hacer? —pregunta el chico mientras se lleva el vaso a la boca.

—No lo sé.

—¿Cine? ¿Turismo? ¿Tiendas? ¿Irnos de tapas?

Ella se conforma con estar junto a él y que no suene más ese estúpido teléfono. Ya que no ha podido ver a Nicole, por lo menos que pueda disfrutar de su compañía sin la interferencia de terceros.

—Podríamos seguir paseando por la ciudad. Hace un día muy bonito.

—¿Hay algo en concreto que te gustaría ver?

—No conozco Valencia. Así que puedes llevarme por donde quieras.

—Hablas como si yo hubiera venido muchas veces. Estamos empatados a cero.

—Pero tú te orientas mejor que yo con Google Maps.

El chico suelta una pequeña carcajada que a Ainhoa le parece lo más adorable del mundo. Da un último trago a su cerveza y se queda observándolo fijamente, mientras él busca con la mirada al camarero para pedir una segunda ronda. ¿Qué tiene Óscar para que después de tantos meses de sinsabores siga atrayéndola tanto? No es el más guapo ni el más simpático, ni tampoco el que mejores chistes cuenta. Pero es auténtico y posee magia en sus palabras. Incluso cuando se enfadan o discuten, le encanta oírle. Tiene mucha suerte de que no se haya cansado de ella y continúe a su lado.

El muchacho que los atiende, enseguida toma nota de dos cervezas más. Y de una ración de calamares y otra de tomate con ventresca de atún. Mientras les trae el pedido, el vallisoletano se levanta para ir al cuarto de baño. Ainhoa, que está sentada de espaldas al local, no se da cuenta de que Óscar no entra en el restaurante. El joven, cuando está seguro de que no hay peligro de que le vea, avanza rápidamente hacia delante, hasta doblar la esquina de la calle por la que han venido.

La canaria se queda sola y no puede evitar pensar en él; en todo lo que tiene y lo

que podría tener con aquel chico tan estupendo. Pero no debe ni puede permitirse darle más vueltas a aquel tema. No. Debe disfrutar de poder pasar el día junto a Óscar. Nada más.

Para no seguir comiéndose la cabeza, hasta que su amigo regrese intenta entretenerse con las redes sociales. Revisa en su móvil Twitter y después Instagram. Y ahí descubre algo que no comprende. Entre las imágenes que le aparecen de la gente a la que sigue, hay una que rompe cualquier lógica. Ainhoa clica en ella y observa detenidamente cuándo se ha subido: hace dos horas.

—No puede ser. Aquí hay algo que falla —murmura la chica cada vez más nerviosa y extrañada.

En la fotografía, Nicole se hace un *selfie* en una especie de almacén. Detrás de ella se ven un montón de cajas, bebidas y paquetes de todo tipo. Da la impresión de que es la despensa de un restaurante. Hace dos horas, se supone que la peruana y sus hermanos ya estaban en la Albufera, según les contó su madre. Pero la mayor contradicción respecto a lo que aquella mujer les explicó hace un rato está en la frase con la que su amiga ha titulado la imagen: «Domingo de inventario en el restaurante de mamá».

Por mucho que intente buscar una respuesta medianamente comprensible, no la encuentra. Ha podido mentir y que esa foto no sea de ese domingo. Pero el título no deja lugar a la duda. Además, ¡es de hace dos horas! ¿Para qué iba a engañar Nicole a sus seguidores? ¡No tiene ningún sentido!

Está tan obsesionada con la imagen que, cuando se da cuenta, han pasado quince minutos desde que Óscar se fue al baño. Los calamares se enfrían encima de la mesa y la espuma de las cervezas ha desaparecido. Da un trago a la suya, que deja por la mitad, y de nuevo comienzan las sospechas, los miedos y el enfado.

Se mezclan las emociones.

La madre de Nicole les ha tomado el pelo. Es la única explicación viable. Los ha engañado para que no pudieran ver a su hija. Menuda bruja.

Coge de nuevo el *smartphone* y llama a su amiga. Nada. No lo tiene encendido.

¿Y dónde coño se ha metido ese capullo?

Muy tensa, pincha un trozo de tomate, acompañándolo con un poco de atún. Se lo mete en la boca y, cuando mastica unas cuantas veces, lo escupe furiosa contra el suelo.

—¿Qué haces? —pregunta estupefacto Óscar, que acaba de regresar y ha contemplado atónito la escena.

—¿Dónde has estado? ¿Has ido a mear a Madrid?

—No, lo que pasa es que no solo he ido al baño —responde el joven, sacando una bolsa que llevaba escondida detrás—. Toma, no es como la tuya, pero espero que te guste.

El vallisoletano le entrega a Ainhoa lo que acaba de comprar en una tienda que vio abierta al ir hacia allí. La chica abre la bolsa y encuentra en su interior una

preciosa chaqueta negra.

—Joder. Gracias. No tenías que hacer esto —dice avergonzada la canaria—. Perdona, no debería haberte hablado así.

—No te preocupes. Lo he hecho porque me apetecía. ¿Te gusta?

—Muchísimo.

La chica se pone de pie y se la prueba. Le queda perfecta. ¿Cómo sabe su talla? De repente, empieza a llorar desconsolada. Se tapa la cara para que Óscar no la vea.

—No llores, por favor. Si te he comprado la chaqueta es para que estés feliz.

—Estoy feliz.

—No lo parece.

Ainhoa se aparta las manos del rostro y mira a su amigo. Siente unas ganas inmensas de besarle en los labios, pero se contiene. No va a cometer el mismo error una vez más. Se limita a darle un gran abrazo y a reiterarle su agradecimiento por aquel regalo.

Con la emoción del momento, la chica todavía no le ha contado lo que acaba de descubrir en Instagram. Se sientan de nuevo y, antes de que Óscar pruebe los calamares, Ainhoa le enseña el móvil.

—Mira esto y dime qué piensas.

Óscar alcanza el teléfono y examina detenidamente la imagen que la canaria le muestra. Como antes le ocurrió a ella, no comprende nada de lo que ve. Hasta que deduce lo que ha podido suceder.

—Esto solo puede tener una explicación: su madre nos ha mentido. Nicole estaba en el restaurante cuando hemos ido.

—Eso mismo pienso yo. ¿Crees que tiene miedo de que nos llevemos a su hija a Madrid?

—No debería. No estamos aquí para eso. Pero puede ser la razón por la que nos ha engañado.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Volver al restaurante. Se nos ha presentado una segunda oportunidad —dice Óscar tras dar un sorbo a su cerveza—. Hemos venido a Valencia para ver a Nicole y tenemos hasta las ocho para encontrarla. Todo no nos va a salir mal en este viaje, ¿no?

Capítulo 26

La grabación con Abi ha sido muy divertida y se lo ha pasado en grande. Toni se ha reído muchísimo con la *youtuber* andaluza. Ella subirá el vídeo el miércoles a las ocho, mientras que él intentará por todos los medios tenerlo para esa misma tarde. Si quiere que su canal crezca, debe darse mucha prisa y no perder tiempo. Solo dispone de treinta días para superar a Isa.

Su amiga lo ha llamado por teléfono un par de veces, pero no le ha contestado. Temía que sospechara algo y terminara pillándole. Quiere que sea una sorpresa. Una gigantesca sorpresa. Ella no imagina lo que ha preparado. Ayer, en la cata de quesos, no le dijo absolutamente nada sobre el contacto que había conseguido para que le ayudara a superar el reto.

Ya en la residencia, dentro de su habitación, enciende el ordenador y busca un programa de edición lo suficientemente bueno como para que sus vídeos tengan calidad. El que realizó ayer de presentación está grabado con el móvil y simplemente era para hacerse visible en YouTube. Apenas dura treinta segundos. Ha escuchado hablar de Filmora, un editor de vídeos bastante popular y sencillo de manejar. Es el que elige. Lo paga con PayPal y lo descarga en su ordenador.

Ya está preparado para comenzar su aventura como *youtuber*. En ese instante, cuenta con veintiún suscriptores. El objetivo que se plantea es llegar a cincuenta mil en un solo mes. No va a ser ni mucho menos sencillo, pero el premio final merece la pena.

Las dificultades empiezan muy pronto; comprender el funcionamiento de aquel programa no es tan fácil como sospechaba. Se pasa más de media hora viendo tutoriales en Internet. Con la mayoría se pierde enseguida. Sin embargo, hay uno, de una jovencita colombiana, que, paso a paso, entiende a la primera.

Cuando Toni le va cogiendo el truco al programa de edición, llaman a la puerta de su cuarto. Su primer pensamiento es el de no abrir. En cambio, ante la insistencia del visitante, se levanta de la silla, baja la pantalla del ordenador y se dirige hasta la entrada. Intuye quién puede ser.

Y no se equivoca.

—Oye, ¿por qué pasas tanto de mí? —pregunta Isa, que se invita a sí misma a entrar en la habitación del chico.

—No paso de ti.

—Te he llamado varias veces por teléfono y no has contestado.

—Estaba estudiando.

—¿Estudiando? ¿Un domingo por la mañana? ¡No me hagas reír!

La joven suelta una carcajada y se acomoda en la silla en la que antes estaba Toni. Instintivamente, casi sin darse cuenta, levanta la pantalla del portátil y se encuentra con el vídeo tutorial que estaba viendo el valenciano. Isa sonríe traviesa y husmea entre las pestañas que tiene abiertas. Afortunadamente, la carpeta en la que se

encuentran los vídeos con Abi no aparece en la pantalla.

—Así que te has descargado Filmora. Es el que uso yo.

—He escuchado hablar muy bien de él. En mi clase, lo utilizan algunos de mis compañeros para editar. Pero me he dado cuenta de que no es fácil manejarlo.

—Claro que no es fácil. Sobre todo para un novato. ¿Quieres que te ayude?

—No, gracias. Ya me ocupo yo.

—Muy bien —dice Isa divertida—. Como tú veas. Por cierto, ¿ya sabes sobre qué vas a hacer el primer vídeo?

—No, no lo sé.

—Si quieres, podemos grabar uno juntos para darte la bienvenida al mundo de YouTube y presentarte.

—Tenía otra idea para mi primer vídeo.

—Si me acabas de decir que no sabes qué vas a hacer… ¿Te aclaras?

Toni se frota la cabeza. Tenso, inseguro. Si continúa haciéndole preguntas y presionándole, averiguará lo que planea y adiós sorpresa.

—La verdad es que tengo una idea para el primer vídeo, aunque todavía no sé si la pondré en marcha o no —improvisa el valenciano.

—¿Qué idea?

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Menuda mierda de respuesta. No me gusta que juegues a hacerte el misterioso, Toni Pepperoni. Tú antes molabas más.

—No sé de qué me hablas. Soy el mismo de siempre.

Isa se pone de pie y se acerca a su amigo. Le acaricia la cabeza y amaga con darle un beso en la boca. En cambio, no lo hace.

—No sé qué tramas —dice mientras se dirige hacia la puerta—. Pero tampoco voy a estar detrás de ti todo el tiempo para que me lo cuentes. Me voy a comer, ¿te vienes?

—Vete tú. Yo comeré luego.

—No te dará tiempo. El comedor cierra en veinte minutos.

—Pues compraré un sándwich en la cafetería.

—Vale, como quieras —dice la chica con cara de no comprender la actitud de su amigo—. Sigo pensando que estás muy raro. Pero allá tú.

La *youtuber* abre la puerta de la 1154 y cuando sale cierra más fuerte de lo normal. Para hacerse oír y que quede muy claro que no está contenta con lo que Toni se trae entre manos. El valenciano suspira al verse de nuevo solo. En el silencio de su habitación, puede escuchar alto y claro a sus tripas. Tiene hambre. Quizás debería de haber bajado a comer con ella. Aunque está convencido de que Isa habría tirado del hilo hasta lograr llegar a su sorpresa.

Debe centrarse otra vez en el programa de edición para aprender a usarlo cuanto

antes. Le da al *play* y continúa viendo el vídeo de la chica colombiana explicando los detalles de Filmora. Al mismo tiempo, abre la carpeta en la que guarda lo que ha grabado con Abi y empieza a hacer pruebas. Paso a paso, va sumando segundos de metraje editado. No sufre más interrupciones durante las siguientes dos horas y los minutos frente a su portátil se le pasan volando.

Sin embargo, cuando están a punto de dar las cinco de la tarde, el hambre se impone y decide hacer un descanso.

El comedor lleva un rato cerrado, así que no le queda más remedio que acudir a la cafetería o comprar un sándwich en la máquina. Opta por la primera opción, aunque sea un poco más cara.

Coge dinero y el móvil y sale de la habitación. No tiene intención de demorarse demasiado. Aunque es prácticamente imposible que el vídeo esté listo para esa misma tarde, no lo quiere postergar para el día siguiente. Muchos *youtubers* lanzan sus contenidos a la Red los domingos. Él también procurará hacerlo de esa forma.

La cafetería de la residencia está más concurrida de lo habitual. Muchas de las mesas están ocupadas: por chicos que también han perdido el turno del comedor porque se han levantado excesivamente tarde y por familias que han venido a visitar a alguno de los residentes.

Echa un vistazo para comprobar si hay alguien conocido y se encuentra con Iria en la zona más alejada de la puerta de entrada. Está sola. El valenciano pide un cruasán mixto, unas patatas fritas y un refresco de naranja y, cuando le sirven, se dirige hasta donde está sentada la gallega. Al dejar el plato y el vaso sobre la mesa, se encuentra con la mirada de su compañera de pasillo.

—Hola —dice la chica, sonriendo de una forma extraña. Toni puede apreciar entonces que tiene los ojos rojos—. ¿Cómo estás?

—Bien —responde él mientras se sienta.

—Me alegro.

La joven se ríe para sí misma y da un sorbo a la taza de café que sujeta con ambas manos. Hace demasiado ruido al beber, algo que provoca que se ría con más fuerza después del trago.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Toni desconcertado—. Tienes los ojos muy colorados.

—Qué pesados sois todos. ¡Que es por la alergia de la primavera, coño!

Aquel cambio de actitud sorprende al valenciano, que no se esperaba la salida de tono de su amiga. Todas las personas que se encuentran en la cafetería se giran para mirarlos.

—Perdona. No quería molestarte —susurra el chico muerto de la vergüenza.

Toni está a punto de levantarse e irse a otra mesa, pero no está seguro de cómo reaccionaría Iria. La sensación que le da es que ha bebido algo, pero su aliento no huele a alcohol. Lo mejor será no alterarla más, comer deprisa y regresar lo antes posible a su habitación.

—¿Me das una patata?

—Claro, coge las que quieras.

La chica estira el brazo y alcanza un puñado de patatas fritas del plato de Toni. Se las mete en la boca y las mastica ruidosamente, como si no coordinara lo que hace. Al tragar, se le van por otro lado y empieza a toser escandalosamente. De nuevo, las miradas de todos los presentes se dirigen a ellos.

Sin preguntar, Iria agarra el vaso de refresco y se bebe casi la mitad de golpe. Su amigo no entiende nada, pero tampoco protesta. Al menos la tos desaparece y los que están en la cafetería dejan de observarlos. Toni no se atreve a decir nada, aunque tiene claro que algo le está pasando. Se termina el cruasán en silencio y se levanta de la silla.

—¿Vas al pasillo? —pregunta la gallega, estirándose para pillar la patata que sobra en el plato.

—Sí, estoy trabajando en un vídeo.

—¿Sí? Qué interesante. Te acompaño.

El chico resopla, pero acepta que se vaya con él. No desea llamar más la atención e intenta salir de la cafetería con la mayor discreción posible. Deben atravesarla de punta a punta. Algunos observan a la pareja con una sonrisilla o entre cuchicheos. Toni se percata y teme que Iria también se dé cuenta y provoque por ello un enfrentamiento con alguien. Sin embargo, milagrosamente consiguen llegar a la puerta sin que se produzca ningún altercado.

—¿Sabes una cosa? —dice la gallega, ya fuera.

—¿El qué tengo que saber?

—Estoy enamorada de un cabrón. ¡Un verdadero, estúpido y engreído cabrón!

Toni se queda helado cuando la escucha. ¿Qué le pasa a su amiga? ¿Por qué actúa de esa manera? ¿Y los ojos irritados?

No está convencido de preguntarle de quién le está hablando. No lo hace y deja que ella continúe hablando.

—Los tíos sois una especie animal muy rara, ¿sabes? No hay quien os entienda. ¿Crees que los orni… ornitorrincos son bichos raros? Pues los tíos sois peores. Peores incluso que los pingüinos africanos. ¿Sabes que hay pingüinos que viven en África? Pues sí, amigo mío. Los hay.

De camino al pasillo 1B, Iria continúa haciendo extrañas comparaciones entre animales y hombres. Hasta que abre la puerta verde y ve delante de su habitación a Julen y a una chica con un imponente vestido largo que se fija en ella. En ese instante, se calla de repente. Reconoce a la joven y no entiende por qué está allí. ¿Ha recibido Eva nuevas noticias de Manu? Si es así, no está muy segura de querer escucharlas.

Capítulo 27

—¿Tienes algún plan para que la madre de Nicole nos deje verla?

—Pedírselo con mucha amabilidad.

—Muy meditado. Un plan realmente elaborado —dice bromeando Ainhoa.

Óscar sonríe y continúan caminando; ya no queda lejos el restaurante de su amiga. Están prácticamente seguros de que la peruana se encuentra allí y de que no sabe que han ido a verla. Han vuelto a llamarla, pero por enésima vez se han encontrado con la misma respuesta. Sospechan que aquella mujer le ha quitado el móvil a su hija.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Me cuesta pensar. Estoy un poco desbordada por todo lo que nos ha pasado en este viaje —responde la canaria mientras abrocha un par de botones de su chaqueta nueva para resguardarse de la brisa.

—Si la señora insiste en que Nicole se ha ido a la Albufera con sus hermanos, le enseñaremos la foto de Instagram.

—Nos mandará a paseo.

—Seguramente, pero también podríamos sorprenderla, cogerla desprevenida y que se derrumbe y nos permita verla. Lo único que queremos es pasar un rato con su hija. Para eso hemos venido desde Madrid.

—Ella cree otra cosa.

—Pues debemos dejarle claro que estamos aquí para eso. Hemos respetado su decisión en todo momento, desde que nos aseguró que Nicole no volvería a la residencia, aunque no estemos de acuerdo con ella.

—Esa mujer me impone. Entiendo los motivos por los que se comporta así, pero me da un poco de miedo. ¿No llamará a la policía por acoso?

Óscar vuelve a sonreír. A él también le causa bastante respeto la madre de Nicole. Sin embargo, no cree que llegue a ese punto.

—No te preocupes. Eso no pasará —dice el chico firme—. De todas maneras, hay que estar preparados para cualquier reacción. Incluso por si tenemos que salir corriendo.

—¿Estás de coña? ¿Salir corriendo?

—¡Claro! Imagina que la señora aparece con un cuchillo de esos enormes de cortar carne. Yo no me voy a quedar quieto tratando de averiguar sus intenciones.

Ainhoa contempla a Óscar con los ojos muy abiertos y se imagina la situación. Está bromeando, pero podría pasar perfectamente. Tal vez no de una forma tan extrema, y desde luego sin cuchillo. Pero la madre de Nicole tiene pinta de no andarse con miramientos.

—No sé si reír o llorar —comenta la canaria tras dejar escapar un profundo suspiro.

—Mejor ríe. Siempre elige reír.

La chica le hace caso y dibuja una sonrisa. Algo forzada, pero sonrisa al fin y al cabo. El problema es que normalmente toma la otra opción. Es más fácil ser pesimista que optimista, le sale de forma natural. Su naturaleza es ser negativa y, por muchas veces que se haya planteado cambiar su manera de comportarse, termina cayendo en las lágrimas y el derrotismo. Óscar es el único que, de vez en cuando, logra sacarle su lado bueno. Él y Nicole, pero con esta hace tiempo que no puede contar. Bastante tiene la peruana con verse en la difícil situación de no estar haciendo lo que le gustaría. Espera que algún día su madre recapacite y Nicole consiga reorganizar su vida de la forma que elija ella misma.

—Así me gusta —dice el vallisoletano al verla sonreír—. No cambies esa expresión en los próximos diez años.

—Me dolerían los pómulos.

—Pero serías más feliz. El dolor se quita con una aspirina.

—No todos los dolores se van con una pastilla —asegura Ainhoa, que pierde otra vez la sonrisa—. Para algunos todavía no han encontrado una solución.

El chico se da cuenta de que la conversación se adentra en un terreno peligroso. Después de haber conseguido que se relaje y sonría, no imaginaba que volvería a caer tan pronto en su habitual y profundo pesimismo.

—Tienes razón. No todos los dolores ni todos los problemas tienen solución. Pero la actitud que muestres ante ellos es fundamental —dice Óscar animosamente—. ¡No sigamos más con esto! Allí está el restaurante. ¡Vamos a por nuestra amiga peruana!

El entusiasmo de Óscar contagia a Ainhoa. Aunque por dentro siente ese vacío que no se marcha nunca, a veces logra apartarlo y olvidarse provisionalmente de él. ¡Debe alegrarse! ¡Nicole está solo a unos metros de ella!

—Vamos. Tengo muchas ganas de abrazarla.

La pareja está a punto de cruzar el paso de cebra que los lleva a la otra acera, en la que se encuentra el restaurante, cuando suena el teléfono de la canaria. La chica se queda paralizada al examinar el móvil y ver el nombre que aparece iluminado en la pantalla.

—¡Es el número de Nicole! —exclama fuera de sí.

—¡Contesta!

—¿Y si resulta que es su madre la que tiene su teléfono? —pregunta Ainhoa histérica.

—¡No lo sabremos hasta que respondas!

La canaria se lo piensa mientras la luz de su *smartphone* sigue parpadeando. Se arma de valor y por fin contesta.

—¿Nicole? —dice temerosa.

—¡Aino! ¡Qué gusto me da escucharte! ¿Dónde estás?

Una repentina felicidad recorre todo el cuerpo de la chica cuando oye la voz de la peruana. Se le saltan las lágrimas y mira a Óscar emocionada.

—¡Justo delante de tu restaurante!

—¿Sí? ¿En serio? ¡Espera un segundo!

—¡Madre mía! ¡Qué bueno escucharte! Tu madre nos dijo que…

Sin embargo, antes de que pueda concluir la frase, la joven que en diciembre abandonó la residencia Benjamin Franklin sale por la puerta del restaurante. El tiempo parece congelarse, pero, rápidamente, las dos se lanzan a abrazarse. Durante varios segundos no se separan ni dicen nada. Después, Nicole también saluda cariñosamente a Óscar, con dos besos y un abrazo más breve.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —indica la sudamericana, que los invita a entrar en el restaurante—. Lo que ha hecho mi madre no ha estado bien. Perdonadla, ha perdido los papeles.

Nicole les explica lo sucedido. Se encontraba en el almacén cuando ellos llegaron y no se enteró de que estaban allí. Su madre no le dijo nada y le quitó el teléfono, con la excusa de que el suyo no tenía batería, para llamar a los proveedores. Después, entre unas cosas y otras, no se lo devolvió.

—Fue Mariana, una de nuestras camareras, la que me avisó de que habíais venido —continúa contándoles Nicole, al tiempo que los tres se sientan en una mesa del restaurante—. Al principio, no entendía nada. Luego fui atando cabos y le pregunté a mi madre, que me tuvo que decir la verdad. ¡Lo de esta mujer es increíble!

—Nosotros sospechamos que nos había mentido cuando vimos tu foto en Instagram en el almacén. Por eso hemos vuelto.

—¡Menos mal! ¡Pensaba que ya no os vería! No me lo hubiese perdonado.

—Tú no tienes la culpa.

—Lo sé, Aino. Pero me siento responsable de que mi madre se haya comportado así. Venís a verme desde Madrid, perdiendo vuestro tiempo y gastando dinero en el viaje, y os encontráis con este trato. Lo siento mucho, de verdad.

—Bueno, lo importante es que nos hemos podido reencontrar después de tanto tiempo —señala la canaria, que estira el brazo para tomar la mano de su amiga.

Las dos chicas se sonríen, muy contentas de volver a verse. Óscar también está satisfecho. Su plan ha dado resultado después de todo. Es bonito ver a Ainhoa tan feliz. Y, a pesar de que no ha sido fácil y han tenido que pelear demasiado para llegar a aquel momento, el esfuerzo ha merecido la pena.

—¿A qué hora os vais?

—Nuestro autobús sale a las ocho —responde resignada la canaria—. Queríamos pasar más tiempo contigo, pero nos han sucedido muchas cosas en este viaje.

Ainhoa le narra los diferentes episodios que han vivido en las últimas horas. Nicole escucha con la boca abierta. Lo que antes era un desastre ahora se convierte en anécdotas, y hasta suenan divertidas al contarlas.

—¡Dios Santo! ¡Sí que os han ocurrido cosas! Y mi madre, además, planteando más dificultades.

—Ya pasó todo. No te preocupes más.

—Es inevitable. ¿Puedo ofreceros algo de comer y de beber? —pregunta la

peruana mientras se levanta de su silla—. Dejad por lo menos que os invite a merendar. Tenemos dulces riquísimos de mi país.

La pareja rechaza la propuesta en primera instancia, pero acaba aceptando por la insistencia de su amiga. Nicole se aleja de la mesa para prepararles una sabrosa merienda peruana y deja solos a Ainhoa y Óscar.

—Lo has logrado —apunta la chica, dedicándole una sonrisa a su compañero de viaje.

—Lo hemos logrado los dos.

—Me refiero a que esto lo has hecho para que me sienta mejor, ¿verdad?

—Has pasado unos meses difíciles —indica Óscar, apoyando los codos en la mesa y mirando a los ojos a Ainhoa—. Te mereces disfrutar un poco de la vida.

—Gracias. Te debo unas cuantas ya.

—No me debes nada. Como te he dicho un millón de veces, los amigos están para eso.

—Ya. Pero no todos los amigos son tan buenos y pacientes como tú.

—Al final me vas a poner colorado.

Ainhoa baja la mirada y sonríe para sí. Daría lo que fuera para que aquel instante durara eternamente. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Segundos más tarde, el teléfono de Óscar vuelve a sonar. Este comprueba inquieto quién es la persona que le está llamando y se pone de pie con el *smartphone* en la mano.

—Perdona, tengo que contestar.

Sin dar más explicaciones, el vallisoletano se dirige hacia la puerta del restaurante y se marcha. Ainhoa lo observa desconcertada. ¿Otra vez? ¿Quién le ha llamado ahora?

—Ya estoy aquí —comenta Nicole de vuelta—. He traído una bandejita llena de dulces peruanos para que los probéis. ¿Quieres café?

—No, gracias.

—¿Dónde está Óscar?

—Fuera. Lo han llamado por teléfono y ha salido a hablar. Últimamente pasa muy a menudo.

—¿Qué es lo que pasa muy a menudo?

—Que lo llaman al móvil y desaparece para que no le escuche —responde muy seca Ainhoa—. Y creo que sé cuál es el motivo.

—¿Cuál?

—Se está volviendo a ver con la zorra de Naiara y no quiere que me entere. Estoy segura de ello.

Capítulo 28

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Sabes algo de Manu? Si vienes con malas noticias, prefiero no enterarme. O sí. Mejor sí. Cuéntame lo que sea.

Iria se queda mirando intensamente a Eva, esperando una respuesta. Se teme lo peor y no está preparada para recibir una mala noticia. Pero es lo que hay.

—No sé nada nuevo del malagueño —responde cortante la otra joven—. Solo he venido a visitaros. Hacía mucho que no os veía. Por cierto, te queda bien ese peinado.

—Gracias. ¿Solo vienes de visita? Joder. Menudo susto me has dado, tía.

La gallega se relaja y se deja caer en su cama. Se tumba de costado, apoyándose en una mano, y observa a Julen, que también se encuentra en la habitación. Su amigo la contempla preocupado y ella se da cuenta.

—¿Por qué todo el mundo me mira hoy como si tuviera monos en la cara?

—Sigues con los ojos irritados.

—Vete a tomar por…

—No discutáis —trata de calmarla Eva, que le hace un gesto al navarro para que no diga nada más—. ¿Eres alérgica?

—Sí, a la primavera. Bueno, a la estación no, claro. A toda la mierda esa de las flores y el polen.

Tanto Julen como Eva advierten que su amiga arrastra las palabras cuando habla. El tono de voz y su comportamiento gestual tampoco es el habitual. En general, se trata de una Iria completamente diferente a la que conocen.

—Si quieres, te puedo traer algo para frenarla. Yo también soy alérgica.

—No hace falta. Ya se me pasará.

—Deja por lo menos que te preste un colirio para los ojos. Los tienes muy irritados. Llevo un botecito en el coche. Voy a por él. ¿Me acompañas, Julen?

El chico asiente y juntos salen de la habitación de Iria, que continúa protestando desde el interior del cuarto, gritando que no necesita ningún colirio.

—Está colocada, ¿verdad? —pregunta Julen nada más atravesar la puerta del pasillo 1B.

—Sí. Es evidente que ha vuelto a consumir la droga de Manu.

—¿Por qué lo estará haciendo?

—No lo sé. Quizás por curiosidad, por probar algo diferente. O tal vez quiere sentir lo mismo que siente él.

—¿Puede engancharse?

—Si no se la quitamos, sí. Aunque no es algo que pase de la noche a la mañana, hay que poner remedio ya.

—¿Y cómo lo haremos? Antes me dejó claro que no pensaba deshacerse del paquetito.

—He pensado en ello. Tengo un plan.

De camino al coche, Eva le explica a Julen lo que se le ha ocurrido para

arrebatarle la droga a la gallega. El joven no tiene muy claro si aquello dará resultado, pero acepta colaborar con ella.

—Tenemos que ser decididos y no dudar. De todas maneras, hay que actuar con cuidado. Iria está muy inestable ahora mismo. Podría comportarse de cualquier forma.

—No entiendo cómo hemos llegado a esto. Todo se ha ido complicando. Semana a semana. Mes a mes. Primero con Manu, ahora con ella. Espero que estemos a tiempo de evitar algo peor.

—Las drogas nunca traen nada bueno —dice Eva mientras abre la puerta del coche y da un golpe seco en la guantera. De ahí saca una pequeña caja, con un tubito dentro—. Con el malagueño lo intenté todo para ayudarle. Y pensé que había funcionado. Sin embargo, estaba equivocada. Está claro que es más fácil entrar en ese mundo que salir de él.

La chica se guarda la cajita con las gotas en el bolsillo de la chaqueta y cierra el coche. Mira a Julen e intenta darle ánimos.

—Pero con Iria es distinto. Así que vamos a cortar el problema de raíz y a impedir que la bola de nieve se haga más grande.

—Confiemos en ello.

Los dos chicos vuelven a entrar en la residencia y, tras saludar al bedel de guardia, se dirigen con paso firme hasta el pasillo 1B. Caminan hasta la 1157 y llaman a la puerta. Eva nota los nervios de Julen.

—Tranquilo. Todo saldrá bien.

—Eso espero. Me sudan las manos.

—Relájate —dice la joven, acariciándole el brazo—. Tenemos que comportarnos como si no supiéramos lo que sucede.

—Lo intentaré. Pero ¿por qué no abre?

Eva llama otra vez a la puerta de la gallega. Transcurren unos segundos e Iria continúa sin dar señales de vida. Empiezan a inquietarse.

—Joder. ¿Dónde se ha metido?

—No te pongas nervioso. Estará en el baño.

—Metiéndose más droga —añade el navarro alterado, mientras se revuelve el cabello con las manos, despeinándose. Recuerda que ayer sucedió exactamente lo mismo—. No debería haberla dejado sola. ¿Y si está inconsciente, tirada en el suelo?

—Cálmate, Julen. No nos precipitemos.

La chica golpea una vez más la puerta de la 1157, en esta ocasión con más fuerza. Ella también se impacienta, pero procura disimular para que su amigo no se ponga más nervioso.

—Nada. ¿Qué hacemos ahora?

—Quédate aquí por si abre. Yo voy fuera, a ver si veo algo a través de su ventana —señala Eva, alejándose de Julen—. Te llamo en un minuto.

El navarro resopla y obedece las indicaciones que le da. Toca otra vez en la puerta

de la habitación de Iria y obtiene el mismo resultado que anteriormente. Por su cabeza pasan una infinidad de motivos por los que la gallega no les abre, ninguno de ellos bueno. Tiene miedo de que le haya ocurrido algo.

Tal como Eva le ha anunciado, su teléfono suena a los pocos segundos de marcharse ella.

—¿Has visto algo?

—No. Tiene la persiana echada. No me he dado cuenta de que estaba bajada cuando hemos entrado en su habitación.

—Yo tampoco. Estaba tan pendiente de ella que ni me he fijado en eso.

—Voy a dar una vuelta por aquí, a ver si por casualidad me la encuentro.

—Muy bien. ¿Qué hago yo? ¿Me quedo en el…?

Pero antes de concluir la pregunta, la puerta verde del pasillo 1B se abre. Julen contempla aliviado la escena: es Iria quien aparece, con una lata de Coca-Cola en la mano.

—Eva, está aquí. Regresa —susurra al móvil y cuelga.

Julen no se mueve de donde está y aguarda a que la gallega llegue hasta él. Parece tranquila. Va dando pequeños sorbos a su refresco mientras camina lentamente hacia su habitación.

Solo había ido por una Coca-Cola. Simplemente eso.

—¿Y nuestra amiga? ¿Ya se ha marchado? —pregunta al tiempo que introduce la llave en la cerradura de la puerta.

—No. Ahora viene.

La pareja entra en la habitación. La impresión de Julen es que Iria se encuentra un poco mejor. Se le nota principalmente en su manera de hablar. Vocaliza con mayor claridad y ya no arrastra tanto las palabras. Eso sí, continúa con los ojos irritados.

—Dime la verdad, Julen. ¿A qué ha venido realmente Eva a la residencia?

La pregunta coge desprevenido al navarro, que tarda un par de segundos en reaccionar. Los suficientes para que Iria desconfíe de su respuesta.

—Ya te lo ha dicho. Quería vernos. Hacía mucho tiempo que no quedábamos.

—¿Solo eso? ¿No tiene nada que ver con Manu?

—Que yo sepa, no.

—No me lo creo. Eva es una tía que no hace nada sin una razón relevante. Seguro que está aquí por algo más.

Julen se encoge de hombros y disimula que no sabe nada al respecto. A pesar de que su amiga ha dado en el clavo e imagina que Eva no ha ido a la Benjamin Franklin simplemente a visitarlos, no acierta el motivo real.

La chica de la que hablan aparece en la habitación instantes después. Saca la cajita de colirio de la chaqueta y le pide a Iria que la acompañe al cuarto de baño para echarle las gotas. La gallega, quejosa, accede. Quizás estando a solas con Eva consiga más información sobre su presencia allí.

—¿Cómo te va todo? —le pregunta Iria antes de que abra el botecito.

—Bien. Intentando reordenar mi vida.

—Todos estamos tratando de hacerlo, aunque es complicado.

—Ya. No es fácil dejar atrás el pasado —reconoce Eva. Las miradas de ambas se encuentran en el espejo del baño—. Pero hay que hacer lo que esté en nuestra mano para conseguirlo. Sobre todo apartar lo que nos provoca malestar.

—¿Cuál es el truco?

—¿Qué truco?

—El truco para olvidarte de que Manu está desaparecido.

—Eso no se me olvida. Lo tengo muy presente. Pero no puedo hacer nada para que aparezca. No soy maga —comenta Eva antes de quitarle el tapón al colirio—. Echa la cabeza hacia atrás, por favor.

Iria hace caso a la otra joven. Lo siguiente que siente es una gota penetrando en su ojo derecho. Da un gritito y pestañea repetidamente.

—Joder, esto escuece.

—Se te pasará en unos segundos. Ahora, abre bien el izquierdo.

—Espera un segundo —le ruega la gallega, que está apretando con los dedos el párpado del ojo derecho para que el líquido se diluya—. ¿Sabes que los padres de Manu han llamado a la residencia para preguntar por él? Lleva desde el viernes de la semana pasada sin contactar con ellos.

Eva niega con la cabeza, aunque sí que lo sabe. Se lo comentó Julen por la mañana. Pero se supone que ella y el navarro no han hablado hasta ahora. Así que debe mentir para que no descubra la verdadera intención de su visita.

—Abre más el otro ojo, por favor.

—¿Y no te preocupa?

—Manu y sus padres nunca se llevaron demasiado bien. Posiblemente esté pasando de ellos.

—Me sorprende tu frialdad.

—Ya te he dicho que no puedo hacer aparecer a Manu con una varita mágica.

Eva vuelca el botecito y una gota de colirio cae desde la pequeña membrana hasta el ojo izquierdo de Iria. Esta se queja y suelta una palabra malsonante.

—Terminamos. Con esto, mejorará la irritación de tus ojos. De todas maneras te lo dejaré para que te lo sigas echando durante los próximos días.

—No me hará falta. Puedes llevártelo.

—Tengo otro bote en casa. De verdad, quédatelo.

La joven sonríe y, tras darle una palmadita en la espalda a su amiga, sale del cuarto de baño. Contempla de reojo a Julen, que le hace la señal de OK con el dedo pulgar.

—Chicos, tenemos que quedar un día con tranquilidad y comer juntos. ¿Os animáis la semana que viene? —pregunta Eva alegremente.

—Por mí, bien.

—Yo no estoy ahora mismo para muchas quedadas —le lleva la contraria Iria—.

Pero ya veremos. Me da que la semana que viene va a resultar movida.

—¿Por qué dices eso?

—Si los padres de Manu denuncian la desaparición de su hijo, imagino que vendrán ellos a Madrid y tendremos por aquí a la policía investigando y haciendo preguntas.

—Es posible. Mantenedme informada.

La joven se dirige hacia la puerta de la habitación y la abre.

—¿Ya te vas?

—Sí. Antes, cuando he salido, me llamó mi novio para decirme que está por aquí cerca. Me ha preguntado si lo podía recoger pronto para llevarle a casa. Por lo visto, no le ha sentado bien la comida.

—¿Ahora te has convertido en taxista? —pregunta Iria con cierto sarcasmo.

—Más o menos. El amor tiene estas cosas. A veces te dan y otras debes ofrecerte.

—Una pena que te vayas ya. Ha sido una visita muy corta.

—Sí, lo siento. Ya os llamaré para ver si podéis quedar otro día para comer. Hasta luego, chicos.

La joven se despide de sus dos amigos y se marcha de la habitación de la gallega. Anda pausadamente por el pasillo 1B. Atraviesa la recepción y sale despacio por la puerta giratoria de la residencia. Cuando baja las escaleras del edificio, alguien se le acerca por detrás y le mete la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Gracias, Julen.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Todavía no lo he decidido. Pero la haré desaparecer para siempre.

—¿Y qué le digo a Iria cuando me pregunte?

—Dile que la tengo yo. Que me contaste que ella la había cogido del cuarto de Manu y te pedí que me la dieras para venderla porque necesito urgentemente dinero. Que te puse entre la espada y la pared.

—¿Se lo creerá?

—No lo sé, es lo único que se me ocurre de momento. Responsabilízame a mí. Se cabreará conmigo, pero, con el tiempo, seguro que se le pasará el enfado. Iria es una buena chica. Simplemente está eligiendo opciones equivocadas.

Eva le da un beso en la mejilla a Julen y acelera el paso, dejándole atrás y prometiéndole que le llamará para explicarle qué ha hecho con la droga del malagueño. El joven se queda paralizado en las escaleras. Le abordan muchísimas dudas. El problema es demasiado grande como para que se solucione de una forma tan sencilla.

Sin embargo, sin tiempo para pensar en lo que puede ocurrir en el futuro con Iria, Eva y aquellos malditos polvos blancos, recibe un mensaje de WhatsApp de Marc que hace que todo lo demás pase a un segundo plano:

«Cariño, no te asustes. Respira hondo. Necesito que vengas a la estación

de Atocha cuanto antes. Mi padre quiere conocerte».

Capítulo 29

«Buenos días. Hoy no podré conectarme a Skype en todo el día. Estaré con unos amigos preparando un asado en un lugar alejado de Buenos Aires. Pensaré mucho en vos, muñeca de ojos azules. Te escribiré de vez en cuando si dispongo de cobertura. Disfrutá de un lindo domingo. Siempre tuyo, Gaby».

Silvia repasa una vez más el mensaje de Facebook que hace unas horas le escribió Gabriel. La discusión de anoche ha quedado en el olvido. Cuando la chica llegó a la residencia, mantuvieron una sugerente conversación mediante mensajes de voz de WhatsApp. Aquel hombre la vuelve loca, aunque, en ocasiones, se sienta presionada por él. Imagina que la distancia y el no conocerse personalmente hacen que las inseguridades sean mayores. Tanto de su parte como de la de ella. Seguro que, cuando estén juntos, las cosas cambiarán.

Está siendo un domingo tranquilo. Se ha pasado buena parte del día entre planos y mapas. Ha comido con el encantador David, con quien ha comentado la divertida salida de anoche. También han bromeado sobre Justin Bieber. Aquel chico consigue hacerla reír. Le gusta su inteligencia y su humor tan fino. También su acento sevillano, que, según le cuenta él, no es el mismo de siempre. Estar rodeado de personas de otras zonas de España ha hecho que su manera de hablar haya cambiado.

Tiene la sensación de que lo conoce desde hace mucho tiempo y se ha sorprendido a sí misma distrayéndose pensando en él. Le encantaría seguir conociéndole y que se convirtiese en un gran amigo, al nivel de la amistad que lo une a Elena o a Toni, aunque ella parte con unos meses de desventaja.

Lleva un par de horas sola en su cuarto, liada con un ejercicio de vectores que no le sale. Le apetece tomar el aire. En la semana que lleva en la Benjamin Franklin, casi no ha salido del edificio principal. De toda la residencia, prácticamente no conoce nada más que las habitaciones y el comedor.

Finalmente decide irse a dar una vuelta. ¿Y si avisa a David? Prefiere no hacerlo. No quiere resultar pesada, aunque le encantaría disfrutar de su agradable compañía.

Sale del edificio y recorre el borde del lago hasta que llega a la cascada. Hace un poco de viento, pero no es molesto. Al contrario. Es una sensación placentera. Se sienta en uno de los banquitos y disfruta de la brisa que le acaricia el rostro. Cierra los ojos y permite que el aire le sople en la cara.

—Se está bien aquí —escucha de repente.

Silvia abre los ojos y se encuentra con Elena, que camina hacia donde está sentada. Aquella chica es guapísima y, pese a que no va muy arreglada, luce con elegancia. Seguro que muchos tíos de la residencia están enamorados de ella.

—Hola, ¿puedo sentarme? —le pregunta la toledana sonriente.

—Claro. Siéntate.

La recién llegada ocupa el lado derecho del banco. Observa a Silvia y se detiene en sus increíbles ojos azules. No solo tiene unos ojos bonitos, sino que su mirada parece transparente y limpia.

—¿Cómo está siendo tu primera semana en la residencia?

—Bien. Todavía me estoy adaptando. Pero todos son muy amables conmigo.

—Me alegro de que sea así. ¿Qué tal anoche con David?

Silvia se sorprende de que Elena sepa eso, aunque ellos son muy buenos amigos. Se lo habrá contado en algún momento de la mañana. Aunque ¿qué le habrá dicho exactamente?

—Genial. Primero tomamos un café, luego cenamos y terminamos en un *pub* del centro. Volvimos temprano a la residencia. Es un chico estupendo.

—Sí, es estupendo.

A Silvia le parece que el tono que usa para referirse al sevillano va con segundas. Quizás estén enfadados. Sin embargo, no va a preguntarle si tiene algún problema con él. Si es así, no es asunto suyo. A menos que ella…

—Sois muy amigos, ¿no?

—Bueno, más que eso —dice Elena, eligiendo conscientemente la respuesta. Después lo aclara—: Durante unos meses fuimos cuñados.

—¿Cuñados?

—Sí. Mi hermana fue su novia hasta enero.

La revelación deja con la boca abierta a la extremeña, que se queda sin palabras. Elena le explica la relación entre Marta y David desde el inicio del curso hasta después de las vacaciones de Navidad. También se atreve a contarle que ella estuvo ayer en la residencia, los vio salir juntos y se sintió fatal porque su ruptura fue traumática y todavía la tiene reciente.

—Lo siento mucho. No lo sabía. Pero entre David y yo no hay nada. Simplemente salimos a dar una vuelta. Ni siquiera puedo decir todavía que seamos amigos. Hablamos por primera vez ayer en el desayuno.

—¿Te gusta?

—No. Es decir…, es un chico muy guapo, atento, divertido…, pero… —Silvia está a punto de confesar que está enamorada de otro. En cambio, se contiene. No quiere hablar de Gaby. Todavía no—. Pero nos acabamos de conocer.

—Que os acabéis de conocer no significa que no haya habido un flechazo por alguna de las dos partes. Hay parejas que se forman con el largo paso del tiempo y otras que solo necesitan un minuto para enamorarse.

—Puede ser. Pero no me ha pasado a mí.

—¿Nunca has tenido un flechazo?

—Tal vez siendo más pequeña. Aunque no lo recuerdo bien.

—David es un chico para que te dé un buen flechazo. ¿No crees?

Silvia se piensa unos segundos la respuesta. Si no fuera porque Elena le ha dicho

que el sevillano estuvo saliendo con su hermana hasta hace poco, sospecharía que es ella misma la interesada en él. Se siente como si la estuviese interrogando, aunque trate de disfrazar sus intenciones con amabilidad y educación.

—Seguro que a muchas chicas les ha pasado —se limita a decir—. Yo solo he salido con él a dar una vuelta. Me gustaría ser su amiga.

—Su amiga…

—Sí, no tengo muchos amigos en Madrid. Y David me parece un buen tío. No quiero nada más con él.

Elena la observa fríamente, analizándola. Parece una joven sincera. Posiblemente esté diciendo la verdad. Aunque a ella tampoco debería importarle que el sevillano y la cacereña terminaran juntos. David es libre para hacer lo que quiera.

—Yo también puedo ser tu amiga. Vivimos en el mismo pasillo y nuestras habitaciones están muy cerca —comenta la toledana a media sonrisa—. Puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Muchas gracias. Lo mismo te digo.

Las dos chicas continúan dialogando durante unos minutos. Elena le explica a Silvia lo que le ocurre con la carrera y sus dudas respecto al futuro. También surge el tema de Nicole, hablan de Martín Carmona y después de las compañeras de piso de la extremeña. Mientras charlan, alguien las observa desde el otro lado del lago. David siente curiosidad por saber sobre qué están conversando. Se aproxima hasta ellas, que se quedan en silencio cuando lo ven.

—Hola, ¿disfrutando del sol y de la brisa? —pregunta el joven, que permanece de pie, delante del banquito en el que están sentadas.

—Conociéndonos mejor —se adelanta a responder Elena.

—¿Y el dolor de cabeza?

—Se marchó. Ya estoy bien, gracias. Las horas que he dormido me han venido genial. Eso sí, estoy muerta de hambre.

—¿Quieres que te acompañe a la cafetería? —interviene Silvia—. Me apetece un café con leche.

—Vamos entonces. ¿Te animas, David?

—No, luego os veo. He quedado con una compañera de clase para que me dé unos apuntes. Hasta la noche.

El joven se despide de ellas y se marcha por el camino que conduce a la cancela de la residencia. Elena y Silvia lo observan hasta que desaparece de su campo de visión. Es la extremeña la primera que se pone de pie. Se da cuenta de la expresión de la chica de la 1151. No es una mirada normal, de excuñada, compañera de pasillo o amiga. Hay más. Está claro, no se trata solo de un presentimiento. Le gustaría preguntarle, pero no tiene derecho a hacerlo. Seguramente no le sentaría nada bien.

—¿Nos vamos?

—Sí. —Es la escueta respuesta de Elena, que continúa como despistada desde que el sevillano salió de la residencia.

Ambas regresan al interior del edificio y caminan hasta la cafetería. Allí prosiguen la charla que han empezado al lado de la cascada del lago. Sin embargo, no vuelven a hablar de David. A pesar de que ninguna de las dos se lo quita de la cabeza.

Capítulo 30

El tiempo que Julen tarda en llegar en metro a la estación de Atocha se convierte en un auténtico comecocos. ¡Se está volviendo loco! Marc no le ha podido explicar demasiado. Simplemente le ha contado a través de WhatsApp que su padre desea conocerle.

«¿Cómo que quiere conocerme? ¿Has conseguido hablar con él entonces? ¿Qué le has dicho sobre mí? ¡Por Dios, cuéntame algo!».

Sus preguntas no obtienen respuesta. Solo un mensaje más de parte de su novio.

«Te espero a las seis en el estanque de las tortugas y te lo explico todo detalladamente. Por favor, no te enfades. Sé que para ti es una situación difícil, pero a ver si de esto sacamos algo bueno. Me tengo que ir. Te quiero».

Tras asimilar lo que acababa de leer, el navarro le envía un último WhatsApp antes de dirigirse hacia la estación de metro.

«No te preocupes. Todo irá bien. Nos vemos dentro de un rato. Yo también te quiero».

Son casi las seis de la tarde de aquel domingo de abril. Julen se baja en la estación de metro de Atocha Renfe y sigue las indicaciones que conducen hasta el gran jardín botánico de la planta baja, donde se encuentra el famoso estanque de las tortugas. Le resulta imposible no darle vueltas a lo que puede suceder en unos minutos. Ni siquiera es consciente de lo que Marc y su padre han hablado para que el hombre haya pedido verle. ¿Será en señal de paz? ¿O tal vez para iniciar una guerra? No tiene ni idea, pero lo que parece seguro es que no está preparado para un enfrentamiento.

Mientras baja las escaleras mecánicas, mira hacia el lugar en el que han quedado. Ve a su novio, que se encuentra solo. ¿Y sus padres? ¿Lo estarán vigilando desde alguna parte? Echa un vistazo a su alrededor, pero no divisa a ninguna pareja que se les parezca. No cree que se hayan echado atrás, Marc le habría avisado. ¿Entonces?

Cuando llega a la planta baja de la estación, avanza hasta el catalán, que lo recibe con un beso apasionado en los labios.

—¿Y tus padres? ¿Han cambiado de opinión? —pregunta Julen bastante nervioso tras el beso.

—No, los he dejado en la cafetería. He preferido hablar contigo a solas primero para prepararte un poco sobre lo que te vas a encontrar.

—Me estás dando miedo.

—Luego te compensaré. Prometido.

Marc vuelve a besarle en la boca. A continuación, le coge de la mano y lo guía hasta un banquito en el que se sientan.

—A ver, cuéntame. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí?

—No sé ni por dónde empezar. Han pasado muchas cosas en estas últimas horas.

—Resúmelas.

—Mi madre le ha pedido el divorcio a mi padre.

—¿Qué? ¿De verdad?

—Sí, se ha hartado de su actitud —indica Marc, que coloca una mano sobre la mano de su chico—. Tenías que haberla visto. Ha empezado a gritar en el restaurante donde hemos comido. Se ha puesto como loca.

—¿Y qué ha hecho tu padre?

—Al principio, nada. Como siempre. Se ha levantado de la silla y se ha ido al cuarto de baño. Se ha pasado allí más de media hora.

—Joder, qué situación tan complicada.

—Sí, mucho. Pero era necesario que mi madre diera un golpe encima de la mesa. Y vaya si lo hizo.

Marc le narra los hechos en un par de minutos: la mujer reprendió a su marido por no hablarle a su hijo desde que les confesó su homosexualidad, le soltó de todo en el restaurante y, al ver que no reaccionaba, amenazó con la separación. Un ultimátum en toda regla.

—La cara de mi padre era un poema. Nunca se le había enfrentado de esa forma.

—Claro. Una madre hace cualquier cosa por un hijo. ¿Y luego?

—Mi padre volvió a la mesa bastante afectado. Incluso te diría que había estado llorando. Se le notaba en los ojos. Jamás lo había visto así. Me dio hasta pena.

—Es que, a pesar de todo, es tu padre.

—Ya. Y le quiero.

El chico se emociona al expresar lo que siente por el hombre que tan difícil se lo ha puesto en esos días. Julen le seca una lágrima con los dedos y le pregunta si necesita un pañuelo. Marc lo rechaza y continúa hablando.

—En cuanto se sentó, me preguntó por mi orientación sexual, de si estaba seguro de ser gay. Le respondí que sí, que eso no es algo que se elija. Él pareció no comprenderlo muy bien. Cree que ser homosexual es una opción. Pero no me regañó ni hizo más comentarios. Se bebió el agua que quedaba en la botella y después me pidió disculpas por el trato que me había dado.

—Eso le honra.

—Sí. No es fácil para un hombre de su carácter y con su forma de pensar pedir perdón. Pero lo hizo. No creo que fuera por mí, más bien por mi madre. No soportaría que ella se fuera de su lado.

—Debe de ser una gran mujer.

—La mejor. Es una persona extraordinaria.

Una sonrisa de oreja a oreja aparece en el rostro de Marc al hablar de su progenitora. Las lágrimas desaparecen, aunque la emoción continúa instalada en su voz.

—Una vez que mi padre y yo lo arreglamos, mi madre se acercó a él y le dio un beso en los labios. Hacía mucho tiempo que no los veía besarse. Luego me besó a mí en la mejilla y me dio un abrazo. Fue entonces cuando mi padre me preguntó si tenía pareja.

—¿Te preguntó eso?

—Sí. Así, directamente. Me pilló desprevenido —comenta Marc, que se pone de pie—. En ese ambiente de buen rollo y sinceridad, no pude mentirle, Julen.

—Lo entiendo.

—Me pidió conocerte antes de regresar a Barcelona. Tuve que decirle que sí. A mi madre, además, sé que le hace mucha ilusión, aunque no se haya atrevido a preguntarme nada hasta ahora.

El navarro se incorpora y resopla. En principio, la situación no debe preocuparle, pese a que los nervios le comen por dentro. Será la primera vez que conozca a unos suegros. ¡Suegros! Es una palabra que no había utilizado hasta ahora. Suena a relación de verdad, a que van en serio.

—Haré lo que pueda por caerles bien.

—No debes hacer nada extraño. Sé tú mismo y ya está. Eres una gran persona, Julen.

—Tengo mis días.

—Como todos. Pero no existe nadie mejor que tú para romper el hielo con mis padres. Eso te lo puedo asegurar.

Los halagos de su novio le animan y sobre todo consiguen que se serene. Marc también es un gran tipo. Y eso que muchos en la residencia lo consideran un chulo de gimnasio que no ve más allá de sus músculos y su cara bonita. Nada más lejos de la realidad.

—¿Les has contado algo de mí? —pregunta Julen mientras van camino de la cafetería en la que aguardan los padres de Marc.

—Poco. Que estudias Fisioterapia, que tienes dieciocho años y que eres de Pamplona.

—Una descripción muy superficial.

—¿Qué querías que les dijese? ¿Cómo nos lo montamos en la cama?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

El catalán suelta una carcajada cuando su chico se sonroja. Le coge de la mano y lo besa una vez más antes de seguir caminando. Cuando se dan cuenta, están delante de la cafetería. Entonces, se detienen. En una mesa de cuatro, al fondo, Julen localiza a los padres de su novio. Traga saliva y cruza los dedos.

—¿Preparado para una interesante charla?

—No creo que nadie esté preparado para conocer a los padres de su pareja.

—Ánimo, cariño. Lo harás muy bien.

Marc es quien da el primer paso; Julen va detrás de él. A mitad de camino entre la puerta de la cafetería y la mesa a la que se dirigen, los padres del catalán se dan cuenta de la presencia de la pareja. Se levantan para recibirlos: el hombre, serio; la mujer, de lo más sonriente. Esta es la que saluda al navarro en primer lugar.

—¡Julen! ¡Qué alegría me da conocerte! —exclama ella antes de darle dos cariñosos besos.

—Igualmente, señora. Encantado de conocerla.

—¿Señora? ¡Por favor, llámame Montse y tutéame!

El chico asiente y fija su mirada ahora en el hombre, que no se muestra precisamente tan efusivo como su esposa. El padre de Marc permanece de pie, aunque no se ha movido de su sitio.

—Soy Enric, mucho gusto.

—El gusto es mío, señor. Un placer.

La frialdad en la expresión con la que Enric le estrecha la mano a Julen es directamente proporcional a la dureza con la que se la aprieta.

—¿Nos sentamos? —propone Montse mientras da una palmadita en el hombro a su hijo, que ocupa la silla más cercana a ella. Julen, por su parte, se sienta entre su novio y el hombre.

Aquel señor se queda mirando fijamente al navarro, como si esperase encontrar en él las respuestas a todas las preguntas que se ha ido planteando desde que supo la orientación sexual de su hijo.

—¿Queréis un café? —interviene de nuevo la mujer, que se percata enseguida de lo incómoda que es la situación para el recién llegado.

—Sí. Yo, uno con leche.

—Lo mismo —indica Julen, que se siente observado.

Montse llama al camarero y ella misma pide lo que los chicos acaban de decirle. El muchacho que los atiende les toma nota y regresa a la barra.

—Así que tú eres el motivo por el que mi hijo se ha convertido en gay —dice Enric muy serio en cuanto el camarero desaparece.

—Papá, eso no es así.

—¿No? ¿Y cómo funciona? —interviene de nuevo el hombre, desviando la mirada hacia su mujer—. Si se me permite preguntarlo.

—Pues funcionamos como cualquier persona —responde Marc, algo molesto. No está seguro de lo que su padre pretende—. En lugar de gustarme las chicas, me gustan los chicos. Y no ha sido por Julen. Me gustan desde antes de conocerlo. Pero es que, aunque no lo hubiera conocido, me seguirían gustando los hombres.

—Entiendo, pero no lo comprendo.

—Es que no hay nada que entender ni que comprender, papá. Simplemente, es que soy homosexual. Ya está.

—¿Y a ti siempre te han gustado los hombres?

Julen tarda en darse cuenta de que Enric se está dirigiendo a él. El camarero que trae los cafés le permite pensar unos segundos más la respuesta.

—Bueno, a mí… también me gustan las chicas —dice el navarro, que opta por no mentir.

—Es bisexual, papá.

—No me jodas. ¿Que eres qué?

—Bisexual. Le gustan los hombres y las mujeres. No es nada extraño.

—Es decir, que te podrías enamorar de mi hijo o de mi mujer. Te va lo que mejor te convenga en un momento dado.

—¡Papá!

—¡Enric! —exclama Montse furiosa.

—¿Qué? ¿Qué he dicho? ¿No es la verdad?

—Dicho así, parece que estés acusándole de ser un frívolo —comenta Marc también enfadado.

Julen observa a un lado y a otro cada vez que su novio o su padre hablan. Como si se tratara de un partido de tenis. El hombre continúa haciendo preguntas impertinentes y su hijo respondiéndole, intentando no alzar la voz. Así se pasan los siguientes quince minutos. Sin embargo, poco a poco Enric va siendo más comedido. Incluso esboza alguna que otra sonrisa, que parece sincera, cuando es Julen el que contesta sus curiosidades.

—Sigo sin tener muy claro todo esto que me estáis contando —señala el hombre bastante más relajado—. Pero no me caes mal, Julen. Una lástima que no seas una chica.

—¡Papá!

—¡Enric!

—Es una broma —indica el padre de Marc con una sonrisilla pícara—. Solo es una broma.

Montse le echa la bronca a su marido y su hijo mueve la cabeza a un lado y a otro, negativamente. En cambio, el navarro aguanta la risa. De una forma o de otra, y sin comprender el motivo, aquel hombre también le cae bien. Está chapado a la antigua y su mentalidad es de dos siglos atrás. Sin embargo, cree que puede llevarse bien con él y hacerle entender que ser hetero, bi u homosexual no importa. Lo realmente importante es querer y amar de verdad a la persona que tienes a tu lado. Sea hombre o mujer.

Capítulo 31

No se le da nada bien disimular. Ainhoa se ha pasado el resto de la tarde enfurruñada y pensando que Óscar le está tomando el pelo. Y si hay algo que le molesta es que le mientan en su propia cara. Desde que llegaron al restaurante de Nicole, le han llamado al móvil tres veces. Según él, una fue su madre, otra un compañero de clase y otra un amigo de Valladolid. ¿Tiene que creerle? Evidentemente, no. No se lo cree. Está muy claro que Naiara ha vuelto a entrar en juego. Y si ha intentado pasar del tema ha sido porque el reencuentro con la peruana es lo mejor que le ha ocurrido últimamente. Además, su madre no ha aparecido y han podido disfrutar tranquilamente de una riquísima merienda de dulces típicos de su país. Los picarones, la leche asada, el suspiro a la limeña y la mazamorra morada estaban sublimes. Cuando terminan, casi no pueden ni moverse. Pero va siendo hora de marcharse. El autobús hacia Madrid sale en unos minutos y no pueden permitirse el lujo de perderlo.

—¡No quiero que os vayáis! —exclama Nicole, abrazando a su amiga.

—¡Yo tampoco quiero separarme de ti! Es imposible que regreses, ¿verdad?

—A día de hoy, sí. Completamente imposible.

Durante la merienda, ese asunto ha monopolizado la conversación. La chica les ha explicado varias veces que no lo está pasando bien en Valencia, pero que tampoco puede volver a la capital. Su madre la agobia y cada día que pasa empeora su relación con ella. A veces, se siente como una criada o como la niñera de sus hermanos. Apenas dispone de tiempo para ella. Echa de menos la universidad, la residencia y a la gente del pasillo 1B. Y, por supuesto, ser independiente; tomar decisiones.

—Es tan injusto que no puedas hacer lo que quieres.

—Ya lo sé, Aino. Pero enfrentarme a mi madre sería todavía peor. Irme a Madrid supondría que se enfadara conmigo y ya habéis visto de lo que es capaz.

—Sí, nos hemos dado cuenta —dice la canaria resoplando.

—En realidad, no es una mala persona y solo desea lo mejor para mí. Aunque esta sobreprotección está acabando conmigo. Pero no hablemos más del tema, por favor. No quiero que el final de vuestro viaje a Valencia sea negativo.

—Tienes razón. ¿Nos hacemos un *selfie* para recordar este momento?

—¡Claro! ¡Y que se repita muchas veces!

Ainhoa saca su *smartphone* y se fotografían abrazadas y sonrientes. Después se une Óscar y repiten la operación, aunque la expresión de la canaria ahora es totalmente diferente. La sonrisa ha desaparecido de su rostro y se muestra distante.

Tras el segundo *selfie*, las dos amigas se abrazan otra vez y se comen las mejillas a besos.

—Siento molestar, chicas, pero nos tenemos que ir —comenta muy serio Óscar mientras examina la hora en el móvil.

Nicole se queja, aunque entiende que sus amigos deben apresurarse para no

perder el bus. Todavía deben encontrar un taxi que los lleve hasta la estación. La peruana le da el último abrazo y el último beso a Ainhoa y también se despide del vallisoletano.

—Mandadme un mensaje cuando lleguéis a Madrid.

—Tranquila. Te avisaremos. ¡Ven a visitarnos!

—¡Lo intentaré!

Alguna que otra lágrima resbala por el rostro de las dos chicas cuando se alejan. Ainhoa mira hacia el restaurante y dice adiós a Nicole con la mano. Después se gira y se limpia los ojos con las mangas de la chaqueta nueva.

—Seguro que pronto volveréis a veros —asegura Óscar para tratar de consolarla.

—No lo sé.

—¡Por supuesto que sí! Tienes que ser…

—No me vuelvas a decir que sea optimista o positiva, por favor —le interrumpe la canaria poco amable.

—Muy bien. No te lo diré más. Lo siento mucho.

La pareja continúa caminando en silencio hasta que encuentran un taxi libre. Se suben al vehículo y Óscar le indica al conductor que van a la estación de autobuses.

Durante el trayecto, no se dirigen ni una sola palabra. Ambos prestan toda su atención a sus teléfonos móviles. Mandan mensajes, revisan las redes sociales y escriben en el grupo de WhatsApp del pasillo 1B cómo ha ido la visita a Nicole.

Al llegar a la estación, es él quien paga el taxi. Se bajan, entran en el edificio y buscan la dársena de la que sale el autobús hacia Madrid.

—Es aquel —comenta Óscar, señalando el vehículo aparcado en el puesto número cinco—. ¿Quieres que compremos un bocadillo para el viaje?

—Yo no quiero nada.

La respuesta áspera de Ainhoa desespera al joven. Otra vez está enfadada. Y sabe el motivo. Al menos, lo presiente. Pero ¿qué puede hacer? A veces siente que se encuentra en una encrucijada. La canaria es muy importante para él. La quiere muchísimo. Pero…

—Espérame aquí. Voy a comprarme yo uno. Ahora estoy lleno, pero son más de cuatro horas de carretera. ¿Seguro que no quieres nada?

—Seguro.

—Bien. Ahora vuelvo.

Ainhoa ni siquiera asiente. Se sienta en un banco frente al autobús que deben coger y se limita a seguir con la mirada los pasos de su amigo, que se aleja en dirección a la cafetería de la estación. A ella no la engaña. No solo va a por un bocadillo para el camino. Está convencida de que hará una llamada de teléfono y que al otro lado de la línea responderá Naiara, su exnovia. ¿O ya será de nuevo su pareja?

Pasan cinco minutos y la chica no para de imaginarse cuándo, cómo y por qué su amigo ha vuelto con aquella zorra insoportable. ¿Qué le habrá prometido esta vez? Pensaba que Óscar era más inteligente. Caer una o incluso dos veces en la trampa

puede justificarse. Pero ¿una tercera vez?

Cuando el chico regresa, los pasajeros ya están subiendo al autobús. Le entrega su billete a la canaria y se ponen en la cola.

—Te he comprado un bocadillo de tortilla —susurra el joven—. Lo llevo en la mochila. Cuando tengas hambre, pídemelo.

—Ya te dije que no quería nada.

—Bueno, por si acaso. Si no te lo comes tú, ya me lo comeré yo.

Ainhoa suspira. Incluso en instantes como ese, en el que está molesta, se preocupa por ella. Siempre atento, intentando que se encuentre lo mejor posible. ¿Por qué no puede estar bien con él? ¿Por qué le miente? Parece la historia de nunca acabar.

Suben al autobús y avanzan por el pasillo hasta sus asientos. La chica opta por elegir la butaca junto a la ventanilla. Óscar coloca su mochila en el portaequipaje de arriba y se acomoda en el sillón del pasillo. Son de los últimos en subir, por lo que no tardan en ponerse en marcha.

—Fin de la aventura —comenta el joven mientras echa hacia atrás el respaldo de su asiento—. ¿Qué será lo siguiente?

—Los exámenes finales.

—¡Queda mucho para eso!

—No tanto. El curso se está terminando —le recuerda Ainhoa, que también reclina su sillón—. En un par de meses, todo habrá acabado.

—Eso suena apocalíptico.

A la chica le hace gracia aquel comentario y sonríe. Cierra los ojos. Está muy cansada después de vivir tantas emociones en tan poco tiempo. El reencuentro con Nicole al final ha sido posible y por suerte ha podido ver a su gran amiga peruana. Todo gracias al chico que tiene al lado y que también ha cerrado los ojos. Una sensación de culpabilidad se apodera de ella mientras el autobús sale de Valencia. Su mente vuelve a jugar con su estado de ánimo. Retornan los fantasmas del miedo. ¿Debería hablar con él? No, ahora no es el momento. Quizás mañana, pasado o la semana que viene. Tal vez nunca. No tiene derecho a saber más de lo que le cuenta. Solo son amigos. No. No es el momento. Sin embargo, las palabras se escapan de su boca.

—Óscar, ¿estás dormido?

—No. Solo tengo los ojos cerrados.

—¿Puedo hablar contigo?

—Claro. ¿Qué ocurre?

—Verás, no es asunto mío —comienza a decir medrosa—. Es sobre…, sobre esas llamadas.

—¿Qué llamadas?

La chica se impacienta. Sabe perfectamente a qué se refiere. ¿Por qué le gusta tanto hacerse de rogar? ¿Va a obligarla a tirar del hilo, centímetro a centímetro, para

que le cuente lo de las llamadas telefónicas?

—Las que llevas recibiendo durante todo el fin de semana.

—No recuerdo haber hablado con mucha gente este fin de semana.

—¡Vamos, Óscar! ¡Por favor!

—Bueno, que yo recuerde, esta tarde me han llamado Héctor, un compañero de clase, Miguel, un amigo de Valladolid y mi madre.

—No me mientas.

—No te estoy mintiendo, Aino.

La canaria abre los ojos y observa a su amigo, que permanece con los párpados bajados. Parece tranquilo, inalterable. Como si estuviera en posesión de la verdad y todas esas llamadas fueran de quien dice que son.

Sin embargo, está convencida de que no es así. Se fía de su intuición. Y no va a quedarse tranquila si no se lo pregunta.

—¿Has vuelto con Naiara?

—¿Qué dices?

—¿Es ella la que te llama? ¿Acierto? ¿Sois novios otra vez?

El vallisoletano abre los ojos y contempla a su amiga. La tranquilidad de la que hacía gala hasta ese instante se esfuma. Ahora está nervioso. Hasta se retuerce inquieto en su asiento, incómodo.

—¿No me vas a responder? —insiste Ainhoa, que necesita la verdad de una vez por todas, sea cual sea esta.

—Tienes razón.

—¿Cómo? ¿Tengo razón?

—Sí, he vuelto con Naiara. Pero no quería decírtelo para que no te sintieras mal. Me daba miedo tu reacción.

A pesar de que se lo imaginaba, la confirmación de sus sospechas provoca la desolación de Ainhoa. Se tapa la cara con las manos y comienza a llorar. Óscar se inclina sobre ella e intenta abrazarla. Pero la canaria no se deja. Le gustaría huir de allí. Saltar por la ventanilla del autobús y alejarse de él.

—Aino. Vamos, Ainhoa. Tranquila. Tranquila… Por favor, tranquilízate —escucha que le dice al oído—. Solo es un sueño. Aino, despierta.

La chica abre los ojos de golpe y contempla a su amigo, que está prácticamente encima de ella. Le cuesta unos segundos entender lo que ha pasado.

—¿Me he dormido?

—Sí. Yo también lo he hecho. Pero me has despertado cuando te has puesto a gritar.

—Qué vergüenza. Perdona. ¿He dado mucho el espectáculo?

—No te preocupes. Casi nadie se ha dado cuenta.

La joven apoya la cara en el cristal de la ventana, que está frío, y niega con la cabeza. Solo ha sido una pesadilla, aunque parecía muy real. Su subconsciente se ha entrometido. En cambio, lo que ha soñado es justo lo que su intuición le lleva

repitiendo todo el fin de semana. Debe ser valiente y resolver sus dudas.

—Óscar, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro. ¿Qué sucede?

—A ver…, puede que sea una paranoia mía. Pero hasta he soñado con ello.

—¿Qué es lo que te ocurre?

—Es sobre las llamadas… Las llamadas que has recibido este fin de semana. Y, por favor, no me digas más que han sido de tu madre o de tus amigos. No me lo creo. ¿Es Naiara? ¿Has vuelto con ella?

—¿Naiara?

—Sí. No me enfadaré si salís otra vez. Te lo prometo. No quiero que me protejas más. Debo aprender a superar mis miedos. Además, es tu vida y…

—No he vuelto ni volveré jamás con Nai. Esa historia ha finalizado para siempre —responde con autoridad Óscar—. Pero tienes razón: no te he dicho toda la verdad respecto a las llamadas que he recibido estos días. La persona con la que hablo tanto es una compañera de clase… y no estoy muy seguro de lo que sentimos el uno por el otro. A lo mejor, me estoy enamorando.

Capítulo 32

Deja encima del escritorio los apuntes que le ha prestado su compañera de clase y enciende el ordenador. David se pasa más de una hora en Internet investigando si hay algo nuevo sobre el asesinato de Calton Hill, en Edimburgo. No encuentra más información, salvo la ya leída y sabida. Aun así, repasa una vez más todas las noticias escritas sobre el caso e intenta atar algún cabo que relacione aquel suceso con Manu y Fernando. No tiene éxito.

De momento, no hay nada más que pueda hacer.

Apaga el portátil y se levanta de la silla. De repente, tiene mucha hambre, y con razón. Mira el reloj y descubre que es hora de cenar. El tiempo se le ha pasado volando entre unas cosas y otras.

Sale de la habitación y toca en la puerta de Toni, que no tarda mucho en abrir.

—Tío, tienes mala cara —comenta David cuando ve a su amigo. Parece agotado.

—Es que llevo no sé cuántas horas editando un vídeo para mi canal de YouTube. Me estoy volviendo loco. Sabía que era complicado, pero no tanto.

—¿Y ya has terminado? ¿Te vienes a cenar?

—No, todavía no. Bajaré a última hora. A ver si lo acabo antes de que cierren el comedor.

—Como tú quieras. Aunque te noto un poco obsesionado.

—No estoy obsesionado. Pero quiero subir el vídeo hoy. Ya es un reto personal.

—Esa chica terminará con tu salud. ¿Has visto las ojeras que tienes?

—Nada que no se solucione con unas cuantas horas de sueño —responde Toni, frotándose los ojos—. Bueno, te dejo. Que te aproveche la cena. Luego nos vemos.

Se despiden y el valenciano cierra la puerta para continuar trabajando en su primer vídeo editado. David se queda pensativo en el pasillo. ¿Debería avisar a Elena para que baje con él? No se han quedado a solas desde la mañana. No tiene ganas de discutir. Le ha dejado muy claro lo que únicamente puede haber entre los dos: amistad. Y como amigos pueden cenar juntos, ¿no?

Se dirige a la habitación 1151 y llama. La toledana abre enseguida, aunque está hablando por el móvil.

—Mamá, te tengo que dejar. No, no puedo hacer nada. Ya se le pasará… Bueno, adiós —se despide y finaliza la llamada.

La chica contempla a David y se encoge de hombros.

—Lleva veinte minutos preguntándome lo que le ha pasado a Marta en Madrid para que lleve todo el día encerrada en su cuarto, quejándose de la vida.

—¿Y qué le has dicho?

—Nada. No le voy a explicar que mi hermana se ha enfadado conmigo por haberme liado con su novio mientras todavía salían juntos.

El sevillano se muerde el labio y no dice nada. No es el momento de opinar sobre el tema, ni de seguir la conversación que iniciaron por la mañana.

—¿Te vienes a cenar?

—¿Ya es hora de cenar?

—Sí. Son casi las nueve menos cuarto.

—Tengo el horario cambiado. No tengo nada de hambre, pero bajaré contigo.

La joven se guarda el teléfono en el bolsillo trasero del vaquero y coge el tique que corresponde a la cena. Los dos salen de la habitación juntos, aunque cuando están a punto de cruzar la puerta verde del pasillo 1B, Elena le sugiere algo a David.

—¿Llamamos a Silvia para que venga con nosotros?

—¿Ya os habéis hecho amigas?

—Bueno, hemos pasado un rato juntas y me parece una buena chica.

—A mí también me cae bien. Y me alegro de que te hayas convencido de que no hay nada entre nosotros dos.

—No he dicho eso. A saber lo que pasó anoche entre vosotros.

Elena sonríe divertida y se da la vuelta. David también se gira y la sigue a pocos pasos de distancia. Se paran frente a la 1155 y la toledana golpea la puerta con los nudillos. Silvia aparece con una gorra roja en la cabeza y una goma de borrar en la mano. Lleva un lápiz en la boca, que suelta en las manos en cuanto abre.

—Perdonad, estaba dibujando —dice invitándolos a que pasen con un gesto de la cabeza.

David y Elena entran en el cuarto de la extremeña, que tiene un montón de cosas por medio, aunque en un relativo y curioso orden.

—Solo veníamos a preguntarte si bajas a cenar con nosotros —interviene David.

—¿Ya es hora de cenar?

—Yo he dicho lo mismo. La tarde se me ha pasado muy deprisa.

—Aunque no tengo hambre, si me esperáis un minuto, bajo con vosotros. Esta camiseta está demasiado usada como para ir por ahí con ella.

La chica alcanza una sudadera azul del armario y una gorra del mismo color y se mete en el cuarto de baño.

—¿Cuántas gorras tiene? —pregunta Elena a la vez que echa un vistazo a la lámina que está sobre el escritorio. Se trata de un bodegón a medio hacer. Lo que lleva está muy bien dibujado. Aquella chica es toda una artista.

—Muchas. Me dijo ayer el número, pero no me acuerdo.

—Es muy coqueta. Siempre lleva la gorra a juego con la parte de arriba.

En ese instante, suena la melodía de un móvil. La pareja se mira entre sí y después los dos se giran hacia la cama de la chica. Es el teléfono de Silvia el que está sonando encima del colchón. La joven aparece rápidamente y se lanza a responder. Sin embargo, el número que se ilumina en su *smartphone* no lo tiene registrado en la agenda de contactos. De hecho, parece extranjero. Le recuerda al de Gaby, aunque no es el suyo. ¿Y si le ha pasado algo? Duda entre responder o no delante de sus compañeros de pasillo. Ellos no saben nada de su novio argentino a distancia. Pero le puede más la preocupación que el miedo a desvelar su secreto. Así que termina

contestando.

—¿Sí? ¿Dígame?

—¿Quién sos vos?

La voz al otro lado de la línea es femenina y con acento sudamericano. Silvia juraría que argentino. No le da tiempo a pensar nada más, porque la mujer enseguida continúa hablando.

—¿De qué carajo conocés a Fede?

—¿Fede? No conozco a ningún Fede.

—Vamos, no mientas, boluda. He copiado este número del móvil de mi marido. Él te telefoneó ayer. ¿De dónde sos? Parecés gallega.

Silvia se queda mirando a Elena y a David con los ojos muy abiertos. No entiende absolutamente nada. ¿Quién es esa mujer?

—Perdone, señora. Creo que se ha equivocado. No sé quién es usted, ni quién es su marido. Mi nombre es Silvia y soy española.

—¿Sos la amante de Fede?

—¿Amante? Tengo dieciocho años, soy muy joven todavía para tener amantes.

—¿Dieciocho? ¡Sos un bebé! La concha de su madre. Malparido. El pelotudo ese me está engañando con una mina de dieciocho años. Lo mato ahora mismo.

La mujer cuelga sin despedirse ni aclararle nada más a Silvia. La chica se queda mirando el móvil, como esperando que la vuelva a llamar.

—¿Todo bien? —pregunta David al comprobar que la joven no reacciona.

—No lo sé. Ahora mismo estoy muy confusa. No sé quién es.

—Se escuchaban los gritos de esa mujer desde aquí —indica Elena—. ¿Era argentina?

—Sí, eso creo.

—¿Y no te ha dicho para qué te ha llamado?

—No me ha quedado muy claro. Me hablaba de un tal Fede, su marido. Todo muy raro.

—Se habrá equivocado de persona —comenta David, abriendo la puerta de la habitación—. Vamos a cenar, anda.

La chica asiente, aunque no está tan segura de que aquella señora haya cometido un error. ¿Y si es la pareja de Gabriel? No puede ser. Él está soltero y la quiere a ella. Se lo ha repetido un millón de veces. Llevan muchos meses hablando a través de las redes sociales y viéndose por la cámara del ordenador. ¿Cómo va a ser su mujer? Pero también es argentina y le ha dicho que copió su número de móvil del teléfono de su marido. ¡Que la había llamado ayer! Demasiadas coincidencias. Debe de haber una explicación coherente que explique aquel malentendido.

Mientras bajan al comedor, Silvia no puede eliminar de su cabeza la conversación que acaba de tener. Elena y David van charlando y preguntándole cosas. Ella responde con monosílabos y sonrisas. Necesita hablar con Gaby cuanto antes. Contarle lo que le ha pasado y que le confirme que no tiene ni idea de quién es

aquella mujer.

Apenas llena su plato. Se sirve una ensalada y rápidamente se sienta en la mesa. Saca su móvil y escribe al argentino. Los dedos le tiemblan al teclear.

«Cariño, necesito hablar contigo. Sé que hoy estás fuera con tus amigos de Buenos Aires y que a lo mejor no ves este mensaje hasta dentro de un rato. Sea la hora que sea cuando llegues, llámame o escríbeme, por favor. Estoy bien, no te preocupes. Pero hay algo que tengo que preguntarte. Te quiero mucho».

La joven envía el WhatsApp y a continuación se mete un trozo de lechuga en la boca y lo mastica sin ningún interés. Tampoco escucha lo que sus amigos dicen. Su atención solo está puesta en el móvil, aunque no tiene mucha esperanza de que Gaby se ponga en contacto con ella inmediatamente.

Por si acaso, copia lo que ha escrito en WhatsApp y lo pega en Facebook. También le envía el mensaje en privado por ahí. Entonces piensa en algo en lo que hasta entonces no había caído. Si su novio no es quien dice ser, ¿lo detectaría en su página? Desde el móvil, durante el resto de la cena, analiza el Facebook de Gabriel Lopilato. Tiene doscientos quince amigos. En su muro, lo último que ha puesto es el enlace a YouTube de una canción de Queen, *I was born to love you*, su grupo preferido. Básicamente, su página está repleta de *links* que llevan a canciones, noticias de prensa argentina y vídeos de partidos de River Plate. Nada extraño, pero tampoco demasiado personal. No hay comentarios, aunque eso tampoco quiere decir nada.

—Silvia, ¿sigues preocupada por esa llamada? —le pregunta Elena tras darle un golpecito amistoso con el codo.

—Es que… no sé. Ha sido muy raro.

—No le des más importancia —interviene ahora David. El sevillano sí que se ha llenado un par de platos con todo lo que ha podido coger para cenar—. Se han equivocado y ya está. ¿Qué tienes que ver tú con Argentina?

La chica casi se atraganta cuando el chico le pregunta eso. Hasta el momento, nadie en la residencia está al corriente de su historia con Gaby, un hombre que le saca diecinueve años y a quien ni siquiera conoce personalmente. ¿Debe contárselo a ellos dos? Parecen buenos chicos, de confianza. Pero tiene la mala experiencia anterior con sus excompañeras de piso. Eso hace que se reserve e intente no hablar más de la cuenta.

—Nada. Pero…

El sonido de su móvil la asusta. Examina rápidamente la pantalla y contempla el número de Gaby. El estómago se le cierra de pronto y un nudo le bloquea la garganta. Pero debe responder.

Se disculpa con sus compañeros de mesa y sale corriendo del comedor. Mientras

sube las escaleras, contesta.

—Hola, cariño —dice ansiosa, esperando oír al argentino y con miedo de que la voz que escuche sea la de aquella mujer.

—Hola, muñeca de ojos azules. ¿Cómo estás?

Capítulo 33

Está agotado pero satisfecho consigo mismo. Todavía no son las diez de la noche, así que incluso le va a dar tiempo de bajar a cenar. Pero, antes de subir el vídeo editado a Internet, Toni quiere visualizarlo una vez más. *Play*. En algo más de tres minutos, mantiene un diálogo con Abi en el que le explica por qué ha creado un canal de YouTube y el reto que se le presenta por delante. La *youtuber*, por su parte, escucha atentamente y le da unos cuantos consejos para conquistar a la chica de quien se ha enamorado.

Al finalizar, suspira orgulloso. No puede creerse que él solo haya conseguido hacerlo. Para ser el primero, no está nada mal. ¿Nada mal? ¡Está genial! Se imagina la cara de Isa cuando lo vea. ¡Va a alucinar!

El siguiente paso es subirlo a YouTube. En unos minutos, su primer vídeo aparecerá en el canal y todo el mundo podrá verlo. ¡Qué emoción!

Mientras eso sucede, alcanza el tique de la cena y se apresura para que no le cierren el comedor. Sin embargo, cuando sale de su cuarto, escucha un llanto que proviene de una de las habitaciones del pasillo. Pronto descubre que los sollozos se oyen en la 1155. Toni se acerca hasta allí y, para su sorpresa, se encuentra con que la puerta está entreabierta. El valenciano se asoma, pero, aunque escucha a Silvia con claridad, no la ve dentro. Intuye que debe de estar tumbada en la cama, colocada en la esquina del cuarto que no alcanza a vislumbrar desde su posición.

—¿Hola? ¿Silvia? —El chico menciona el nombre de su amiga y se atreve a introducir los dos pies en la habitación—. ¿Puedo entrar?

No obtiene una respuesta inmediata, aunque oye como resuenan los muelles de la cama. Un instante después aparece la chica delante de él. Las mejillas de la extremeña están completamente rojas e intenta eliminar con ambas manos las lágrimas de sus ojos. Disimular que ha estado llorando resulta completamente imposible.

—Hola, Toni —dice Silvia, que continúa tratando de borrar el rastro de tristeza de su cara—. ¿Qué tal estás?

—Creo que mejor que tú.

La joven sonríe con ternura. Se da la vuelta y alcanza un pañuelo de papel usado que tiene encima de la cama. Se seca los ojos y a continuación se suena.

—Estoy bien. No te preocupes.

—Cuando uno llora, o está triste o está muy feliz. Y tú no pareces muy contenta.

—Solo es un bajón. No pasa nada.

Toni asiente, aunque no piensa que haya sido un simple bajón. Por la manera en que la ha escuchado llorar y su desolador aspecto, da la impresión de que es algo más. Quiere preguntarle el motivo de sus lágrimas para ayudarla, pero se acaban de conocer y no considera oportuno entrometerse en su vida.

—¿Has cenado? —le pregunta el joven, cambiando a propósito de tema.

—Sí. Bueno, realmente… No. No mucho —responde Silvia, que se dejó media ensalada encima de la mesa cuando la llamaron por teléfono y no ha regresado al comedor.

—¿Quieres bajar conmigo? Todavía estamos a tiempo de llegar antes de que cierren.

La joven se sorprende a sí misma aceptando la propuesta de Toni. Se da prisa en lavarse la cara y los ojos, se pone la gorra azul y coge otro tique de cena. El móvil, en cambio, no se lo lleva. La pareja sale a toda velocidad de la habitación y corre por el pasillo. Atraviesan recepción lo más rápido que pueden y bajan los escalones de dos en dos hasta el comedor. Un minuto antes del cierre, logran entrar. Solo quedan cuatro veteranos cenando en una de las mesas más cercanas al bufé.

—Por poco no llegamos —comenta el valenciano resoplando, mientras una de las encargadas cierra la puerta tras ellos.

—Sí, por poco.

Silvia sonríe; se siente más tranquila. Estar con aquel chico puede servirle de bálsamo después de lo que le ha sucedido. Toni le cae muy bien y le transmite mucha confianza. Hablar un rato con él será positivo.

Cada uno coge una bandeja y se sirve. La extremeña, en esta ocasión, llena un plato con un poco de pasta a la carbonara y elige un flan como postre. Se sienta en una mesa del centro de la sala y contempla a su amigo, que habla con una de las cocineras para que le prepare una tortilla de jamón.

—Eres un enchufado —dice Silvia mientras Toni se sienta frente a ella—. No sabía que se podía pedir a la carta.

—No se puede. Pero me llevo muy bien con Ángela y, de vez en cuando, me consiente algún capricho.

—¿Te conocen las cocineras?

—Claro. Todas. Después de tantos meses aquí, es normal. Aunque no abuso de esa confianza todos los días. Hoy es que me apetece mucho una tortilla. ¿Quieres que te pida una?

—No. Muchas gracias. Con esto estoy más que servida —indica la chica, señalando el plato de pasta.

—¿De verdad que no te apetece una de jamón? Ángela las hace muy jugosas.

—Me gustan las tortillas muy hechas.

—¿En serio? No lo comprendo.

—¿No entiendes que me gusten las tortillas muy hechas?

—No. No entiendo eso, ni a los que se comen la tortilla de patatas con cebolla.

—A mí me encanta con cebolla.

—¿De verdad? ¡Y yo que pensaba que nos llevaríamos bien y seríamos buenos amigos! —exclama Toni en broma, echándose las manos a su rapada cabeza.

Silvia se ríe y expone los motivos por los que prefiere la tortilla de una manera y no de otra. Luego surge el tema del punto de la carne, en el que tampoco coinciden.

Ella se la come muy hecha y él, justo al contrario. El debate se prolonga hasta el postre. ¿Dulce o salado? ¿Te harías alguna vez vegano? ¿Qué ingredientes hay que ponerle realmente a una auténtica paella? Se encuentran tan distraídos dialogando que no se dan cuenta de la hora que es. Ángela, la cocinera, tiene que acudir hasta su mesa y pedirles que se den prisa. Los chicos se disculpan, se levantan de la silla y abandonan el comedor.

—No me puedo creer que ya sean las once. Hemos estado una hora cenando —dice Toni mientras sube por las escaleras y recuerda algo—. ¡Mi vídeo de YouTube! ¡Ya debe de haberse subido!

—¿Estás subiendo un vídeo a YouTube?

—Sí, he creado un canal. Es mi primer vídeo.

—¿Y de qué va?

—Ahora te lo enseño.

La pareja llega al cuarto de Toni y se coloca frente al portátil del valenciano. Efectivamente, el vídeo ya se ha subido y está publicado en su canal. Solo tiene cinco visualizaciones y el número de suscriptores no ha variado. El chico pulsa el *play* y se lo muestra a Silvia. Cuando terminan de verlo, observa a la extremeña con expectación. Es la primera persona que va a juzgar el trabajo que ha hecho.

—¿Y bien?

—¡Está genial! —exclama ella admirada—. ¡Y lo que vas a hacer por esa chica es increíble! Aunque… estás muy mal de la cabeza.

—Ya lo sé. Pero ¿te ha gustado entonces?

—Mucho. No parece que sea tu primer vídeo. Lo has hecho fenomenal.

Las palabras de Silvia hinchan el orgullo de Toni. Es verdad, el vídeo le ha quedado muy bien y la aparición de Abi le da fuerza, credibilidad y calidad. Ahora debe promocionarlo en las redes sociales e intentar que la gente se suscriba a su canal.

—Me alegro de que te guste. Me queda mucho que mejorar y que aprender, pero he dado el primer paso, que es el más difícil.

—Lo has hecho muy bien. Aunque el reto no será fácil. ¿Cómo conseguiste que Abi te ayudara?

—La conocí ayer en una cata de quesos. Fue muy amable conmigo.

El valenciano le explica a su compañera de pasillo la historia completa: desde la obsesión de Isa por YouTube a cuando esa mañana, y en secreto, quedó con la *youtuber* que aparece en el vídeo para grabar.

—Ella hará otro para apoyarme y que sus seguidores me ayuden.

—Eso te hará sumar muchos suscriptores.

—Sí, pero no sé si los suficientes para superar a Isa —indica Toni, que escucha el sonido de su móvil. Acaba de recibir un WhatsApp.

Coge el aparato y lee para sí el mensaje que ha recibido.

«Bien jugado, aunque la carta de los *youtubers* de la cata de quesos era mía. Te has aprovechado de mi idea, pero no te guardo rencor. Solo un poco. Hoy he hablado con Rebeca Stones para hacer una colaboración con ella. Así que no te lo pondré fácil. Bienvenido a YouTube, amigo Toni Pepperoni. Buenas noches».

Instantes después, el chico recibe un segundo WhatsApp:

«Por cierto, sales muy guapo en el vídeo. No te dejes el pelo largo, me gustas así. Hasta mañana».

El nuevo mensaje enciende las mejillas de Toni, que no puede evitar una sonrisa tonta. Isa es como una llamarada de fuego sobre un manto de nieve. Siempre tiene una vuelta más, una bola extra. Por eso, tal vez, le gusta tanto.

—¿Tu chica? —pregunta Silvia intentando descifrar la sonrisa del valenciano.

—Sí, es ella. Aunque solo será mi chica si logro el reto.

—Lo lograrás. Eres una buena persona, Toni. Y las buenas personas merecen conseguir sus metas y ser felices.

—Eso suena muy bonito, pero no se ajusta a la realidad —indica el joven, mirando fijamente a Silvia—. Tú pareces buena persona también. Y, sin embargo, hace un rato te he encontrado llorando en tu habitación. No parecías muy feliz.

—Esa es otra historia.

—No lo sé, porque no me la has contado. Pero, si estabas así, seguro que no era por nada bueno.

La extremeña se muerde el labio y mira hacia otro lado. Se siente presionada. No por Toni, que es un encanto y está muy claro que solo quiere ayudarla; la presión viene por no poder soltar todo lo que lleva dentro de ella. Por lo menos, no lo ha hecho hasta ahora.

—Es verdad. No estaba llorando por un simple bajón —comienza a decir, sentándose en la cama—. He discutido con mi novio.

—¿Tienes novio?

—Sí, no os dije la verdad. Pero porque todo es muy complicado. Mantengo una relación a distancia con alguien.

A Toni en ese instante le viene a la cabeza lo que a él mismo le sucedió con Lauren. Un sentimiento que parece de hace miles de años, pero con el que peleaba hasta hace pocos meses.

—¿Lo conoces personalmente?

—No, vive en Argentina.

—Un poco lejos.

—Más de diez mil kilómetros de distancia —comenta Silvia triste—. Pero eso no

es todo. Hoy… Hoy he descubierto que…

No puede acabar la frase sin que regrese el nudo a la garganta que le impide hablar. Sus ojos azules vuelven a mojarse. Toni se sienta a su lado y le da la mano. Ella la toma e intenta terminar lo que ha empezado a decir.

—He descubierto que está casado.

—¿Casado? ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y siete —confiesa algo avergonzada—. Sé que la diferencia de edad es muy grande, pero cuando hablo con él no le hago caso a eso. Ni siquiera le doy importancia. Nos complementamos muy bien. Hablamos de todo…

—Estás enamorada —afirma el chico, que entiende sus sentimientos.

—Sí. Pero… ahora no sé qué va a pasar. Me ha jurado que ya no siente nada por su mujer y que está esperando el momento oportuno para pedirle el divorcio. Y que si no me ha dicho nada era para que no me alejara de él.

—Vaya. Suena raro.

—Todo es muy extraño ahora mismo para mí. De lo que me contó, no sé qué es verdad y qué es mentira. Ya me mintió una vez, al principio, y se suponía que todo desde entonces era verdad.

—¿Lo has visto por *webcam*?

—Sí, muchas veces. Físicamente sí lo conozco. Pero no se llama Gabriel Lopilato. Su nombre real es Federico Arias. Y el Facebook que me dio es uno falso que lleva usando desde hace varios años a espaldas de su mujer, con unos amigos y una vida paralela a la suya.

—¿Has entrado en su Facebook verdadero?

—Sí, pero solo tiene unos cuantos amigos y una foto de perfil. No lo utiliza para nada más —indica Silvia, repasando mentalmente la confesión que durante más de media hora le ha hecho el argentino—. No sé qué pensar, Toni. Me siento engañada y frustrada. Es como si todos estos meses no fueran reales, aunque él me asegure que me quiere y que va a dejar a su mujer.

—Solo puedo decirte que te comprendo y que tengas cuidado. Yo viví una historia que me recuerda mucho a la tuya.

—¿De verdad? ¿Qué pasó?

El joven toma aire y le cuenta su caso. Silvia escucha atenta, con la boca abierta, el increíble relato del valenciano relacionado con Lauren. Cuando finaliza, no da crédito a lo que ha oído.

—¡Por Dios, Toni! ¡Es muy fuerte!

—Lo sé. Y me costó muchísimo recuperarme del todo.

—Normal. Menuda historia.

—Internet está lleno de mentiras. Por eso te digo que tengas cuidado. No sé si tu argentino esconderá algo más o no. Pero no te confíes y asegúrate de que todo lo que te dice a partir de ahora es verdad.

Capítulo 34

Después de cenar y subir de nuevo al pasillo 1B, Elena y David se dirigen al cuarto de Silvia para preguntarle por qué no ha regresado al comedor. La extremeña se ha dejado la mitad de la cena en la mesa. Pero cuando llegan a la altura de la 1155, ven la puerta entreabierta y la escuchan hablar por teléfono. Parece alterada, así que deciden no molestarla.

—Tal vez la ha vuelto a llamar esa mujer argentina —comenta Elena mientras regresan hacia sus habitaciones—. Me da la impresión de que antes no nos lo contó todo. Es muy extraño que te llame alguien desde otro continente sin un motivo.

—Sí, es muy raro. Pero no nos podemos meter en sus cosas.

—No, claro que no.

La pareja se divide al llegar a la zona donde se encuentran sus cuartos, uno enfrente del otro. Los dos sacan su llave y se disponen a entrar en sus respectivas habitaciones. Sin embargo, David no la introduce en la cerradura y se gira hacia su amiga.

—Oye, ¿qué vas a hacer esta noche? —le pregunta con cierto pudor. Después de la charla de la mañana, tiene miedo a cómo pueda reaccionar.

—No tengo plan. Debería estudiar, pero no tengo ganas.

—¿Quieres ver una película?

—No sé, ¿cuál?

—La que tú quieras —dice David encogiéndose ligeramente de hombros—. Quiero desconectar y olvidarme de todo hasta que me vaya a dormir.

El sevillano no solo se refiere a lo que ha sucedido con Marta durante ese fin de semana. También desea dejar atrás por unas horas todo lo referente a Edimburgo, Manu y Fernando, aunque de eso Elena no sabe nada.

—¿Miramos a ver si hay reservada alguna película en la sala de cine?

—Vale. Aunque es domingo. Quizás lo que haya programado sea un partido de fútbol —le advierte el chico.

—Bueno, vamos a comprobarlo.

Cada día, los residentes se encargan de elegir lo que van a poner en la pantalla de la que denominan «sala de cine». No hay privilegios ni imposiciones. El primero que llega es el que reserva el programa que quiere en una hoja clavada en un tablón de corcho. Solo existen ciertos acuerdos cuando hay jornada de Liga o de Champions, sobre todo si se juegan partidos importantes. Hay alguien que siempre escribe al comienzo de la semana los encuentros que se supone que la mayoría quiere ver.

Momentáneamente, los chicos se olvidan de entrar en sus cuartos y abandonan juntos el pasillo 1B. Caminan hasta el tablón que está al lado de recepción y examinan la lista de emisiones previstas.

—Pues no hay fútbol. Hace cinco minutos que ha empezado *El diario de Noa* —comenta David sin demasiado entusiasmo.

—¡Me encanta! ¡La he visto mil veces!

—¿No es un poco sosa?

—¡Para nada! ¡Es preciosa! ¿Te apetece que la veamos?

El chico reflexiona unos segundos. En la sala de cine no están permitidos los móviles y se pasará lo que dure la película sentado con Elena. Es el mejor plan que puede tener para esa noche.

—Vale. Veámosla.

—¡Genial! Solo una cosa antes de entrar en la sala de cine —dice la toledana sonriente.

—Dime. ¿Qué pasa?

—Nada. Pero necesito ir a mi cuarto un momento a por un paquete de pañuelos.

Ha registrado su armario de arriba abajo varias veces. Por no hablar del examen exhaustivo que le ha hecho al abrigo en el que guardaba la bolsita de piel. Nada… ¡El puto paquete no aparece!

Iria se sube por las paredes. Ni siquiera ha bajado a cenar. La droga de Manu se ha evaporado. Pero eso es imposible. ¡Debe de estar en alguna parte! Después de repasar su habitación palmo a palmo y de mirar en los rincones más insospechados, solo considera dos opciones: o bien se la ha llevado a alguna parte y la ha perdido por ahí, improbable aunque posible ya que hay momentos de esa tarde que no recuerda del todo, o bien alguien se la ha quitado. Y para esa posibilidad hay dos claros candidatos: Julen y Eva.

Su amigo no ha aparecido desde que se marchó de su habitación. Lo ha buscado en el cuarto y lo ha llamado por teléfono. Sin embargo, no ha logrado ponerse en contacto con él. Tampoco ha respondido al WhatsApp que le ha escrito. Debe de estar con Marc.

Con Eva ha corrido la misma suerte, aunque su móvil se encuentra apagado.

Muy enfadada, anda de un lado para otro de su cuarto. Como una fiera enjaulada. ¡Había dejado claro que ella era la que se ocuparía de la droga!

Se desespera. Está a punto de perder los nervios. Le da un puñetazo a la almohada y la muerde para que su grito no salga de la habitación.

¿Qué demonios le pasa?

Debe hacer algo para que desaparezca esa frustración. Si continúa así, la cabeza le va a estallar. Abre de nuevo el armario y coge la primera chaqueta que ve. Se la pone y se marcha de la habitación. A continuación, sale del pasillo y después del edificio, sin tan siquiera saludar al bedel de guardia. Camina hacia la cancela, decidida. La atraviesa y elige ir por la calle de la izquierda. No sabe muy bien adónde se dirige, pero necesita desahogarse, soltar adrenalina. Y, movida por un impulso, comienza a correr. Para su sorpresa, y tras un primer instante de asfixia al acelerar de golpe, se siente bien. No se cansa. Sin duda, todos esos meses jugando al tenis le han

proporcionado una gran preparación física. Poco a poco, aumenta el ritmo y se nota más fuerte. Poderosa. Controlando la situación por primera vez en mucho tiempo. Su pequeño cuerpo se desliza a toda velocidad por las calles de la capital. Sin importarle las miradas ajenas, ni los comentarios soeces de los mediocres con los que se va cruzando.

Quince minutos más tarde se detiene. Apoya las manos en las rodillas y escupe un par de veces en el suelo. Se coloca la mano en el pecho y percibe cómo su corazón late muy rápido. Entonces suena su teléfono.

—Hola…, Julen. ¿Qué… pasa? —responde la joven jadeando.

—Hola, ¿estás en la residencia? —pregunta el pamplonica al escuchar de fondo el ruido de los coches.

—He salido… a correr por Madrid.

—¿Que has hecho qué?

—Joder. Necesitaba salir de la residencia. Y de buenas… a primeras… me he visto corriendo por la ciudad. No tiene nada de malo, ¿no?

—No.

La gallega aprovecha el silencio que se produce entre los dos para volver a escupir en el suelo y estirar los músculos. Respira hondo y suelta una bocanada de aire.

—Perdona por no cogerte antes el móvil ni responder a tu mensaje. Estaba cenando con Marc y no me he dado cuenta.

—No te preocupes. Lo he imaginado.

—Estoy regresando ya a la residencia. ¿Todo bien?

—No, Julen. No está todo bien —dice enojada Iria mientras se sienta en un banco vacío que encuentra en la calle—. Y tú sabes por qué. ¿Qué coño habéis hecho con la droga de Manu?

—No sé de qué me hablas.

—Venga, joder. Que la he buscado por toda mi habitación. No me trates como si fuera una niña. ¿Dónde está?

—Bueno… La tiene Eva.

—¿Por qué? Te dejé muy claro que yo me desharía de ella cuando llegase el momento.

—Ella la necesita y me pidió ayuda para conseguirla —comenta el navarro, siguiendo las instrucciones que Eva le había dado si llegaba ese momento.

—¡Joder! ¿Para qué la necesita?

—Para venderla. Tiene problemas graves de dinero.

—¿Y te lo has creído? ¡Esa quiere la droga para consumirla! ¡Eres gilipollas, Julen! ¡Te ha engañado como a un auténtico gilipollas!

El chico no responde y se niega a seguirle el juego a Iria, aunque le duelen en el alma los insultos. Traga saliva y responde con la mayor tranquilidad que le es posible reunir.

—Lo siento. He hecho lo que creía conveniente. Estoy cansado, ha sido un día agotador. Te veo mañana —dice, y cuelga sin permitir que la chica le rebata.

La joven empieza a chillar cuando se da cuenta de que no hay nadie al otro lado de la línea. Enseguida lo llama otra vez, pero Julen ha desconectado el móvil. Aprieta los puños y se pone de pie. El corazón continúa latiéndole a mil por hora. Le cuesta pensar. En un arrebato, se quita la chaqueta y la lanza contra el suelo. La pisotea varias veces hasta que es consciente de su comportamiento. Resopla, se agacha para recuperarla y la sacude con las manos. ¿Por qué actúa de esa manera? Está demasiado agresiva, muy irascible. Y no le faltan motivos para enfadarse, pero quizás esté matando moscas a cañonazos.

Debe serenarse de nuevo. Se cubre con la chaqueta y emprende lentamente el regreso a la residencia. Camina despacio, acompasando la respiración para no acelerarse otra vez y que su corazón recupere el ritmo habitual de latidos por minuto.

Tarda más de media hora en llegar. Cuando cruza la cancela de la residencia, está mucho más tranquila. El paseo de vuelta le ha servido para calmarse y pensar. No puede seguir así. Sí, se lo ha prometido a sí misma incontables veces. Pero, de una vez por todas, necesita dar un giro que lo cambie todo. Quizás debería abandonar la Benjamin Franklin. Irse a un piso o alquilar una habitación para lo que queda de curso. Esa sería una buena solución. Posiblemente, la única solución para resetearse.

Sube las escaleras hacia el edificio principal convencida de lo que tiene que hacer. Mañana hablará con sus padres y les explicará lo que se ha propuesto. Atraviesa la puerta giratoria y, antes de dirigirse a su pasillo, Carmona, que está pegado al mostrador de recepción, hablando por el móvil, sale a su encuentro.

—Tienes que decirme dónde está Manu —le ordena directamente el veterano, sujetándola del brazo.

—No sé dónde está. Ya te lo dije.

—Necesito saberlo inmediatamente. Su familia no lo localiza. Tengo que hablar con él, ha pasado algo muy grave.

Apenas cuatro personas están viendo *El diario de Noa* en la sala de cine. Sin embargo, a mitad de la película, dos de ellas se marchan dejando a Elena y David completamente solos. La pareja se da cuenta de la situación.

—No comprendo a la gente —susurra la toledana, que ya ha usado varios pañuelos del paquete que se ha llevado y sorbe por la nariz—. Se han ido en lo mejor.

—Es tarde e igual ya han visto la película varias veces, como tú.

—Da lo mismo. No lo entiendo —insiste la chica en voz baja.

—No hace falta que hables de esa forma, estamos solos.

—Ya lo sé, pero no me sale hablar de otra manera en el cine.

—Esto no es un cine.

—¿Me vas a llevar la contraria en todo?

—En todo lo que no tengas razón, sí.

Elena gruñe y se desespera, mientras que David dibuja una sonrisilla pícara. Aunque la película no le aporte demasiado, le encanta estar a su lado en aquel ambiente tranquilo y relajado. Desde que se han sentado en la sala, tiene ganas de rodearla con el brazo, inclinarse sobre ella y darle un beso de película. Pero no puede hacer nada de eso. Así que se debe conformar con respirar el mismo aire que su amiga respira. Observarla de reojo mientras llora en las escenas tristes. Verla sonreír cuando recuerda el diálogo que mantienen los personajes. Debe conformarse con ser su amigo, aunque la tentación le pida más. Mucho más.

La película continúa su curso y ninguno vuelve a decir nada. Se acerca el final y las lágrimas de Elena se derraman cada vez más abundantes. David la mira, esta vez sin disimular. Tiene la nariz cubierta con un pañuelo. Gimotea y solloza, discreta, sin exageraciones, haciéndose vulnerable. El chico la encuentra encantadora y las ganas de sentir sus labios salados aumentan, hasta un punto que duele. Le duele que entre ellos no pueda haber nada más. Pero debe respetar su decisión.

Fin.

Elena suspira intensamente, liberando toda la tensión que ha acumulado en los últimos minutos. Se limpia con un pañuelo y se suena. Enseguida mira a David, que a su vez continúa mirándola a ella. Se comunican con los ojos. No hay palabras. Solo sensaciones. Sentimientos. Deseos. También a la chica le entran unas terribles ganas de besarle. Pero es consciente de que no puede hacerlo. Y es lo que se repite en su cabeza un microsegundo tras otro, aunque su cuerpo va inclinándose hacia el del sevillano. Uniéndose como imanes que se atraen.

El acercamiento se acaba cuando la luz de la sala de cine se enciende. Rápidamente, Elena y David se dan la vuelta. Junto a la puerta está Martín Arias Carmona. El hijo del subdirector de la residencia avanza rápidamente hacia donde está sentada la pareja. Ninguno de los dos imagina lo que les va a contar.

Lleva desde ayer rondando la residencia Benjamin Franklin. No está muy seguro de lo que debe hacer, ni de si lo están buscando. Tiene miedo. Mucho miedo. ¿Y si la policía se ha enterado de algo? Por la mañana entró en un cibercafé y consultó en Internet. Allí estaba la noticia. Un muerto en Edimburgo. Pero la información no decía más. No pueden saber lo que pasó, ni siquiera cree que sean capaces de identificar el cadáver. Sin embargo, le tiemblan las piernas y no se quita de encima las dudas que le embargan desde…

Las luces de un taxi casi lo ciegan. El vehículo se detiene junto a la cancela. Desde su escondite, observa que de él se bajan dos de los chicos del pasillo 1B. Óscar y Ainhoa entran en la residencia. No logra enterarse de lo que hablan, pero parecen bastante alterados. Solo consigue entender palabras sueltas: «WhatsApp», «accidente», «muertos», «desgracia», «desaparecido». La pareja camina muy deprisa

hasta que llega a las escaleras del edificio principal. Las suben rápidamente y desaparecen por la puerta giratoria.

Algo ha pasado, aunque no adivina qué puede ser.

Se ha hecho muy tarde y todavía no ha decidido dónde va a pasar la noche. Tiene frío y hambre. La residencia podría ser un buen lugar, ¿no? Todavía le duelen las heridas, a pesar de que ha transcurrido más de una semana de la pelea. Aunque, en su cabeza, es como si acabara de suceder:

«Oye, ¿estás bien? Responde. Por favor, responde. ¿Qué te pasa? ¡Joder! ¡Responde! ¡Tío, no me jodas! ¡Responde, hostia!».

Pero fue inútil. Ya no volvió a escuchar su voz. La vida de aquel chico se había ido para siempre. Y él se encontraba a su lado.

Capítulo 35

—¿Alguna vez has visto el programa *Catfish*?

—No, nunca. Ni siquiera me suena. ¿Por qué lo dices?

Toni se frota la cabeza y busca en Internet algún capítulo. Mientras, le explica a Silvia el funcionamiento de aquella telerrealidad de la MTV.

—Yo vi algunos episodios después de que me pasara lo de Lauren. Se trata de dos chicos que intentan descubrir mentiras y desenmascarar perfiles falsos en la Red.

—No entiendo muy bien.

—Ahora lo comprenderás.

El valenciano da por fin con uno de los programas y se lo muestra a su amiga. En ese capítulo, una chica de Texas habla de lo que siente por un muchacho de Ohio que ha conocido en Internet. Sin embargo, jamás lo ha visto a través de la *webcam* y él tampoco ha querido quedar en persona con ella. El equipo de *Catfish* investiga la información de la que dispone de aquel joven e intenta encontrarlo para que tenga una cita con la texana. El estudio de sus redes sociales es la clave para llegar a la verdad y averiguar si está mintiendo o no. Analizan especialmente su Facebook, que les deja muchas dudas. Finalmente, localizan al chico y se ponen en contacto con él, pero resulta que no es el mismo que aparecía en las fotografías. Aun así, quedan y, cuando se conocen personalmente, ella elige no volver a saber más del de Ohio.

—Ha sido interesante —dice Silvia en cuanto termina el capítulo—. Aunque el chaval me da un poco de pena.

—No tiene que darte lástima. Él ha sido el que ha mentido.

—Ya. Pero realmente estaba enamorado de la chica. Lo que pasa es que su físico le creaba muchas inseguridades e imaginaba que ella no querría nada con él.

—Debería de haberle contado la verdad desde el principio. Era la única forma de que tuviera alguna oportunidad.

La extremeña se encoge de hombros. Toni cierra la página en la que han visto el programa y abre Google.

—El caso es que vamos a intentar averiguar más cosas de tu Gaby o Federico, como prefieras llamarle.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Tirando de los hilos que la Red nos vaya proporcionando —indica el valenciano, decidido—. Si es que te atreves y estás preparada para recibir cualquier tipo de noticia sobre él.

—Me estás metiendo miedo.

—No, simplemente vamos a buscar la verdad. Ya sabes que te ha mentido en el nombre y en su estado civil. Ahora hay que averiguar si no te ha engañado en nada más. ¿Preparada?

Silvia resopla, pero termina asintiendo. Toni coge su portátil y se lo lleva a la

cama, se tumba en ella bocabajo y le pide a la chica que se coloque a su lado. La extremeña lo mira sorprendida.

—Solo contamos con una silla y esto nos llevará un tiempo. Es mejor que te pongas lo más cómoda que puedas.

Silvia acepta y se echa sobre el colchón, junto a Toni, en la misma postura que está él. La cama no es muy grande, pero caben los dos. Ya están listos para comenzar el rastreo por la Red en busca de cualquier pista, información o dato que esté relacionado con aquel argentino del que la estudiante de Arquitectura se ha enamorado.

Google no le aporta demasiada claridad al valenciano. Primero teclea su nombre verdadero, pero en «Federico Arias» y «Fede Arias» hay demasiado «ruido», como lo describe Toni. Existen muchas personas que se llaman igual y uno de ellos incluso es un futbolista conocido. Por lo que por ahí tiene poco que rascar, a pesar de que se pasa un buen rato analizando entrada por entrada. Tampoco obtiene nada relevante escribiendo en el buscador «Gaby Lopilato», «Gabi Lopilato», ni «Gabriel Lopilato». El único enlace válido es el que le conduce al Facebook falso que el hombre le dio a Silvia.

—Parece que vamos a tener que adentrarnos ya en sus redes sociales para tratar de conseguir más cosas de él. ¿Sabes si tiene Twitter o Instagram?

—No, solo Facebook.

—Bueno, pues vamos allá. Estudiemos su página a ver si hay suerte.

Toni se va directamente al Facebook verdadero del hombre. Curiosamente, no es privado. Seguramente porque no tiene nada que esconder ahí. Como antes le comentó Silvia, solo cuenta con una fotografía de perfil y un grupo de amigos que no llega a la centena.

—¿Alguna vez te ha hablado de sus amigos?

—Poco. A lo mejor me ha contado que ha ido con ellos a ver jugar a River o a preparar un asado, como hoy, pero no me ha dado nombres. Siempre habla de sus amigos en general.

—Bien. Investiguémoslos.

Aquel trabajo resulta muy pesado. Toni entra en la lista de amigos de Fede y, perfil a perfil, va estudiándolos a todos. Son algo menos de cien. Está tan metido en aquel proceso que no se percata de que Silvia se duerme. Cuando se da cuenta, no la despierta, pero se queda mirándola unos segundos. Es una joven preciosa, incluso sin que se le vean sus impresionantes ojos azules. La tapa con la manta y continúa con las pesquisas.

Una hora después, empieza a darse por vencido. A lo mejor se está equivocando y no hay nada más sobre aquel tipo. Tal vez el argentino sí está enamorado de Silvia y va a dejar a su mujer pronto. Entonces, ¿por qué su intuición le dice que siga investigando? ¿Qué demonios está buscando? ¿Aquello lo está haciendo por ella o por lo que le sucedió a él con Lauren? Sea como sea, acaba de dar la una de la

madrugada y está como al principio. Suspira y entra en un nuevo perfil.

—Dionisio Calderón —lee en voz baja, y pulsa sobre su foto.

Es un hombre más o menos de la edad de Federico y aparece en la imagen de perfil ataviado con la camiseta blanca y la franja roja de River Plate. Quizás sea uno de los amigos con los que va al fútbol. Puede entrar en su página porque su privacidad tampoco es privada. Clica en sus fotos y revisa todos los álbumes, uno por uno, como ha ido haciendo con el resto. Y, entonces, el corazón le da un vuelco cuando accede al archivo «Asado en Salta». Dispone de veinticinco imágenes y en doce de ellas Toni reconoce a Fede Arias, que no está etiquetado en ninguna. Sin embargo, son tres fotografías, muy parecidas entre sí, las que llaman la atención del valenciano. Desde ese instante, todo le resulta más fácil y una cosa va llevando a la otra. Por fin ha encontrado el hilo del que tirar.

—Te tengo, campeón —susurra y, satisfecho, contempla a Silvia, que continúa durmiendo.

Suavemente, mece su hombro hasta que la chica se despierta. Sus espectaculares ojos azules repletos de confusión se fijan en el joven de la cabeza rapada. Tarda unos segundos en comprender dónde está.

—Perdona, me he dormido. ¿Qué hora es? —le pregunta estirándose.

—La hora de que sepas la verdad sobre tu amado argentino.

La cacereña da un respingo y se incorpora. Se acomoda sobre sus piernas cruzadas, como si fuera a hacer yoga, y se echa hacia delante para mirar la pantalla del portátil. Toni, sin embargo, se apresura a cerrarla.

—¿Qué sucede?

—Antes de que veas lo que he averiguado, debes estar segura de que quieres saberlo.

—Estoy segura. ¿Qué has encontrado?

—Luego no habrá marcha atrás, Silvia.

—Lo sé, Toni. Prefiero la verdad, aunque me lleve un palo, a vivir insegura en una gran mentira.

—Bien. Yo pienso lo mismo, pero tenía que advertirte —indica el chico al tiempo que levanta de nuevo la pantalla de su portátil. Lo que le muestra es la imagen de varias personas reunidas alrededor de una barbacoa repleta de piezas de carne—. Este es Federico Arias en un asado con un grupo de amigos.

La chica acerca la cara al ordenador e inmediatamente reconoce a su argentino.

—Ya lo veo. ¿En qué más me tengo que fijar?

—La fecha.

—Es de hace dos domingos —dice en voz alta Silvia—. Me contó que se iba a celebrar el cumpleaños de alguien. Deben de ser de ese día. ¿Algo más?

—Espera. Un poco de paciencia.

Toni clica en la flechita de avance y pasa unas cuantas fotos rápidamente hasta que se detiene en una imagen en la que se ve a Dionisio Calderón, el propietario de

esa cuenta de Facebook, junto a Fede, dos mujeres y tres niños: dos chicas y un chico. Silvia se tapa la boca, temerosa y asombrada, cuando intuye adónde quiere llegar su amigo.

—Esta es la mujer con la que hablaste —dice el valenciano, señalando con el cursor a una de las dos mujeres de la foto. Se trata de una treintañera morena, muy guapa y un poco más baja que Federico. Está muy sonriente—. Se llama Bruna Lombardo y, como ves, ella sí está etiquetada.

El joven clica en el botón derecho del ratón y abre otra pestaña en la que aparece el Facebook de aquella mujer.

—Bruna sí tiene su página en privado, reservada solo a sus amigos. Pero podemos ver su fotografía de perfil —indica Toni, usando el *zoom* sobre la imagen. La mujer no está sola. Abraza a alguien—. Mira atentamente a la niña que sale con ella. Mira atentamente a esta otra ahora.

El chico le enseña de nuevo la foto del asado y utiliza el *zoom* sobre el rostro de una de las niñas.

—Es la misma.

—Sí. La niña de la foto de su perfil de Facebook y la que está a su lado en el asado es la misma.

—¿Es…, es su hija?

—Sí, esa pequeña es la hija de Bruna y Federico. En los comentarios de una foto parecida a esta, otro de sus amigos se sorprende de lo mayor que está Daniela y menciona a tu argentino y a su mujer.

—Dios. Es increíble. No me lo puedo creer.

—No solo te ha mentido en que estaba soltero y sin compromiso, Fede también es padre.

Silvia se queda helada. Contempla la imagen de Daniela, que parece muy feliz en ambas fotografías. El engaño de Federico se ha multiplicado y ha virado hacia la peor dirección posible. Ella no solo se ha metido en medio de una relación, sino de una familia. Pero, aunque se sienta culpable, no lo es. El único culpable es él. Y eso la enfada. La enfada muchísimo. ¡Es padre de una niña!

Mira el reloj de su móvil y descuenta cuatro horas. En Buenos Aires son algo más de las nueve de la noche.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Toni, percibiendo la tremenda indignación de Silvia, que se pega violentamente el teléfono a la oreja—. ¿Vas a llamarle?

Pero la extremeña no dice nada. Se levanta y se dirige a la puerta del cuarto, que deja abierta cuando sale. El chico intenta seguirla por el pasillo, pero en ese momento alguien que se está acercando a su habitación pronuncia su nombre. David camina deprisa, acelerado, con la expresión de su rostro desencajada.

—Tío, venía a buscarte. Estamos todos reunidos en la zona de descanso de la tercera planta. Tenemos que hablar.

—¿A esta hora? ¿Tan urgente es?

—Sí, ha pasado algo muy grave. Los padres de Manu han tenido un accidente de tráfico cuando venían hacia Madrid. Los dos han muerto.

Capítulo 36

—¿Estamos todos? —pregunta Carmona una vez que Toni y David aparecen y se acomodan en los sofás de la tercera planta.

El veterano pasa lista con la mirada. El sevillano se ha colocado al lado de Elena, algo que no se le hace extraño. En el sofá de su derecha están Julen, Iria y el recién llegado, Toni. Y enfrente de estos tres, Ainhoa y Óscar. Martín ha sacado una silla con ruedas de su habitación y la ha arrastrado hasta la zona de descanso de la tercera planta.

—Parece que sí. Que estamos todos.

—Si la reunión es de los miembros del pasillo 1B, falta Silvia, la chica que ha sustituido a Nicole en la 1155 —interviene Elena.

—Ella no conoce a Manu, si no me equivoco —señala Martín con frialdad—. Si os he convocado a vosotros es porque sois sus amigos y necesitamos encontrarle. Y no sigáis intentando hacerme creer que ninguno sabe nada sobre el paradero del malagueño.

Las miradas pasan de unos a otros y el silencio generalizado es lo único que Carmona logra sacar del grupo. El joven va fijándose en todos, uno por uno, en el orden de las agujas del reloj, buscando un gesto que le ayude a descifrar por dónde empezar a escarbar. Cansado de esperar, vuelve a tomar la palabra.

—Mirad, chicos —dice por fin, tras escrutar a todos los presentes—. Los padres de Manu han muerto y su familia no ha conseguido localizarlo. Su teléfono está apagado y, por lo que se ve, hace mucho tiempo que no pisa la residencia. Al menos desde antes de las vacaciones de Semana Santa. Vosotros sois sus amigos. El grupo con el que va. No sé qué coño está pasando, pero de lo que estoy convencido es de que sabéis más de lo que me hacéis creer.

Martín hace una pausa, desliza un par de metros su silla a la izquierda y se coloca al lado de Iria. Es a ella a quien mira fijamente y sigue hablando.

—Este asunto lo iba a llevar mi padre porque es un tema muy grave. Han muerto dos personas en la carretera cuando venían a Madrid para intentar averiguar dónde está su hijo. Estaban a punto de avisar a la policía. Sin embargo, le he pedido por favor que me deje a mí hablar primero con vosotros. Os puedo asegurar que el subdirector de la residencia no iba a ser tan amable como lo estoy siendo yo.

—Nosotros no hemos hecho nada malo —protesta David, echándose hacia delante, valiente.

—Estáis ocultando información y entorpeciendo una investigación.

—No es verdad —insiste el sevillano—. Nadie está investigando dónde está el malagueño. Ni la residencia, ni la policía. Es mentira.

Carmona, enrabietado, se moja con saliva los labios, que se le están agrietando. Mira a David con cierto desprecio y regresa con la silla de ruedas a su posición inicial.

—Tienes razón. Todavía no se ha iniciado la investigación. Pero mañana seremos nosotros mismos los que llamemos a la policía para explicarles lo que pasa. Y, evidentemente, vosotros tendréis que declarar. Y, si mentís, estaréis mintiendo a la policía. Y eso es un delito.

—Nos da igual. Declararemos —replica David, asumiendo la responsabilidad de portavoz del grupo.

Sin embargo, tras un nuevo silencio, la voz de Iria irrumpe en la sala.

—Yo no sé dónde está Manu —indica la gallega temblorosa—. Pero quiero ayudar y colaborar a encontrarlo.

—Es una decisión inteligente —comenta Martín, que por primera vez logra la complicidad de alguno de aquellos chicos.

—Pero así es imposible que te ayudemos. Déjanos hablar entre nosotros. A solas. Sin presiones. Y, cuando saquemos conclusiones de lo que sabemos y lo que no, te informaremos de todo. Te lo prometo.

La iniciativa de la chica sorprende al resto del grupo y también a Carmona. El veterano la observa con recelo. En cambio, algo en la voz de la gallega hace que confíe en ella. Así que se levanta de la silla y asiente con la cabeza.

—Está bien. Tenéis media hora para hablar entre vosotros. Dentro de treinta minutos regresaré y tú me contarás todo lo que sepáis sobre Manu y su desaparición. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El chico masculla entre dientes y se marcha a su pasillo, después de observar por última vez al grupo, recreándose algo más en Elena, que gira la cabeza para evitar su mirada llena de reproches.

—¿Esto va en serio? —se adelanta a preguntar David en cuanto Carmona desaparece—. No podemos contarle nada. Manu nos lo pidió.

—Manu no sabe que sus padres han muerto —dice Iria sobresaltada—. ¡Vamos a dejarnos ya de gilipolleces! ¡Si la policía nos interroga será peor!

—Yo tampoco quiero mentirle a la policía —interviene Julen, apoyando a su amiga—. Creo que debemos poner encima de la mesa lo que tenemos y dárselo. Si eso ayuda a encontrar a Manu, mejor para todos. Tiene derecho a saber lo de sus padres.

David roza con sus dedos el tatuaje que tiene en el cuello. Elena se fija en él, parece muy nervioso. También Toni tiene sus ojos puestos en el sevillano; ellos dos quizás son los que más cosas saben de Manu. ¿Debe contarlo si no lo hace él?

—A ver, ¿qué información tenemos del malagueño que solo nosotros sepamos? —pregunta Óscar, que hasta ese momento ha estado callado.

—Después de una discusión conmigo, se marchó el 23 de enero a alguna parte y ya no volvió —explica la gallega, tomando la palabra—. Nos pidió, bajo amenaza, a través de un mensaje a Eva, que no habláramos ni con su familia ni con nadie de la residencia. Durante dos meses no dio señales de vida, aunque por lo visto sí se ponía

en contacto con sus padres. Hasta el viernes de la semana pasada, que me llamó desde un teléfono diferente al que teníamos. Era un número desconocido. Me dijo que regresaría el lunes y que os avisara a todos. Pero ha pasado casi una semana y no ha vuelto.

Iria resopla. Intenta ordenar lo que tiene almacenado en su cabeza y distanciarse un poco de lo que siente hacia el malagueño. No es el momento para mostrar síntomas de debilidad. Julen acaricia su mano y la chica continúa.

—Luego está el tema de los lapsus de memoria y sus desapariciones puntuales en el primer trimestre del curso. Gracias a Eva descubrimos adónde iba: a un centro de desintoxicación para dejar las drogas. Pero creemos que no lo consiguió, al menos no del todo, y que sigue consumiendo. —En ese punto, la chica hace una pausa y aprieta la mano del navarro—. Os tengo que confesar una cosa: encontré un paquetito de cocaína en la habitación de Manu el día que desapareció.

Todos, excepto Julen, se quedan atónitos al escuchar a la gallega.

—¿Y dónde está la droga ahora? —pregunta Ainhoa inquieta—. ¿Sigue en su habitación?

—No. Me la llevé yo. La cogí ayer cuando Carmona me dijo que los padres de Manu irían a la policía si su hijo no aparecía. Si registraban sus cosas, podían encontrarla y entonces todo se iba a complicar mucho más. Así que tomé prestada la llave maestra de recepción, entré en su cuarto, cogí el paquetito y lo escondí en mi propia habitación.

—¡No me digas que la droga la tienes tú!

—Hasta hace un rato sí, Óscar. Ahora se encuentra en manos de Eva. Ella es quien la guarda.

—Mejor así. ¡Te podías haber metido en un lío si te llegan a pillar! Tú y quizás todos nosotros —se queja el vallisoletano.

—Lo siento. Ya está solucionado. Ahora la responsabilidad la tiene Eva.

—Ella seguro que tiene más capacidad que nosotros para gestionarlo.

La chica asiente a las últimas palabras de Óscar. Después busca en los ojos de Julen el perdón a sus últimos actos. Si no hubiese sido por él, aún tendría la droga en su cuarto. Fue ella misma la que avisó a su amigo de la muerte de los padres de Manu después de que Carmona se lo anunciara. No han tenido tiempo de hablar del tema, por lo que el asunto de los insultos durante la conversación telefónica continúa pendiente. Se arrepiente tanto de lo que le dijo y de su comportamiento que borraría las últimas veinticuatro horas de su vida sin dudarlo.

¡Ha sido una completa estúpida!

—Bien. ¿Alguna cosa más que tengamos sobre Manu y que debamos contarle a Martín? —pregunta Elena, que desea terminar con aquello cuanto antes.

Toni le da un pequeño toque a David con el codo. El sevillano mira de reojo a su amigo y niega con la cabeza. Sin embargo, el valenciano no está conforme con la idea de permanecer en silencio. Ellos saben algo muy importante que puede ayudar a la

investigación.

—Nosotros dos nos hemos enterado de algo —se atreve a decir el chico de la cabeza rapada—. David y yo creemos que Manu puede estar en Edimburgo.

—¿En Edimburgo? ¿Qué hace allí? ¿Y cómo coño sabéis vosotros eso? —pregunta muy alterada Iria.

—¿Y por qué no nos habéis dicho nada a los demás? —protesta también Elena.

David atraviesa con la mirada a Toni, que se encoge de hombros. El sevillano cabecea molesto y se resigna. Ya no hay vuelta atrás. Debe hablar, aunque tiene que elegir sobre la marcha qué puede contar y qué no.

—Si no he dicho…, no hemos dicho algo, es porque no hay nada confirmado. Además, la persona que me lo ha contado no es muy de fiar. Aunque en esta ocasión no creo que me haya engañado.

—¿Quién te lo ha contado? —vuelve a intervenir Iria, cada vez más enfadada.

—Mi exnovia, Verónica.

—¿Y cómo lo ha descubierto ella? ¿Y qué tiene que ver con Manu?

El sevillano, cansado, se frota los ojos antes de responder. Luego se pone de pie y camina de un lado a otro de la sala. Mientras deambula entre los sillones, se dirige a sus amigos:

—En primer lugar, os pido disculpas por no haberos contado nada hasta ahora. Solo Toni está al corriente de lo que Verónica me reveló hace unos días. Recurrí a él para que me ayudara a investigar en Internet un asunto que, en principio, no tenía que ver con Manu. Pero la vida te da sorpresas y mi exnovia sabía dónde estaba el malagueño porque se lo contó Fernando. Ambos se marcharon juntos a Escocia hace dos meses.

—Esto es de locos. ¿Fernando? No comprendo nada.

—Muy fácil, Iria: Manu y Fernando se conocían antes de que entrara de camarero en la residencia.

David les explica detalladamente todo: desde cómo se hicieron amigos y cómplices para vengarse por la muerte de Rocío Costa hasta la huida de ambos a Edimburgo, así como los contactos que Verónica y Fernando habían mantenido todo ese tiempo. Les habla de la *ouija* manipulada, de las cartas amenazantes que ha recibido y de cómo Manuel consiguió infiltrar al otro chico en la residencia como camarero. Solo omite la forma en la que consiguió que su ex le diera aquella información.

—Es como una película de miedo. Increíble —dice Ainhoa, que es la primera en reaccionar cuando David concluye.

Iria está con la mirada perdida, abrazada por Julen. Ha escuchado la historia del sevillano como si su cuerpo y su mente circularan por dimensiones diferentes. No está enfadada ni triste. En realidad, aún no han inventado la palabra que describa su estado de ánimo.

—Hay más —indica Toni, pidiendo permiso con la mirada a David para continuar

—. Hace un par de días apareció esta información en Internet.

El valenciano coge su teléfono y lee al grupo la noticia del cadáver de Calton Hill.

—¿Creéis que esos dos chicos a los que se refieren son ellos? —pregunta Elena sobrecogida.

—En Edimburgo viven unos cuarenta mil españoles. Las probabilidades son muy pocas. Pero Verónica no sabe nada de Fernando desde ese día. Su móvil, como el de Manu, está apagado desde el Viernes Santo. Y el malagueño no cumplió con lo que le dijo a Iria. Así que, aunque remota, es una posibilidad viable.

—Si son ellos, significaría que, si uno de los dos murió, el otro lo mató y se quitó de en medio —apunta Ainhoa.

—Aunque suene muy fuerte, si la noticia habla de ellos dos, no existe otra posibilidad —concluye David.

Un cuchillo puede cortar la tensión que inunda la zona de descanso de la tercera planta. Los siete chicos del pasillo 1B no dicen nada más. No son capaces. La idea de que Manu haya muerto o sea un asesino es demasiado irreal para poder asimilarla. El silencio que se genera es tan solemne que se puede oír el ruido del ascensor subiendo. Es Ainhoa la única que mira hacia el elevador cuando la puerta se abre. La canaria se queda petrificada al comprobar la identidad del chico que sale de él.

—Estoy soñando —susurra.

El resto de componentes del pasillo 1B no se fija en el recién llegado hasta que oyen sus pasos.

—¿Qué hacéis todos aquí? ¿Nos hemos cambiado de pasillo o qué? ¡No os quedéis ahí pasmados! ¡Venid a darle un abrazo a vuestro malagueño favorito!

Capítulo 37

El puño de Manu golpea con fuerza el brazo izquierdo de Fernando, que emite un alarido. El siguiente derechazo lo localiza en su pecho, a la altura del esternón. El malagueño se hace daño en la mano, aunque el dolor es más intenso en el estómago, donde su oponente le ha impactado con dureza al mismo tiempo. Durante unos segundos, le cuesta respirar y se limita a esquivar los puñetazos del otro chico, que cada vez está más cansado. Los dos lo están. El combate parece que va llegando a su fin. Sin embargo, aprovechando la distracción de su compañero, Manu lanza un nuevo puño que se estrella en la sien de su oponente. No es demasiado potente, pero este lo acusa como ningún golpe anterior. Se queda tumbado, inmóvil, como si estuviera muerto.

Manuel se asusta al contemplar que el otro chico no se mueve. Se arrastra hacia él y le toma el pulso en el cuello. De repente, Fernando abre los ojos lentamente y se toca la cabeza. Está algo mareado y muy dolorido.

—¡Casi me matas! —grita confuso Fernando, que se aparta de su rival gateando —. ¡¿Eres gilipollas o qué te pasa?!

Los dos comienzan a discutir, ya sin golpes de por medio. Que su adversario haya estado inconsciente unos segundos ha impresionado a Manu. Pero lo peor todavía no había llegado.

Han transcurrido treinta y siete días desde aquel momento. Treinta y siete horribles días. Sentado en el asiento 3C del vagón número seis del tren que lo lleva a Madrid desde Málaga, Manu es incapaz de cerrar los ojos y no ver el rostro de Fernando. Pero, en sus sueños y en sus pesadillas, el chico con el que vivió en Edimburgo no está solo. A menudo aparecen sus padres. Ni siquiera se pudo despedir. Es cierto que no se llevaba bien con ellos, pero, joder, eran sus padres. Y murieron en un accidente de tráfico cuando se dirigían a la capital para buscarle. ¿Se siente culpable? Todos y cada uno de los segundos que han pasado desde que se enteró de la fatídica noticia. Hace ya un mes de eso.

—Próxima estación: Atocha, Madrid. Fin del trayecto. Renfe les agradece el haber viajado con nosotros. Esperamos verles pronto de nuevo.

La voz de la azafata anuncia, ahora en inglés, que están llegando a su destino. El joven se pone de pie y baja su maleta del portaequipaje. Sin que el tren esté todavía parado, se dirige hacia la puerta del vagón. Se coloca el primero para salir y aguarda a que la máquina se detenga por completo. Antes de que ocurra, siente un golpecito en el muslo izquierdo. Se gira y observa a una niña rubia, con el pelo rizado, pegada a su pierna. No tendrá más de cuatro o cinco años.

—*Señó*, *tene usté* el cordón del zapato *desatao* —dice la pequeña señalando la bota derecha del malagueño.

El joven examina su calzado y comprueba que la pequeña tiene razón. Se agacha y se lo ata. Le da las gracias a la cría y vuelve a erguirse.

Es curioso que le haya llamado señor. Solo tiene diecinueve años y los niños ya lo ven como a alguien muy mayor. Su aspecto invita a ello. Está ojeroso por no dormir y hace varias semanas que no se afeita. Una barba tupida y desaliñada le cubre gran parte de la cara. Está más delgado y menos fibroso que antaño. No hace deporte y hay días que ni se acuerda de comer. Los pómulos se le han hundido y se le marca demasiado la mandíbula. Pero todo eso le trae sin cuidado ahora mismo.

El tren se para por fin y Manu se baja el primero. Se despide de la niña rubia del cabello rizado, que va detrás, y avanza hacia una escalera mecánica. Sube por ella y a continuación recorre un largo pasillo que conduce hasta la salida. Al abrirse la puerta, divisa entre el gentío expectante a un rostro conocido. La chica que le espera sonríe y acude a su encuentro.

—Te dije que no hacía falta que vinieras —comenta Manu mientras Iria le regala dos cariñosos besos de bienvenida en las mejillas.

—Me apetecía verte antes que nadie. Soy así, ya me conoces. ¿Qué tal el viaje?

—Normal. Como cualquier viaje en tren. ¿Cogemos un taxi para ir a la residencia?

—Vale.

La pareja asciende por otra escalera mecánica para salir al exterior. Se ponen en la cola de los taxis y esperan su turno.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has dormido algo esta noche? —pregunta la gallega, preocupada por su aspecto.

—Poco. Casi nada.

—¿Siguen las pesadillas?

—Ya solo las tengo cuando duermo —bromea Manu sarcástico.

—Deberías ir a un psicólogo. Te vendría muy bien. Has sufrido mucho.

—No voy a ir a un loquero, ya lo sabes.

La chica resopla y observa con tristeza a su amigo; él, por su parte, está pendiente de que nadie se les cuele en la fila. Tiene ganas de llegar a la residencia y encerrarse en su habitación a escuchar música con los cascos a todo volumen. Ese se ha convertido en su pasatiempo preferido en el último mes y en la única manera de aislarse del mundo.

—¿Tienes hambre? —pregunta Iria, intentando darle conversación a su amigo y que no se ahoguen en el silencio.

—No.

—¿No te apetece parar a tomar algo antes de ir a la *resi*? Podríamos ir a…

—La verdad es que no tengo nada de hambre —la corta en seco Manu.

—Bueno, como tú veas. Cualquier cosa que necesites o que te apetezca hacer, dímelo.

—Deja ya de hacer eso, por favor.

—¿Hacer el qué?

—Compadecerte de mí —responde el malagueño muy serio—. No necesito

compasión ni darte pena. Te lo advertí el día del entierro de mis padres.

El entierro. Se realizó el jueves 16 de abril. Ya han pasado tres semanas y media desde entonces, aunque a ambos les resulta muy cercano. Como si hubiese sido hace unas horas.

Iria, Julen, Elena y Carmona, en representación de la residencia, fueron los que se desplazaron a Málaga para asistir al funeral de los padres de Manu. También Eva viajó con ellos. Fue un día desolador, lluvioso, repleto de dolor. Sin embargo, a todos les sorprendió que su amigo no derramara ni una lágrima durante el sepelio. Permaneció impasible, ausente y distante.

Los chicos regresaron a Madrid a la mañana siguiente; menos la gallega, que decidió permanecer en Málaga unos días más. El reencuentro con él no fue el soñado. Manu se pasaba horas y horas sin hablar e Iria se limitaba a hacerle compañía. En ocasiones era desesperante. Sin embargo, durante la cena de la tercera noche, la de antes de volver a Madrid, la gallega consiguió adentrarse un poco más en su interior:

Estaban sentados en la mesa, comiendo una de esas lasañas congeladas, con la televisión puesta para evitar el terrorífico y desalentador silencio que imperaba en aquella casa tan grande. Quizás fue como consecuencia de las cervezas que el joven se tomó. O a lo mejor necesitaba soltar de una vez lo que le atormentaba desde hacía unos días. El caso es que Manu le descubrió parte de una historia de la que la gallega únicamente conocía lo poco que habían escrito los periódicos. Entre ellos todavía no habían tenido ocasión de hablar del tema. Fue Iria la que prendió la mecha para que la llama comenzara a arder. Lo hizo con tacto, eso sí. Siguiendo una estrategia.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar en Málaga? —pregunta la joven mientras se acaba de comer su mitad de lasaña.

—Estaré un tiempo. Hay muchos papeles que arreglar.

—Si quieres, puedo retrasar mi vuelta a Madrid unos días y echarte una mano con lo que necesites.

—No hace falta. Son cosas que debo solucionar yo. Tú ya has hecho bastante.

El tono de voz de Manu no es tajante, sino más bien amable y agradecido. Es el momento. Observa cómo da un último trago a su tercera cerveza y, entonces, se atreve con la pregunta que tantas veces se ha hecho.

—¿Qué pasó en Edimburgo?

—¿A qué viene eso ahora?

La chica se encoge de hombros y no dice nada. Se limita a mirarlo fijamente, esperando a que él le cuente algo de lo que sucedió en Escocia. En la madrugada del domingo al lunes, cuando ella se lo llevó a su habitación y le anunció el fallecimiento de sus padres, Manu entró en estado de *shock*. No reaccionó durante toda la noche. Lo único que salió de su boca fue: «Primero mi abuela, después lo de Edimburgo y ahora mis padres. La muerte me persigue». A Iria, enseguida le vino a la cabeza la

noticia de Calton Hill de la que Toni y David les habían hablado en los sofás de la tercera planta. Pero no quería ni podía creer que su amigo fuera un asesino. Al día siguiente, el chico regresó a Málaga y hasta ese instante no se había atrevido a sacar el tema.

—¿Qué es lo que quieres saber? —pregunta el joven muy serio.

—Lo que tú me quieras explicar. Sé que estuviste allí y que sucedió algo que te está afectando. A lo mejor, si lo cuentas en voz alta, consigues desahogarte y liberarte de tanta presión.

—No hace falta que disimules.

—¿Perdona? ¿Qué es lo que no tengo que disimular?

Manu saca el móvil del bolsillo, entra en su cuenta de Twitter, en la que no escribe desde enero, y se va a los mensajes privados. Clica en el primero y le pasa el teléfono a Iria, que lo lee.

> «Te escribo por aquí porque no tengo tu número nuevo. Espero que lo leas. Siento no haber estado en el entierro de tus padres. Descansen en paz. La vida no te está tratando muy bien y quizás suene muy cruel lo que te voy a decir: ¿has pensado que lo que te está pasando es por algo? Quizás yo no sea el más indicado para dar lecciones porque cometí un gran error, pero nunca haría lo que me has hecho tú a mí. Sí, sé, sabemos todos los del pasillo, que eres amigo de Fernando, que le ayudaste a hacerme la vida imposible y que has pasado con él los dos últimos meses y medio en Edimburgo. Pero ya hablaremos cuando estés mejor y regreses a Madrid. Recupera energías y fuerzas, las vas a necesitar. Tenemos una conversación pendiente. Este no es el momento, ni el medio. Vuelvo a darte el pésame por la muerte de tus padres. Lo siento».

Iria le devuelve el *smartphone* a Manu tras leer el mensaje privado de David. Apoya los codos sobre la mesa, juntando sus manos, y le mira por encima de ellas.

—¿Y bien? —pregunta el malagueño.

—El día que regresaste, él y Toni nos habían contado que estabas en Edimburgo con Fernando. Nos explicaron que le habías ayudado a infiltrarse como camarero en la cafetería de la residencia.

—¿Qué más os contaron?

—Que habías colaborado con Fernando para que se vengara del sevillano.

—¿Nada más?

La chica resopla. Tiene la frente ardiendo. Tal vez es el momento de poner la última carta sobre la mesa y esperar a ver qué pasa. Ahora es ella la que alcanza su móvil y busca en Google. Encuentra el *link* rápidamente y clica en él. Desliza el aparato por encima de la mesa hasta donde se encuentra Manu y le pide que lea la noticia. Sin embargo, no hace falta. En cuanto ve el titular, chasquea la lengua y le

devuelve el teléfono a la gallega.

—Pensamos que el artículo habla de vosotros. De Fernando y de ti —reconoce Iria, temerosa de lo que le pueda responder—. ¿Es así?

—Sí. Somos nosotros los protagonistas de esa noticia —contesta el chico con frialdad y sin dudar.

La joven aprieta los labios y un escalofrío le recorre todo el cuerpo cuando Manu confirma las sospechas de sus amigos. Paralelamente, la frente le arde todavía más. ¿Y ahora? ¿Continúa interrogándole? Sabe cuál es la siguiente pregunta, pero no está segura de si desea oír la respuesta de su boca.

Manu le ahorra más cavilaciones.

—Y sí, yo maté a Fernando.

—Dios mío.

—El sevillano tiene razón. A lo mejor todo esto me está pasando por un buen motivo y estoy pagando por ello. Te voy a explicar cómo sucedió.

Capítulo 38

En aquel domingo de mayo, el sol ha decidido quedarse detrás de las nubes. Desde que amaneció, el cielo permanece plomizo, cubierto por una manta de color azul oscuro, casi negro. Aunque amenaza agua, no llueve. Por el momento.

David sale de la residencia solo, en dirección a la estación de metro más cercana. Camina pensativo, dándole vueltas a lo que pasó hace tan solo unas horas. A pesar de que no es la primera noche que termina en la habitación de Silvia. Tampoco la segunda. Ni siquiera la tercera.

¿Por qué se está acostando en secreto con la extremeña? Atracción física. Morbo. Simplemente deseo. No salen juntos. Le gusta, pero no se ha enamorado de ella. Y cree que ella tampoco está enamorada de él.

Todo comenzó la misma noche en que regresó Manu. Después de la charla que mantuvieron los chicos del pasillo 1B en la tercera planta y la posterior aparición del malagueño, sentía algo extraño en su interior. Sentimientos contrapuestos. Por un lado, lástima, pena por su compañero de residencia, que acababa de perder a sus padres. Por suerte, Iria se lo llevó aparte y asumió la responsabilidad de anunciarle la mala noticia. Pero, por otro lado, la rabia se había apoderado de él por no poder reprocharle todo lo que sabía que había hecho en su contra. No era el momento. Con esa rabia regresó a su habitación. Era muy tarde, ya avanzada la madrugada. Cuando introdujo la llave en la cerradura, oyó un grito que provenía del cuarto de Silvia. No la había visto desde la cena, cuando desapareció después de recibir aquella llamada de móvil. Se aproximó hasta la 1155, pero ya no oyó nada. Dudó entre llamar a la puerta o no, pero finalmente decidió hacerlo.

Lo que sucedió después careció de cualquier explicación razonable. Nada más abrir, Silvia se lo comió con los ojos y se lanzó a sus brazos. Y comenzó a besarle y a quitarle la ropa. David no puso impedimento, al contrario. La rabia, la ira, la tensión que llevaba consigo por lo de Manu se transformaron de repente en una pasión desatada.

Más tarde, la chica le contó que acababa de romper con un novio argentino con el que mantenía una relación a distancia. Este la había engañado ocultando un matrimonio y una hija. Quizás aquel había sido el motivo de su arrebato sexual. Se disculpó con el sevillano, por si de alguna forma se sentía utilizado, aunque este insistió en que el sexo es cosa de dos y en que, si él no hubiese querido, no se habrían acostado.

Aquello volvió a pasar una semana después y en varias ocasiones más durante el último mes. Nadie sospecha lo que sucede tras la puerta de la 1155 entre Silvia y David. Ni siquiera Elena, con quien las cosas continúan igual. Hace bastante tiempo que no hablan de su relación. Se tratan como amigos y ninguno de los dos obedece a sus impulsos en los momentos en que se quedan solos. ¿Se han extinguido o ha disminuido la intensidad de sus sentimientos hacia la toledana? En unas ocasiones

cree que sí, que ha puesto el punto y final a lo que sentía. Pero, luego, surge de pronto un instante mágico que le recuerda lo que aquella chica significaba para él.

Un cuento de nunca acabar.

David se baja en la estación de metro de Argüelles. Ha quedado a las doce en la esquina de Zara. Son menos cinco, así que va bien de tiempo. Mientras espera, recibe un mensaje de WhatsApp de Elena.

«Manu ya está aquí. Ha preguntado por ti. Espero que te vaya bien. Creo que estás haciendo lo correcto. Nos vemos luego».

El sevillano responde inmediatamente.

«Después hablaré con él. Tenemos una larga charla pendiente. Yo también creo que estoy haciendo bien. Espero poder cerrar este capítulo de mi vida de una vez por todas. Hasta luego».

Apenas un minuto más tarde de enviar el WhatsApp a su amiga, David la localiza a lo lejos: una chica morena, ataviada con un vestido negro hasta las rodillas y unas botas del mismo color. Ha pasado algo más de un mes desde que se encontraron por última vez, aunque la situación ahora es bien distinta.

Verónica llega hasta su exnovio y lo saluda alzando la mano y un escueto «hola». Lejos quedaron los besos y los abrazos de enamorados. Su relación, en los últimos tiempos, se ha acercado más al odio mutuo que al cariño o al amor.

—Me alegro de verte —le dice David con poco entusiasmo—. ¿Quieres sentarte en algún sitio a tomar algo o prefieres que caminemos mientras hablamos?

—Decide tú. Yo no conozco esto.

—Andemos entonces.

De esa forma, no se verá obligado a estar con ella demasiado tiempo, ni pendiente de si un camarero es más o menos lento. Cuando terminen de charlar, cada uno tomará un camino diferente y final de la historia.

—Tenía muchas dudas de que quisieras quedar conmigo cuando te avisé de que venía a Madrid —indica la joven, que todavía guarda en la retina su encuentro del Viernes Santo en Sevilla.

—Yo también tuve muchas dudas al principio. No te voy a mentir. Han pasado demasiadas cosas entre tú y yo, y ninguna ha sido positiva.

La chica se lamenta de esa última frase, aunque entiende que desde que sucedió el accidente de Rocío Costa nada ha ido bien entre los dos. En realidad, todo ha ido mal. En cambio, le da pena pensar que lo que vivieron, anterior a aquel día, se haya perdido en el olvido. Como si una parte de su vida, cuando salían juntos, se hubiese borrado y no existiese.

—¿Y por qué has aceptado verme?

—Creo que por lo mismo que tú querías verme a mí. Es hora de enterrar el hacha de guerra y pasar página definitivamente. ¿No?

Verónica asiente con la cabeza; David acierta. Siempre ha sido un chico muy intuitivo y con una capacidad asombrosa para leer los pensamientos de los demás.

—Yo ya he pagado por lo que hice. Aunque nunca podré olvidarlo. Rocío, su familia y el accidente siempre permanecerán en mí. Pero me he propuesto rehacer mi vida definitivamente. He conocido a alguien.

—¿En serio? ¿Quién es el afortunado?

—Afortunada. Es una chica.

A David le sorprende la revelación de Vero, pero no hace ningún gesto que lo evidencie.

—Me alegro por ti.

—Gracias. Estoy contenta, dentro de lo contenta que puedo estar después de todo lo que he vivido. Ella es genial y me encanta lo que estoy volviendo a sentir por alguien.

—¿Sabe algo de… tu pasado?

—Nada. Se lo contaré cuando llegue el momento. Acabamos de conocernos.

—No le mientas.

—Tranquilo, no le mentiré. Es solo cuestión de tiempo —indica Verónica, más sonriente de lo habitual—. Pero, como comprenderás, no puedo soltarle todo de golpe. No quiero asustarla.

A David le sigue resultando muy raro lo que su exnovia le cuenta. No sospechaba que le gustaran las chicas. Sin embargo, se alegra por ella.

—Espero que os vaya bien.

—Yo también. No sé si me lo merezco, pero necesito tranquilidad en mi vida. Y, después de lo de Fernando, creo que por fin podré encontrarla. Es seguro que él… ha… muerto, ¿verdad?

—Según Manu, sí.

El día del entierro, David le envió un mensaje directo al malagueño, a través de Twitter, para darle el pésame por la muerte de sus padres. Pero en su texto había más. Le comentaba que sabía que había colaborado con Fernando y que, cuando llegara el momento, tendrían una conversación. La respuesta de Manu, unos días más tarde, confirmó algo que sospechaba.

«Gracias. No está siendo fácil. Aunque no sirvan mis disculpas y no esté justificado nada de lo que te he hecho, salvo porque me caías mal y me fastidiaba tu pose de niño bueno cuando realmente no lo eras y arrastrabas un pasado muy oscuro, te pido perdón. De todas maneras, ya hablaremos cuando regrese a Madrid. Tienes razón, todo pasa por algún motivo. Y estoy pagando por todos mis errores. Siempre una cosa lleva a otra. Aunque no es hora de

filosofar. Ya nos veremos, sevillano.

Ah, una última cosa: no te preocupes más por Fernando. Él ya descansa junto a Rocío».

En cuanto David recibió el privado de Manu, llamó a Verónica para contárselo y que la chica también pudiera respirar tranquila. El tipo al que temía ya no podría amenazarla más.

—Te juro que no me alegro. De verdad. Soy responsable, en parte, de su enfermizo estado mental —indica Vero mientras continúan caminando por la calle Princesa—. Pero estaba loco y me daba mucho miedo. Creo que su venganza habría concluido deshaciéndose de nosotros dos. En los últimos meses se obsesionó contigo, David. Habríais terminado siendo tú o él. Descanse en paz, pero que descanse lejos de mí.

El terror que aquella chica sentía se hace visible en sus palabras. Aunque sabía que Fernando vivía en Edimburgo, cada noche se aseguraba de cerrar bien la ventana de su habitación y miraba en el armario y hasta debajo de la cama. Incluso después de conocer la noticia de su presunta muerte continuaba haciéndolo.

—Ya no podrá hacernos daño.

—¿Están investigando lo que pasó?

—No lo sé.

—¿Y su madre? ¿Alguien le ha informado de algo?

—Tampoco lo sé. Imagino que no —responde David, que muchas veces se ha preguntado lo mismo—. Creo que su cuerpo sigue en Escocia. Si no me equivoco, nadie lo ha identificado todavía. Al menos esas fueron las últimas noticias que aparecieron en la prensa.

—Madre mía.

—Luego hablaré con Manu, que acaba de regresar de Málaga. No sé a quién más le ha contado lo de Fernando. Todos los de mi grupo de la residencia están informados. Se lo dije yo. Iria, que habló con él en Málaga, nos confirmó que ellos eran los de la noticia de Calton Hill. Aunque ninguno de nosotros sabemos lo que pasó realmente en Escocia.

Durante unos pocos segundos, la pareja camina en silencio. El cielo sigue encapotado, pero hace calor.

—Vero, creo que esta debe ser nuestra última conversación —indica David, que lleva con esa idea desde que decidió quedar con ella.

—Por una vez, coincidimos en algo.

—Me alegro de que pensemos igual. Si queremos seguir con nuestras vidas, el otro debe desaparecer para siempre.

—Lo sé, David. Es lo más conveniente para ambos.

El chico frena y Verónica hace lo mismo, parándose frente a él. Hubo un día en el que planificaron el futuro juntos. Solo eran unos adolescentes a los que les faltaba un

mundo por vivir. Ahora el futuro de ambos va por caminos separados.

—Espero que te vaya bien con esa chica. Y no tardes mucho en contarle la verdad. Si quieres sinceridad en tu relación, debes ser sincera desde el principio.

—Lo haré. Yo también espero que a ti te vaya bien aquí y te conviertas en un gran publicista. Te deseo lo mejor.

Los dos se miran a los ojos, conocedores de que aquella vez será la última. A David, todavía le quedan arrestos para sonreír. Y ella le imita.

—Hasta siempre, Verónica. Que seas muy feliz.

—Lo mismo digo. Hasta siempre.

Se miran por última vez y un beso en los labios, tan inesperado como necesario, sella la paz final entre dos exnovios que han pasado más tiempo odiándose que amándose. A partir de ese instante, nada de lo que hiciera uno le preocuparía al otro. Aunque no todo había concluido entre ellos.

Capítulo 39

—¡Estás loco! ¡No voy a hacer un *striptease* en tu canal de YouTube para que te suban los suscriptores!

—Solo era una idea.

Elena sabe que Toni bromea. Nunca le pediría algo así en serio, aunque le encantaría ayudar a su amigo para que superara a Isa en número de seguidores. Solo le quedan dos días de plazo y la chica le aventaja en casi diez mil.

Ellos dos, Iria, Julen y Manu se encuentran en la habitación del malagueño, que acaba de llegar a la residencia. Intentan normalizar cuanto antes la situación, pero son conscientes de que no resultará nada fácil.

—Debes de estar muy orgulloso de ti mismo. Es una pasada la cantidad de suscriptores que has conseguido en menos de un mes —indica Julen, dándole una palmadita en el hombro al valenciano—. Eras un completo desconocido hace nada y ahora Toni Pepperoni tiene un canal de cuarenta mil seguidores.

—En realidad, no solo ha sido cosa mía, como bien sabéis. He tenido una gran ayuda.

Y es que cuando Abi subió el vídeo a su canal hablando del reto que Toni se había propuesto, se formó una cadena en YouTube para echar un cable al joven de la cabeza rapada. No solo de usuarios, sino también de *youtubers* conocidos. Inés Jimm, Álex Stone, Judith Jaso, Albanta San Román, Sara Baceiredo, Marta Frenkel y hasta Sonia, de Sweet California, hicieron vídeos o mencionaron en alguna de sus creaciones la apuesta que Toni Pepperoni tenía que ganar para que Isa come Pizza fuera su novia. Gracias a ese movimiento en la Red, aquel domingo 10 de mayo, su canal suma cuarenta mil doscientos quince suscriptores. Muchísimos. El problema es que su contrincante acaba de llegar a los cincuenta mil.

—Pero si tú no tuvieras carisma y no te lo hubieses currado, no te habría echado una mano tanta gente —opina Iria, que inclina su cabeza hacia la derecha—. ¿No crees, Manu?

El malagueño no está atento a lo que dicen el resto de los chicos y solo reacciona al escuchar su nombre.

—Perdona, ¿qué me has preguntado?

—Estaba hablando del mérito que tiene Toni. Lo que ha conseguido en un mes no lo hace cualquiera.

—¿Qué ha conseguido? Este mes no me he enterado de mucho.

La respuesta de Manu hiela el ambiente de la habitación. No creen que lo haya hecho con mala intención. Sin embargo, ha sonado extraño, como si no le interesara el tema sobre el que están conversando. Y todos lo entienden. Lo que él ha vivido en las últimas semanas no puede compararse con nada. Consideran normal que se desentienda de las experiencias ajenas. Ya los había avisado Iria de que deberían tener mucha paciencia con él.

—Bueno, yo me tengo que marchar. Quiero grabar un último vídeo hoy y debo prepararlo todo. Elena, Julen, cuento con vosotros, ¿verdad?

—Sí, pero no pienso quitarme la ropa —responde la toledana, que se pone de pie sonriente—. Espera, me voy contigo.

—Yo me voy a comer con Marc —indica el navarro, que también se incorpora—. Luego os veo.

Los tres se despiden de Manu y de Iria y salen de la habitación. La gallega y el malagueño se quedan solos, en silencio. Un silencio habitual en Málaga, pero que es nuevo para ambos en Madrid.

—¿He dicho algo malo? Se han ido todos como si les fuera a pedir dinero.

—No has dicho nada malo. Pero…

—Mejor así —la interrumpe él, tumbándose en la cama—. No estoy para tonterías.

—Tenían ganas de verte. Solo estaban siendo amables.

—He visto cómo me miraban. Piensan que soy un asesino y un drogadicto. En realidad no les culpo, porque no les falta razón.

—No digas eso.

—¿Les has contado algo de lo que hablamos en mi casa?

—No. Solo saben lo que dice el artículo que encontraron David y Toni en Internet. Quizás deberías explicarles el resto de la historia.

—¿Para qué? No cambiaría nada. Además, no me apetece volver otra vez a lo mismo. La próxima vez que lo cuente, será a la policía.

La chica se alborota el pelo y resopla. Desde que fue a la peluquería extrema, el cabello le ha crecido un poco y ya no lo tiene de color platino, sino oscuro. El rapado de atrás ha desaparecido y, desde hace unos días, se peina con un divertido flequillo de cortinilla.

—¿Vas a confesar?

—Claro que no. Pero tarde o temprano descubrirán lo que pasó y vendrán a preguntarme.

—No sé cómo puedes decir eso y quedarte tan tranquilo.

Manu no responde. Se gira y se coloca de costado mirando hacia la pared. ¿Tranquilo? No es la palabra que precisamente lo define. Cada vez que escucha una sirena, piensa que vienen a por él.

—¿Hablarás con David?

—Sí, es el único al que le debo una explicación —responde cerrando los ojos. Entonces ve a Fernando con el rostro ensangrentado. Inerte sobre la hierba de Calton Hill. Abre los ojos otra vez y se da la vuelta. Iria lo observa apenada—. Te he dicho que no hagas eso.

—¿El qué?

—Compadecerte de mí. No quiero darte pena. ¿Por qué no me miras mejor con deseo?

—¿Deseo de qué?

—Deseo de follarme.

—Manu. No es momento para eso.

—¿No? En Málaga lo hicimos y no fue nada mal.

La chica sonríe de lado, algo avergonzada. Sí, la noche en la que le contó la historia completa de lo que había sucedido, hicieron el amor. Y la mañana siguiente, antes de que la gallega regresara a Madrid, también. Fue la última vez que se vieron hasta aquel domingo, a pesar de que Iria había insistido en volver a Málaga para acompañarle y que no estuviera solo. Y, como acaba de decirle, no fue nada mal. Es más, fue necesario. Balsámico. Por lo menos durante un par de días, en los que el recuerdo de sus cuerpos entrelazados resultó como un oasis en pleno desierto.

—Está bien. Pero ¿tienes preservativos aquí?

—No. Me los he dejado en Málaga.

—Pues espera un momento a que vaya a mi habitación —comenta Iria, que mantiene la cabeza fría pese a las ganas.

La chica sale rápidamente de la 1156, dejando la puerta entornada, y entra en su cuarto. Abre el armario y después el cajón en el que guarda la ropa interior. Debajo de un sujetador azul, encuentra los condones. Coge uno, que se mete en el bolsillo del pantalón, y se dispone a regresar a la habitación de Manu.

Sin embargo, en el pasillo se encuentra con Óscar, que acaba de salir de la 1159. No va solo. Es la primera vez que ve a la joven que le acompaña.

—Hola, Iria —la saluda el vallisoletano cuando se cruzan—. Te presento a Sofía, una compañera de clase.

—Encantada —dice la chica en cuanto la nombran.

—Igualmente.

Las dos chicas vacilan en si darse dos besos, algo que finalmente hacen. La gallega da un paso adelante para continuar su camino hasta la habitación del malagueño, pero Óscar la frena para preguntarle por su amigo.

—¿Ya ha llegado Manu?

—Sí, ahora mismo voy a verle.

—¿Y cómo está?

—Bueno, le costará adaptarse de nuevo —indica Iria impaciente—. Ahora está cansado del viaje, luego podrás hablar con él cuando bajemos a comer.

—No estaré. Nos vamos a comer fuera. Pero nos veremos en la cena.

—Muy bien. Hasta luego. Encantada.

—Lo mismo digo.

Óscar y Sofía le dicen adiós a la gallega, que, a toda velocidad, se dirige al cuarto de Manu. En cuanto entra, cierra la puerta tras de sí.

—Ya estoy aquí. Me he entretenido porque me he encontrado a…

Pero cuando Iria mira hacia la cama, ve al malagueño echado boca arriba, con los ojos cerrados. Se acerca lentamente hasta él, preocupada. Sin embargo, enseguida se

da cuenta de que solo está dormido. Respira aliviada y saca el preservativo del bolsillo para dejarlo sobre el escritorio. A continuación, se quita los zapatos, el fino jersey que lleva puesto y los pantalones. Vestida solo con la ropa interior, se tumba cuidadosamente junto a él. Siente un poco de frío, así que se las apaña para introducirse bajo las mantas y tapar también al chico. Milagrosamente, lo consigue sin despertarle. Sus rostros están frente a frente, a apenas unos centímetros de distancia. Tiene un aspecto tan inocente mientras duerme que nadie, sin conocerlo, adivinaría los asuntos tan turbios en los que aquel joven se ha metido. Ella, en cambio, no le juzga. Es difícil no caer en ciertas tentaciones. La muerte de su queridísima abuela condicionó su vida. Fue el comienzo del mal camino. De las malas elecciones. Los problemas con sus padres y el desengaño con aquel primer amor también influyeron para que su amigo, amante, amado Manu, se introdujera en el más complicado de los universos. Un mundo que ella misma probó hace unas semanas y con el que solo había tonteado. Por suerte. Gracias a Julen y a Eva, el problema no creció. Se quedó en un simple aviso. Un peligroso e inquietante aviso.

Quiere olvidarse de eso por unos minutos. Eliminar el pasado momentáneamente e imaginar un futuro juntos. Y es que, por mucho que lo ha intentado, cualquier iniciativa de meter sus sentimientos en una caja fuerte y lanzarla al fondo del mar ha sido en vano. La caja que contiene sus sentimientos flota y se abre y se cierra a su antojo.

Apuesta a que él no siente lo mismo por ella, y que su sueño es un imposible. Pero ahora…, ahora le vale con estar tumbada a su lado, en su cama, en silencio. Admirando la inocencia que le queda. No necesita nada más.

—Te quiero —susurra Iria.

Cierra los ojos y también se duerme.

Capítulo 40

—¿Has ido a ver a una ex?

—Sí, teníamos cuentas pendientes. Y ya era hora de que resolviéramos nuestras diferencias de una vez por todas.

—¿Qué pasó? ¿Terminasteis muy mal?

—Muy mal se queda corto. Pero bajemos a comer ya. Tengo hambre.

Silvia chasquea la lengua, disconforme. Le hubiera gustado que David le contara más acerca de esa ex con la que ha estado y las razones por las que acabaron de esa manera. Sin embargo, no le dice nada. Coge el tique de la comida y juntos salen de la habitación.

La extremeña se ha integrado muy bien en el grupo del pasillo 1B, aunque, en ocasiones, siente que hay cosas que le ocultan, algunos temas tabúes de los que el resto de los chicos evitan hablar. Por ejemplo, todo lo relacionado con Manu. Solo sabe que sus padres murieron hace un mes en un accidente de tráfico y que, tras pasar un tiempo en Málaga, hoy regresa a la residencia. Nada más.

En el comedor ya están Elena y Ainhoa, sentadas en la mesa habitual. Silvia y David se unen a ellas cuando se sirven del bufé.

—¿Y los demás? —pregunta el sevillano mientras se echa agua de la jarra en un vaso.

—Toni, preparando el vídeo que va a grabar esta tarde —responde Elena—. Julen se ha ido a comer con Marc al centro. Óscar también ha escrito en el grupo de WhatsApp para explicar que come fuera. Iria, creo que sigue en el cuarto de Manu. Imagino que bajarán luego.

—Sí, eso me ha dicho —indica David—. He ido antes a la habitación del malagueño para darle la bienvenida y me ha abierto ella. Me ha contado que estaba dormido y que comerían cuando se despertara.

—¿Están liados? —interviene ahora Silvia, con curiosidad.

Elena y David se miran entre sí. Ellos dos sí están al corriente de los sentimientos de la gallega y de lo que hubo entre ambos antes de que el chico desapareciera. Ainhoa también lo intuye desde hace tiempo. Las paredes de la residencia son demasiado finas para ocultar ese tipo de secretos.

—No lo creo —se aventura a responder el sevillano, echando balones fuera.

—No, no están juntos —dice categórica Elena, zanjando de golpe el asunto.

—Pensaba que como ella se quedó unos días en Málaga con él cuando lo de sus padres…

—Eso es porque se tienen un cariño especial. Pero solo son amigos.

La contundencia de las palabras de la de Toledo cierra el turno de suposiciones. La comida desde entonces transcurre tranquila.

La primera en levantarse de la mesa es Ainhoa, que se guarda una manzana para la merienda. Se ha acostumbrado a comer alguna pieza de fruta todas las tardes.

Hábitos como ese la ayudan a mantener cierta disciplina en lo que a la comida se refiere. Esa misma semana, se hizo un control de peso y resultó muy positivo. Lleva mucho tiempo sin provocarse el vómito y se siente satisfecha por ello. Sin embargo, y aunque poco a poco ha conseguido estabilidad y manejar mejor los momentos de ansiedad, de vez en cuando se le vienen encima los fantasmas del pasado. La mayoría de ellos provocados por sus enredos sentimentales.

Desde que Óscar le soltó, en el viaje de vuelta de Valencia, que había una chica por la que no estaba seguro de lo que sentía, la lucha consigo misma ha sido constante. Un mes tratando de mentalizarse de que su amigo podría empezar a salir con otra en cualquier momento. Un mes en el que aquella conversación se le ha repetido en la cabeza una vez tras otra:

—La persona con la que hablo tanto es una compañera de clase… y no estoy muy seguro de lo que sentimos el uno por el otro.

Al escuchar las palabras de su amigo, Ainhoa aprieta los dientes y los puños y se aguanta las ganas de llorar. Las llamadas no eran de Naiara, pero eran de otra chica.

—¿Es ella la que te ha llamado tantas veces este fin de semana?

—No siempre ha sido ella. Hemos hablado tres o cuatro veces desde que salimos ayer de Madrid.

—¿Cómo se llama?

—Aino, no hace falta que pases por esto. Si no te he dicho nada hasta ahora ha sido para que no te afectase.

—También me afecta que me mientan.

—Ya lo sé. Y no puedes imaginar lo que me ha costado no decirte siempre la verdad —reconoce Óscar con sinceridad—. Pero algunas veces hay que decidir qué camino tomar. Aunque sepas que te vas a equivocar hagas lo que hagas.

La canaria entiende las dificultades del vallisoletano y se culpa a sí misma por ser la responsable de sus quebraderos de cabeza. Está cansada de ser una frágil muñequita de cristal. Como le ha dicho antes, debe empezar a asumir la realidad. Pisar el suelo con fuerza y enfrentarse sin miedo a lo que proceda.

—¿Sabes una cosa? Estar enamorada de ti es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Aino…

—Pero dicen que, lo que no puede ser, no puede ser y, además, es imposible.

—¿Eso dicen?

—Bueno, lo dice mi hermana Yaiza. Ella es muy lista, así que debe de ser cierto —asegura Ainhoa, que sonríe y llora a la vez—. Y lo que es imposible hay que dejarlo pasar. Porque hay un montón de cosas posibles por las que merece la pena luchar. Y es en esas cosas posibles en las que me voy a centrar a partir de ahora.

—Y yo estaré a tu lado para lo que necesites.

—Gracias. Pero no todo puede depender siempre de ti. Tengo que aprender a volar sola.

Y en ese vuelo se encuentra actualmente. Sola y sin motor. A veces se siente perdida. Otras, incomprendida. Los días se le hacen largos y sufre si pasan muchas horas sin hablar con él. Se deprime cuando escucha su guitarra y sabe que no toca para ella. Necesita acostumbrarse, aunque es consciente de que el tiempo debe ser su mejor aliado. ¿No dicen que todo lo cura?

Ainhoa se marcha del comedor, sube las escaleras y llega a recepción. Jesús, el bedel, pronuncia su nombre cuando pasa por delante de él y le pide que se acerque.

—Ha venido una persona preguntando por ti —le dice el hombre, esbozando media sonrisilla.

—¿Por mí? ¿Quién?

—Es mejor que lo veas por ti misma.

—Cuánto misterio. ¿Hace mucho de eso?

—No. Ha sido hace un par de minutos. Me ha dicho que te espera en la cafetería.

La joven le da las gracias a Jesús y se dirige extrañada hacia el lugar que le ha indicado el bedel. No espera a nadie. Ni siquiera se imagina de quién se puede tratar. Así que se da prisa para resolver pronto sus dudas.

Entra en la cafetería y echa un vistazo. Alguien agita la mano ostensiblemente desde una mesa situada en la parte derecha del establecimiento. La canaria no puede creérselo. Le ha devuelto la sorpresa de abril.

—¡Nicole! —grita mientras camina rápidamente hasta donde está su amiga.

La peruana se pone de pie y la recibe con un abrazo similar al que se dieron en Valencia. Después del achuchón, las dos se sientan y se cogen de las manos.

—¿Qué haces aquí? ¿Tu madre por fin ha entrado en razón?

—No, al contrario. Está más pesada que nunca. Por eso me he escapado de casa.

—¿Cómo? ¿Te has escapado?

—Sí, más o menos —responde Nicole al tiempo que desaparece la euforia inicial —. No puedo más. Ayer me hizo algo que no sé si le podré perdonar.

—¿Qué te hizo?

—Llamó por teléfono al chico que me gusta y le dijo que no se atreviera a volver a llamarme en su vida.

—¡Joder! ¿Llamó al de Tinder?

—Sí. No he pasado más vergüenza en mi vida.

Como su madre prácticamente no le permite salir de casa, Nicole se dio de alta en una página de contactos. Más como juego que como una alternativa real de encontrar pareja. Sin embargo, hace unos días comenzó a hablar con un chico que, si al principio simplemente le caía simpático, después comenzó a gustarle de verdad. Tanto que ese viernes lo invitó a merendar en su restaurante. Su madre los pilló

dándose un beso.

—Fue un simple piquito de despedida en la puerta —protesta indignada la peruana—. Ella lo vio y no me dijo nada. Ayer me arrebató el móvil sin que me enterara. Encontró el número del chico y lo llamó para amenazarle. ¡Imagínate mi cara cuando me lo dijo!

—Es muy fuerte lo que me estás contando.

—Ya ves. Me está haciendo la vida imposible y ya no puedo más —comenta Nicole, desolada—. Anoche la avisé de que me venía a Madrid y me gritó que no sería capaz.

—Y has sido capaz.

—Sí. Me siento algo culpable, la verdad. Estoy desobedeciendo a mi madre. Y me da pena también por mis hermanos pequeños. Pero, si sigo así, voy a terminar odiando mi vida. ¡Y yo no soy así!

—Te comprendo perfectamente.

—Gracias, Aino —dice sonriente Nicole—. Cuando me atreví a sacar el billete de autobús, decidí no avisaros para daros una sorpresa como vosotros hicisteis conmigo. Estoy muy contenta de regresar a la residencia, aunque me hubiese gustado que fuese en otras condiciones y de otra forma.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—No lo sé, no he sacado billete de vuelta. He reservado una habitación en un hostal que está aquí cerca para quedarme.

—¡De eso nada! ¡Te quedas conmigo en mi habitación!

—No te preocupes, tengo dinero suficiente. Mi madre me ha estado dando una pequeña paga por ayudarla en el restaurante.

—Pues guárdatelo. Las dos cabemos perfectamente en mi cama. Así que no se hable más. ¡Manda rápidamente un WhatsApp al grupo para anunciarles a todos que regresas al pasillo 1B!

Capítulo 41

—¿Qué tal estaba todo?

—Muy bueno, gracias.

—Me alegro de que os haya gustado. ¿Postre?

Óscar enarca las cejas y mira a Sofía. Su compañera de clase sonríe y acaba por asentir. Están llenos, pero los postres en Tommy Mel's son especialmente ricos.

—Un día es un día —dice el vallisoletano—. ¿Nos traes una carta?

—Por supuesto. Ahora mismo.

La camarera, que lleva en el traje un rótulo escrito a mano en el que pone «Macarena», no se demora ni treinta segundos en colocar una carta de postres encima de la mesa. Luego se retira para que, tranquilamente, tomen una decisión.

—¿Qué te apetece? —pregunta el joven mientras examina el listado de dulces, helados y *milkshakes*.

—No tengo ni idea. Todo tiene una pinta increíble. Elige tú.

—Bien. ¿Un *banana split* para compartir?

—Perfecto. Buena idea.

El chico ve a la camarera que los está atendiendo y levanta la mano para llamar su atención. Macarena regresa a su mesa y toma nota del postre.

—¿Qué me estabas diciendo antes de que decidiéramos seguir atiborrándonos de comida? —pregunta Sofía, que, por debajo de la mesa, acaricia con el pie la pierna de Óscar.

—Te estaba pidiendo los apuntes de Desarrollo Cognitivo.

—Solo sales conmigo para que te deje los apuntes, ¿no es así?

—Has descubierto mis intenciones. Aunque tú también me utilizas para otras cosas.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Para qué? —pregunta Sofía, que se incorpora e inclina sobre la mesa—. Cuéntame.

—Para… que… elija el postre —concluye Óscar, que inmediatamente después recibe en los labios un beso de la chica—. Sabes a pepinillo.

—Qué romántico eres. ¿Será porque me he comido una hamburguesa que llevaba pepinillos? Por cierto, tu aliento no es mucho mejor que el mío. Deberías haberle quitado la cebolla a la tuya.

—Una hamburguesa sin cebolla es como si a un arroz a la cubana no le echas tomate.

—La cebolla no es tan importante. Lo mejor es que…

En pleno flirteo, suena el móvil de Óscar. Comprueba quién le llama y se sorprende de ver aquel nombre en la pantalla de su teléfono.

—No contestes, por favor. Estamos comiendo.

—Solo será un minuto.

—Aguafiestas.

El joven se levanta, le da un beso a Sofía y sale a la calle. Responde antes de que el aparato deje de sonar.

—Hola, Yaiza, ¿qué tal estás?

—Hola, Óscar. Bien, ¿y tú? —pregunta la hermana de Ainhoa.

—Muy bien, comiendo.

—Perdona que te haya interrumpido, solo es un segundo. ¿Estás con mi hermana?

—No. No estoy en la residencia. He ido a comer al centro.

—Vaya. ¿Y no sabes nada de Aino? La estoy llamando y no me coge el móvil.

Una sombra de incertidumbre y preocupación asalta de repente al vallisoletano. Lo más probable es que no suceda nada y su amiga esté bien. Pero ¿y si le ha dado un bajón al enterarse de que ha salido a comer con Sofía? ¿Los habrá visto salir juntos? Desde la ventana de la habitación de la canaria se ve el caminito que conduce hasta la cancela por donde se sale de la residencia. Es una posibilidad, aunque prefiere no precipitarse.

—Lo siento, Yaiza. No sé dónde está. Quizás se está echando la siesta y ha puesto el móvil en silencio —conjetura el chico, que trata de tranquilizarla—. En un rato regresaré. Si la veo, le diré que te llame.

—Gracias. Posiblemente esté dormida. Pero como es como es…

—Ya. Aunque últimamente está mucho mejor. Más animada. ¿No se lo has notado?

—Sí, parece más alegre. O eso al menos es de lo que intenta convencernos.

—¿Crees que finge estar bien?

—No lo sé. El otro día me llamó muy feliz después del control de peso que se hizo.

—Sí, fue todo genial. Se puso muy contenta.

—Pero hay veces… No sé, Óscar. Tú la ves más que yo. Ella está luchando consigo misma. Y no es fácil afrontar determinadas situaciones —comenta la canaria, endureciendo el tono de voz—. Trata de disimular que se encuentra bien cuando no lo está. ¿No lo ves tú de la misma forma?

El chico no sabe qué contestarle. Desde que la conoce, Ainhoa siempre ha tenido un carácter complicado. Sin embargo, en el último mes, su amiga se ha mostrado menos impulsiva y mucho más tranquila. No han tenido ni un solo enfrentamiento. Aunque también es verdad que se han visto menos y que no se puede enterar de lo que ocurre en su habitación cuando está sola.

—Todos tenemos días malos —responde Óscar, dubitativo—. Tu hermana no va a ser diferente. De todas maneras, estaré atento a lo que me dices.

—Gracias. Eres muy bueno con ella.

—Somos amigos. No hace falta que te diga lo importante que es Ainhoa para mí.

—Lo sé. Gracias de nuevo. Y ahora te dejo ya tranquilo, mi niño. Ya te he

entretenido bastante. Avísame si sabes algo de ella.

—Lo haré. Seguimos en contacto. Adiós.

—Adiós. Cuídate mucho.

—Tú también, Yaiza.

Es ella la que cuelga en primer lugar. Parado en la calle y con el móvil aún en la mano, Óscar se queda reflexionando unos segundos sobre lo que la hermana de Ainhoa le ha dicho. Tal vez tiene razón y él no se ha dado cuenta de que su amiga no está tan bien como aparenta. Deberá estar más atento. Aunque ahora le inquieta más otro asunto. Va a probar suerte.

Entra en el listado de llamadas recientes y toca con el dedo sobre el número de Ainhoa. Tras varios *bips*, salta el contestador. Mierda. Segundo intento, mismo resultado. No debe alarmarse, pero, en cambio, sí lo hace. ¿Por qué se preocupa tanto? Estará durmiendo, como le ha sugerido a Yaiza, o en la sala de cine con el móvil en silencio. Que no coja el teléfono tendrá su explicación razonable. De hecho, miles de explicaciones posibles. Sin embargo, no está conforme. Busca otro número en su móvil y lo marca. En esta ocasión, responden inmediatamente.

—Dime, Óscar. ¿Qué pasa?

—Hola, Toni. Oye, ¿has visto por ahí a la canaria?

—¿Ainhoa? Sí, claro. Está aquí conmigo, en la cafetería —responde el valenciano alegremente—. Te la paso.

El vallisoletano respira tranquilo y enseguida escucha la voz de la desaparecida.

—¿Óscar?

—¡Aino! ¿Dónde te metes?

—No he salido de la residencia en todo el día —responde la joven extrañada—. ¡Está aquí Nicole!

—¿Qué? ¿Nicole?

—¡Sí! Se ha escapado de su casa. Se quedará conmigo unos días. Estamos Toni y yo con ella en la cafetería.

—Qué bien. Yo iré para allá en un rato. ¿Dónde tienes el móvil?

—En el bolsillo trasero del vaquero, ¿por qué?

—Porque tu hermana y yo te hemos llamado varias veces y no lo has cogido.

—No lo entiendo. Espera…

—Espero.

—¡Joder! ¡No lo tengo en el bolsillo! —grita Ainhoa asustada—. Óscar, me voy corriendo. Creo que me he dejado el móvil en el comedor. Te llamo ahora.

—Vale, pero llama antes a tu hermana.

—OK. Hasta luego.

Ainhoa cuelga y el chico se siente aliviado por haber hablado con ella. Se ha preocupado de más, pero los antecedentes de su amiga no invitaban al optimismo. No ha pasado un buen rato.

Se guarda el teléfono y entra de nuevo en Tommy Mel’s. Sofía lo recibe muy

seria. No tarda en descubrir el motivo.

—Esto tenía mucha mejor pinta hace diez minutos. Pero el helado tiene esa particularidad: se derrite —explica la chica a la vez que llena la cuchara de un líquido rosa que antes era helado de fresa.

—Lo siento. Te lo podías haber comido tú…

—Yo sola. Claro.

—Perdona, de verdad. Me ha llamado la hermana de Ainhoa, que no la localizaba, y resulta que…

—Da igual, Óscar. No hace falta que me des explicaciones.

—¿Pedimos otro?

—No, mejor pedimos la cuenta. Se ha hecho tarde y tengo que volver a casa.

El joven asiente y llama a la camarera.

—Por lo menos permite que pague yo para compensarte.

—Vamos a medias, no me seas antiguo —replica Sofía antes de sacar veinte euros de la cartera.

—¿Invitar a una chica a comer es ser antiguo?

—Del siglo pasado. Así que no seas pesado.

Óscar no quiere discutir con ella y acepta. Macarena les lleva la nota y cada uno se encarga de pagar la mitad del importe, más un euro de propina para la chica que los ha atendido. Justo tras levantarse de la mesa y despedirse de la camarera, el móvil del joven vuelve a sonar. Es Ainhoa.

—¿No vas a contestar?

—La llamaré cuando te vayas.

—Me voy ya —dice alzándose sobre la puntera de sus zapatos para darle un último beso en los labios—. Y no te preocupes. No estoy enfadada.

—¿Seguro?

—Seguro. Nos quedan muchos helados que compartir.

—Eso espero.

—Aunque, el próximo día, me aseguraré de que tu móvil esté en silencio. No quiero tener una relación a tres cada vez que salgamos.

—No te preocupes. Ainhoa ya no está tan pendiente de mí.

—No lo decía por Ainhoa. Lo decía por ti, cariño. Hasta luego.

La chica le guiña un ojo y se mete en la parada de metro de Santo Domingo. Óscar la observa hasta que desaparece de su vista. Le gusta mucho Sofía. Quizás hasta se haya enamorado de ella. Lo cierto es que se siente muy a gusto a su lado. Pero le preocupa lo que acaba de decirle.

El teléfono suena de nuevo. Resopla al comprobar que otra vez es la canaria. En esta oportunidad sí contesta.

—Dime, Aino.

—Ya tengo el móvil. Bueno, es obvio que lo tengo, si no, no podría estar llamándote desde él.

—¿Has hablado con Yaiza?

—No, ahora la llamaré.

—Bien. Yo voy ya para la residencia.

—Aquí te espero.

Se produce una pausa en la que ninguno habla, ni tampoco cuelga. Óscar se acuerda de lo que acaba de decirle Sofía. Una relación a tres… ¿Tiene razón? Evidentemente, no desea eso. Pero ¿no es él mismo el que lo está provocando? Porque, a pesar de no estar enamorado de la canaria, siempre la tiene presente. Siempre.

—Ahora nos vemos, Aino. Ahora nos vemos.

Capítulo 42

Comen en el sitio preferido de Marc. No hay nada como una buena hamburguesa de 250 gramos de Bentley's. Después, deciden dar una vuelta por el Retiro. Aunque no hace sol y el cielo está cubierto por un grueso manto de nubes, la temperatura es muy agradable para pasear. Entran por la Puerta de Madrid, que da a la avenida en la que pondrán las casetas de la feria del libro a finales de mes. Avanzan tranquilamente, charlando, por el paseo de Venezuela. Bordean el estanque, en el que se hacen varios *selfies* y, a continuación, se fotografían junto a la fuente de la Alcachofa.

—¿Puedo subirla a mi Instagram? —pregunta Julen enseñándole una imagen en la que los dos muestran con los dedos el signo de la victoria—. Sales muy bien.

Marc examina la fotografía y da su visto bueno. Es algo reacio a contar su vida en las redes sociales, pero, en esta ocasión, no se opone.

Continúan caminando hasta que llegan al Palacio de Cristal. Allí se hacen más fotos. Bromean, ríen y se besan. Uno de esos besos es recogido por la cámara del móvil del navarro.

—Tranquilo, esta es para mí. No la subiré a Internet —le avisa Julen sonriente—. Me apetece muchísimo un café.

—¿Otro? Te has tomado uno después de comer.

—¡Qué quieres! Me quitaste el tabaco. Algún vicio debo tener —protesta el pamplonica, que tuerce el labio—. Además, llevamos andando un buen rato. ¿Por qué no nos sentamos?

—Vale. Paremos y tomemos un café. ¿Adónde vamos?

—¿Te parece bien allí?

El navarro señala la terraza de un bar que se encuentra cerca de ellos. Marc asiente, conforme.

—¡Genial! ¡Pues te veo allí! —dice, y, antes de que su novio pueda reaccionar, Julen arranca como si se tratase del pistoletazo de salida de la final de los cien metros lisos de los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro. En apenas unos segundos, ha recorrido la distancia hasta la cafetería y se ha instalado en una de las sillas de fuera.

—Eres como un niño —comenta Marc al sentarse a su lado instantes después.

—Solo soy dos años más pequeño que tú, señor Virus.

—No me llames Virus.

—¿Ya no te gusta tu apodo?

—De tu boca, no. Me suena muy raro.

A Julen también le resulta extraño y promete que nunca más se dirigirá a él por su seudónimo.

Tardan varios minutos en atenderlos. En ese tiempo, en el que uno de los camareros del bar toma nota de los cafés y se los lleva a la mesa, hablan sobre la última discusión que Marc ha tenido con su padre.

—Quiere que vayamos a Barcelona.

—¿Los dos?

—Sí, los dos. Me llamó antes de comer y me lo pidió. En realidad, me lo ordenó.

—¿Para qué quiere que vayamos los dos?

—Si te soy sincero, no tengo ni idea —admite Marc, encogiéndose de hombros —. Puede ser que quieran hacerme un regalo de cumpleaños.

—Pero tu cumple es en julio.

—Sí, el 3. Pero, por lo que luego he hablado con mi madre, me da la impresión de que hay algo que me quieren regalar y que no puede esperar a julio.

—Qué misterio.

—Muchísimo. Estoy tan intrigado que…

Marc no acaba la frase. Sus ojos se fijan en un joven que se sienta en otra de las mesas del bar junto a una chica. Prácticamente a la vez, el recién llegado también se da cuenta de su presencia. Se levanta y se acerca hasta ellos.

—Hola, Virus —saluda tímidamente el muchacho—. Y compañía.

—Hola, Dan —dice en voz baja Marc—. Este es Julen. Julen, este es Daniel. Un viejo… amigo.

El navarro estrecha la mano del otro chico y lo observa atentamente. Es un tipo bastante alto, rubio, con los ojos claros. No distingue bien si son azules, verdes o grises, pero resultan bastante llamativos. Se peina con un flequillo que le tapa completamente la frente. De complexión delgada y manera de vestir sencilla: vaqueros y camiseta lisa blanca. Su mentón es afilado y tiene un lunar demasiado visible al lado de la nariz, en la parte derecha de la cara.

—Encantado —dice amable Daniel sin soltar aún la mano de Julen, a quien examina durante unos segundos.

—¿Qué haces por aquí? —pregunta Marc. Se le nota algo inquieto por la presencia de aquel joven.

—Imagino que lo mismo que vosotros. Dar una vuelta por el Retiro con mi hermana. Necesitaba respirar un poco de aire puro. En Madrid eso no es fácil.

—No, no es fácil —repite el catalán pensativo—. Hacía mucho que no te veía. Ni siquiera has contestado a mis mensajes. ¿Dónde has estado?

—Por ahí. Quería haberte llamado, pero, ya sabes, lo vas dejando para un día, luego para otro, y al final el tiempo pasa y te olvidas. Pero fíjate: donde menos lo esperas, nos volvemos a encontrar. El mundo es un pañuelo, ¿verdad?

—Cierto. Es un pañuelo.

Julen escucha la conversación entre ellos sin intervenir. Se siente un poco fuera de lugar, como si en ese instante estuviera en el sitio equivocado. Afortunadamente, Daniel no tarda en regresar junto a su hermana. Se despide gentilmente de él y luego de Marc, a quien promete llamar pronto.

—Muy majo tu viejo… amigo —comenta el navarro después de dar un sorbo al café.

—Lo siento si te has sentido violento. Hacía mucho que no lo veía.

—¿Un ex? No me has hablado de él.

—No, no es un ex —indica Marc sonrojándose—. No sé si es conveniente contarte más.

—No me voy a asustar a estas alturas. Todos tenemos un pasado.

El catalán mira hacia la mesa en la que Dan está tomándose un Cola Cao. Suspira y observa muy serio a su novio.

—Ya te he dicho que no es un ex, aunque tuvimos algo.

—¿Te enamoraste de él?

—No, fue al revés. Él se pilló muchísimo de mí.

—¿Os acostasteis?

—Pues… sí. Nos acostamos.

—¿Muchas… veces? —se atreve a preguntar Julen.

—Tres —contesta Marc tras varios segundos en silencio—. Y no sigamos hablando más de esto, por favor. Dan es agua pasada. Hacía varios meses que no sabía nada de él.

Julen alcanza su café y, mientras bebe, observa por encima de la taza a aquel chico. Se le hace extraño haber conocido a un antiguo rollo de su novio. Aunque es algo normal. También él se lio con su profesor de Inglés. ¿Sería aquel joven el primero que…? Tiene curiosidad, pero no va a preguntárselo a Marc.

Suelta la taza sobre la mesa y percibe cómo a su chico se le tensa la expresión del rostro otra vez. Le basta seguir su mirada para encontrar la razón: Daniel se está acercando de nuevo.

—Perdona, Virus. Y también discúlpame tú, Julen. Siento interrumpiros, pero tengo que hablar contigo de algo —dice nervioso dirigiéndose a Marc—. A solas, si es posible.

—Puedes contar lo que sea delante de él.

—No, prefiero que sea en privado.

El catalán mira a su novio, que asiente con la cabeza. Se levanta de la mesa y los dos se alejan unos metros de la cafetería para dialogar. Julen los puede ver desde allí, aunque no escucha lo que dicen. Sobre todo habla Dan, que gesticula sin parar. ¿Qué le estará contando? ¿Y si le está confesando sus sentimientos?

Durante unos cuantos minutos, Julen teme por esa cuestión. Duda. Aquel chico es guapo y atractivo y le conoce desde hace más tiempo que él. ¿Solo tuvieron un rollo? ¿Le habrá mentido Marc acerca de sus sentimientos? ¿Y si fue su novio el que se enamoró de Daniel y sufrió cuando desapareció y dejó de responder a sus mensajes?

El navarro pide otro café y se lo bebe de inmediato, de un solo trago. Llevan más de un cuarto de hora hablando. ¿Qué coño se estarán diciendo?

Ahora lo sabrá. Marc regresa, aunque el otro joven no le acompaña. La hermana de Dan se levanta y acude hasta donde está su hermano. Los dos se alejan por el lado contrario al que se encuentra la cafetería, al mismo tiempo que el catalán llega a la terraza y se sienta en la mesa. Está pálido. Su piel presenta un tono blanco enfermizo,

evidencia de que algo no muy bueno ha sucedido entre ellos.

—Joder. ¿Qué te ha dicho para que tengas esa cara? —pregunta Julen sin más preámbulos.

—Nada.

—Venga, hombre. No me digas que nada. ¿Te has visto?

—Déjalo, Julen. Vámonos a la residencia.

—No. ¡No voy a ninguna parte! Dime ahora mismo qué te ha contado ese chico y por qué parece que te ha dado una lipotimia.

Nunca había visto así a Marc. Ni siquiera el día en que les reveló a sus padres que era homosexual. Parece asustado. Más bien, aterrado. Incapaz de hablar. Y él empieza a tener miedo también. Cada segundo de silencio hace que crezca su temor.

—¡Dime algo! ¡No me puedes dejar así! ¡Por Dios! ¿Qué te ha dicho Daniel?

—Julen, por favor, vámonos.

—Soy tu novio. Tengo derecho a saber qué es lo que tanto te preocupa. ¡O me lo dices o damos por terminado lo nuestro! ¡Si no confías en mí, esto no tiene ningún sentido!

No lo dice en serio. No sería capaz de cortar con él, y menos en esa situación. Pero su amenaza surte efecto. Marc se moja los labios con saliva y agacha la cabeza. No lo mira a los ojos cuando habla.

—Hace tres meses que Dan se hizo las pruebas del sida. Dio positivo. Está contagiado por el VIH.

Capítulo 43

—¿Nos pones para llevar un litro de chocolate y quince churros? —le pide Toni a la camarera que los atiende—. Bueno, mejor que sean veinte, por si acaso.

—Va a tardar un ratito. Podéis sentaros a esperar. ¿Os sirvo algo mientras lo preparo?

Tanto el valenciano como Elena niegan con la cabeza. Pero sí aceptan sentarse en una de las mesas de la cafetería a la que han ido a comprar chocolate con churros para el próximo vídeo del canal de Toni Pepperoni. Así comenzó su aventura en YouTube y así desea terminar el reto que Isa come Pizza le propuso. Ya es imposible superarla, pero va a disparar la última bala. Para su sorpresa, aquel mundillo ha terminado por gustarle. Se divierte pensando los guiones, editando y subiendo a Internet sus ocurrencias. En total, en menos de un mes, ha colgado ocho vídeos. Una cifra importante. Con este noveno, acabará un ciclo, aunque no abandonará el canal. Tiene ideas para seguir adelante, ya sin el reto de Isa como argumento.

—A ver, explícame bien en qué consiste el vídeo que vamos a grabar —dice Elena algo confusa—. ¿No nos pondremos perdidos otra vez?

—Eso es lo mejor del juego que se me ha ocurrido: que nos manchemos mucho.

—Así que nos vamos a embadurnar de chocolate de nuevo.

—Sí. Aunque la edición que yo haré no tendrá nada que ver con la que hizo Isa. Será un vídeo divertido, pero sin humillar a nadie.

—Me parece bien. ¿Y quién participa?

—Julen, tú y yo. Se lo he pedido también a Silvia, pero no sabía si podría. Si ella al final me dice que no, tendría que hablar con Iria o con Ainhoa.

—¿Y por qué no se lo preguntas a Isa?

—No. Intentaría hacerlo a su manera. Además, ella está implicada en el reto. No colaboraría en algo que la hiciera perder.

Elena asiente. Le da pena que su amigo no vaya a conseguirlo. Si la apuesta hubiera durado un mes más, seguro que podría haberla rebasado en número de suscriptores. Aun así, le sigue pareciendo una estupidez que alguien salga con otra persona solo si tiene más seguidores en YouTube. Pero eso ya se lo ha dicho un montón de veces a Toni desde que le explicó el asunto.

—El *challenge* se llama *Todo lo que podrías hacer con un churro y una taza de chocolate*.

—El nombre es un poco largo.

—Si se te ocurre algo mejor, dímelo —le pide Toni. Lo cierto es que le cuesta poner título a sus vídeos—. Básicamente, se trata de coger un churro, mojarlo en chocolate y hacer algo con él; que no sea comértelo, claro.

—Nos tocará pensar.

—Realmente no. He hecho notitas. Jugaremos por parejas. Cada pareja tendrá que representar la escena que le toque. Será divertido. Mira este vídeo. Me he basado en

él: https://www.youtube.com/watch?v=eZjvXICj9ul

Toni le muestra en el móvil un ejemplo de lo que quiere hacer. Mientras lo ven, entran en la cafetería una mujer con una niña de la mano, de unos cinco años, que se sientan en la mesa de al lado. Las dos son rubias y tienen cierto parecido, por lo que Elena deduce que son madre e hija. Las observa de reojo durante unos segundos. No sabe dónde ha visto a esa mujer, pero le resulta familiar. Tienen pinta de no ser españolas y lo confirma cuando las escucha hablando en inglés.

—¿Qué te parece el juego? ¿Crees que puede tener éxito en YouTube?

—Sí, puede salir algo divertido —contesta la toledana, pendiente al mismo tiempo de su amigo y de las recién llegadas.

—Eso es lo que quiero. Que quede un vídeo divertido —explica Toni, que acaba de recibir un WhatsApp. Lo abre y se lamenta al leerlo—. Mierda.

—¿Qué pasa?

—Julen. No puede quedar para hacer el vídeo. Le ha surgido algo urgente. Ahora me tocará buscar a alguien para sustituirlo. Voy a salir un momento para llamar a Óscar, aquí hay mucho ruido.

—Vale, te espero.

El valenciano se incorpora y abandona momentáneamente la cafetería. Elena saca su teléfono para hacer tiempo y echa un vistazo a sus redes sociales.

—*Hi. What's your name? I'm Lisa.*

La voz que se dirige a ella en un perfecto inglés proviene de debajo de su mesa. Elena se agacha y ve a una niña rubia sonriéndole.

—*>Hi, Lisa. I'm Elena. How are you?*

—*Fine, thanks.*

La pequeña no solo es simpática y muy risueña, sino que podría aparecer en anuncios de champú o de moda infantil. Tiene los ojos celestes y el pelo liso, muy fino, por debajo de los hombros.

—*Lisa, come here, please* —dice la mujer llamándole la atención a la pequeña en un tono suave. Sin alterarse demasiado. La niña obedece y regresa a su silla—. *Sorry*. Es muy traviesa.

A Elena le sorprende el buen acento español de la madre de Lisa. Se vuelve a fijar en ella, ahora con mayor atención. Y ya está convencida de que la ha visto en alguna parte.

—No se preocupe. Me encantan los niños.

—¡A mí también! Pero veinticuatro horas con este diablillo… *Oh, my god!*

—Parece muy buena.

—Lo es. Cuando está dormida —bromea y se ríe la mujer. La niña mira a su madre sin comprender por qué habla de esa forma tan extraña—. Realmente se porta muy bien. Por eso la llevo conmigo en las giras desde que era un bebé.

—¿En las giras? ¿A qué se dedica?

—Soy escritora.

¿Escritora? ¡Ahora cae! Ya sabe por qué le resulta tan familiar esa mujer: es Heidi Holmes, la autora británica de *best sellers*.

Elena no lo puede creer. Tiene delante a una de las escritoras del momento. No ha leído ninguno de sus libros, pero la ha visto en incontables ocasiones en los carteles de las librerías cada vez que saca alguna de sus novedades. Sus novelas de misterio son famosas en el mundo entero.

—La conozco —dice la chica, que se ha puesto nerviosa—. Usted es un referente. Me llamo Elena.

—Yo soy Molly. *Nice to meet you*.

—¿Molly? Pensaba que era Heidi Holmes.

—Ese es mi seudónimo. No me gusta mi verdadero nombre: Molly Brown. Odio el color marrón. Así que mi primera novela la firmé como Heidi Holmes y, como me fue bien, así se quedó —comenta la mujer, esbozando una sonrisa dulce—. Mis *cartoons* favoritos de pequeña eran los de Heidi. Y creo que adivinas qué libros me engancharon a la lectura.

—A mí también me gusta Sherlock Holmes —comenta feliz Elena—. Y también me encanta leer y escribir.

La chica le cuenta a la mujer que tiene un blog en el que reflexiona sobre diferentes temas. Sin embargo, esta la interrumpe para preguntarle algo.

—Perdona por cortarte. ¿Sabes inglés?

—Sí, no soy bilingüe, pero me defiendo bien —señala Elena.

—¿Podríamos hablar en inglés para que Lisa nos entienda? Ella aún no sabe mucho español. Yo lo entiendo y lo hablo bastante fluido porque viví dos años en Talavera de la Reina.

—¿Talavera de la Reina? ¡Yo soy toledana!

—Toledo *is very beautiful*! —exclama Heidi, y, mirando a su hija, añade—: *Mom will take you there some day*.

Lisa escucha boquiabierta lo que su madre le cuenta sobre Toledo. Después, Elena las invita a su casa. La niña se entusiasma y le pide ir la próxima vez que visiten España. La pequeña ha conectado con la joven y hasta le ofrece uno de los churros que ha pedido para merendar. Esta lo rechaza y le indica que ella se comerá los suyos en la residencia en la que vive.

Las tres entablan una divertida charla hasta que llega Toni. En ese momento, la camarera los avisa de que ya están preparados el litro de chocolate y los veinte churros para llevar.

Elena se despide de Heidi y de Lisa, que se cuelga de su cuello y le da un sonoro beso en la mejilla.

—Has hecho amigas —comenta Toni, ya fuera de la cafetería.

—¡Era Heidi Holmes!

—Ni idea. No sé quién es.

—¡La escritora! Seguro que…

En ese momento, Elena escucha su nombre. Se gira y contempla a la mujer con la que ha estado en la cafetería corriendo hacia ella. Va sola, sin Lisa.

—Perdona que te moleste otra vez —se disculpa la autora, que jadea por la carrera—. Me gustaría hablar contigo y proponerte algo. Mañana tengo la presentación de la novela en la Casa del Libro de Gran Vía. ¿Crees que podríamos vernos allí después de la firma?

—Mañana por la tarde tengo un seminario al que no creo que pueda faltar.

—Mala suerte. El martes volamos a primera hora a Londres.

—Lo siento, Molly.

—Bien. No hay problema. Haremos otra cosa. ¿Me das tu móvil y te llamo luego?

—Claro. Apunte.

Elena le da su número y la mujer le entrega una tarjeta con el suyo y una dirección de correo electrónico. Se vuelven a despedir, con la promesa de que la llamará dentro de un rato, cuando lleguen al hotel.

—¿Es muy famosa? —pregunta Toni, retomando el camino hacia la residencia.

—Aquí, no tanto. Pero en Gran Bretaña y Estados Unidos es una de las escritoras más vendidas. No para de sacar *best sellers*.

—¿Crees que le gustaría hacer una colaboración para mi canal de YouTube?

—¡Por supuesto que no! ¡No seas aprovechado!

El chico sonríe y le advierte de que estaba bromeando.

—Por cierto, Óscar tampoco puede grabar esta tarde.

—¿No? ¿Y a quién se lo vas a pedir?

—Ya se lo he pedido a David. Me ha dicho que sí. Y Silvia también me ha confirmado que participará. Así que ya somos cuatro.

—¿Y jugaremos por parejas?

—Sí. Silvia y yo iremos por un lado y tú y David por otro. Divertido, ¿no?

Capítulo 44

¿Y si todos los relojes del mundo se han puesto de acuerdo para que el tiempo pase más deprisa? No hay otra explicación posible. Hace nada, planeaba su marcha a Madrid desde La Coruña. ¡Empezaba la universidad! Finalmente, y pese a que no estaba demasiado segura de su decisión, había resuelto estudiar Criminología, una carrera que la había atraído desde siempre. Salía con Antón, iba a Riazor a ver los partidos del Dépor y lucía media melena que le llegaba por debajo de los hombros.

Cuántas cosas han variado en esos últimos meses. Muchas, casi todas. Aunque el principal cambio está en su corazón.

Manu todavía duerme. Parece que quiere recuperar todas las horas perdidas de sueño. Ella ya se ha puesto en pie después de una buena siesta. Son casi las cinco de la tarde. Una vez más, se ha perdido la comida, aunque no tiene demasiada hambre. Le apetece darse una ducha y le apetece que sea en la habitación del malagueño. Así que se desnuda, dejando la ropa interior sobre el suelo, junto a la cama, y entra en el cuarto de baño. Se mete en la ducha y espera a que el agua salga muy caliente para colocarse debajo de la alcachofa. Cierra los ojos y siente el calor en la frente, en el pecho, en los muslos. Sus músculos se tensan y se relajan. Se estiran. Se contraen sin ningún tipo de control. Y, de repente, se descubre a sí misma guiando a su mano izquierda entre las piernas. Siempre usa la mano izquierda.

La excita estar allí dentro: donde él se ducha, donde él posa desnudo frente al espejo. Piensa en su cuerpo; en las veces que la tocó; en las veces que lo tuvo encima y en las que estuvo debajo. Gime. Y se acuerda de la primera vez que lo hicieron. Y del día que se desahogaron juntos en Málaga. En su casa, en su cama. Gime otra vez. Y otra. Y otra. Como si la mano fuera su mano; como si los dedos fueran sus dedos. Los dedos del chico que la vuelve loca. El chico que dormía a unos metros de ella y que acaba de abrir la puerta del cuarto de baño. El chico que entra en la ducha desnudo y la besa en el cuello por sorpresa. El chico que la agarra por las piernas y la eleva del suelo a pulso. El chico que la penetra. El chico que la hace gritar bajo los chorros de agua hirviendo.

El chico que sus cinco sentidos se empeñan en querer.

—¿Te duchas conmigo? —pregunta Manu, empapado y apoyado contra la pared.

—¿Y qué estamos haciendo ahora?

—Solo nos estamos mojando.

El joven alcanza un bote de gel, se echa un poco en las manos y lo extiende por la piel de la gallega. Es tan placentero que Iria cierra los ojos y vuelve a excitarse. No le dice nada. Solo disfruta y se deja llevar. Ni le advierte de que tiene otro orgasmo.

—Te toca a ti, ¿no? —pregunta el chico después de enjuagar su cuerpo y eliminar los restos de espuma.

—Lo estoy deseando.

La joven imita a Manu y repite la operación. Sin embargo, a él sí se le nota la

excitación rápidamente. A Iria le divierte comprobar el poder que tiene en sus manos. Frota todo su cuerpo, desde el cuello a los tobillos, y se percata de que sus músculos han perdido mucho volumen. Ya no es el mismo chico atlético y fibroso de hace unos meses. No le dice nada, porque eso a ella le da igual. Aunque le preocupa que su nuevo estado físico se deba a algún tipo de problema o enfermedad.

—Listo —dice la gallega cuando termina.

—¿Ya está? ¿No podemos empezar de nuevo?

—No podemos estar todo el día en la ducha. Mira, tengo los dedos arrugados.

Iria le muestra las yemas de los dedos para demostrarle que no exagera. Manu se da por vencido y no insiste. Deja que sea ella la primera en salir del plato de la ducha. Se embute en la única toalla que ve y se asoma al espejo, que está totalmente empañado.

—Ya que te has quedado con la toalla, ¿me puedes traer un albornoz rojo que guardo en el armario?

—Espera que me seque un poco. No quiero ponerte perdida la habitación.

—Si pillo un resfriado será por tu culpa y te sentirás responsable toda tu vida.

—Ya voy, pesado.

Hay cosas que no cambian pese al paso del tiempo y a las circunstancias que arrastran determinadas experiencias. Y se alegra de ello, aunque ya solo lleguen a cuentagotas. Echa de menos a ese Manu descarado, locuaz, capaz de improvisar cualquier manera de hacerla rabiar. Hasta enero, siempre tenía una palabra en la boca que contrarrestara otra de ella. En Málaga, creyó que lo había perdido para siempre. Y es que hay que ponerse en su lugar para entender que es imposible que siga siendo el que en su día fue.

—Toma. Tu albornoz —dice cuando regresa al baño—. Por cierto, a ver si te compras uno nuevo, que este lo tienes hecho polvo.

—Antes lo usaba mucho. Tiene unos cuantos años. Si te fijas, me queda algo pequeño.

Y es verdad. Aquel albornoz granate le está corto de brazos. Las mangas no le llegan a las muñecas.

—Es el que me ponía después de ducharme en los torneos, cuando jugaba al tenis. Solo me lo he traído porque le tengo cariño.

—Va siendo hora de cambiarlo.

—Ahora prefiero secarme con una toalla —le aclara el joven—. ¿Qué tal vas tú con el tenis? ¿Has hecho progresos?

—Alguno que otro. Aunque llevo un tiempo jugando menos.

—Seguro que has mejorado mucho. Julen es un gran profesor. ¿Quieres que bajemos a dar unos raquetazos?

—¿Estás en condiciones de jugar?

—No me puedo creer que me digas eso. Tengo menos musculatura, pero soy más rápido. Y la clase nunca se pierde.

—Sigues siendo igual de modesto.

—Soy realista. Diez minutos de peloteo me valen para recuperar el toque. Y, por supuesto, no conseguirías ganarme ni un solo juego.

Aquel desafío devuelve a Iria al pasado. La última vez que vio al malagueño, antes de que apareciera hace un mes, fue en la pista de tenis. Allí descubrió que Eva y ella se conocían y le destrozó el móvil contra el suelo. Luego huyó para no regresar.

—Seguramente sería así —comenta la gallega, afectada por los recuerdos—. Tengo hambre. ¿Te traigo un sándwich y un refresco?

—De pollo, por favor. Y una Coca-Cola.

—Tomo nota.

La chica se viste y sale de la 1156. Se detiene un instante cuando cierra la puerta y se queda mirando el número de la habitación. Debe reconocer que había perdido la esperanza. Imaginaba que nunca más volvería a entrar en aquel cuarto junto a él. Pero se equivocó. Una vez más se había equivocado. Como cuando se fio de Antón y desconfió de Elena. Iria Chacón, la criminóloga de los errores. Por suerte, hay fallos que pueden solucionarse. Y otros que se quedan atrás porque se solucionan gracias a otras personas. Como el error de llevarse la droga de Manu a su habitación. ¡Eso sí que fue una gran metedura de pata!

Camina hacia la sala de las máquinas con ese último pensamiento en la cabeza. ¿Habrá comprobado ya el malagueño si la cocaína sigue estando donde la dejó cuando se fue en enero? Se pone nerviosa. En Málaga hablaron de muchas cosas, entre ellas, de que estaba intentando deshacerse de su adicción y que llevaba varios días sin consumir. Pero ninguno mencionó el paquetito transparente que guardaba en aquel libro.

Compra dos sándwiches de pollo y dos Coca-Colas y enseguida regresa al pasillo 1B. Toca en la puerta de la habitación y Manu le abre. Continúa con el albornoz rojo puesto. El que se ponía después de jugar al tenis. Realmente le está muy pequeño.

—Qué poco has tardado —dice el chico, invitándola a pasar.

—No había mucha cola —bromea Iria, entrando en la habitación. Y, entonces, la ve sobre el escritorio.

Una de las novelas más vendidas en lo que va de siglo XXI se encuentra abierta encima del mueble de madera del que disponen todos los residentes de la Benjamin Franklin. *Ángeles y demonios*, de Dan Brown, tiene connotaciones no muy positivas para Iria. Se le acelera el pulso y siente arcadas.

Los dos se miran durante unos segundos, inmóviles, sin estar muy seguros de quién debe romper el silencio. Lo hace Manu:

—Aquí falta algo que me pertenece. ¿Tú sabes dónde puede estar?

Capítulo 45

David abre la puerta de su habitación y se dirige a la de Silvia. Los dos van a participar en el nuevo vídeo de Toni. Las súplicas de su amigo han surtido efecto y el sevillano ha aceptado colaborar, aunque no está muy seguro de que sea una buena idea. Otra vez le tocará ponerse perdido de chocolate y hacer un poco el ridículo.

Mientras aguarda a que la extremeña le abra, mira hacia el cuarto de Manu. Escucha su voz, y también la de Iria. Todavía tienen pendiente la charla en la que le explique todo lo que sucedió con Fernando. Aunque esa conversación deberá esperar. Por lo menos hasta que graben.

—Hola, pasa —dice Silvia, que está muy seria cuando le abre—. Necesito dos minutos.

David entra en su cuarto y se sienta en la cama. La chica coge del armario una vieja gorra blanca, una camiseta del mismo color desgastada y un pantalón de chándal y se mete en el cuarto de baño. Tarda menos de esos dos minutos en cambiarse de ropa.

—Toni me ha dicho que me ponga lo más viejo que tenga —comenta para justificar su atuendo.

—Es que, si es como la otra vez, nos vamos a embadurnar de chocolate hasta las cejas. Y luego cuesta una barbaridad quitarlo de la ropa.

—Por eso me he puesto esto. La gorra está casi para tirarla.

—Pero sigue yendo a juego con la camiseta.

—Eso siempre.

Una sonrisa tibia aparece en el rostro de Silvia, que no se muestra demasiado animada. David se da cuenta y no puede evitar preguntarle.

—Te noto más seria que de costumbre. ¿Todo va bien?

—Es por el argentino. Me ha llamado hoy.

—¿Otra vez? ¿Y qué quiere ahora?

—No se ha echado atrás. Llega mañana. Y quiere verme —indica la chica mientras agarra su móvil y se lo guarda en un bolsillo del pantalón.

—No vas a quedar con él, ¿no?

—Pues… no lo sé, David.

—¿No lo sabes? ¡Si te ha estado haciendo la vida imposible! No entiendo ni siquiera que te lo plantees.

Desde que Silvia descubrió que Federico estaba casado y tenía una hija, la relación entre ellos ha cambiado por completo.

—Viene desde Buenos Aires para verme. Entre nosotros todo ha terminado, eso lo tengo muy claro.

—Entonces, ¿para qué vas a ir a verle?

—No lo sé muy bien. Quizás necesite mirarle a los ojos y decirle lo que pienso cara a cara. Es la mejor forma de cerrar nuestra historia para siempre.

—Te comprendo. Pero no me fío de ese tipo. Mañana iré contigo.

—¡No! —exclama Silvia—. Esto es algo que debo hacer sola. Irá todo bien, no te preocupes.

—¿Cómo no me voy a preocupar después de todo lo que te ha hecho?

—David, todo irá bien. Confía en mí —indica la chica, que avanza hasta él. Sonríe dulcemente, le sujeta la cara con las dos manos y le planta un suave beso en la boca—. Confía en mí —repite, y abre la puerta de la habitación.

El joven se resigna. Cierra tras de sí y camina a su lado hasta el cuarto de Toni. Pero está preocupado. Silvia le ha ido contando durante el último mes todas las conversaciones que ha mantenido con el argentino. Fede insiste en que va a dejar a su mujer y en que solo la ama a ella. Le ha pedido tantas veces disculpas por engañarla que ha perdido la cuenta. Solo necesita tiempo para arreglarlo todo y verla personalmente para que se dé cuenta de que lo que siente es de verdad, que no le miente. Aunque la extremeña ya no le cree y ni siquiera considera que estén juntos. No piensa darle ni una oportunidad más.

—Si me acuesto contigo es porque ya no siento nada por él —le dijo a David una de las veces en que hablaron del asunto—. Pero no puedo impedir que me escriba o que me envíe WhatsApps.

—Eres demasiado buena.

—Solo soy amable. He querido mucho a ese hombre, y eso no se olvida. Pero esto terminará pronto. Ya lo verás.

Deberá confiar en ella como le pide. Sin embargo, le da miedo que acuda sola a la cita con el argentino. Si le ocurriera algo, no se lo podría perdonar.

Tendrá que pensar qué hacer.

Silvia llama a la puerta de la habitación de Toni. El valenciano les abre y les pide que entren y se sienten en la cama. Elena ya está allí, acomodada en la silla. Saluda a los recién llegados sin levantarse.

—Ya estamos los cuatro. Muchas gracias por venir —indica el chico de la cabeza rapada, que parece nervioso—. Este es el último vídeo que haré para intentar superar en suscriptores a Isa. No os voy a mentir: es una misión imposible. Me saca aproximadamente diez mil seguidores de diferencia y mañana termina el reto. Pero ¡vamos a divertirnos y a ponernos perdidos de chocolate! ¿Estáis preparados?

Sus compañeros de pasillo dicen que sí sin mucha convicción. Por eso, Toni les pide más ganas, más energía, y les repite la pregunta. Ahora el sí suena más fuerte, aunque la convicción de los tres continúa siendo igual de escasa.

—Bueno, os voy a explicar en qué consiste el juego. Pero antes quiero que veáis un vídeo —dice el valenciano, que se dirige hacia su ordenador y entra en YouTube.

En el vídeo que les muestra, y que antes le enseñó a Elena, se ve a dieciséis chicos en una casa. Han comprado un montón de churros y dos botes de chocolate líquido. Se organizan por parejas y cada una de ellas coge una tarjetita, que tiene escrito lo que deben hacer.

—Son diferentes escenas, como veréis —comenta Toni—. En esas tarjetas hay una historia que ellos deben representar. Todo con chocolate y churros.

Terminan de ver el vídeo y clavan los ojos en su amigo. David mueve la cabeza negativamente, aunque sonríe.

—Espero que llegues a cien mil suscriptores con esto —indica el sevillano—. O no volveré a participar en ninguna de tus locuras.

—Me daré por satisfecho si este se convierte en mi vídeo más visto.

—Te conformas con poco, amigo mío. Bueno, ¿cuáles son las parejas?

El valenciano mira a Silvia, con quien posee una conexión especial. Han pasado muchos momentos juntos en las últimas semanas. Largas conversaciones de noche, desayunos de fin de semana y hasta ha escuchado alguna canción de Justin Bieber recomendada por ella. Le gusta. ¿Más que Isa? No. O sí. ¿Igual? No tiene ni idea. Lo cierto es que aquella chica le ha cambiado el paso. Hasta hace nada, tenía clarísimo su amor hacia la *youtuber*, pero las cosas ya no son tan evidentes en su corazón. Si continúa con el reto es por orgullo y por seguir aprendiendo y mejorando con su canal. Aquel mundo empieza a apasionarle. Y por Isa, claro está. Pero, si lo pierde, tal vez no le duela tanto como hace un mes, cuando empezó.

—Elena y tú. Silvia y yo. ¿Os parece bien?

Ninguno se queja, a pesar de que Elena y David no habrían hecho esa elección.

—¿Quién empieza? —pregunta la extremeña, más animada que hace un rato.

—Ellos —responde Toni, que extiende una toalla sobre el suelo para que no se ponga todo perdido de chocolate.

El valenciano coloca la cámara en el trípode y lo sitúa encima del escritorio. Después les pide a Elena y a David que se coloquen uno frente al otro. Van a hacer el juego de pie. Ajusta el plano y, cuando está conforme, empieza a grabar. A continuación, les muestra un montoncito de tarjetas hechas con cartulinas.

—Cada una contiene lo que debéis hacer. Recordad que cuanto más os manchéis, más divertido quedará y más visitas conseguiremos.

—¿Y quién gana?

—Nadie. En este juego no hay ganadores —aclara Toni, mezclando las tarjetitas —. Por favor, Elena, elige una.

La chica obedece a su amigo y selecciona una que se encuentra en el medio del montón. La muestra a la cámara y lee en voz alta:

—«Pinta un cuadro en la cara de tu compañero». ¿Qué?

Toni sonríe y les explica que les ha tocado una de las sencillas. Deben mojar el churro en el chocolate y representar la escena de un pintor que elabora un cuadro.

—¿Los dos a la vez? —pregunta David, que empieza a arrepentirse de haber sido tan generoso con su amigo.

—Quince segundos cada uno —comenta Toni, que busca el cronómetro en su móvil—. Yo os voy avisando de cuándo debéis cambiar. Durará un minuto, así que tenéis dos turnos cada uno. ¿Estáis listos?

—Vamos a por ello —contesta Elena, y se dirige a su compañero de fatigas—. Voy yo primera, ¿te parece?

—Está bien. No te pases, que todavía me acuerdo de la otra vez.

—Tranquilo.

Toni da una palmada y realiza la señal para que la pareja comience el juego, acompañada de un grito.

Elena, sin pensárselo dos veces, moja el churro en el vaso con el chocolate y, como si tuviera un pincel en la mano, traza líneas desiguales por el rostro de David. Arriba y abajo, con brío.

—¿Qué haces? ¡Dijimos que con tranquilidad!

—Estoy pintando un cuadro impresionista. ¡No te quejes!

—Ahora verás.

Pasan los quince segundos y Toni ordena el cambio de papeles. David empapa un churro en chocolate y, sin piedad, lo desliza por el pelo de la chica.

—¡Que es en la cara!

—¡Perdona! ¡Tengo chocolate en los ojos y no veo lo que hago! —grita el sevillano, divirtiéndose.

Toni está muerto de risa cuando anuncia el cambio de turno. Silvia también ríe y se alegra de haber elegido aquella gorra que ya casi nunca se pone.

—¡Pintar un cuadro no es golpear al otro en la cara como si el churro fuera un látigo! —exclama el joven, al que le arden las mejillas.

—Tú te lo has buscado. ¡No tenías que haberme manchado el pelo!

—¡Empezaste tú!

—¡Último cambio de turno! ¡Te toca David!

El sevillano escucha a su amigo e inmediatamente se lanza a por el rostro y el cuello de Elena. Esta chilla al sentir cómo el chocolate se le cuela bajo la camiseta y continúa descendiendo.

—¡Esto no vale! ¡Solo era por la cara!

—No hay ganadores ni perdedores. Por lo tanto, no hay reglas —apunta David, que, un segundo antes de que acabe su tiempo, cuela el churro chorreante de chocolate por el cuello de la camiseta de Elena.

La chica grita todavía más fuerte, enfadada. Se lo saca y se lo tira a David, que logra esquivarlo. Exhaustos, los dos se desafían con la mirada.

Capítulo 46

Pensaba que el sida era algo de los años noventa. Una enfermedad que puso en jaque al mundo y que mató a millones de personas que se contagiaron. Sin embargo, acaba de escuchar que Daniel, el exrollo o lo que sea de Marc, lo tiene.

La noticia deja a Julen estupefacto. Se sienta con su novio en un banquito del Retiro para analizar la situación.

—Que Dan se haya contagiado no significa que tú también lo estés —se atreve a decir poco convencido—. ¿No es así?

La desinformación es absoluta. Pocas veces alguien le había hablado del VIH. En cambio, al entrar en Internet descubre que «El sida todavía no es cosa del pasado», como titula un artículo que encuentra en Google. En el 2014, más de dos millones de personas se infectaron en el mundo y un millón doscientas mil más murieron por algún motivo relacionado con la enfermedad. Sin embargo, el dato que más le sorprende es el que habla de que casi treinta y siete millones de personas viven con el virus y luchan contra él día a día.

—Estoy muerto de miedo, Julen —susurra Marc, cabizbajo—. Ya no solo por mí, también tengo miedo de que…, de que te afecte a ti.

—A ver, no nos pongamos nerviosos, por favor.

—Me moriría si por mi culpa te pasara algo. No podría perdonármelo.

Julen empieza también a sentir pánico. ¿Qué posibilidades tiene de estar contagiado? Vuelve a buscar información en su móvil. Encuentra un artículo de *El País* en el que el periodista titula la noticia de una manera poco esperanzadora: «El VIH se expande en España pese a los programas de prevención». Y subtitula: «Los hombres que tienen sexo con hombres son más de la mitad de los casos».

—Joder —se le escapa al leer el titular.

—¿Qué pasa? ¿Qué has encontrado?

Duda entre enseñárselo o no, pero están juntos en eso. Le entrega el móvil a Marc, que lee el artículo en voz baja.

—Esto tiene que ser una pesadilla —comenta cuando termina. Le devuelve el teléfono a su novio y otra vez agacha la cabeza.

El navarro le acaricia el pelo e intenta tranquilizarse. Resopla y trata de mantener la mente fría. Ellos siempre han usado protección cuando han hecho el amor; por lo tanto, las posibilidades de contagio son escasas. Pero ¿utilizó Marc preservativo las veces que estuvo con Daniel? Tiene que preguntárselo.

—Aunque sea un tema complicado de hablar, tienes que decirme la verdad, cariño. ¿Dan y tú usasteis siempre condón?

El silencio inmediato y un posterior sollozo del catalán equivalen a una respuesta. A Julen se le cae el cielo encima en ese instante.

—¿Cuántas veces no empleasteis preservativo? —insiste el pamplonica.

—Nunca. No lo usamos nunca.

—Joder, Marc.

—Fui un inconsciente. Y no sabes cuánto me arrepiento ahora de no haber hecho las cosas bien.

Las lágrimas del chico caen sobre la tierra del parque. Se ha metido en un túnel muy peligroso. Un túnel en el que jamás imaginó que entraría. ¿Tendrá salida?

—Qué gilipollas fui.

—Bueno, no te lamentes más por el pasado —le pide Julen, tratando de recuperar el control de la situación—. Tenemos que hacernos las pruebas.

—¿Y si dan positivo?

—Si dan positivo, tendremos que asumirlo y luchar con todas nuestras fuerzas.

—No sé si seré capaz de eso.

—Por supuesto que serás capaz. Los dos lo seremos. Estamos juntos en esto, cariño. Te quiero.

Marc mira a los ojos a su novio e intenta esbozar una sonrisa. No le sale muy bien, pero se alegra de que él esté a su lado en ese momento.

—Yo también te quiero. Perdóname. Esto es por mi culpa.

—No lo digas más veces. Desde ahora, no hay culpables ni sentencias hasta que no sepamos a qué nos enfrentamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Ambos sonríen y después se dan un beso en los labios.

—Esto tenemos que solucionarlo cuanto antes —indica Julen, que centra su atención en el móvil—. Voy a buscar un centro en el que puedan hacernos la prueba hoy mismo.

—¿En domingo? ¿Crees que habrá algo abierto?

—Tiene que haberlo.

El navarro hace un rastreo por los primeros enlaces que encuentra en Google y todos abren de lunes a viernes. Se pasa más de diez minutos entrando y saliendo de páginas de clínicas que hacen la prueba del VIH. No hay suerte. Hasta que da con un doctor especialista en el tema que anuncia en su web, en letras mayúsculas: «ATENDEMOS TAMBIÉN LOS DOMINGOS».

—Creo que lo tengo —anuncia Julen satisfecho—. El médico se llama Jacinto Rodríguez y tiene una clínica privada en la calle Mar Mediterráneo. Asegura privacidad. ¿Qué tal te suena?

—No sé dónde está esa calle.

—En Hortaleza. En metro tardamos cuarenta minutos en llegar. Cierra a las seis. Si nos damos prisa, todavía estamos a tiempo.

—¿Estás seguro de hacer esto?

—Tenemos que hacerlo, Marc. No es que esté seguro o no lo esté. Es que debemos saber si todo está bien o… no.

—¿No te da miedo?

—Claro que me da. Muchísimo. Pero lo haremos juntos. Eso me da fuerzas.

—Sin ti, no sé si me atrevería.

—Seguro que también lo harías. Es peor la incertidumbre que saber la verdad —indica Julen, dándole la mano a su novio—. Entonces, ¿vamos?

Marc tarda un instante en contestar, pero termina asintiendo con la cabeza. Los dos se levantan del banquito del Retiro y se dirigen hacia la estación de Serrano, donde deben coger el metro.

En el camino, Julen le avisa de algo más.

—Hay algo que no te he dicho. Cada prueba cuesta cien euros.

—¿Cien euros? ¿Y de dónde los saco? ¡No puedo pedírselo a mis padres!

—Yo lo pagaré, no te preocupes. Ya me lo devolverás.

—Joder, Julen. No quiero que…

—No hay más que hablar. Esta ronda la pago yo.

Marc discute durante un buen rato con el navarro sobre el tema. Ya dentro del metro, llegan a un acuerdo. El día del cumpleaños del catalán, no habrá regalos y él le invitará a cenar.

El resto del trayecto entre Serrano y San Lorenzo intentan no mencionar más el motivo de aquel improvisado viaje. Después de encontrar asiento, Julen apoya su cabeza en el hombro de Marc y cierra los ojos. Se duerme unos minutos, en los que sueña que su novio da positivo en la prueba del VIH. Se despierta sobresaltado y con los ojos encharcados. Logra disimularlo girando la cabeza hacia el otro lado para examinar su móvil, haciendo como que acaba de recibir un mensaje.

Los chicos se bajan en la parada de San Lorenzo y preguntan a una mujer por la calle Mar Mediterráneo. Está justo al lado. Y, enseguida, también encuentran el edificio donde el doctor Rodríguez tiene la clínica. Es Julen el que llama al telefonillo. Una voz femenina joven responde.

—¿Sí?

—Buenas tardes, veníamos a… ver al doctor Rodríguez.

—¿Tienen cita concertada?

—No. Venimos sin cita.

—Muy bien. Subid por la escalera, el ascensor no funciona. Tercero C.

Suena un ruido metálico muy desagradable que indica que la puerta del edificio está abierta. Julen la empuja y pasa en primer lugar. Marc camina timorato detrás de él. Empiezan a subir escalones, sin hablar. Hasta que, en el segundo piso, el navarro siente que la mano de su novio le agarra la sudadera.

—No puedo hacer esto —dice el catalán, a quien le tiemblan las manos.

—Vamos, cariño. Ya verás como todo sale bien.

—No, no saldrá bien. Seguro que Dan me ha contagiado. ¡Seguro que tengo el sida!

—Cálmate, por favor.

—Debí ponerme condón. Joder. Por un simple polvo. Un puto calentón. Me he

arruinado la vida. ¿Qué les voy a decir a mis padres?

—Marc, necesitas tranquilizarte.

Los chicos oyen como se abre una puerta en el tercer piso. Julen agarra la mano de su novio y le obliga a subir unos cuantos escalones más. Desde allí, ya pueden ver el tercero C.

—No puedo hacerlo. No puedo hacerlo.

—Sí que puedes. Y lo haremos juntos —le dice el navarro, deteniéndose y mirándole a los ojos.

En un último esfuerzo, Julen logra que Marc llegue al final de la escalera. Una muchacha de veintipocos años, rubia, ataviada con una bata blanca, los recibe en la puerta.

—Bienvenidos, pasad —los invita casi murmurando y se da la vuelta para entrar en el piso.

—Gracias —dice Julen. Y, antes de seguir, le da un beso a Marc, al que sujeta de la mano—. Te quiero.

—Te quiero.

Y entonces, el catalán le suelta la mano violentamente. Le pide disculpas y, tras girarse, sale corriendo escaleras abajo, dejando a Julen sin capacidad de reacción. El navarro se queda inmóvil, sorprendido por el comportamiento de su novio. ¿Corre tras él? No le da tiempo. La muchacha rubia regresa hasta el umbral al escuchar el ruido de los pasos acelerados de Marc bajando los escalones a toda velocidad.

—¿Y tu amigo? —pregunta al ver a Julen solo.

—Le ha surgido un problema y se ha tenido que ir —contesta confuso. Luego, ni siquiera recordará sus palabras exactas.

Capítulo 47

El *challenge* para el vídeo de Toni continúa su curso. Las dos parejas realizan diferentes retos: se han maquillado, han adivinado palabras en la cara del otro, han hecho esgrima sin usar las manos e incluso el valenciano y Silvia, que desde el principio se ha echado la gorra hacia atrás para que no le moleste la visera, han tenido que recitar trabalenguas con la boca llena. Todo, por supuesto, con el chocolate y los churros como protagonistas.

Después de varias pruebas, los cuatros se han puesto perdidos.

—Vosotros ya habéis terminado —les dice el joven de la cabeza rapada a Elena y David, que acaban de hacer el clásico juego de los ojos tapados. Ambos se limpian, mientras Toni revisa la última tarjetita que queda por grabar.

—Menos mal. Menudo jueguecito te has sacado de la manga —suelta el sevillano, pasándose una toalla pequeña por la cara. Mira a la de Toledo y suelta una carcajada—. Aunque ha sido divertido.

—Muy divertido —replica irónica Elena, que también se está quitando el chocolate del rostro como puede.

Silvia los observa con cierta envidia. Se nota que entre esos dos ha habido algo. Hacen buena pareja y se complementan a la perfección. No entiende el motivo por el que no empezaron a salir juntos. Sin embargo, la que se acuesta con David es ella. Una sonrisilla aparece en su rostro manchado de chocolate.

—Gracias a los dos. De verdad. Me habéis demostrado que puedo contar con vosotros y que sois grandes amigos. Pero todavía falta una tarjetita por hacer —comenta Toni, que le pasa la cartulina a la extremeña para que la lea mirando a cámara.

—«La dama y el vagabundo».

—Creo que no hace falta explicación —dice el valenciano, sonrojándose—. ¿Lo entiendes, Silvia?

—Por supuesto. En lugar de espaguetis, usaremos los churros, ¿no?

—Sí, pero con las manos atadas a la espalda. Para darle más emoción. A ver cuántos somos capaces de comer.

El chico lo tiene todo preparado. Coge los cordones que les ha quitado a sus zapatos deportivos y le pide a David que ate sus manos y las de su compañera de pasillo. Este los aprieta bastante, tal y como él le indica.

—¿Cuánto tiempo durará? —pregunta Silvia, ya lista.

—Un minuto —responde Toni, también atado, y mira a la cámara para explicar el juego—. Alternativamente, cogeremos un churro con la boca y lo mojaremos en el chocolate. Una vez empapado, se lo ofreceremos al otro y entre los dos lo sujetaremos con los dientes. Entonces, empezaremos a comer hasta que lo terminemos. Hay cuatro sobre el plato. A ver si podemos acabarlos todos. David, ¿puedes dar tú la palmada de inicio y controlar el tiempo?

El sevillano cuenta hasta tres y da la señal de arranque. Toni le hace un gesto a Silvia para que sea ella la primera en capturar el churro. Esta acepta y comienza la última prueba del *challenge*. La chica es muy habilidosa. Rápidamente, agarra el churro con la boca y lo moja en la taza. Se lo presenta al valenciano y los dos lo devoran a gran velocidad, como si fueran comecocos. Igual que en la película de Disney, sus labios terminan juntándose.

Elena sonríe y le da un pequeño codazo a David. Ambos jurarían que aquello ha sido más que un simple toquecito.

La acción se repite hasta en tres ocasiones en los primeros cuarenta y cinco segundos. Y cada vez que la boca de uno llega a la del otro, el contacto es más intenso.

—Diez, nueve, ocho… —cuenta David, mientras Silvia y Toni se comen el último churro del plato—. Cuatro, tres, dos, uno… ¡Tiempo!

El grito del sevillano coincide con el último mordisco de la pareja. Sin embargo, con sus bocas a unos milímetros de distancia, impregnados de chocolate, el roce de sus labios se convierte en beso. De uno, dos, tres…, cuatro, cinco segundos.

—Ejem. ¡Tiempo! —vuelve a gritar David, consciente de que la cámara continúa grabando.

Al escuchar a su amigo, Toni se separa de Silvia, azorado y con el rostro cubierto de chocolate y de felicidad. Se libera del cordón con la ayuda del sevillano e intenta recuperar el aliento.

—Perdona, me he dejado llevar por la emoción del final —le dice Silvia colocando la visera de su gorra hacia delante tras desatarle Elena las manos—. ¡Ha sido muy divertido!

—Sí, mucho —añade Toni, frotándose la cabeza con ambas manos.

—Es hora de irse a la ducha —anuncia Silvia mientras se limpia la cara con una toalla—. Mi pelo necesita un buen enjuague. ¡Y rápido! ¡Muchas gracias por invitarme a participar en el vídeo!

La extremeña le da otro beso a Toni en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios, y se despide de sus amigos. Los tres la observan hasta que cierra la puerta de la habitación.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Elena, asombrada—. ¡Os habéis dado un morreo delante de nosotros… y delante de la cámara! Imagino que esto no lo incluirás, ¿no?

—No ha sido para tanto.

—¿Que no ha sido para tanto, Toni? —dice la toledana elevando la voz—. ¡Has besado a Silvia en un vídeo que se supone que estás grabando para que Isa sea tu novia! ¡Es de locos!

El valenciano resopla y se sienta en la cama desconcertado.

—No me digas que te has enamorado de ella —interviene ahora David.

—No, claro que no. Pero… Pero me gusta.

—¡Joder! ¿Y qué pasa con Isa?

—También me gusta —le responde a Elena, sintiendo mucha vergüenza.

—Tengo dos amores a la vez, como dice la canción.

—Da igual los amores que tenga. Con ninguna de las dos tengo posibilidades —indica resignado el joven.

David, que se siente culpable por no decirle que se ha acostado varias veces con Silvia, se acomoda a su lado y le pasa el brazo por la espalda.

—No sé si tendrás posibilidades con alguna de las dos, pero el primero que debe aclararse eres tú.

—David tiene razón, Toni —participa ahora en la conversación Elena—. Creo que tú también podrías gustarles a las dos. Pero, si juegas a dos bandas, las cosas terminarán mal. Aclárate, compañero.

El chico asiente, aunque no cree que, realmente, le guste a ninguna de las dos. Isa se lo ha puesto tan difícil para no salir con él… Era una apuesta imposible. Ella jugaba sobre seguro. Y Silvia solo se ha dejado llevar por el momento. No siente absolutamente nada, a pesar de ese beso. Está convencido de ello.

—Gracias, chicos. Seguiré vuestros consejos —señala el valenciano levantándose —. Ahora, si no os importa, necesito estar solo para editar el vídeo. Quiero subirlo a las ocho.

Elena y David se despiden de su amigo dándole un abrazo y salen al pasillo. Los dos se dirigen a sus habitaciones.

—¿Nos vemos en la cena? —pregunta el sevillano delante de la 1152.

—Claro. ¿A las ocho y media?

—Perfecto. Y perdona si te he manchado mucho.

—No te preocupes. Yo también te he puesto perdido.

—Hasta luego —se despide David con una sonrisa.

—Hasta luego —le imita Elena devolviéndosela.

La chica es la primera que entra en su habitación. Tiene unas ganas locas de darse una ducha y quitarse de encima todo ese chocolate con el que su amigo la ha pringado. Mantiene la sonrisa de hace unos segundos. Incluso mientras se desnuda, la sonrisa sigue instalada en su rostro. Entra en el cuarto de baño y se mira al espejo. ¡Tiene chocolate hasta en sitios que ni podía imaginar!

Se ríe de sí misma y luego se lamenta.

Estúpida. ¿Por qué ha sido tan estúpida todo ese tiempo?

Los sentimientos hacia él no se van. Es imposible que se marchen.

Durante la ducha intenta no agobiarse. Sin embargo, no cesan de aparecer imágenes virtuales en las que David es el protagonista. Estar enamorada de alguien a quien tantas veces le has dicho que no, no es muy inteligente. Pero, en el amor, la inteligencia no pinta nada.

Si no hubiera salido con Marta, las cosas podrían haber sido muy diferentes. Su hermana todavía está rara con ella. No la llama mucho y, cuando hablan, las conversaciones son cortas, sencillas, hasta aburridas. Pero es el precio que debe pagar

por su sincera imprudencia. ¿Qué sucedería si ella y David fueran novios? Nada bueno.

Su móvil suena mientras se seca e interrumpe las cavilaciones. Corre para llegar antes de que se corte la llamada. Lo consigue. Es un número que no tiene anotado en su agenda de contactos, aunque le suena haberlo visto. A pesar de que no lo ha apuntado todavía, memorizó las tres primeras cifras, cuando ella le dio la tarjeta.

—¡Hola, Molly!

—Hola, Elena. ¿Qué tal? ¿Es buen momento para que hablemos?

—Sí. Estoy en mi habitación, en la residencia.

—Estupendo —dice la escritora con ese acento español tan particular—. Antes de que charlemos, alguien quiere saludarte.

Lo siguiente que Elena oye es la vocecilla de una niña expresándose en un perfecto inglés de Londres.

—Hi, Elena. I'm Lisa. I miss you!

A la toledana se le escapa una gran sonrisa, solo comparable a cuando piensa en David. Apenas han compartido un rato en aquella cafetería y ya la echa de menos. Le encanta la inocencia de los niños.

—Hi, honey! I miss you too!

Las dos hablan durante un par de minutos, hasta que Heidi Holmes le pide a su hija que le devuelva el móvil.

—Espero que algún día podáis mantener una conversación como esta, pero en español —comenta la escritora—. Lo que te quiero proponer está precisamente relacionado, al menos en parte, con Lisa y con tu idioma materno. Entendí que estudias primero de Derecho en la universidad, ¿verdad?

—Sí, exacto. Aunque no estoy segura de lo que voy a hacer el año que viene. Estoy repleta de dudas con la carrera. No es lo que yo imaginaba y hay posibilidades de que no continúe.

—Mejor así. Parece que alguien te ha puesto en mi camino. Tampoco deseo interrumpir tu futuro universitario a toda costa.

—Me tienes en ascuas. ¿Qué vas a proponerme?

—Un año a mi lado.

—¿Un año a tu lado?

—Bueno, a mi lado y al lado de Lisa, claro —responde la mujer—. En septiembre, me marcharé un año a Estados Unidos. Allí escribiré mi próxima novela y estaré de gira por varios estados durante unas cuantas semanas. Necesito a alguien que me ayude. No solo con la niña. También con la documentación del libro y con mis redes sociales, que tengo bastante abandonadas.

—¿Eso no lo hace la editorial?

—Sí, en inglés. Pero no en español. Quiero crecer en los países de lengua hispana —le aclara Heidi Holmes—. Te pagaría, por supuesto. No creo que hubiera problemas en llegar a un buen acuerdo para ti. Y, además, descubrirías cómo es el

mundo editorial, mejorarías tu inglés y Lisa aprendería español contigo.

A Elena le cuesta asimilar lo que está escuchando. Demasiado bueno para ser verdad. Pero ¿Estados Unidos? Muy lejos de su familia, de sus amigos y muy lejos de… David.

—Resumiendo: quiero que pases conmigo un año en Estados Unidos, con todos los gastos pagados, para que me ayudes con las redes sociales, con la documentación de mi nuevo libro y con Lisa. ¿Te animas?

—Madre mía.

—¿No te gusta la idea?

—¡Me encanta la idea! Pero no sé si podré aceptar. Tengo que pensarlo y hablarlo con mis padres.

—Claro, Elena. Habla con ellos. Necesito conmigo a alguien de confianza. Y, aunque te conozco de hace apenas unas horas, mi intuición me dice que tú eres la indicada. Y mi intuición se equivoca pocas veces. Mañana te llamaré antes de irme a Londres para ver si te ha dado tiempo a reflexionar. Piénsalo bien, pero me encantaría que me acompañaras en mi experiencia norteamericana.

Capítulo 48

Óscar llama a la puerta de la habitación de Ainhoa. Esta le abre rápidamente y le pide silencio llevándose el dedo índice a la boca.

—Nicole está durmiendo —susurra. Y, tras coger su móvil y la llave del cuarto, sale al pasillo—. La pobre no ha pegado ojo en toda la noche y estaba muy cansada. Se ha quedado dormida mientras hablábamos.

—¿Cómo es que se ha escapado de su casa? —pregunta mientras caminan hacia la 1159.

—Estaba harta y ha terminado rebelándose.

Ya dentro de la habitación de Óscar, la canaria le cuenta la historia del chico que la peruana conoció en Tinder y la vergüenza que su madre le había hecho pasar el día anterior.

—Esa mujer no está bien —concluye el vallisoletano—. Por muy protectora que quiera ser con su hija, ha sobrepasado todos los límites.

—Pienso lo mismo.

—¿Hasta cuándo se va a quedar en Madrid?

—Todavía no lo sabe. Unos días. Quería irse a un hotel, pero la he convencido para que no gaste dinero y duerma en mi habitación.

—Me parece bien. Así pasaréis más tiempo juntas.

—Mirándolo así… Pero ella no se encuentra bien —dice apenada Ainhoa—. Hemos estado charlando un buen rato y se siente culpable por marcharse de su casa.

—Eso también es normal.

—Los jóvenes somos muy complicados. Pero los padres a veces se comportan de una manera que los hijos somos incapaces de comprender.

Óscar asiente y agarra la guitarra, que descansaba encima del escritorio. Se sienta en la cama y, dulcemente, acaricia las cuerdas.

—Tengo que afinarla.

—A mí me suena muy bien.

—Sí, casi nadie lo notaría. En cambio, yo convivo con ella y la toco cada día —indica sonriente—. Sé que está un poco desafinada.

—Te preocupas de ella como si fuera tu novia, ¿no?

El joven suelta la guitarra encima de la cama y busca su móvil en el bolsillo del pantalón. De reojo, observa a su amiga. ¿Va con segundas?

—¿Has hablado con Yaiza? —pregunta Óscar cambiando de tema.

—Sí, ya la he llamado. Solo quería saber cómo me encontraba.

—Se preocupa por ti.

—Lo sé. Pero a veces se pone un poco pesada.

—Tiene motivos. —En cuanto lo dice, el chico se arrepiente de sus palabras—. Ya sabes lo que he querido decir.

—No te preocupes. No me voy a enfadar contigo por algo así.

Óscar recuerda entonces lo que la hermana de Ainhoa le ha contado por teléfono. Aparentemente está bien. Y algo que antes la hubiera enfadado muchísimo ahora se lo toma con absoluta tranquilidad. ¿Estará fingiendo?

—¿Qué tal con Sofía? ¿Dónde habéis ido a comer? —pregunta la canaria con total naturalidad.

—Bien…, todo bien. Al Tommy Mel's de Gran Vía.

—Qué guay. A ver si vamos un día. Todos. Los del pasillo, digo —indica Aino trastabillándose al hablar—. ¿Sabes que cantan y bailan canciones de *Grease* los fines de semana?

—No lo sabía.

La joven le cuenta que una chica de su clase trabaja allí los viernes y los sábados, y que un día la que baila se puso mala y le tocó ocupar su lugar.

—Yo no podría. Tropezaría y me caería encima de alguna mesa.

Óscar sonríe y examina con atención sus gestos y su tono de voz. No percibe nada de lo que le dijo Yaiza. Joder, está estudiando Psicología. Se supone que debería darse cuenta de si una persona no se encuentra bien o trata de aparentar normalidad. O a lo mejor con su amiga no hay psicología que valga.

—Yo solo serviría para tocar la guitarra —comenta tras alcanzar el afinador, que coloca en la cuerda mi aguda.

—¿Sabes algún tema de *Grease*?

—¿De la peli? Sí, espera.

El vallisoletano termina de afinar la cuerda y se acerca la guitarra a la oreja. La hace sonar y se da cuenta de que, aunque todavía no está perfecta, sí resulta agradable para su oído.

—Preparado. ¿Cuál quieres que toque?

—La que canta sola Olivia Newton-John.

—¿Esta?

El joven se toma dos segundos antes de empezar a tocar *Hopelessly devoted to you*. Posa los dedos en la guitarra y, cuando la acaricia, la habitación se llena de música. Son tres minutos sin palabras, inmersos en una burbuja musical.

Los dos están tan absortos en la melodía, una escuchando y el otro creándola, que no se enteran de que llaman a la puerta hasta que el tema termina.

Es él quien se levanta y abre. Cuando lo hace, se encuentra con Nicole.

—¡Óscar! ¡Amigo mío! —grita la peruana, que le da un gran abrazo—. He escuchado desde fuera. ¡Cómo echaba de menos tu guitarra!

—Nosotros hemos echado de menos tu sonrisa.

—¡No me digas esas cosas, que me enamoro!

La chica le da dos besos en la cara a su amigo y después se acerca hasta Ainhoa, que continúa embelesada. Hacía tiempo que no tocaba para ella y eso ha resucitado algunas sensaciones que se esfuerza para que desaparezcan de su vida.

—Cuando me desperté y no te vi, imaginé que estarías aquí —comenta risueña

Nicole—. Siento haberme dormido mientras hablábamos.

—No te preocupes. Estabas cansada —indica la canaria mientras se pone de pie —. Voy un momento a mi cuarto. ¿Os apetece dar una vuelta por el centro de Madrid?

—Acabo de llegar de ahí —dice Óscar, guardando la guitarra en su funda—. Y tengo que estudiar.

—Yo sí me apunto. No tengo nada que estudiar —bromea la sudamericana.

—¿Estás lista o tienes que coger algo del cuarto?

—Yo siempre estoy lista —responde con una sonrisa Nicole.

—Vale, pues si quieres espérame aquí. Voy a la habitación un momento y regreso enseguida.

Óscar espera a que la canaria salga de la 1159 para preguntarle a Nicole.

—¿Cómo la ves?

—¿A Aino? Bien. Creo que bien. ¿Por qué? ¿Ha recaído de su problema?

—No, al menos a mí no me ha dicho nada.

—¿Entonces? ¿Por qué me lo preguntas?

Óscar le explica a su amiga lo que Yaiza le ha comentado esa misma tarde. Nicole escucha atentamente y se queda pensativa cuando termina de hablar.

—No sé. Hoy la he visto feliz. Muy feliz, diría yo.

—¿Y eso no te extraña? Desde el viaje a Valencia, no da ninguna señal de que se encuentre mal.

—Pues, ahora que lo dices, es cierto que ella se ha preocupado más por mí y por los problemas que he tenido con mi madre que yo por ella.

—¿Y si está ocultando sus verdaderos sentimientos?

—Es complicado saberlo.

—Tú vas a pasar aquí unos días. A ver si te das cuenta de algo. Yo no he notado nada raro, pero su hermana está segura de que no se encuentra bien. O que no está tan bien como nos quiere mostrar.

—Me fijaré. Quizás Yaiza esté en lo cierto.

El joven asiente y le da las gracias. Ainhoa no tarda mucho en regresar y las dos chicas se despiden de Óscar hasta la noche.

—¿Dónde te apetece que vayamos? —pregunta la canaria después de cruzar la puerta giratoria de la residencia.

—Quiero ir a Callao.

—¿A Callao? ¿Estás segura?

En diciembre, mientras Nicole trabajaba en el Starbucks de Callao, sufrió el ataque xenófobo que originó todo lo que vino después, incluyendo su marcha de Madrid, de la universidad y de la Benjamin Franklin.

—No he vuelto a ir allí. Es uno de los retos que tengo pendientes y por los que he venido. Nos tenemos que enfrentar a nuestros miedos. Y yo jamás he pasado tanto miedo como aquel día.

Capítulo 49

—No está en su habitación ni me coge el móvil. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Tener paciencia. Dale tiempo. Lo que estáis viviendo es demasiado complicado, Julen.

Iria consuela a su amigo, que en cuanto ha llegado a la residencia, la ha llamado para hablar. A solas. Le ha explicado lo de Dan, la huida despavorida de Marc de la clínica y la prueba que él sí se ha hecho en la consulta del doctor Rodríguez. No podía dejarlo pasar, aunque su novio haya salido corriendo y ahora no sepa dónde está.

—Estoy muy asustado.

—¿Cuándo te darán los resultados?

—Dentro de una semana o diez días —responde mordiéndose las uñas—. Necesito un cigarro.

—¡No fumes! ¡Llevas muchos días sin hacerlo!

—A la mierda.

El navarro saca un par de libros de la estantería y coge el paquete de tabaco que tiene escondido.

—Por lo menos no fumes dentro de tu cuarto. A ver si te van a pillar y encima te la vas a cargar.

—Tienes razón. Vamos fuera.

La pareja sale de la habitación de Julen y se dirige hacia la cascada. Allí, el chico enciende el cigarro y da una enorme calada. Luego se queda mirando el pitillo y pone cara de asco.

—Esto es una puta mierda. Ni siquiera puedo fumar sin sentirme culpable.

Y arroja el cigarro contra el suelo para después pisarlo enfurecido. Iria le da la mano y le pide tranquilidad.

—Cálmate.

—Imposible. No puedo pensar en otra cosa.

—¿Habéis usado siempre protección?

—Marc y yo, sí. Pero el muy estúpido se tiró a ese Daniel sin ponerse condón.

—Hay pocas posibilidades de que tú estés contagiado, Julen.

—Lo sé. Me he hecho la prueba por si acaso. Pero él sí que puede haber contraído la enfermedad. Por gilipollas. Y, encima, se acojona y sale corriendo. ¡Es que es…!

Iria contempla a su amigo perpleja. Jamás lo había visto tan molesto. La frustración, el miedo y la desilusión unidos han dado lugar al mayor enfado de su vida. O, por lo menos, que ella haya presenciado.

—Se ha asustado. Dale tiempo.

—Que se haya asustado no justifica que salga corriendo de una clínica y no se haga la prueba. Yo también estoy muerto de miedo. Estamos hablando de sida. ¡Por Dios! ¿Sabes la cantidad de gente que se ha llevado por delante esa puta enfermedad?

Y yo que pensaba que en los países desarrollados ya no existía. ¡Pues, joder! ¡Existe! ¡Y quizás nos haya tocado a nosotros!

—Siempre pensamos que ese tipo de cosas no nos pueden pasar.

—Exactamente. Pero, si te sucede, debes tener valor y enfrentarte a ello.

—Seguro que Marc terminará entrando en razón. Es un chico muy listo.

—Empiezo a dudar de eso —indica Julen, que agacha la cabeza y murmura—: Empiezo a dudar de muchas cosas.

—No tomes decisiones en caliente. Nunca conducen a nada bueno.

El chico no dice nada al respecto. Iria tiene razón en eso, pero controlar las emociones y los demonios que se lo están comiendo no resulta tan sencillo.

—Vamos dentro, anda. No sea que venga a verme y no esté en mi habitación.

—Te llamaría por el móvil o te escribiría un WhatsApp.

—O no. Si viene a mi habitación y no le abro la puerta, pensará que estoy enfadado con él y que no quiero verle. Lo conozco bien.

—Ahora el que tiene razón eres tú. Vamos.

Iria y Julen regresan al pasillo 1B. En el camino, el navarro llama de nuevo a su novio con idéntico desenlace que el resto de las veces. La preocupación se une al enfado. Espera que no se haya atrevido a cometer ninguna tontería.

Ya en su habitación, suena el teléfono. El joven se queda de piedra cuando ve que el número que aparece en la pantalla es el de Montse, la madre de Marc. No se decide a responder, hasta que Iria le da un manotazo para obligarle a hacerlo.

—Hola, Montse —saluda a la mujer repleto de dudas. Es la primera vez que le llama. En las escasas veces que han hablado por teléfono, ha sido porque su hijo se la ha pasado. ¿Se habrá puesto en contacto Marc con ella?

—Hola, querido. ¿Cómo estás? ¿Te pillo en buen momento?

Por su voz pausada y tranquila le da la impresión de que no sabe nada sobre los últimos acontecimientos. ¿Eso es bueno o malo?

—Sí, no te preocupes.

—¿Está Marc ahí?

—Bueno… No. Ahora no.

—Mejor. Quería hablar contigo y es mejor que él no esté cerca para que no haya riesgo de que escuche la conversación. Mi marido está aquí. Pongo el manos libres.

—Hola, Julen. ¿Todo bien?

La voz del hombre suena grave y seria, como suele ser Enric.

—Todo correcto, señor —responde como si de un saludo militar se tratase.

—Bien. Te llamamos porque queremos que vengáis a Barcelona, a ser posible inmediatamente.

—Algo me ha contado Marc.

—Sí, se lo hemos dicho a él, pero parece que no se lo ha tomado muy en serio. Por eso nos hemos puesto en contacto contigo —indica el hombre.

—Queremos regalarle algo —interviene Montse, a la que se le nota especialmente

alegre.

Un regalo. Y por lo que se ve, tiene que ser algo importante para que les urja tanto que vayan a Barcelona.

—¿Se puede decir de qué regalo se trata?

—No. Queremos que sea una sorpresa —contesta la mujer, que está disfrutando con el misterio que esconden.

—Pero tenéis que venir ya —insiste Enric—. ¿Puedes convencer a nuestro hijo?

Aquel hombre se está dirigiendo a la persona equivocada. Ahora mismo, ni siquiera sabe dónde está Marc. Julen se siente inútil en ese momento. Ni puede ayudar a sus suegros ni puede ayudar a su novio. De nuevo, el nerviosismo y la ansiedad vuelven a él. Y otra vez las ganas de un cigarrillo que antes rehusó fumar por sentirse culpable.

—Veré qué puedo hacer —se limita a decir.

—No nos vale —interviene cortante Enric—. Debes convencerle a toda costa. Tenéis que venir sí o sí.

—¿Yo también o vale con que vaya solo Marc?

—Nos gustaría que tú también estuvieras, querido —comenta la mujer con su habitual tono suave—. El regalo es para él, pero tú también lo disfrutarás.

—Bueno. No le des más pistas, Montse. A ver si vas a arruinar la sorpresa. Julen, habla con Marc y avisadnos del día que venís para sacaros los billetes y prepararlo todo.

El joven mira a Iria, que se encoge de hombros.

—Hablaré con él y a ver qué me dice.

—Perfecto. Esperamos vuestras noticias. Un beso, querido.

La pareja cuelga el móvil y Julen continúa observando a Iria, esperando a que esta le diga algo que pueda salvar su frustración actual. Sin embargo, la chica no tiene la fórmula para librarle de aquella desazón.

—Menudo papelón te ha tocado interpretar.

—Últimamente me las como todas. ¿Cómo se supone que debo convencerle si ni siquiera puedo hablar con él? Y, cuando consiga localizarlo, ¿cómo lo hago para que se vaya a ver a sus padres con lo que tenemos encima?

—¿Por qué no subes a su cuarto a ver si está? Yo me quedo aquí, por si acaso.

Julen resopla. No es mala idea. Quizás Marc haya regresado y esté en su habitación. Acepta la propuesta de su amiga y sube a la tercera planta.

Y sentado en un sillón de esa tercera planta, con los ojos mirando hacia ninguna parte, se lo encuentra. Marc solo se percata de la presencia del navarro cuando lo tiene justo delante. Baja la cabeza y un par de segundos después la alza para contemplar a su novio. Su expresión es la de un niño que acaba de despertarse de una pesadilla.

—No debí salir corriendo —es lo primero que comenta el catalán, con apenas un hilo de voz.

—No, no debiste. Fue una gran estupidez.

—Lo sé. Pero no pude evitarlo. Entré en pánico.

—El miedo es incontrolable, aunque hay que ser más fuerte que él. Si no, estás perdido. Y arrastras contigo a los que te quieren.

—Perdona. Me he comportado como si tuviera cuatro años.

—Un niño de cuatro años no corre tan deprisa —comenta Julen, que trata de poner un poco de humor entre tanta tensión.

La broma logra sus frutos. Marc esboza una leve sonrisa, aunque, enseguida, la preocupación regresa a su expresión.

—¿Te hiciste las pruebas?

—Claro. Quiero estar seguro de que no tengo nada malo.

—Eres muy valiente.

—Soy sensato. Y tú tienes que serlo también. Mañana, a primera hora, vas a ir a la clínica a hacerte las pruebas. Si te da vergüenza que sea con el doctor Rodríguez por lo que ha pasado, buscaremos otra. Y, por la tarde, tú y yo viajaremos a Barcelona para ver a tus padres.

—Está bien.

—¿Sí? ¿Lo harás?

—Sí, iremos a Barcelona para ver qué mosca les ha picado a mis padres. Pero olvídate de lo del análisis. Lo he estado pensando durante estas horas y no estoy preparado para ello. Lo siento, cariño. Lo siento mucho, de verdad.

Capítulo 50

No deja de mirar una y otra vez hacia la estantería donde vuelve a descansar el libro de Dan Brown, a pesar de que sabe que *Ángeles y demonios* ya no contiene el extra que guardaba en su interior. Según le ha contado Iria, ahora la dueña del paquetito con los polvos blancos es Eva. No ha querido discutir con la gallega sobre el asunto. No tenían derecho a llevárselo. Pero allá ellas.

Tal vez, no tener la droga en su habitación resulte positivo. Han pasado ya muchos días desde la última vez que Manu consumió. Y no va a negar que el mono, en ocasiones, es insufrible. Pero lo está soportando como puede. Necesita salir de toda esa mierda. Ahora mismo no toma nada; sin embargo, todavía no ha conseguido extinguir su necesidad.

Le duele la cabeza desde hace una hora y no hay forma de que se le pase. Por lo menos, solo es dolor, no como otras veces. Ha aprendido a vivir con él, con esas jaquecas continuas que no ha logrado aliviar ninguna de las pastillas que ha probado. En cambio, cuando todo se nubla, cuando su mente se dispersa y sus recuerdos se marchan a un mundo paralelo, entonces, la confusión invade sus neuronas y se oscurecen sus ideas. No hay dolor comparable a esa sensación.

Lo peor del dolor de cabeza es que no puede ponerse los cascos para escuchar música y aislarse de la realidad. La canción que está sonando en ese momento le encanta oírla a todo volumen. En cambio, se tiene que conformar con disfrutar de *Somebody told me*, de The Killers, desde los altavoces del ordenador. No es lo mismo, pero hay pocas cosas que ya le entretengan. Una de ellas es la música.

Otra es ver series. En los últimos meses, ha empezado varias. La que le tiene más enganchado es *Broadchurch*. Solo le faltan dos capítulos para terminar la segunda temporada. Apaga la música, carga el episodio siete en su portátil y empieza a verlo, tumbado en la cama. No pasan ni cinco minutos cuando alguien llama a la puerta.

Por la forma de tocar, sabe que no es Iria. ¿Tal vez David?

Le da al botón del *pause* en el reproductor y se levanta a abrir. Ha acertado.

—Hola, sevillano, me alegro de volver a verte.

—No seas hipócrita —comenta David, entrando decidido en la habitación.

—En serio. Me alegro de que estés bien. De verdad.

—Pues no será porque tú y tu amigo no hicisteis lo posible para que no fuera así.

El malagueño le pide que ocupe la silla al tiempo que él, de un salto, se sube sobre el escritorio y se sienta.

—Y te pido disculpas por ello.

—Disculpas no aceptadas. Lo que exijo es una explicación.

—Ya te lo dije en el mensaje privado de Twitter. Me caías mal, no eras lo que aparentabas y decidí ayudar a alguien que había sufrido mucho por tu culpa.

—Eso es totalmente demagógico.

—Puede ser. Pero es lo que pensaba cuando conocí a Fernando —indica Manu,

bailoteando con los pies, que le cuelgan en el aire—. Mira, todo lo que hicimos estuvo muy mal. Y me he arrepentido muchas veces de infiltrarle dentro de la residencia. Pero el pasado es el que es y no se puede cambiar. Tú sabes bien de lo que hablo.

—Una simple charla con el director bastaría para que te expulsaran de la residencia y de la universidad. ¿Eres consciente?

—Y qué más me da, sevillano. Mis padres han muerto por mi irresponsabilidad, mi abuela tampoco está desde hace tiempo y mi mente hace conmigo lo que le da la gana. Posiblemente esté enfermo. Loco. Acomplejado. Y, para colmo, tengo sobre mi conciencia la muerte de un tipo al que le corté los dedos y le destrocé la cara para que no pudieran identificarlo, algo que, por lo visto, hice muy bien porque el cuerpo sigue en Edimburgo sin que nadie sepa quién es. ¿Crees que me preocupa ahora mismo que me echen de aquí?

David no da crédito a lo que Manu le cuenta. ¿Está reconociendo que mató a Fernando y que le cortó los dedos y le destrozó la cara para que no se supiera quién era? Lo explica como si estuviera contando un relato escrito por Edgar Allan Poe.

—Es muy grave lo que dices.

—Gravísimo.

—¿Y por qué no has ido a entregarte a la policía? Tarde o temprano descubrirán lo que ha pasado y vendrán a por ti.

—Seguramente. Pero no me apetece que me metan en la cárcel. Lo único que tengo en esta vida es libertad para ir a un sitio o a otro. Nada más —indica Manu, que de un segundo a otro cambia la dureza de su expresión por otra de resignación—. Yo ya estoy condenado. Como Verónica. Como tú, David. Todos los que de alguna manera hemos participado en algo así estamos condenados para siempre.

—Yo pasé por eso y pensaba como tú. Sin embargo, estoy bien. Cada vez mejor.

—No te mientas a ti mismo. No lo estás.

El sevillano se lleva instintivamente la mano al cuello y acaricia el tatuaje del ave fénix. No ha ido hasta allí para discutir sobre cómo se siente. Hay respuestas mucho más importantes que Manu debe darle.

—¿Por qué mataste a Fernando?

—Directo al grano. Sin más rodeos, ¿no? Está bien. Fue de manera involuntaria. No quise hacerlo. Soy muchas cosas, pero no un asesino —se lamenta el malagueño, al que le tiembla la voz—. Nos peleamos de forma absurda. Como dos niñatos. Aún me duele alguna costilla de uno de los golpes que me dio. Fue una batalla estúpida pero muy dura. Sangrienta y hasta cruel. Uno de mis puñetazos impactó en su cabeza y eso creo que fue lo que acabó con él. Quedó inconsciente unos segundos. Pero se despertó.

Manu intenta recordar los detalles de aquel momento. Sin embargo, muchas de las circunstancias que se dieron después están confusas.

—Me asusté mucho, ¿sabes? ¿En qué me había convertido? Esa paliza que nos

habíamos dado fue por una puta bolsita de cocaína. En ese instante, me di cuenta de lo mal que lo estaba haciendo. Y decidí que aquella era la última vez. Regresaría a España e intentaría pelear conmigo mismo y contra mi adicción. Soy mi peor enemigo, David.

—Muy poético. Pero me has dicho que después de la pelea y de que Fernando se quedara inconsciente, él se despertó.

—Sí. Y le di la bolsita con la droga.

—Y entonces, ¿cómo murió?

—Ya te lo he dicho: le di un mal golpe en la cabeza. Ya sabes cómo son ese tipo de impactos y lo peligrosos que pueden resultar. Tuve… Tuvo mala suerte y el que le di… fue mortal —insiste Manu, y resopla antes de continuar—. Después de llamar a Iria para decirle que volvía a España, me sentí muy raro. La mente se me nubló y hay minutos de los que no recuerdo nada.

—Uno de tus lapsus de memoria.

—Sí. Lo siguiente que recuerdo es a Fernando tirado en el suelo, con los ojos abiertos y sin respiración. Ya era de noche. Le tomé el pulso y… no se lo encontré. Estaba muerto.

Un silencio helador se instala en la habitación. El malagueño mira hacia el techo, buscando las fuerzas que en ese instante le faltan. David lo observa con tristeza. Sin embargo, no quiere olvidar su indignación por lo que Manu le ha hecho e intenta no apiadarse de él.

—Sigue, por favor —le pide con frialdad.

—Es una sensación muy rara.

—¿A qué te refieres?

—A tener a una persona muerta a tu lado. Una persona que pasa, en unos minutos, de respirar, hablar o reír a no moverse. A no respirar. Y sabes que no lo volverá a hacer —dice Manu, hablando para sí mismo—. En ese momento, se me pasaron por la cabeza cien mil cosas, pero, sobre todo, sentí miedo. Miedo de que alguien creyera que yo había asesinado a aquel chico. Miedo a que descubrieran que aquella droga era mía. Miedo a que la policía se plantara en mi casa y me acusara. Entonces reaccioné; no sé cómo, pero reaccioné. Tenía que hacer lo posible para que nadie identificara a Fernando.

—Y le cortaste los dedos para que no pudieran rastrear sus huellas dactilares.

—Sí. Aunque eso fue después —aclara Manu—. En estos últimos meses he visto muchas series para matar el tiempo. —Se detiene y sonríe irónico al darse cuenta de haber utilizado el verbo «matar» en esa frase—. No sé en cuál de ellas vi que el asesino le había puesto muy complicadas las cosas a la policía cortando los dedos de su víctima y desfigurándole el rostro para que no la identificaran. La verdad, no tenía ni idea de si eso daría resultado. Simplemente tomé la idea prestada de una serie de televisión y decidí ponerla en práctica. Y, mira por dónde, me ha ido bien.

De nuevo una pausa repleta de tensión. Manu recrea en su mente cómo lo preparó

todo y se lo explica a su compañero de pasillo.

—Lo primero que hice fue desfigurarle el rostro —dice apretando los puños y desviando la mirada hacia la ventana—. Agarré una piedra y le cubrí la cabeza con una bolsa de plástico que me encontré allí para que no me salpicase la sangre. Cerré los ojos y empecé a golpearle. Una vez, otra, otra… Lloraba a lágrima viva mientras lo hacía. Cada impacto era como si me lo estuviera dando yo mismo. Nunca me había sentido tan mal, pero era necesario.

—Yo no hubiera sido capaz.

—Sí, David. Si te hubiese ocurrido lo mismo que a mí, habrías hecho lo mismo que yo. Se llama supervivencia y todos los seres vivos luchamos por sobrevivir, aunque tengamos que partirle la cara a la persona que acabamos de matar involuntariamente.

El sevillano mueve la cabeza negativamente. No está de acuerdo con lo que dice, pero prefiere no discutir con él y que siga con la historia.

—Cuando estuve seguro de que no habría quien lo reconociera, le quité la documentación, el móvil, todo lo que llevaba encima, y decidí esconderlo. Arrastré su cuerpo hasta una ladera de Calton Hill y lo empujé por un precipicio. De esa manera tardarían más en encontrar el cadáver. Sin embargo, inmediatamente después de arrojar a Fernando por el barranco, me di cuenta de lo de los dedos. Sus huellas dactilares eran casi más importantes que su rostro. Así que busqué algún objeto cortante en la colina. Encontré una especie de podadora oxidada entre unos hierbajos. Me vino perfecta. Descendí hasta donde había caído el cuerpo y le corté los dedos; los metí en la bolsa con la que le había cubierto la cabeza y me los llevé para enterrarlos.

—Estás enfermo, Manu. Nadie en su sano juicio habría hecho algo así.

—Te equivocas, David. Alguien con juicio habría actuado como yo. Te lo aseguro. A Iria se lo conté y ella me dio la razón.

—Iria te daría la razón aunque dijeras que la tierra es cuadrada.

—No la infravalores. Si la gallega no pensara como yo, sería la primera en acusarme y criticarme. ¿O no la conoces? Te aseguro que no me lo ha puesto nada fácil, pero cuando hay sentimientos de por medio…

—La conozco muy bien. Y está muy enamorada de ti. Lo que no sabía era que tú le correspondías.

—Prefiero no hablar de eso.

—Bien. Es asunto vuestro —comenta David. En realidad aquel tema no le interesa—. Tengo una pregunta más.

—Dispara.

De nuevo esa sonrisa sarcástica al usar un verbo con referencias bélicas.

—Lo de Edimburgo pasó el Viernes Santo, ¿no?

—Exacto. Es una pregunta fácil.

—Eso no era lo que te quería preguntar. Trataba de situarme —indica molesto el

sevillano, que no entiende que Manu bromee con algo tan serio—. Le dijiste a Iria que vendrías a la residencia el lunes de la semana siguiente. Sin embargo, apareciste el domingo, seis días más tarde. ¿Ese retraso se debió a lo de Fernando?

—En parte sí y en parte no.

—No te entiendo. Explícate.

—¿Prefieres la historia completa o te hago un resumen?

—No seas estúpido. Cuéntame lo que tengas que contarme.

Manu da un pequeño salto y se baja del escritorio. Estira los brazos y luego las piernas, como si fuera el calentamiento anterior a un partido de tenis. El sevillano lo observa confuso.

—Perdona, se me agarrota todo. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! El motivo por el que no aparecí aquel lunes. Estaba en el hospital.

—¿En Edimburgo?

—No, en Madrid.

—¿Y qué hacías allí? ¿Por qué no nos llamaste?

—No pude.

—¿Por qué?

—No seas impaciente. Deja que te lo explique —le regaña, Manu, que camina de un lado a otro de la habitación—. Después de que sucediera lo de Fernando, saqué un billete de avión para España. Ya lo tenía planeado así desde que hablé con Iria. Volé el sábado a Madrid. No te puedes ni imaginar la presión que sentía en mi cabeza y cómo me palpitaba el corazón cada vez que veía a un policía. Estaba seguro de que me detendrían. Estaba hecho polvo. La noche anterior no dormí nada y, cuando cerraba los ojos, veía su cara ensangrentada. Llegué al aeropuerto de Barajas y ahí colapsé.

—¿Otro lapsus de memoria?

—El más grave de los que he sufrido hasta ahora —señala Manu, que se detiene y se masajea la sien con ambas manos—. Según me contaron los médicos, estuve cuatro días sin recordar nada. Para colmo, no sé qué coño pasó con mi DNI. No sé si lo perdí en el avión, en el aeropuerto o si alguien me lo quitó. En el hospital no sabían quién era, hasta que fui recordándolo todo y yo mismo lo aclaré. En cambio, había cosas que todavía no habían vuelto a mi mente, como, por ejemplo, la contraseña de mi móvil o de mi tarjeta de crédito. Menos mal que disponía de algo de dinero en metálico y tuve para comer y para pagar un hostal.

—¿Y la maleta? ¿La abandonaste en el aeropuerto?

—No. Viajé sin nada. Cuando me fui a Escocia, todo se quedó en la residencia y en Málaga. Lo que me compré en Edimburgo lo dejé allí. Temía que, de vuelta en España, me pillaran con algo comprado en la misma ciudad en que murió Fernando.

—Eso no tiene sentido.

—Puede que no, pero, como te he dicho antes, mi cabeza funcionó así. No pretendas encontrar coherencia en todo lo que te cuento ni en cómo me comporté. No

estoy bien, David. Y creo que nunca lo volveré a estar. Este mes en Málaga me ha servido para darme cuenta de muchas cosas. Debo solucionar asuntos pendientes. Uno de ellos era explicarte lo que sucedió y pedirte disculpas por todo lo que te he hecho pasar. Y, aunque no aceptes perdonarme, yo no puedo hacer más.

—Puedes entregarte y contarle todo esto a la policía.

—No. Yo no lo haré. Y espero que tú… tampoco.

Capítulo 51

Las ocho menos veinte minutos. Toni acaba de terminar de editar el vídeo del chocolate con churros y se dispone a subirlo a su canal. Antes lo visualiza una última vez. La prueba de la dama y el vagabundo con Silvia la ha dejado tal cual, salvo el beso final. Corta la escena en cuanto David grita que se acabó el tiempo. Aun así, quizás se aprecia demasiado contacto entre su boca y la de la chica cuando se juntan. Ya no puede hacer nada. Así que entra en YouTube y sube el *challenge*.

La conexión a Internet en la residencia no va del todo bien esa tarde, así que el vídeo tardará un poco más de la cuenta en estar listo. Lleva varias horas seguidas metido en su habitación. Necesita salir y despejarse un poco. Aprovecha esos minutos para ir a tomar un poco el aire.

Todavía no ha anochecido, pero no falta mucho para que el sol se ponga. Una brisa suave le roza la cara en cuanto cruza la puerta giratoria del edificio. Está a punto de bajar la escalera cuando observa que en el antepenúltimo escalón se encuentra sentada Silvia. La extremeña tiene un bloc apoyado en las rodillas y un lápiz en la mano derecha. Alterna la mirada entre lo que tiene delante y la lámina en la que dibuja.

Toni se acerca hasta ella y contempla la hoja por encima de su hombro.

—Me encanta. Tienes mucho talento —comenta el joven mientras admira el cuadro que Silvia está dibujando. Se trata de un lienzo a lápiz del lago de la residencia.

—¿Sí? Muchas gracias. Aunque podría estar mejor. Esta no es mi especialidad.

—Pues, para no serlo, te está quedando genial.

—Debo mejorar —insiste la chica, que le pide la mano a Toni para que la ayude a levantarse—. ¿Quieres que te dibuje?

—¿Qué? ¿A mí?

—Sí. Me encanta dibujar a personas. Si tienes libre hasta la cena, podrías posar para mí.

—¿Posar para ti? ¿En serio?

—Totalmente en serio —responde la chica sonriente—. Creo que serías un modelo estupendo. Además, hace tiempo que no dibujo a nadie.

—Bueno, estoy subiendo el vídeo del *challenge* a YouTube.

—¡Es verdad! ¡El vídeo! ¿Cómo ha quedado?

—Creo que bien. Vamos a ver qué le parece a la gente.

—Seguro que les entusiasma. Eres un genio. El mejor *youtuber* de la historia.

Los halagos de su amiga sonrojan a Toni. Hay personas a las que les encanta que les digan piropos; él sufre cuando los recibe. No sabe cómo actuar ni qué responder. No es modestia. Tal vez, falta de costumbre.

—Gracias. Pero los dos sabemos que eso no es verdad.

—Muy mal, Toni.

—¿Muy mal por qué?

—Tú puedes decirme que tengo mucho talento y que dibujo muy bien y yo no puedo alabarte. No es justo. Y, para compensarme, posarás para mí.

La sonrisa de Silvia es contagiosa y tan limpia que convence al joven, que también sonríe. El valenciano acepta, aunque le advierte que deberá ser en su habitación y que durante unos minutos tendrá que estar pendiente de los comentarios que reciba el vídeo.

—Perfecto. Mi intención es dibujarte mientras estás escribiendo en el portátil.

—Sigo sin verlo claro. Soy poco fotogénico.

—Ya verás como te gusta. Confía en mí.

El chico se encoge de hombros y juntos regresan al interior del edificio. Como han acordado, se dirigen al cuarto del valenciano. Lo primero que hace Toni es examinar el vídeo. Ya se ha subido. En cinco minutos, cuando den las ocho, lo podrá ver todo el mundo. Allí está su última oportunidad para sumar suscriptores. Sin embargo, la chica con la que comparte ese momento es Silvia, no Isa. ¿Cuál le gusta más?

—¿Quieres ver el vídeo antes de dibujarme?

—Estaba esperando que me lo propusieras.

El *challenge* del chocolate con churros dura algo más de cuatro minutos. Y, como todos los vídeos subidos por Toni, lleva su sello. Es divertido, sin ser ofensivo. No hay juego de planos, simplemente contenido. Y risas. Muchas risas. El buen rollo predomina en cada uno de los segundos, a pesar de los continuos dardos envenenados que se lanzan David y Elena.

El final del vídeo coincide con las ocho de la tarde. En ese instante, deja de ser privado y está disponible para todo el que desee verlo. Silvia aplaude y vitorea el trabajo de su amigo, que otra vez se pone colorado.

—¿Me dejas decir ahora que eres el mejor *youtuber* de la historia?

—Puedes decir lo que quieras. Otra cosa es que yo me lo crea.

—Créetelo. Me lo paso fenomenal viéndote. Eres un *crack*, amigo mío —comenta Silvia mientras abre su bloc por una página en blanco—. Y ahora voy a dibujarte.

La chica le da indicaciones para que se coloque en la posición que ella había previsto: sentado frente al escritorio, con el portátil delante y las manos en el teclado. Ella se acomoda sobre la misma mesa para poder verle de frente.

—No te importa que responda a comentarios, ¿verdad?

—Claro que no. Tú haz lo que tengas que hacer. Me vale con que no te levantes hasta que lo termine.

—¿Y cuánto tardarás?

—No demasiado. ¿Me dejas poner música?

El valenciano asiente y comienza a contestar los mensajes que recibe en Twitter, en Facebook y, sobre todo, en YouTube. Su canal rápidamente se llena de opiniones,

visualizaciones y *likes*. También algún que otro dedo hacia abajo de usuarios a los que no les ha gustado el *challenge*. «Gente amargada», como los denomina Isa.

Silvia busca en el móvil una lista de reproducción adecuada para inspirarse. No tarda mucho en elegirla. Toni reconoce enseguida la voz del cantante.

—Debería de haberlo imaginado —dice el chico, que finge enfadarse.

—Nadie me inspira como Justin. Solo será un rato, no te martirizaré demasiado.

—Tranquila. Al final me terminará gustando.

—Lo raro es que no te guste ya. ¡Es el mejor!

Toni sonríe y continúa respondiendo en la Red. Se siente algo presionado, aunque no puede negar que siente curiosidad por el dibujo que Silvia está haciendo. En un par de ocasiones, le pregunta si puede ver lo que lleva. La extremeña le niega la posibilidad y le pide que sea paciente.

—Hasta que no lo acabe, nada.

—¿Por qué? Estoy impaciente por verlo.

—¿Tú te comes la comida antes de que esté terminada? Pues esto es lo mismo.

El joven se queja en voz baja e intenta centrarse en lo suyo, aunque no puede evitar pensar que Silvia está frente a él, observándole constantemente y fijándose en todos sus defectos para plasmarlos en la lámina.

Los minutos van pasando con la misma dinámica, hasta que a las ocho y veinte suena el teléfono de Toni.

—¿Puedo cogerlo?

—Claro, paramos un momento.

El chico se levanta y alcanza el móvil, que se encuentra sobre la cama. Es un WhatsApp de Isa. No está muy seguro de querer leerlo, pero le echa valor y lo abre.

> «No sé si estoy enfadada o me siento halagada después de ver tu vídeo. Has tomado prestada la idea del chocolate con churros, no sé si para hacerme un homenaje o directamente has plagiado el concepto de mi vídeo con más visualizaciones y te has aprovechado de ello. De todas maneras, enhorabuena. Has mejorado muchísimo en un mes y tu trabajo cada vez es mejor. Eso sí, no creo que necesites superarme en suscriptores para que salga contigo: la rubia de la gorra y tú os lleváis muy bien y no dudo de que hará mejor pareja contigo que yo. Mis felicitaciones, Toni Pepperoni».

Al leer el mensaje de Isa, a Toni se le agita el estómago. Por lo que se ve, le ha molestado la prueba de la dama y el vagabundo. Menos mal que ha cortado el beso final. Se siente culpable. Tal vez debería subir a hablar con ella.

—Silvia, tengo que ir un momento a la habitación de Isa. Si quieres, acabamos el dibujo más tarde o mañana.

—Me falta muy poco. Cinco minutos.

Toni lo piensa un instante y decide quedarse hasta que termine. Se sienta otra vez

delante del portátil y se coloca como estaba antes. La extremeña no se demora mucho.

—¡Ya está! ¡Acabado!

—¿Puedo verlo ya?

—Sí —responde Silvia con una gran sonrisa en la cara. Le da la vuelta a la lámina y le enseña el dibujo a su amigo, que se queda boquiabierto al verlo.

—Pero esto… ¡Esto es una caricatura!

—¡Sí! ¡Sorpresa! —exclama la chica, alzando la voz—. ¿Te gusta?

El valenciano examina con atención el bloc y debe reconocer que le hace gracia. Especialmente su cabeza rapada, que predomina por encima de cualquier otra parte de su cuerpo.

—Sí, me encanta. De hecho, prefiero que me hayas hecho una caricatura a que me hubieses dibujado tal como soy.

—Toni, no te infravalores más. Eres un chico muy atractivo. Y, aunque no logres superar a Isa en suscriptores y ella no vaya a ser tu novia, tarde o temprano encontrarás a una chica que te merezca.

Al valenciano se le iluminan los ojos al escuchar esas palabras. Es demasiado amable. Demasiado guapa. Demasiado buena. La mira fijamente y siente la necesidad de darle un beso.

—Gracias —se limita a decirle.

—No me las des. Además, todavía tengo algo que hacer —comenta Silvia, acercándose lentamente hacia él.

—¿El qué? —pregunta muy nervioso.

—Esto. —Y, después de darle un beso en la mejilla, la joven estudiante de Arquitectura le firma la caricatura, la arranca del bloc con precisión y se la entrega—. Firmada. Ahora el dibujo ya está completo.

Capítulo 52

La propuesta es de Ainhoa, que ha sido quien ha escrito el mensaje en el grupo de WhatsApp del pasillo 1B.

> «Chicos, para celebrar que Manu ha vuelto y que Nicole está con nosotros, ¿por qué no cenamos todos juntos en algún sitio de Madrid? La peruana y yo estamos en Callao ahora mismo. ¿Quién se anima?».

Al principio no hay unanimidad ni demasiado entusiasmo. Toni está pendiente de su vídeo, a Julen no le apetece salir y Óscar tiene que estudiar. Tampoco David y Elena parecen con muchas ganas de ir a ninguna parte.

> «¿Y si cenamos juntos en el comedor? Como en los viejos tiempos».

La idea de Iria es mejor acogida por el resto, que, finalmente, acuerda reunirse para cenar. Así que el grupo queda a las nueve en recepción para bajar todos al mismo tiempo. David se encarga de avisar a Silvia, Toni a Isa y Julen a Marc, por si quieren ir con ellos.

Ainhoa y Nicole llegan del centro unos minutos antes de las nueve. La peruana ha regresado al lugar en el que sufrió los golpes de los racistas que la atacaron. Los recuerdos han sacudido su mente, pero ha logrado ser más fuerte que sus emociones. Después llamó a su madre para contarle lo que había hecho y advertirle que no pensaba volver a Valencia hasta que le asegurara que las cosas iban a cambiar.

—Eres una tía muy valiente —le repite por enésima vez Ainhoa cuando le cuentan a Óscar la experiencia de Callao. Ellos tres son los primeros en reunirse en recepción—. La más valiente que he conocido nunca.

—Es verdad. No todo el mundo se atrevería a volver al lugar donde le fastidiaron la vida —añade el vallisoletano—. Como dice Aino, eres una valiente.

—¡Parad, chicos! No he hecho nada del otro mundo. Tenía que enfrentarme a esto. Era algo que llevaba pensando varios meses y para lo que me he preparado.

—Por mucho que te hayas preparado, no deja de ser un acto de gran valentía. Sobre todo emocional. Te lo digo yo, que estudio Psicología.

—Vale, soy muy valiente. ¡Pero dejad de recordármelo!

—Está bien. Hablemos de… ¡lo guapa que estás! —exclama Ainhoa, abrazándola.

—¡No! Basta de hablar de mí.

La puerta del pasillo se abre y Elena se une a ellos. Le da dos besos a la peruana y un gran abrazo y se integra en la conversación. La toledana se ha pasado la tarde estudiando la oferta de Heidi Holmes, aunque no ha tomado aún una decisión ni le ha

revelado a nadie la propuesta de la escritora.

David es el siguiente. Silvia también aparece, inmediatamente después. La extremeña se presenta y le pide disculpas a Nicole por ocupar su habitación.

—Por lo que me han contado, he tenido una buena sucesora —indica la sudamericana muy sonriente.

Julen también se acerca hasta el grupito. Él no está tan feliz como sus amigos. Su novio no ha cambiado de opinión respecto a lo de hacerse las pruebas del sida. Han tenido una discusión bastante fuerte y el catalán no cenará con ellos.

Todos los móviles suenan al mismo tiempo a las nueve y dos minutos. Toni ha escrito en el grupo de WhatsApp para avisarlos de que bajará un poco más tarde.

—Estará con Isa —le dice Ainhoa a Nicole, guiñándole un ojo—. Luego te la presentaremos. Algún día serán novios.

Elena y David se miran al escuchar a la canaria. Solo ellos dos están al tanto de la indecisión sentimental del valenciano.

—¿Quién falta aparte de Toni? —pregunta Óscar haciendo recuento.

—Iria y Manu —contesta el sevillano—. Voy a llamarlos.

David entra de nuevo en el pasillo 1B y se dirige a la habitación del malagueño. Cree que permanece allí después de la intensa conversación que han mantenido. Y así es. Le abre y le pide que entre. Iria se encuentra también en el cuarto.

—Os estamos esperando. Sois los últimos. ¿No bajáis?

—Sí, ahora mismo —responde el malagueño, y señala con la cabeza a la chica—. Le estaba contando lo que hemos hablado. Como te he dicho, ella está enterada de todo.

—Eso es cosa vuestra. ¿Bajáis o no?

—Sí, pero te queríamos pedir que no le cuentes a nadie lo que hemos hablado.

—No tenía intención de hacerlo.

—Bien. Esto de dar explicaciones continuamente es muy cansado.

—De todas maneras, ellos saben bastantes cosas. A lo mejor alguien se imagina cosas que no son —le indica David.

—Que cada uno imagine lo que le dé la gana.

El sevillano asiente con la cabeza y sale de la habitación. Manu resopla y le sigue, acompañado de Iria. Los tres caminan hasta recepción y son recibidos por el resto del grupo. Llueven los besos y los abrazos, con Nicole y Manu como protagonistas. El regreso de los hijos pródigos de la Benjamin Franklin.

Los nueve bajan juntos al comedor, con sus respectivos tiques para la cena. Entran en la sala y muchos de los residentes que se encuentran allí se los quedan mirando. Tanto el malagueño como la peruana saludan tímidamente a rostros conocidos de otros pasillos mientras se sirven. Son el centro de atención.

—Somos famosos —le susurra Manu a Nicole bromeando—. Tú no pares de enseñar los dientes y mueve la mano como si fueras la reina Letizia.

La chica ríe al escuchar el comentario de su amigo. Hacía mucho que no le veía y

su aspecto es muy diferente al que tenía cuando le conoció. Pero su humor sarcástico no ha desaparecido, a pesar de todo lo que ha vivido en los últimos meses. Ella, que sabe lo que es perder a su padre, imagina lo que el malagueño ha debido de sufrir con la muerte de su madre y de su padre al mismo tiempo. Sumado a lo que Ainhoa le ha contado de la droga. Verdaderamente, el valiente del grupo es Manu y no ella.

Óscar y David unen la habitual mesa del fondo, para ocho, con una pequeña de cuatro. Cuando Toni baje, si le acompaña Isa, serán once.

Poco a poco, todos van llenando sus bandejas y se van sentando. Les cuesta encontrar un tema en común del que hablar. Algunos se muestran cohibidos y no están seguros de lo que pueden decir y lo que no. Se organizan pequeñas conversaciones por parejas o por tríos, hasta que Nicole se pone de pie y pide atención.

—¿Me escucháis todos bien? —pregunta dirigiéndose a los que están sentados más alejados de ella, que asienten—. Bien. Para mí es un honor volver a estar aquí, en mi casa, con vosotros, mi segunda familia. Como sabéis, las cosas en Valencia no están muy bien. Mi madre se empeña en tratarme como si fuera una niña y yo he decidido saltarme las reglas. Al menos, por unos días. No sé muy bien qué pasará porque no me gusta estar así con ella. Pero, bueno, intentaré no pensar mucho en esto y disfrutar de los días que me quede con vosotros. Os he echado mucho de menos.

Ainhoa se levanta y se abraza a su amiga, que tiene los ojos llorosos. El resto de los chicos aplauden la intervención de la peruana.

—Yo también quiero decir algo.

Los chicos se giran y observan ahora a Manu, que permanece sentado en la silla. Bebe un poco de agua y se aclara la garganta. Iria lo contempla recelosa, temiendo lo que pueda soltar.

—Amigos míos, yo también me alegro de estar de nuevo con vosotros —comienza a decir el malagueño, que da un nuevo trago a su vaso de agua antes de continuar—. Voy a aprovechar que estamos todos, casi todos, para hacer una petición: no quiero que os compadezcáis de mí. Odio dar pena. Mis padres están muertos, no van a resucitar. Así que olvidaos de este tema y, cuando habléis conmigo, hacedlo sin tener en cuenta que soy huérfano. Muchas gracias.

Un silencio sepulcral se apodera del grupo durante unos segundos. Las palabras de Manu han sonado tan frías que cuesta asimilarlas. Es Iria la que se encarga de intentar que las aguas vuelvan a su cauce.

—Bueno, hablemos de cosas más alegres. ¿Cómo lleváis los exámenes finales?

Capítulo 53

Delante de la puerta de la habitación de Isa, a Toni le entran las dudas. Lee otra vez el WhatsApp que antes le ha mandado y analiza el final del mensaje. ¿Seguro que le ha molestado lo del juego con Silvia? A lo mejor, solo lo ha dicho por decir. Para molestarle, como muchas veces ha hecho desde que se conocen. Aquella chica ni come ni deja comer.

El valenciano escucha los pasos de la *youtuber* acercándose hasta la puerta. ¿Se habrá enterado de que está allí? Isa abre y se lo encuentra de frente. Por su expresión de sorpresa, le da la impresión de que no se había percatado y que, simplemente, sale de la habitación por algún otro motivo.

—Joder, ¿qué haces aquí? —dice la chica, que, definitivamente, no esperaba su presencia.

—Quería hablar contigo.

—Voy a por una Coca-Cola. ¿Vienes o me esperas?

—¿No vas a bajar al comedor? Los de mi pasillo cenan todos juntos y me han dicho que te avise.

—¿Todos? Qué pereza. Ahora ya tengo un motivo para pillar un sándwich de las máquinas. ¿Vienes o no?

Toni dice que sí y la acompaña. Bajan por la escalera de forma acelerada, por lo que el valenciano prefiere esperar para hablar con ella. Isa elige un sándwich de atún con tomate y compra el refresco.

—¿Qué quieres decirme? —pregunta la *youtuber* cuando llegan de nuevo al cuarto—. No vas a pedirme más días para superar el reto, ¿no?

—No, no es eso. Necesitaría un mes más para adelantarte en número de suscriptores.

—No lo conseguirías. Ni en un mes ni en dos.

—Habría que verlo. Pero no quería hablar contigo de ese tema.

—¿Entonces?

La chica abre el sándwich y le da un mordisco al tiempo que observa impaciente a su amigo, que se toma unos segundos para contestarle.

—Tengo la impresión de que te ha molestado algo.

—A mí me molestan muchas cosas. Ya sabes que no soporto a las personas. Prefiero los vídeos, porque puedo adelantarlos o quitarlos cuando no me interesa lo que cuentan. Mi tiempo es oro.

—Me refiero a que te ha molestado algo de mi último vídeo. No sé, me lo ha parecido por el WhatsApp que me has enviado.

—¿Hablas del plagio que me has hecho?

—No ha sido plagio. Este *challenge* está en YouTube y no lo has inventado tú.

—Ya lo sé. Pero has usado la idea.

—La idea tampoco es tuya.

—Toni, no seas hipócrita, por favor —dice Isa molesta, después de darle un trago a la Coca-Cola—. Has grabado un vídeo con churros y chocolate porque a mí me fue bien con uno parecido. Has copiado eso. Un plagio como una catedral. Pero te perdono. Amigos.

El chico suspira y se contiene. Cuando se pone así, más vale no llevarle la contraria. Además, él no ha ido a su habitación para hablar de copias y plagios.

—Vale. Lo que tú digas. Pero tampoco me refería a eso.

—Pues ilústreme, señor Pepperoni. ¿Qué es lo que te pasa? Estoy a punto de cambiar de canal. Me aburres.

—Siento no ser tan divertido como tú —contraataca Toni, entrando en su juego. Todo tiene un límite—. Hablo de las referencias a Silvia en tu mensaje.

—¡Ah! Es eso. Silvia. ¿Ya sois novios? Enhorabuena. En tu próximo vídeo, ponte gorra.

—¿Ves? De este sarcasmo injustificado hablaba.

—¿Sarcasmo injustificado? Bonito título para un libro sobre terapia para irónicos.

—¿Por qué te ha molestado que haya hecho el juego con Silvia?

—No me ha molestado, aunque es incoherente que te morrees con una tía cuando lo que intentas es salir con otra.

—No son morreos. Es un simple juego.

—Sí, un jueguecito de nada —dice Isa en tono despectivo—. Venga, hombre. Lo has preparado todo para tratar de darme celos. O eso, o estabas deseando comerle la boca a la rubia de tu pasillo y no sabías cómo hacerlo, ya que esa tía pasa de ti. No sé si me da más pena una cosa o la otra.

—No he preparado nada. Nos tocó la tarjeta de…

—Claro, Toni Pepperoni. Claro. La diosa Fortuna, el sino del destino… han sido los que os han unido. ¡Pues que seáis felices juntos!

El chico se frota la cabeza muy tenso. Es completamente inútil discutir con ella. Siempre tiene la última palabra, aunque no lleve razón o se invente lo que dice. Pero en esta oportunidad, Toni no se achanta.

—Deberías crear otro canal. Uno de videncia o de leer la mente de las personas.

—¿Y llamarme *Madame* Pepperoni? ¿Sería plagio? Según tú, no. Aunque tampoco sería real. *Madame* Pepperoni lleva gorra. A mí las gorras me dan dolor de cabeza. Incluso me hacen vomitar.

—Silvia es muy buena chica. Amable, educada, lista…

—Y guapa.

—Muy guapa.

—Mira qué bien. Todo lo que me falta a mí lo tiene ella —indica Isa, que se mete un gran trozo de sándwich en la boca y lo mastica después exageradamente.

Toni observa a su amiga y le vienen a la cabeza decenas de frases con las que puede seguir ahondando en aquella discusión. Sin embargo, rehúsa hacerlo.

—Tú también eres muy guapa —dice el valenciano en un tono de voz mucho más

bajo que el que estaba utilizando hasta ese momento—. Y lista, ingeniosa, divertida y, aunque a veces no te soporto y me pones muy nervioso, me gustas mucho.

Isa casi se atraganta con el sándwich de atún al escuchar la declaración de su amigo. Da un último sorbo al refresco y traga.

—Eres un pasteloso —comenta sonriendo amablemente, sin una pizca de ironía esta vez—. En YouTube, deberías llamarte Toni Pastelitos o Toni Merengoni.

No hay burla ni mala intención, por lo que el chico recibe bien el comentario de Isa.

—¿Por qué me lo has puesto tan difícil?

—¿El reto?

—Sí. He hecho todo lo que he podido para sumar suscriptores y creo que he conseguido muchísimos más de los que te imaginabas.

—Debes agradecérselo a todos esos *youtubers* que te han echado una mano.

—Era mi único recurso para crecer más rápido —asegura el joven—. No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué me has puesto un reto que sabías que era imposible de superar?

—No es imposible.

—Isa, ambos sabemos que sí. Era un completo desconocido que empezaba de cero. No había ni una sola posibilidad.

—¿Ya has tirado la toalla? Todavía te queda un día.

El chico resopla y niega con la cabeza. No aguanta ni un segundo más. Necesita salir de allí; y es lo que hace. Para su sorpresa, en cuanto deja la habitación, Isa lo sigue y le pide que no se vaya. Toni se detiene justo antes de abandonar el pasillo.

—¿Qué he dicho? ¿Por qué te marchas?

—Porque estoy cansado, Isa. Tan cansado de todo este juego que quizás he perdido por el camino ganas de estar contigo.

—¿Por eso te besas con otras?

—¡Solo era un vídeo! ¡Joder! ¡Un simple vídeo! —grita él, que pierde los nervios —. Pero sí. También me gusta Silvia. No te voy a engañar. Aunque pase de mí, como bien dices, es amable conmigo y me trata como a una persona, no como a un producto de YouTube.

El rostro de la chica palidece en cuestión de pocos segundos. Intenta mantenerse firme y sobria. No debe dejar que le afecte lo que Toni acaba de decir porque ni siquiera es verdad. Y se encarga de que el valenciano se entere de que ella sabe que miente.

—Solo quieres ponerme celosa. Te conozco muy bien.

—No. No quiero ponerte celosa. Es la realidad, Isa —sostiene el chico más tranquilo—. A pesar de todo, me encantas, pero también me gusta mucho ella.

—No es verdad.

—Lo es. Me está pasando.

—No se puede querer a dos personas a la vez. Eso significa que no quieres a

ninguna. O que te estás engañando a ti mismo.

—Puede ser. Pero me he agotado tanto en este mes que ni yo mismo sé qué es lo que siento —señala Toni, que no desea alargar más la conversación—. Y ahora me voy con mis amigos a cenar. Estás invitada si quieres venir.

La chica no responde. Se da la vuelta y regresa a su habitación. El valenciano se da por vencido y, resignado, camina hasta la puerta del pasillo 2B. Abre y, cuando está a punto de marcharse, escucha la voz de la *youtuber* a lo lejos:

—¡Te queda un día, Toni Pepperoni! ¡Y en un día todo es posible!

Capítulo 54

Toni se incorpora a la cena cuando la mayoría de sus compañeros están terminando. El valenciano no come demasiado y lo hace deprisa, así que los alcanza en el postre. Sin quererlo, se convierte en protagonista. David ve en su móvil el vídeo del *challenge* de los churros con chocolate y se lo enseña al resto.

Después de la tensión que Manu había creado con su discurso, la presencia del *youtuber* valenciano alegra el ambiente. Las bromas de unos y de otros se suceden y durante unos minutos las preocupaciones desaparecen. Aunque no para todos.

Elena es la primera en levantarse de la mesa. La toledana le pide a Iria que la acompañe y esta, extrañada, acepta.

Las dos suben hasta la tercera planta y ocupan uno de los sofás.

—Imagino que luego estarás con Manu y no pienso interrumpiros. Por eso te he sacado de la cena. Tengo que contarte algo muy importante y quiero que me des tu más sincera opinión.

—¿Qué ocurre? ¿Te ha pasado algo malo? ¿Tiene que ver con el sevillano?

—No es nada malo. Y sí, de alguna manera, David me influye en una decisión que debo tomar.

—¿Una decisión que debes tomar? ¿Sobre qué?

—Me han propuesto irme un año a Estados Unidos.

—¡Qué dices! ¿Estás hablando en serio? ¿Quién?

—Una escritora que se llama Heidi Holmes.

—¡Dios! No me lo puedo creer. ¿De qué conoces tú a H. H.?

Elena le explica a la gallega el encuentro con la autora británica y su hija Lisa y la posterior llamada telefónica con la proposición.

—Es increíble. ¡Un año con los gastos pagados y cobrando, en Estados Unidos, con Heidi Holmes! ¿No lo habrás soñado?

—¡No! ¡Pero no sé qué decirle!

—Acepta. Es una oportunidad única.

—Lo sé, pero irme sería dejar durante un año todo lo que tengo aquí y alejarme de vosotros, y… de David.

—A ver, Elena. Piensa —comenta Iria, colocando una mano sobre la rodilla de su amiga—. David y tú no sois nada ahora mismo, ¿no?

—Solo amigos.

—Bien. Y todavía no has decidido si seguir estudiando Derecho o no. ¿Correcto?

—Correcto.

—Y te encanta escribir.

—Me apasiona.

—¡¿Pues a qué estás esperando para llamar a Heidi Holmes y decirle que te vas con ella y con su rubísima hija a recorrer Norteamérica?!

Elena sonríe por la vehemencia de Iria al hablar. Tiene razón. Al menos en parte.

Que David y ella no sean novios no significa que no le duela separarse de él durante todo un año.

—¿Tú te irías?

—¿Yo? Probablemente.

—¿Aunque dejases de ver durante un año a la persona de la que estás enamorada sabiendo que seguramente lo perderás para siempre si te marchas?

—Elena, con todos los respetos, has pasado de David desde que comenzó el año. Él te ha pedido un montón de veces que salgáis juntos.

—Pero eso es imposible. Es el exnovio de mi hermana.

—¿Entonces? Si es imposible, ¿qué quieres de él? ¡Aclárate, mujer!

La gallega se da cuenta de que ha alzado mucho la voz y le pide disculpas a su amiga. Luego vuelve a preguntarle.

—¿Estás enamorada de David?

—Sí, debo reconocer que lo estoy. No me lo quito de la cabeza.

—Ni de la cabeza ni del corazón, amiga mía.

—Ya lo sé. Y no será porque no lo he intentado.

—Eso me suena. Tengo el récord del mundo en intentos de olvidarme de alguien.

—En eso estamos empatadas. Nos inscribirán juntas en el libro de los Guinnes.

Las dos se miran fijamente y se sonríen resignadas.

—¿Qué hago, Iria?

—No lo sé; es nada menos que Heidi Holmes y Estados Unidos.

—No hablaba de eso. ¿Qué hago con David?

—Ah, eso. Uf.

—Sí, uf.

—Creo que debes llamar a tu hermana y decirle que el tiempo de duelo se terminó. Que se busque un novio. Así te sentirás menos culpable cuando te líes con él —comenta la gallega, que saca la lengua.

—Así no me ayudas.

—¡Ni siquiera puedo ayudarme a mí misma! Caigo constantemente en lo mismo una vez y otra. Una vez tras otra. Y… ¡Yo qué sé! Esto es un sinsentido constante.

—No te entiendo. ¿Ha pasado algo?

—¡Pues que hoy lo he vuelto a hacer con Manu!

De nuevo la gallega levanta la voz. Mira a su alrededor y se pone nerviosa por si alguien la ha escuchado.

—¿Cuándo?

—Después de dormir la siesta. En la ducha. Ha sido… espectacular. Pero seguimos sin ser novios ni nada por el estilo.

—Él te quiere.

—No. Él no me quiere. De eso estoy segura. ¡Pero no hablemos más de mí ni de mi amor imposible con el malagueño! Estamos tratando el tema de David, H. H. y su hija Lisa, y tu posible futuro al otro lado del charco.

—Con Heidi Holmes aprendería mucho —reconoce Elena en voz alta.

—Muchísimo. Y seguro que te pagaría bien.

—Eso me ha dicho: que nos pondríamos rápidamente de acuerdo en ese asunto.

—¿Y la experiencia? Eso vale más que el dinero.

—La experiencia sería impresionante. Pero no sé, Iria. No sé.

—¿Qué no sabes?

—David. Un año sin verle, con todo lo que eso supondría, y no solo a nivel sentimental. Nuestra amistad sufriría con la distancia. ¿Y si le pierdo? ¿Y si no vuelve a ser lo mismo?

—Es un riesgo que tal vez debas correr. De todas maneras, vuestra relación ha tenido muchas idas y venidas. Y si habéis soportado eso y sois todavía amigos, muy amigos, un año alejados no debería suponer que las cosas cambiaran en exceso.

—Encontraría a otra.

—Y tú a otro. ¿Y qué?

—Uf. ¿Crees que debo hablar esto con él?

—Sería lo mejor. Así todo te quedaría más claro. O te liarías más —concluye la gallega sonriendo.

—No ayudas, amiga mía. No ayudas. Pero hablaré con David. Y voy a hacerlo ahora mismo.

Quince minutos después, Elena está plantada frente a la habitación del sevillano con la intención de aclarar sus ideas o, como le ha dicho Iria, de alborotarlas todavía más. Va a tocar en la puerta; sin embargo, un ruido la obliga a frenarse antes de hacerlo. ¿Es posible que…? No puede ser. Pega la oreja a la pared para cerciorarse de que no se ha equivocado, aunque desea infinitamente que sus oídos le hayan jugado una mala pasada. No es así. Elena confirma sus sospechas. No hay dudas: aquello es lo que parece. Desolada, regresa a su habitación.

Se tumba en la cama enfadada con David, aunque sabe que no tiene motivos. Él ya se lo advirtió: no estaría esperándola siempre.

Se pone el sujetador, la camiseta y después la gorra negra. Se levanta de la cama y se agacha a por el pantalón. Mientras lo introduce por sus piernas, Silvia sonríe a David. El chico le devuelve la sonrisa, aunque no se siente del todo bien. La extremeña fue a su cuarto después de cenar con la única intención de acostarse con él. No se pudo resistir. En ese instante, no pensó en Elena, ni en que aquella chica le gusta a Toni. La tentación, en caliente, pudo con todo. Ahora, en frío, es diferente.

—Es muy maja Nicole —comenta Silvia mientras busca el cinturón por el suelo de la habitación.

—Sí. Un encanto.

—Es una pena que se tuviera que ir. Aunque, si ella no se hubiera marchado, yo no estaría aquí. Cómo es la vida, ¿verdad?

David responde afirmativamente. Pero no tiene muchas ganas de hablar. Se sienta en la cama y se apoya en la pared, con la almohada en la espalda.

—Manu me ha parecido menos agradable —continúa diciendo Silvia—. Quizás es porque no lo he conocido en su mejor momento. Lo de sus padres ha sido un palo enorme. Eso le afectaría a cualquiera. No os lleváis bien, ¿verdad? Me he dado cuenta durante la cena. Hay mucha tensión entre vosotros dos.

—No nos llevamos ni bien ni mal. Somos incompatibles —indica David, algo sorprendido por la intuición de la chica—. Su forma de ser es distinta a la mía.

—¿Desde el principio?

—¿Desde el principio qué?

—Que si vuestro enfrentamiento es desde que os conocisteis.

—Sí, prácticamente desde el primer minuto. Aunque hemos pasado por varias fases.

La extremeña se sienta sobre la cama y se coloca los zapatos.

—¿Fue Elena el origen de ese conflicto? —pregunta Silvia, que se inclina para atarse los cordones y no ve el rostro desencajado de David—. Perdona si me meto donde no me llaman. Es que hace tiempo que creo que ella y tú… Y a Manu se le cala rápido. Estoy convencida de que Elena le gustaba cuando llegó a la residencia.

David arquea las cejas. ¿Todo eso lo ha intuido ella o se lo ha contado alguien? Sospecha que Toni le ha revelado, directa o indirectamente, demasiada información en las conversaciones que han mantenido en el último mes.

—No sé qué pasa por la cabeza del malagueño, pero creo que sus intereses van por otro lado.

—¿Y tus intereses por dónde van?

—Los míos no son importantes.

—Elena, ¿no?

El sevillano arruga la frente y hace con la boca una mueca de fastidio, provocada por la insistencia de la chica.

—¿Todas estas preguntas a qué vienen?

—Es verdad. Perdóname. No es asunto mío —dice Silvia, que sonríe y se pone de pie—. Estoy un poco nerviosa y hablo de más. No quiero meterme donde no me llaman.

—¿Estás nerviosa por lo del argentino?

—Sí, un poco.

—¿Irás al aeropuerto a recogerlo?

—No, hemos quedado en una cafetería. Una de Gran Vía.

—No vayas. Me preocupa que te quedes con él a solas.

—Tengo que ir, David.

—Pues déjame que vaya contigo.

—Ya hablamos de eso. Esto debo hacerlo yo sola. Te prometo que tendré cuidado. Federico es un mentiroso compulsivo, pero no me hará nada malo. Solo hablaré con

él y terminaré con esta historia para siempre.

La chica se ajusta la gorra y se peina con las manos su larga cabellera rubia. Se acerca a David y le da un beso de despedida.

—Una última cosa —le dice el sevillano antes de que abra la puerta y se marche.

—Dime.

—Ten cuidado con Toni, por favor.

—¿Por qué? ¿Le ocurre algo?

—Tengo la impresión de que le gustas. Si él no te gusta a ti, no le des esperanzas.

La chica vuelve a sonreír. Abre la puerta y sale al pasillo tras confirmarle a David que no debe preocuparse por eso.

Capítulo 55

Después de cenar, Manu decide irse por su cuenta y dar una vuelta por los alrededores de la residencia para despejarse. Desde el entierro de sus padres no había estado con tanta gente a su lado. Se siente agobiado. Nota cómo le miran y cómo le juzgan, aunque ninguno de ellos se atreva a decírselo a la cara. Ni siquiera Julen. Su amigo navarro parece otro. ¿O es él quien ha cambiado tanto?

Rodea el edificio hasta llegar a la cascada del lago. Desde allí puede ver las ventanas de las habitaciones de las chicas. Hay luz en la de Elena y en la de Iria. También en la de la nueva. ¿Silvia? Apenas la ha escuchado hablar durante la cena, pero tiene pinta de no haber roto un plato en su vida. No se lo cree. El tiempo y la experiencia le han enseñado a no fiarse de nadie.

Aquella noche no lleva estrellas. Las farolas iluminan su desgarbada figura en la oscuridad y teme que alguien lo vea. Le apetece estar solo y sabe dónde no lo buscará nadie.

Recorre los pasos que le han llevado hasta allí y se dirige otra vez al interior de la residencia. No estará demasiado tiempo. Se mete en su cuarto y sale casi inmediatamente. Solo ha entrado para coger algo que necesita. Se da prisa para no coincidir con ninguno de sus compañeros y atraviesa el pasillo a toda velocidad. Lo consigue. No se cruza con nadie.

Sin embargo, cuando pasa por recepción, alguien le llama. El malagueño se gira y descubre al bedel saliendo del mostrador y acercándose hasta él.

Jesús le da un abrazo y el pésame por la muerte de sus padres.

—Hasta ahora no había coincidido contigo —dice el hombre, que le golpea cariñosamente en el brazo—. ¿Cómo estás?

—Mejor. Muchas gracias, Jesús.

—Hacía mucho tiempo que no te veía. Me alegro de que estés de nuevo con nosotros. Cualquier cosa que necesites, pídemela.

—Intentaré no molestar demasiado.

—No molestas, Manuel. Estamos para eso. Así que aquí nos tienes para lo que sea.

—Muchas gracias.

El bedel le vuelve a dar una palmadita en la espalda y regresa a su puesto de trabajo. El malagueño se despide de él y sale de la residencia.

Aquel hombre le cae bien. En realidad, siempre han tenido una buena relación y la simpatía parece que es mutua. Seguro que él se dio cuenta de que transcurrieron varias semanas sin que pisara el suelo de la Benjamin Franklin. Sin embargo, no avisó a ninguno de sus jefes, respetando su intimidad y las razones de su ausencia sin ni siquiera saber qué sucedía. Si el pobre Jesús supiera lo que guarda en el bolsillo del pantalón, a lo mejor no sería tan amable con él.

Manu baja los escalones y enfila el caminito que conduce hasta el edificio en el

que se encuentra la piscina climatizada. Mientras lo recorre, recuerda la noche que pasaron allí Julen, Iria y él. Huían de los veteranos y de sus inocentadas, aunque, al final, también ellos sucumbieron ante Carmona y toda su tropa. En esos días, estaba enamorándose de Elena y a la gallega ni siquiera la contemplaba como opción, aunque siempre le llamó la atención su manera de ser. Le encantaba discutir con ella y que se enfadara. Aquellos enfrentamientos dialécticos a ver quién era capaz de imponerse al otro, los echa de menos. El amor suaviza las neuronas y te hace más sensible. ¿Es lo que le pasa ahora con Iria?

Ya delante de la puerta trasera del edificio, saca la llave de su bolsillo y abre. Es una suerte disponer de aquella copia que hizo en septiembre. Enciende la luz y contempla la impresionante piscina. Se aproxima hasta el bordillo y mete la mano dentro. El agua está tan apetecible que no tarda en quitárselo todo, menos la ropa interior, y lanzarse de cabeza. Durante varios minutos, nada de un lado para el otro. En ocasiones más deprisa, intentando hacerlo en el menor tiempo posible. En otras, simplemente trata de recuperar las energías y relajarse.

Agotado, nada hacia una de las esquinas y apoya la espalda contra las losas. Estira las piernas y cierra los ojos. Solo ve oscuridad; no aparecen Fernando ni sus padres. Nada. Una nada maravillosa, que irradia paz.

Pasa más de un cuarto de hora relajado, sin sufrir ni caer en recuerdos que puedan lastimarle. En aquel pensamiento en blanco, vestido de negro, solo acude Iria de vez en cuando. La gallega se ha preocupado más por él que su propia familia. Y sabe que le quiere. Le quiere mucho.

—No deberías dejar la puerta abierta cuando nades medio desnudo en un sitio en el que es ilegal que estés.

Manu abre los ojos de golpe cuando escucha aquella voz que le advierte. Julen tiene una toalla en la mano y le sonríe.

—¿Qué haces aquí?

—He visto por la ventana que venías hacia la piscina y que no tendrías con qué secarte —contesta el navarro, que se quita los zapatos y se remanga los pantalones. A continuación, se sienta en el borde y mete los pies dentro del agua—. Hace mucho tiempo que no pasamos un rato a solas. Esta es una buena oportunidad. ¿No crees? ¿O te molesto?

—No molestas. ¿Por qué no te metes? Está muy buena.

Julen se lo piensa un instante y decide hacer caso a su amigo. También se deshace de la ropa, excepto del bóxer, y se lanza a la piscina. Da unas cuantas brazadas y después se coloca junto a Manu.

—Tenías razón. Está perfecta.

—Es una suerte tener la llave. Creo que vendré aquí todas las noches.

—¿Para estar solo?

El malagueño asiente y hunde la cabeza en el agua durante tres segundos. Cuando regresa a la superficie, contempla a Julen. Este también lo mira y trata de sonreír.

—¿Cómo te va, amigo? —le pregunta, rescatando de su interior momentos en los que estaban mucho más cerca el uno del otro.

—Pues adaptándome a todo esto. Aunque cuesta. Volver después de tanto tiempo y con tanta carga detrás no es lo más fácil del mundo.

—Te entiendo. Incluso es complicado para los que no nos hemos ido. A veces no vemos más allá de lo que pasa en nuestro microhábitat. Como si no existiese nada más. Y, cuando te das cuentas de que la residencia solo es un granito de arena en mitad de la playa, terminas asfixiándote.

—¿Te pasa eso? ¿Te estás asfixiando aquí dentro?

La expresión del navarro delata que tampoco lo está pasando bien. Manu se da cuenta porque lo conoce a la perfección. Él no es de hacer muecas ni de exagerar sus problemas. Cuando Julen se encuentra mal es porque algo grave está ocurriéndole.

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste —responde muy serio—. Algunas importantes. ¿Sabes que tengo novio?

—Algo me han contado. Mejor, menos competencia para mí.

—Qué capullo eres —dice divertido el navarro—. A ti ya solo te gusta una, amigo mío. Los dos lo sabemos.

—Pareces muy seguro de eso.

—Me he fijado en cómo la miras. Esa no es la mirada del cazador que tenías cuando llegaste a Madrid. Diría más bien que se trata de la mirada de un oso amoroso.

—Por favor, no destruyas lo poco que me queda de reputación.

—¿Se lo has dicho?

—¿El qué y a quién?

—A Iria, que la quieres. Que estás enamorado de ella.

El malagueño dibuja media sonrisa y hunde de nuevo la cabeza bajo el agua. Diez segundos más tarde, emerge.

—Háblame de tu novio —dice Manu, eludiendo responder a la pregunta de Julen.

—Marc es un tío fantástico. En algunas cosas se parece a ti. Por fuera, su apariencia es la de un chulo al que no le importa más que su aspecto. Pero por dentro, cuando lo conoces, descubres que es un chaval sensible, bueno y que se preocupa más por otros que por él mismo.

—Hablas tan bien de él que me va a terminar gustando a mí —bromea el malagueño.

—No es tu tipo. Además, ahora no está atravesando su mejor momento.

—Así que estás así por él.

—Sí. Hoy nos hemos enterado de que un chico con el que se lio tiene sida.

—¿En serio? ¿Sida?

—Sí, ya ves. En España, en pleno siglo XXI, estas cosas siguen pasando. Esta tarde me he hecho las pruebas, pero a él no hay forma de convencerle.

—Tiene miedo al resultado.

—A mí también me da miedo que esté infectado o que los dos hayamos contraído el virus. Pero hay que ser consecuentes y enfrentarse a los problemas.

Manu asiente y se ve reflejado a sí mismo en la reflexión de su amigo. Él lleva metido en problemas desde los quince años y nunca los ha afrontado de verdad. Siempre ha huido de ellos o los ha evitado a base de excusas. La peor de ellas: la droga, con la que ha venido todo lo demás.

—Terminará entrando en razón.

—Más nos vale —comenta el navarro, afligido—. Si queremos avanzar en lo nuestro, tenemos que solucionar este asunto cuanto antes. Es imposible vivir con esta incertidumbre. Nos destrozará.

—Siento que estés pasando por algo así. Espero que se solucione y seáis muy felices juntos.

—Solo pretendo eso, Manu: ser feliz. Pero está claro que nosotros mismos somos nuestro enemigo más feroz.

—¡Qué me vas a contar a mí! ¡A Noé le vas a hablar de la lluvia!

La expresión del malagueño hace sonreír a Julen, aunque haya tanto dolor detrás de aquellas palabras. Si hay alguien a quien le han pasado cosas terribles ha sido a él.

—No sé si he estado a la altura de las circunstancias —dice el navarro sobrio—. Muchas veces pienso que podía haberte ayudado más, que no he sido un buen amigo.

—Tú no tienes la culpa de que yo me haya metido en tantos líos. Soy responsable de mis propios actos.

—Yo lo veo de otra manera y me siento culpable.

—Mira, Julen, lo único que no quiero es darte lástima. Ni a ti ni a nadie, como os he dicho en la cena. Iria y tú sois muy importantes para mí y cuando la normalidad llegue a mi vida, si es que llega, os quiero recuperar tal como erais conmigo antes de que apareciese toda la mierda que ha venido después. ¿Entendido?

—Sí, pero…

—Ni una palabra más —le interrumpe el malagueño, chapoteando en el agua y salpicando a Julen, que se cubre la cara con las manos—. Te reto a una carrera a tres largos. El que pierda sube a la residencia en ropa interior. ¿Aceptas?

El navarro hace como que se lo piensa y responde con una sonrisa.

—Ni de coña. Pero me vas a dejar la llave de este sitio para hacerle una copia por si decides volver a desaparecer.

—La única que me puede hacer desaparecer es la policía —responde Manu, a mitad de camino entre la broma y algo mucho más serio.

—¿Es por lo que pasó en Edimburgo?

—Creía que nunca me ibas a preguntar por eso.

Y, dando una brazada, se aleja nadando de su amigo navarro, alegrándose de que las cosas empiecen a ser como antes.

Capítulo 56

Son casi las doce de la noche y Toni todavía está despierto y sin mucha intención de irse a dormir. Revisa una vez más las visitas y los *likes* del vídeo que subió hace cuatro horas. Seis mil visualizaciones y más de ochocientos «deditos hacia arriba». Está genial. En cambio, el número de suscriptores permanece más o menos igual. Solo han aumentado en cincuenta y siete durante ese rato. Insuficientes para acercarse a la cifra de seguidores con la que cuenta Isa en su canal.

Y qué más da. Aquel reto es estúpido, casi tanto como la *youtuber* que le ha desafiado. Si quisiera estar con él, no le habría puesto una prueba tan complicada. Si no fuera porque le ha gustado tanto la experiencia de grabar vídeos para YouTube, en cuanto terminara aquella historia cerraría su canal. Lo haría de manera melodramática, simulando la muerte de Toni Pepperoni a lo Sherlock Holmes. Pero no va a dar por finalizada su aventura en Internet. Al contrario: acaba de empezar y tiene muchas ideas para el futuro.

La discusión con Isa le ha dejado mal sabor de boca. Si esa chica fuera su novia, la mayoría de los días terminarían peleándose y echándose en cara un sinfín de cosas. Hasta podrían crear un canal en el que grabaran sus enfrentamientos. Se llamaría *Isa come Pizza* versus *Toni Pepperoni* y la gente votaría en los comentarios quién de los dos lleva la razón. Sonríe con la ocurrencia y actualiza el vídeo de los churros para ver si tiene nuevas opiniones.

No sucederá. Jamás serán novios. Acaban de dar las doce en punto y faltan menos de veinticuatro horas para que termine el plazo del reto. Ni un milagro le ayudaría a vencer a Isa.

Chasquea la lengua y se maldice por pensar tanto en ella. No debería dedicarle ni un segundo más. Lo que tendría que hacer realmente es pasar más tiempo con sus amigos; especialmente con Nicole. Ahora es demasiado tarde, pero mañana, después de la universidad, intentará estar con ella todo lo que pueda. El carácter de la peruana le recuerda, en cierto modo, al de Silvia. Ambas sonríen constantemente y miran la vida de manera optimista y positiva.

Los ojos de Toni se pasean por la habitación y se detienen en la caricatura que le ha dibujado la extremeña. La ha colgado en el tablón de corcho en el que tiene las fotografías de su familia y de sus amigos. Esa chica es muy talentosa. Desde que acabó de cenar, ha visto varias veces el vídeo de la dama y el vagabundo. No el que ha subido a su canal, sino el material que se ha guardado. Aquel beso con Silvia ha sido como un sueño.

El sonido de su WhatsApp le devuelve a la realidad. ¿Quién será a esas horas?

«Tío, ¿estás despierto?».

El mensaje es de David. No tiene muchas ganas de hablar, pero, cuando le ha escrito tan tarde, habrá sido por un buen motivo. Responde que sí y un minuto después llaman a la puerta de la habitación. Toni se levanta y abre.

—Hola, compañero —le saluda el sevillano algo acelerado. Entra en la 1154 y se sienta encima del escritorio. El otro chico se acomoda en la silla.

—¿Qué quieres? Son más de las doce.

—Solo quería hablar un rato contigo.

—¿Sobre qué?

David va a contarle algo cuando se percata de la caricatura de su amigo en el corcho. Se baja del escritorio y se coloca frente al tablón. Contempla la lámina y la firma de la autora.

—¿Te ha dibujado Silvia?

—Sí, esta tarde. Se me ve demasiada cabeza, pero está muy conseguida, ¿no te parece?

—Se te ve mucha cabeza porque tienes mucha cabeza. Y con el pelo rapado aún sobresale más del resto de tu cuerpo.

—Gracias por tus halagos. Bueno, ¿qué has venido a decirme?

David se muestra dubitativo. A lo largo de la noche, ha debatido consigo mismo si debía contarle a Toni su historia con Silvia. Teme que su amigo se enamore de la extremeña y que esta le haga daño. Sin embargo, ahora, cuando lo tiene delante, no se atreve a decirle la verdad. A lo mejor le duele más que se haya acostado con ella.

—He hablado con… Manu —improvisa, sacándose una carta de la manga—. Me lo ha contado todo.

—¿Sabes qué pasó en Edimburgo entre él y Fernando?

—Sí, fue un accidente. He prometido que no hablaría del tema, pero creo que debes saber la verdad. Es lo justo.

Durante más de veinte minutos, David le explica a su amigo lo que el malagueño le ha revelado por la tarde. Tenía decidido hablar con él sobre ese tema, ya que ambos lo habían investigado juntos, pero no tan pronto. En cambio, la improvisación y las dudas le han llevado a comentar aquel asunto con el valenciano antes de lo previsto.

—¿Crees que debería entregarse? —pregunta este, impresionado por el relato que acaba de escuchar.

—Eso le dije yo. Pero teme que lo encierren.

—No estoy muy puesto en el tema. ¿De qué lo acusarían? Fue sin querer.

—Ni idea. Tal vez de homicidio involuntario. Aunque el hecho de que le cortara los dedos, se deshiciera de sus cosas y le desfigurara la cara podría convertirlo en sospechoso de asesinato.

—Eso serían muchos años de cárcel.

—Se mire por donde se mire, está metido en un lío. Pero mientras no identifiquen el cuerpo de Fernando en Escocia, no hay problema.

Toni se pasa la mano por la cabeza y se la frota con intensidad. Hay algo que se le

ha ocurrido mientras hablaba con David.

—¿Y nosotros? ¿No seríamos sus cómplices por ocultar lo que sabemos?

—Pues, ahora que lo dices, es posible.

—Entonces, ¿deberíamos ir a la policía?

—Manu y yo no nos llevamos bien. Él me ha hecho la vida imposible durante varios meses. Pero nunca lo entregaría de esa manera —señala David con firmeza.

—Ya. Tienes razón. No podemos hacerle eso, y menos después de todo lo que ha sufrido. ¿Somos los únicos que lo sabemos?

—No. Iria también está enterada de toda la verdad.

—¿Nadie más? ¿Hay alguien que pueda denunciar algo relacionado con el caso? —pregunta preocupado Toni.

Los dos se lo plantean durante un instante. Sus compañeros de pasillo solo están informados de una parte de la historia y no contemplan que ninguno de ellos acuse de nada a Manu ni vaya a la policía con la historia. Eva tampoco. Ella también tiene mucho que callar y no haría nada que perjudicara al chico.

—Verónica —dice David, pronunciando en voz alta el nombre de su exnovia, que le viene de repente a la mente—. Ella no es muy de fiar. Sabe que Fernando murió en Edimburgo porque yo mismo se lo conté. Pero no creo que vaya a la policía para confesarles que Manu mató a Fernando.

—¿Estás seguro?

—No, por supuesto que no lo estoy. Vero es una persona inestable y cambiante desde que sucedió lo de Rocío. Pero justamente hablé con ella esta mañana y me contó que había conocido a alguien y que quería dejar atrás el pasado para siempre. O, por lo menos, que lo iba a intentar. Así que no creo que le delate.

Lo que le dice David no tranquiliza excesivamente a Toni. Si esa chica acude a una comisaría y cuenta que sabe dónde está Fernando, a ellos los puede perjudicar. Solo sería cuestión de tiempo que se fueran atando cabos. Si Manu es condenado por asesinato, ellos podrían ser acusados de complicidad.

—Deberías hablar con Verónica y advertirle.

—¿Qué? ¡Me despedí esta mañana de ella para siempre! ¡No voy a volver a llamarla!

—¿Y si nos la juega?

El sevillano entiende la preocupación de su amigo. Él también empieza a no estar seguro de que Vero no termine metiendo la pata. Pero volver a ponerse en contacto con ella, después de lo que se dijeron esa mañana, no le agrada precisamente.

—¿Quieres que la llame?

—¿No estará dormida?

—Vero duerme muy poco por las noches. Se acuesta muy tarde, cuando ya no puede más. La oscuridad le da pánico.

—Entonces llámala. Así nos quedamos los dos más tranquilos.

David asiente y, acompañado de Toni, regresa a su cuarto para coger el móvil.

Marca el número de Verónica y aguarda expectante a que responda. El tono de voz con el que la chica contesta es la prueba evidente de la sorpresa que se ha llevado.

—¿David? ¿Eres tú?

—Hola, Vero. Perdona que te moleste a estas horas.

—No te preocupes, ¿qué pasa?

—Sé que esta mañana te dije que nuestros caminos se separaban para siempre y que nunca más volveríamos a hablar.

—Ha durado poco ese «nunca» —dice la chica con algo de sarcasmo, aunque se le nota que continúa confusa debido a la llamada del joven—. No te andes por las ramas, cuéntame qué quieres.

—Asegurarme de que no vas a hablar con nadie de lo de Fernando. Es muy importante que quede solo entre nosotros. Si sale a la luz, nos podríamos meter en un lío.

El silencio que se produce al otro lado de la línea le da muy mala espina a David, que mira preocupado a Toni. Este hace aspavientos con las manos para que le cuente lo que le está diciendo. Sin embargo, el sevillano no le hace caso y se dirige otra vez a su exnovia.

—Vero, no le has contado nada a nadie, ¿verdad?

Pero la joven continúa sin responder. David se inquieta todavía más, lo que provoca que los nervios de Toni también aumenten.

—Verónica, ¿sigues ahí?

—Toda madre tiene derecho a saber dónde está su hijo, y más si este ha muerto —responde la chica, con un punto de emoción en la voz.

—¿Qué dices? No te comprendo.

—Esta tarde le he escrito una carta anónima a la madre de Fernando. Tranquilo, no he dado ningún nombre. Ni el tuyo ni el de Manu. Ni siquiera el mío. Pero, si quiero alejarme de todos los fantasmas que me persiguen e intentar continuar con mi vida, no puedo agregar más cargos de conciencia a mi corazón.

Domingo, 10 de mayo de 2015

Buenas tardes:

Disculpe si no me presento ni firmo esta carta. Solo le escribo para hablarle de su hijo Fernando. No puedo darle muchos datos ni ofrecerle demasiada información. No la tengo. Pero sí sé algo, con total seguridad, que me entristece mucho comunicarle: Fernando ha muerto. Lo siento. Una madre no merece enterarse de esta forma de algo tan importante.

Si nadie se ha puesto en contacto con usted ha sido porque el cuerpo de su hijo se encuentra sin identificar en Edimburgo. Hable con la policía española, que se coordine con la escocesa y hagan las gestiones oportunas para que le devuelvan a Fernando y pueda enterrarle para que descanse en paz.

Le vuelvo a dar el pésame y le pido disculpas por no ser más clara, pero, como comprenderá, no puedo arriesgarme a que me

acusen de algo que no he hecho. Yo solo soy una persona que desea ayudarla.

Una vez más, lo siento.

Toni y David se quedan pensativos después de la llamada telefónica de Verónica. Es cuestión de tiempo que la policía investigue lo que ha sucedido en Escocia.

—¿Y ahora qué hacemos? La cabeza me da vueltas —comenta Toni mientras se masajea ambas sienes.

—Que la madre de Fernando se haya enterado de que el cuerpo de su hijo está en Edimburgo no implica que nosotros seamos culpables de nada.

—Pero implica que hay alguien que se lo ha cargado y que se ha tomado muchas molestias en deshacerse de las pruebas que lo identificaban.

—Ya, Toni. Pero ¿qué podemos hacer? No vamos a acusar a Manu.

—Estoy harto de mentir y de ocultarme.

—Todos mentimos. Forma parte de la naturaleza humana —indica David agotado. Se tumba en la cama boca arriba y mira al techo de su habitación—. Estamos fabricados para engañar cuando la ocasión lo requiere, aunque nos sintamos culpables por hacerlo.

—Pues yo me niego a convertirme en un mentiroso compulsivo. No quiero más mentiras en mi vida.

—Hay situaciones que duelen más que las mentiras.

—Prefiero que me dañen a que me mientan.

—Eso lo dices ahora. Pero no siempre se le puede contar a alguien toda la verdad de las cosas.

El valenciano nota algo extraño en la voz de David cuando habla. Como si se estuviese excusando y hablara de sí mismo. Quizás solo sea una de sus paranoias, pero le ha incitado a dudar de él.

—¿Esto va por algo en concreto? —pregunta Toni, buscando algún detalle revelador en el rostro de su amigo, que se ha sentado en la cama—. Me da la impresión de que hablas sobre ti y sobre… mí. ¿Acierto o es una de mis tonterías?

Todo lo que había previsto decirle y a lo que le ha dado tantas vueltas durante la noche acude de nuevo a su cabeza. Ya no hay forma de salir de esta.

—No es que te haya mentido exactamente, Toni. Pero te he ocultado algo que ha sucedido en el último mes.

—¡Así que estoy en lo cierto! ¡Estabas hablando de nosotros!

—Eso parece.

—¿Y en qué me has mentido?

—Como te he dicho, no es una mentira en sí. Pero ha habido algo que…

—David, joder. ¡Dímelo ya y no me tengas más tiempo en tensión! ¿Qué has hecho?

El sevillano baja la cabeza y enseguida la alza otra vez para mirar a Toni a los ojos. Ya no hay marcha atrás, ni valen más improvisaciones.

—Silvia y yo… Bueno, ya sabes… Ya sabes.

Capítulo 57

Recuerda pocas noches tan duras como esa. Prácticamente no ha dormido. A las seis y media de la mañana, decide levantarse y darse una ducha con la esperanza de despejarse un poco. No lo consigue. Más bien al contrario. Elena tiene metidos en la cabeza los gemidos que escuchó en el cuarto de David después de cenar y no puede sacárselos de encima.

¿Quién sería la chica?

A lo largo de la madrugada, se ha preguntado varias veces si no se habría confundido. ¿Y si estaba viendo porno? ¿Y si no eran gemidos? ¿Y si se trataba de cualquier otra cosa? ¿Alguien quejándose? ¿Quejándose de qué?

Tonterías. Así de simple: todas esas suposiciones no son más que tonterías.

¡A quién pretende engañar! El sevillano se estaba acostando con una chica. No solo oyó los gemidos, también el ruido de la cama. El *pack* completo.

Después de la ducha, y de secarse y mirarse y remirarse en el espejo, culpándose por sus indecisiones, se sienta sobre la cama envuelta en una toalla. Está abatida, afectada por los acontecimientos del día anterior.

Se pasa así hasta las ocho de la mañana, la hora en que abren el comedor para el desayuno. A pesar de que no le apetece ir a clase, ni hablar con nadie, está muerta de hambre. Baja sola y entra la primera. Llena una bandeja con cruasanes, frutas, galletas y un zumo de naranja natural. También coge un café solo. No suele beberlo así, pero ahora mismo necesita toda la cafeína del mundo.

¿La chica de anoche será su novia? No le ha dicho nada. Es muy raro que David tenga pareja y ella no lo sepa o no se haya dado cuenta. Imposible, no puede ser su novia. ¿Un simple ligue? ¿Alguien con quien solo tiene sexo?

Le entra miedo. ¿Cuántas veces se ha acostado con esa chica? ¿Será de la residencia? ¿La de su clase que le suele dejar los apuntes?

El café sabe muy amargo y quema muchísimo, pero la reconforta. Experimenta un subidón instantáneo con el primer y segundo sorbo. Muerde el cruasán, al que le pone mermelada de melocotón para compensar el sabor amargo del café, y observa cómo Manu se acerca hasta la mesa. El malagueño solo lleva un té con limón y una tostada de pan de molde en la bandeja. Aparta la silla de la derecha de Elena y se sienta.

—Buenos días —lo saluda la chica después de tragar el bocado que le ha dado al cruasán.

—Buenos días —responde él, que se la queda mirando fijamente. Enseguida se percata de sus ojeras—. ¿Tú tampoco puedes dormir por las noches?

—Yo duermo muy bien por las noches.

—Entonces usa otro antiojeras. Ese que utilizas no te va bien.

—Lo tendré en cuenta. O no. Mejor no lo tendré en cuenta.

Elena se da cuenta de que ha sido hostil y bastante desagradable con el

malagueño. Y además sin justificación alguna. Manu no le ha dicho nada tan grave como para que sea tan borde con él. No ha sido más que una simple broma, y encima tiene razón.

—Perdona, Manu. Me he pasado.

—Nada, está bien. Me gusta que me des caña y no finjas que te doy pena como hacen otros. Tú y yo nos tratábamos así antes de que me largara.

—Tuvimos momentos de todo tipo. No siempre estábamos de mal rollo.

—Es verdad. Aún recuerdo tu primer beso. Fui la primera persona que te comió la boca.

—Capullo. Cállate.

Elena sonríe y le da un trago al zumo de naranja. Examina mientras tanto a su amigo y recuerda el día al que se refiere. El primer beso de su vida se lo dio él, en septiembre, recién aterrizada en la universidad. Cuando lo único en lo que pensaba era en estudiar y en ser una buena jurista. ¡Solo han pasado unos cuantos meses! Parece que fue hace siglos.

—Para mí también fue especial.

—Déjate de bromas, que es muy temprano.

—No, en serio —responde sincero Manu—. Estaba loquito por ti. Aquel beso y los que vinieron después los guardo dentro de mí con mucho cariño. Fue una pena que empezaras a salir con el hijo del subdirector. No estaba a tu altura.

—Martín fue un buen novio.

—No estabas enamorada de él. Se veía venir que lo dejarías en cuanto te cansaras. No sé cómo aguantaste tanto. Tenías mejores opciones. Una por encima de las demás.

La chica mordisquea una galleta mientras escucha a Manu, que está claro que se refiere a sí mismo. Le molesta que le diga lo de Carmona, pero otra vez está en lo cierto. Así que no le discute ese punto.

—Entre tú y yo jamás podría haber salido nada bueno —responde Elena—. Hicimos bien siendo solo amigos. Además…

—Además, tú estás pilladísima del sevillano.

—Iba a decir que tú estás enamorado de Iria.

Los dos sonríen a la vez y, a continuación, dan un sorbo a sus bebidas, calcando el gesto, como si tuviesen un espejo delante.

En ese instante, David aparece por la puerta del comedor y coge una bandeja para servirse el desayuno. Elena lo ve y rápidamente se pone de pie.

—Tengo que irme. ¿Vas a ir a clase?

—Por lo menos a saludar a los profesores. Hace mucho que no los veo.

—¿Vamos juntos?

—¿Tú y yo? ¿Juntos? ¿No te habrás enamorado otra vez de mí?

La chica le da un golpe en el brazo y sonríe.

—Te espero en quince minutos en recepción. Cuando el coyote atrape al

correcaminos —le dice Elena, y después de saludar a David con un frío gesto de la mano y colocar su bandeja en el carrito, sale del comedor.

De inmediato, el sevillano se une a Manu en la mesa. Los dos han seguido con la mirada la marcha de la toledana.

—Tío, ¿cómo no estás saliendo con esa chica? —le pregunta el malagueño al tiempo que se echa hacia atrás y niega con la cabeza—. Lo tiene todo y está loca por ti.

—No estará tan loca por mí cuando me ha rechazado tantas veces.

—Eso será porque algo no has hecho bien.

—Salir con su hermana. Es el motivo que me ha estado repitiendo todos estos meses. Y he terminado dándome por vencido —indica el sevillano, resignado—. Pero no hablemos más del tema, por favor. Hay algo que debes saber.

—¿Yo? ¿El qué?

—Verónica le ha contado a la madre de Fernando lo de su hijo.

David le explica detalladamente a Manu la conversación telefónica que mantuvo con su exnovia la noche anterior. El malagueño escucha tan atento como preocupado. Aquello lo cambia todo.

—Maldita sea. Esa tía me ha terminado de hundir.

—¿Qué vas a hacer?

—No tengo ni idea. Es cuestión de tiempo que descubran que fui yo quien estaba con Fernando en Edimburgo.

—¿Y si te entregas a la policía y les explicas cómo pasó todo?

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué?

—Porque ha pasado más de un mes, David. E hice todo lo posible para que nadie descubriera de quién era el cadáver. Nadie se creería que fue una muerte accidental.

—Pero lo fue, ¿no?

—¡Claro que lo fue! ¡No soy un asesino!

—Pues dile la verdad a la policía. Será peor que se presenten ellos en la residencia y te detengan delante de todo el mundo.

—Joder. No tenía bastante con soñar todas las putas noches con él…

El malagueño se frota los ojos desolado. David lo observa y siente lástima por él. Más incluso que cuando murieron sus padres. Está pagando de la forma más cruel posible los errores que ha cometido.

—Bueno, no te vengas abajo ahora. Aún no está todo perdido. Vamos a ver qué pasa.

—Que me pudriré en la cárcel. Eso es lo que pasará.

—No adelantes acontecimientos.

—Sevillano, gracias. Pero en esta historia ya está todo escrito. Solo es cuestión de tiempo que termine encerrado. Los dos lo sabemos. La suerte está echada para mí. Y no puedo decir que ese futuro no sea el que me merezco.

Capítulo 58

Ainhoa ha quedado con Nicole en la cafetería de la facultad después de la tercera clase. La peruana, a lo largo de la mañana, ha llamado a su madre por teléfono para contarle que sigue pensando igual y que, hasta que no le permita tener más libertad y confíe en ella, no volverá a Valencia.

—Esa mujer es terca como una mula. No sé qué voy a hacer —protesta la chica mientras caminan hacia una de las mesas libres de la cafetería, en la que se reúnen los estudiantes de Odontología, Fisioterapia y Psicología.

—Puedes quedarte conmigo los días que necesites. No te preocupes.

—Gracias, Aino. Pero tú tienes que estudiar para los exámenes finales y yo no puedo estar aquí mucho tiempo.

Un compañero de su clase se les acerca y les interrumpe la charla. Saluda a la peruana afectuosamente y se sienta con ellas. Mientras hablan, Ainhoa observa cómo Óscar entra en la cafetería. No está solo. De su mano va una joven morena que se ríe con algún comentario gracioso que él acaba de hacer. Los dos se sitúan en otra mesa, a unos metros de la de ellas.

—Ahora vengo —le susurra la canaria a su amiga. Se levanta y se dirige hacia el lugar en el que se encuentra el vallisoletano con la otra chica.

Ninguno la ve llegar hasta que la tienen delante. La canaria sonríe, tratando de mostrarse lo más alegre y simpática posible.

—¡Hola! —saluda, tal vez alzando excesivamente la voz—. Todavía no nos han presentado. Soy Ainhoa.

La canaria se inclina sobre la otra joven y le da dos besos. Esta se sorprende de tanta efusividad, aunque Óscar ya la había avisado de la personalidad de aquella joven con la que tuvo una particular historia. Sin embargo, reacciona con tranquilidad y se presenta.

—Yo soy Sofía.

—Lo sé. Tu novio me habla continuamente de ti —exagera Ainhoa—. ¿Qué? ¿Tomando un cafelito entre clase y clase?

—Sí, pero no tenemos mucho tiempo —indica el vallisoletano algo abrumado—. Tenemos que ir a hacer unas fotocopias. ¿Estás sola?

—No, con Nicole —responde, y señala con el dedo hacia la mesa en la que la peruana conversa con su antiguo compañero de clase—. También estaba con nosotros en la residencia, pero se tuvo que ir a Valencia en Navidades. Solo ha venido a Madrid de visita —le explica a Sofía.

—Sí, Óscar me lo ha contado.

—¡Ah! ¡Perdona! ¡Qué tonta! Imagino que te ha contado muchas cosas sobre nosotros.

—Alguna que otra.

—¿Sí? ¿Y de mí qué te ha dicho? —pregunta Ainhoa, soltando a continuación

una carcajada nerviosa.

Sofía mira a su novio, que no se atreve a hacer ningún gesto por si la canaria lo capta y se lo toma mal.

—Que eres una de sus mejores amigas en la residencia —contesta la joven con tranquilidad—. Una de las componentes del famoso pasillo 1B.

—¿Solo eso? ¡Con la de cosas que hemos vivido juntos! Seguro que le has contado más sobre mí, Óscar.

—Pues no lo sé —comenta el aludido, que no sabe si se refiere a lo de sus problemas con la comida.

Sofía está al tanto de todo. Pero aquel no es el momento ni el lugar para hablar del tema. Sería muy violento.

—¿Por qué no quedamos un día los tres para conocernos más? —propone Ainhoa mirando primero a su amigo y a continuación a su novia.

—Sí, me encantaría.

—Cuando acabemos los exámenes —dice Óscar, que de repente se ha puesto muy serio.

—¿Tan tarde? ¡Mejor antes de que empiecen!

—Por mí no hay problema. Un día de esta semana o de la que viene podemos quedar para tomar un café o cenar —apunta Sofía.

—Perfecto. Pues ya lo vamos hablando. Me vuelvo a mi mesa para salvar a Nicole, que ese chico debe de estar volviéndola loca. Un placer.

—Igualmente. Nos vemos pronto.

—Sí. Adiós. Y a ti te veo luego, Óscar. *Ciao*.

La canaria se aleja de la pareja y regresa junto a la peruana, que se acaba de despedir de su antiguo compañero de clase. Se sienta otra vez y resopla.

—¿Esa es la novia de Óscar?

—Sí. Se llama Sofía y estudia Psicología como él. Es muy guapa, ¿no crees?

—¿Sabes? Eres un poco masoquista. ¿Para qué has ido a hablar con ellos?

—Yo tampoco me comprendo a veces. No sé si ha sido una buena idea —comenta Ainhoa a la vez que, pensativa, apoya las manos en ambas mejillas—. Solo pretendía ser agradable con ella y actuar con naturalidad. Pero si hay algo que no se me da bien cuando estoy nerviosa es ser natural. ¡Hasta le he propuesto quedar un día los tres juntos!

—Eres una cabecita loca. Te voy a buscar un novio en Tinder.

—No, gracias. Nada de novios. Y menos de aplicaciones de contactos.

—Pues te vendría bien salir con alguien, Aino. No digo que vaya a ser el amor de tu vida y que os caséis el mes que viene, pero te haría bien tener la mente ocupada con otro chico.

—Estoy bien. Superándolo. De verdad. Solo que, a veces, me dan bajoncillos.

La peruana le hace una carantoña en la cara y se pone de pie.

—¿Qué quieres? Te invito yo. Por las molestias causadas.

—Te dejo que me invites a una Coca-Cola, pero insisto en que me encanta que estés conmigo y que te quedes en mi habitación todo el tiempo que haga falta.

—Eres muy buena amiga, Aino. Y estoy segura de que en Tinder encontrarás lo que te hace falta para ser feliz.

La canaria suelta una carcajada y observa cómo Nicole se marcha canturreando a pedir las bebidas. En realidad, ella sí es una buena amiga, la mejor que puede tener. Le apena que pronto deba regresar a Valencia y tenga que enfrentarse a una situación tan complicada. Pero la vida es injusta incluso con personas como ella, que solo hacen el bien y se lo ponen más sencillo a otras.

En esa misma cafetería, quince minutos más tarde

El día está resultando una auténtica tortura. Julen se está saltando la cuarta hora de clase; lo cierto es que no se sentía con ánimo suficiente para ir. Está sentado solo en una mesa del fondo del establecimiento. En todo lo que lleva de lunes, no había hablado con Marc, ni siquiera por WhatsApp, hasta hace unos minutos. Su novio le llamó en el descanso entre clases. La conversación fue seca, rápida y directa.

—¿Dónde estás?

—Acabo de salir de clase.

—¿Puedes quedar en un cuarto de hora en la cafetería de tu edificio?

—Sí, ¿para qué?

—Ahora te lo cuento. Nos vemos.

Y allí está el navarro, esperando a que Marc aparezca y le explique de qué va aquello. Desea y ruega que llegue con buenas noticias, aunque por el tono de su voz no ha podido descifrar si lo serán o no. ¿Y si ha decidido hacerse las pruebas del sida? Esa sería la mejor de las noticias.

Un par de minutos antes de lo acordado, el joven catalán cruza la puerta de la cafetería. Camina muy serio. Su figura es imponente. Julen se da cuenta de que varias chicas y algún que otro chico le observan de reojo al pasar por delante de ellos. Cuando llega a la mesa, se sienta sin saludarle con ninguna clase de beso. Coloca sobre la mesa un sobre que abre y del que extrae un par de folios plegados. Los desdobla y se los muestra.

—Son los billetes para Barcelona. Nos vamos en el tren de las dos.

—¿De las dos? ¡Si son las doce y media!

—Mi padre me los acaba de enviar. Los sacó hace veinte minutos.

—¿Y cuándo regresamos?

—Mañana temprano. En el AVE de las ocho. No puedo perder una clase que tengo a las doce.

—Esto es hacer las cosas de forma precipitada y lo demás son tonterías —se queja Julen antes de levantarse.

—Si no quieres venir, puedes quedarte. Anularé tu billete.

—No, no hace falta. Iré contigo a Barcelona.

—Vale. Tenemos que darnos prisa.

La pareja sale de la cafetería y caminan de regreso a la residencia todo lo rápido que sus pies les permiten. Quedan en recepción a la una y cuarto y avisan al bedel de que necesitan un taxi para esa hora. Los chicos se separan y cada uno se marcha a su habitación a preparar lo que necesitan para el viaje.

Julen guarda en su mochila una muda de ropa interior y otra de calcetines, una camiseta, una sudadera y un pantalón vaquero. Se organiza tan deprisa que le sobran quince minutos. Marc y él prácticamente no han hablado en el camino hasta la Benjamin Franklin. La fuerte discusión de ayer sigue muy presente. Espera que el viaje a Barcelona sirva para reconciliarse.

Todo por una imprudencia. No solo debe soportar que su novio sea un cabezota y no haga lo correcto, sino que además se ha enfadado con él.

¿Con qué cara va a mirar a sus padres cuando los vea dentro de un rato? No está muy seguro de poder actuar con normalidad, como si no pasara nada. El secreto que esconden es tan importante que guardarlo representa una responsabilidad demasiado grande.

Sus padres…

A Julen, entonces, se le ocurre algo. Una posible solución al problema; y a ella dedica esos quince minutos que le sobran. Solo espera que en ese caso el remedio no sea peor que la enfermedad.

Mientras tanto, en una de las aulas de la universidad

La clase de Derecho termina y los estudiantes de Criminología salen rápidamente a tomarse un descanso. Iria se levanta y se dirige a la mesa del profesor. Ginés Burgueño, un hombre bajito, canoso y bien vestido, es uno de sus preferidos. La asignatura la aburre. Sin duda, se trata de una de las más pesadas de la carrera, pero aquel abogado criminalista la da de una manera muy especial. Sus explicaciones son amenas, interactivas, con casos prácticos que demuestran lo que intenta enseñar. Gracias a su estilo, las leyes entran mucho mejor.

—Ginés, ¿tienes un momento?

—Claro, Iria. Dime.

La chica lleva toda la clase planteándose hablar con él. Antes de partir rumbo a la facultad, Manu fue a su habitación y le reveló que Verónica le había escrito a la madre de Fernando para contarle lo de su hijo. El malagueño estaba muy nervioso por el nuevo giro que habían tomado los acontecimientos. ¿Qué podría pasarle si descubren que fue él quien le dio el golpe que acabó con su vida?

—Verás, estoy escribiendo un libro —miente Iria, que ha encontrado la excusa

perfecta para charlar con él acerca del asunto que tanto la inquieta.

—¿Sí? Qué interesante. Siempre he visto en ti a una chica con mucho talento.

—Bueno, hago lo que puedo —comenta la gallega, ruborizada—. Es una novela de misterio.

—Mis preferidas.

—A mí también me gustan mucho. El caso es que necesito que me asesores en una cuestión relacionada con el argumento del libro.

—Claro. Cuéntame. ¿De qué se trata?

—Me gustaría saber a qué se enfrenta el protagonista. Qué le podría pasar. El chico se ha peleado con alguien y de un golpe lo ha matado involuntariamente.

—Mmm. Continúa.

—Cuando lo mata, se asusta mucho y decide esconder el cadáver. Además, para que la policía no pueda identificarlo, le corta los dedos para impedir que investiguen sus huellas dactilares y le desfigura el rostro. También le quita la documentación y algunos enseres personales.

—¡Menuda frialdad! Tu asesino es todo un experto.

—No, es la primera vez que lo hace. Y no es un asesino —le aclara Iria, cada vez más nerviosa—. Todo ocurre de manera fortuita. Él no quiere matarlo.

—¿Y qué quieres saber exactamente?

—Necesito conocer la pena y los delitos a los que se enfrenta si lo descubren o se entrega voluntariamente.

—En ese último caso, el juez le rebajaría la pena. Pero, por lo que me cuentas, los delitos serían unos cuantos: homicidio involuntario, si es que logra demostrar que no es un asesinato a sangre fría, mutilación de un cadáver, ocultación del cuerpo, eliminación de pruebas…

—¿Y eso supone cárcel?

—Si sumas todos los años que pediría el fiscal por cada uno de los delitos, sí. No hay duda de que tu protagonista se pasaría una buena temporada a la sombra.

Capítulo 59

Se dirige a la residencia antes de que terminen las clases, pero tiene una misión importante entre manos. Intentará convencer a Silvia de que le permita acompañarla, una última vez. Hasta el momento, la extremeña se ha negado a que David vaya con ella a reunirse con Federico. El argentino ya ha debido de aterrizar en Madrid.

Toca en su puerta y la joven abre a los pocos segundos. No lleva gorra y se ha maquillado y pintado los ojos algo más de lo habitual. Luce un vestido corto azul oscuro y botas altas. Parece tres o cuatro años mayor de lo que realmente es. Sin duda, se ha arreglado para la ocasión.

—Hola, David —le saluda la chica, que se da rápidamente la vuelta para entrar en el baño—. Perdona, pero es que llego tarde.

El sevillano entorna la puerta y se queda en la entrada de la habitación. Desde allí contempla cómo Silvia se empolva las mejillas frente al espejo.

—Te estás poniendo muy guapa para él.

—¿Me ves guapa? Gracias.

—Creía que tu intención era dejarle claro que vuestra historia ha terminado para siempre.

—Era y sigue siendo mi intención. No he cambiado de opinión.

—¿Y por qué te arreglas tanto? Para acabar una relación con alguien, yo me pondría lo primero que pillara en el armario, y ni mucho menos me arreglaría.

—Tú eres tú y yo soy yo —indica la chica con una sonrisa mientras alcanza un pintalabios rojo pasión.

David está desconcertado. Si no supiera lo que aquel tipo ha estado haciendo durante todas aquellas semanas y lo que Silvia le ha contado al respecto, pensaría que su amiga a lo que acude es a una cita romántica con él.

—Quiero ir contigo.

—¿Otra vez con eso? —protesta Silvia sin alterarse ni apartar la mirada del espejo.

—Sí, otra vez. ¿Y si ese tío te hace algo malo?

—Gritaré y saldré corriendo.

—No te lo tomes a broma, por favor. Si Federico viene expresamente hasta España para verte, no se conformará únicamente con hablar contigo.

—Pues es todo lo que obtendrá: una conversación.

La joven termina de pintarse los labios y se limpia con una toallita la comisura manchada de rojo. Echa un vistazo final al espejo y da por concluida la sesión de maquillaje.

—Entonces, ¿no vas a dejar que te acompañe?

—Solo hasta la salida de la residencia. ¿Vienes?

Silvia coge un bolso del mismo color que el vestido, se lo cuelga del hombro y abandona su habitación. David, resignado, la sigue por el pasillo y juntos caminan

hacia el exterior del edificio.

—¿Dónde has quedado?

—En una cafetería en Gran Vía. Ya te lo dije.

—¿En cuál?

—No me acuerdo del nombre. La tengo anotada por ahí. Solo recuerdo que es en Gran Vía.

David está convencido de que recuerda el sitio al que tiene que ir pero no se lo quiere decir por si acaso. Poco a poco ha ido descubriendo que aquella joven no es tan inocente como aparenta. Desde la prudencia y bajo esa sonrisa transparente, maneja muy bien los hilos. Lo que no quiere decir que su comportamiento no sea natural o que lo finja. O tal vez sí. De lo único de lo que está seguro es de que Silvia es diferente a lo que proyecta.

—¿Vas en metro?

—Sí, voy en metro. Y no te pongas tenso mientras estoy fuera, por favor.

—Está bien. Pero si sucede cualquier cosa o notas que el argentino se comporta de una forma extraña, llámame o escríbeme. Estaré pendiente del móvil.

—Si así te quedas más tranquilo, te prometo que te avisaré si hay algo raro.

—Hazlo.

—Que sí. Que lo haré.

Los chicos llegan hasta la cancela de la residencia y Silvia se despide de su amigo con la promesa de que le pedirá ayuda si las cosas van mal. En cambio, a David su intuición le alerta de que hay algo que no cuadra; algo que le provoca desconfianza. ¿El qué? No lo sabe.

Espera unos minutos y él también sale de la residencia. No piensa dejarla sola. Permanecerá cerca de Silvia sin que lo sepa. Tiene un plan. Llama a un taxi y se sube.

—Voy a Gran Vía —le dice al conductor.

—¿A qué parte?

—Ahora mismo se lo digo. De momento, lléveme hacia allí.

Mientras van camino de una de las calles más emblemáticas de Madrid, David consulta en su móvil el plano del metro de la capital. Gran Vía se extiende desde plaza de España hasta la calle de Alcalá. Silvia tiene un buen número de alternativas. Se puede bajar en varias estaciones que, a su vez, tienen tres o cuatro salidas diferentes. Como no sabe a qué altura está la cafetería, es muy complicado acertar la parada de metro a la que su amiga va. E incluso acertando no será fácil dar con la chica. Así que tira de intuición y le indica al taxista que le deje junto a la estación de metro de Plaza de España, la que está pegada al Starbucks.

El joven supone que Silvia elegirá la línea amarilla desde Moncloa, se bajará allí y subirá por aquella salida para encarar Gran Vía desde el comienzo por la acera de la derecha.

No hay mucho tráfico, así que no tarda en llegar al destino. Se coloca estratégicamente para vigilar, sin ser visto, quién sale de la estación. No le queda otra

que confiar en su buena suerte. Por muy rápido que haya ido ella, es imposible que haya salido ya del metro. Si su amiga ha tomado el camino que él ha previsto, aparecerá en los próximos minutos.

En cambio, no es así.

Pasan más de veinte minutos y David comprende que su intuición, en esta ocasión, le ha fallado. Lógico. Las posibilidades de acertar eran escasas.

Está a punto de llamar a Silvia para preguntarle si ya está con Federico, pero no lo hace. Posiblemente su amiga no le coja el móvil y eso le cree mayor preocupación. ¿Entonces? ¿Qué puede hacer?

Algo sigue dándole mala espina en aquel asunto. Y, si a ella le pasa algo malo, no podrá soportarlo. Ya sufrió una mala experiencia en el pasado por no actuar cuando tenía que haberlo hecho. Una experiencia que ha marcado su vida y ha determinado su pasado, su presente y posiblemente su futuro. No va a darse por vencido.

Tiene un plan B. Un loco y absurdo plan B, pero que es lo único que se le ocurre. Camina hacia la esquina y se pregunta en voz baja qué dirección tomar. ¿Acera de la izquierda o acera de la derecha? Hay muchas cafeterías tanto en un sentido como en otro. También en ambas aceras. Piensa un instante y decide tomar el camino de la derecha. Si llega hasta Cibeles y no la encuentra, probará suerte por la acera de la izquierda. Las posibilidades de encontrarla continúan siendo muy escasas, pero no pierde nada por intentarlo.

El primer sitio en el que entra es en el Starbucks. No cree que esté allí, porque la habría visto bajarse en esa salida de la estación de metro. Sube la escalera y echa un vistazo al salón, cauteloso, para no ser descubierto. Como suponía, la extremeña no está. Tampoco en Tapaspaña, Restaurante Lupita, Tapas44, VIPS ni en los 100 Montaditos. David revisa todas las cafeterías que se encuentra a su paso hasta llegar a Callao. En el Starbucks situado en la plaza tampoco la ve.

Continúa andando por Gran Vía, cada vez con menos esperanza de encontrar a Silvia y a Federico. A lo mejor ella le ha mentido y ni siquiera está en esa calle. O han decidido ir a otro sitio. Quién sabe.

La zona que atraviesa ahora es más comercial y apenas hay cafeterías ni bares en la parte derecha de la calle. Se detiene junto al McDonald’s que hace esquina con Montera. No cree que se encuentren ahí, por lo que decide dejarlo atrás y seguir andando hacia Cibeles.

De repente, se le viene una idea a la cabeza. Silvia va vestida de forma elegante; tal vez no sea por él, sino por el sitio en el que han quedado. O por ambas cosas.

El sevillano vuelve a examinar el móvil y descubre que su próxima parada es la cafetería del hotel de Las Letras. Su mente se pone a funcionar de manera acelerada. El argentino necesitará un lugar en el que dormir. ¿Y qué mejor sitio en el que quedar que en la cafetería del hotel en el que te hospedas?

No lo puede asegurar, pero David cree que esta vez no se equivoca. Y esa ansiedad por saber si acierta, o no, le empuja a caminar más rápido. Conforme se

acerca a su destino, más siente que ha pulsado la tecla adecuada.

La corazonada se transforma en certeza cuando llega a la cafetería del hotel de Las Letras. Los ve a través de un ventanal: están sentados en unos sillones blancos. Se tiene que quitar de en medio rápidamente porque Silvia se encuentra de frente a él. Cree que no le ha visto, pero debe andar con cuidado para que no le descubra.

Aprovecha que pasa un grupo de turistas para cruzar, camuflado entre ellos, por delante del cristal. Lo más difícil ya está hecho. Entra en la cafetería y se dirige a una mesa desde la que pueda vigilarlos. La suerte es que la extremeña está de espaldas al resto de la sala y solo lo vería si se girara por completo.

David pilla una revista que está sobre una mesilla supletoria, al lado de donde se ha sentado, y finge que lee. Por encima de ella, observa a Federico. Es un hombre maduro y atractivo, con los ojos muy claros. No parece muy contento. Hace aspavientos con las manos, pero no puede escuchar lo que dice por la distancia entre ellos y la música que está puesta en el local. Suena una balada de Roxette.

—¿Qué va a tomar, señor? —escucha David, que no se ha percatado de la presencia del camarero que le atiende.

—Una botella de agua con gas —responde el joven. Es lo primero que se le ha venido a la cabeza.

—Enseguida, señor. Gracias.

El camarero se retira y el sevillano continúa esmerándose en su intento por captar algo de lo que dice el argentino. Parece que Silvia no habla, simplemente escucha el monólogo de aquel hombre. ¿Qué le estará contando con tanto ímpetu?

Entonces, la música cesa. Por lo visto, el disco de baladas se ha terminado. No tarda en sonar el siguiente: canciones típicas de Brasil. Son apenas diez segundos de silencio. Tiempo suficiente para que David haya podido escuchar unas palabras que le han dejado a cuadros.

—Si quieres que te deje en paz, ya sabes lo que tienes que hacer. Son tres mil euros. Si estoy aquí, es para cobrarlos. Y me da igual que no los tengas. Pídeselos a alguien o roba un banco, pero quiero mi dinero.

Capítulo 60

Qué difícil es estar en un sitio cuando tu mente se encuentra en otro.

A Elena se le ha hecho interminable la mañana. Estaba deseando que llegaran las dos para salir de clase. Se despide de sus compañeros y, cuando está a punto de marcharse, suena su móvil. ¿Qué querrá su hermana a esa hora? No es habitual, más que nada porque ella sale del instituto a las dos y media. Preocupada, contesta.

—Hola, Marta. ¿Qué pasa?

—Nada. ¿Es que no puedo llamar a mi querida hermanita?

—¿A las dos? ¿No deberías estar en clase?

—He salido antes hoy. Bueno, en realidad, me estoy saltando la última hora. Pero es Educación Física, no te preocupes.

—¿Estás faltando a clase? ¿Por qué?

—No me apetecía hacer gimnasia. ¡Hoy teníamos el test de Cooper! —exclama Marta, que siempre ha pensado que correr no está hecho para ella—. Si te soy sincera, tampoco he ido ni a Mates ni a Filosofía.

—¡Joder! ¿Y eso? ¿Ahora te ha dado por faltar a clase? ¿Lo saben mamá y papá?

—¡Claro que no! ¡Cómo se lo voy a decir a ellos! ¡Me matarían!

Elena se pasa una mano por el pelo y se peina nerviosa. Aquella chica jamás dejará de sorprenderla. Aunque hacía tiempo que no la notaba tan alegre. Desde que le contó lo de David, se ha mostrado más bien seca, incluso antipática con ella.

—En fin. ¿Qué quieres? ¿Para qué me llamas?

—Me gustaría hablar contigo de un tema.

—¿De qué tema?

Marta permanece en silencio varios segundos. Elena la oye respirar agitada al otro lado de la línea y espera a que se atreva a contarle lo que le quiere decir. La conoce perfectamente, se trata de algo importante. Y posiblemente esté relacionado con ese cambio de humor.

—Un chico de mi clase se me ha declarado. Me ha confesado que está enamorado de mí.

—¡Qué dices! ¿En serio? ¿Cuándo ha sido?

—Hoy, en el recreo.

—¿Y qué le has dicho?

—¿Con quién te crees que me he estado liando por ahí cuando debería estar en clase?

—¡Marta!

La hermana pequeña suelta una risilla tras el grito de Elena. Esta también sonríe después.

—Se llama Nacho y, te voy a ser sincera, no está demasiado bueno. Quiero decir, que no está cachas ni nada por el estilo. Simplemente es mono. Guapillo. Pero es buen chico y tiene los ojos muy bonitos. Me gusta cómo me mira. ¿Y sabes? Es un

mes más pequeño que yo.

—La edad no importa en el amor.

—Ya sabes que los prefiero mayores. Pero Nacho…, no sé. Es un amor. Le he dicho que sí, que quiero ser su chica.

—Joder, hermana. Me emociona escucharte hablar así. ¡Enhorabuena! Me alegro por ti.

—Lo sé. Por eso no he podido esperar más para contártelo. Ha pasado hace algo más de dos horas. El tiempo de liarnos un rato y acostarnos en su coche.

—¿Qué? ¿Ya os habéis acosta…? Espera. Él no puede tener coche todavía. ¡Es menor de edad!

—Lo has pillado pronto, hermanita —se burla Marta—. Solo nos hemos dado un par de besos. Nos hemos pasado la mañana hablando. Me gusta mucho. Y besa muy bien.

A Elena le alegra muchísimo escucharla hablar así de un chico. No está acostumbrada a que a su hermana le guste alguien de verdad. Además, es el primero después de David.

—Ya me lo presentarás.

—No. Que te enamoras.

—Eres…

—Es una broma, Elena. No más amores compartidos —se anticipa a decir Marta antes de que su hermana se enfade—. También te llamaba por ese tema.

—No entiendo. ¿Qué tema?

—David —indica la más joven de las dos cambiando el tono de voz y poniéndose más seria—. Sé que he sido un obstáculo entre vosotros.

—No es verdad.

—Sí que es verdad, hermana. Si él y tú no estáis juntos es por mi culpa. Eso lo tengo muy claro. No existe otro motivo.

—Las cosas no son tan simples.

—Puede que no. Pero no os he dado ninguna facilidad. Tenía que haberme apartado definitivamente de él cuando lo dejamos y decirte que era todo tuyo. Y no lo hice así, al contrario. Te he presionado para que no salieras con él y además te sintieras culpable. Lo peor es que lo hacía de manera consciente. Deliberadamente. Si yo no podía estar con David, tampoco quería que pudieras estar tú.

A Elena no le agrada lo que oye, aunque no le guarda rencor a Marta. No va a enfadarse más con ella. No por ese asunto. Ella dio primero, besando al chico cuando todavía era el novio de su hermana. Así que, más o menos, están en paz.

—Yo solo quiero que seas feliz. Y espero que te vaya bien con Nacho.

—Gracias, hermana. Yo te deseo lo mismo con David. De verdad. No volveré a molestaros. Y, cuando lo traigas a casa para Navidad o en algún acontecimiento familiar, prometo portarme bien.

Esas palabras de Marta y las siguientes en la conversación están repletas de

buenos deseos y de disculpas añadidas. Elena no dice nada sobre el asunto. Deja que hable y, cuando cuelga y se despide, experimenta una sensación de alivio. Aunque tal vez es un respiro que llega demasiado tarde. Si esa charla se hubiese producido hace unos meses o incluso hace unas semanas, todo sería diferente.

Mientras camina hacia la salida de la facultad, piensa en lo volátil que pueden llegar a ser los sentimientos de las personas. La última vez que habló con Marta, apenas le sacó monosílabos. Últimamente, tenía que tirar de ella y exprimirla para que soltase cuatro frases. Sin embargo, desde hace dos minutos, la vida vuelve a ser como antes. Y todo porque ha encontrado a un chico que le ha hecho olvidar al otro. Así de simple y así de complicado. En cambio, ella sabe que no es real. Nada puede ser como antes: su vida ya no es igual que en septiembre, cuando él apareció.

Ese lunes de mayo luce el sol. La toledana baja las escaleras del edificio donde estudia la que se suponía que iba a ser la carrera de su vida. Qué claro lo tenía todo hace unos meses y qué confusa se ha ido volviendo la situación. Pero todo sucede por algo.

En el camino de vuelta a la residencia, se encuentra con Toni. El chico está parado mirando el móvil. Elena se acerca hasta él y le da un toquecito en el hombro para llamarle. Este se sobresalta de una manera algo ridícula.

—Perdona, no quería asustarte —comenta la chica aguantando la risa. Sin embargo, su expresión cambia cuando observa el rostro de su amigo—. Tienes mala cara. Pareces tristón. ¿Un mal día en clase?

—Un mal día en general. No solo no he subido el número de suscriptores, sino que me ha bajado en las últimas horas.

—¿Y eso?

—No sé. A lo mejor gente que me ha empezado a seguir para que superara el reto de Isa ha dejado de hacerlo cuando ha visto que era imposible.

—No te deprimas por eso. Lo has hecho genial.

—No solo estoy mal por lo del canal.

—¿Qué te pasa? Puedes contármelo si quieres.

Al valenciano le basta la amabilidad de Elena para explicarle lo que tiene metido en la cabeza desde ayer por la noche.

—No debería de estar así, pero no puedo evitarlo —comienza a decir mientras caminan juntos, muy despacio—. Tengo la sensación de que me quedaré solo para siempre. De que no soy suficientemente interesante, bueno o válido para ninguna chica.

—¿Por qué dices eso? Eres eso y mucho más. A mí me pareces un tío fantástico.

—Un tío fantástico al que le han gustado tres chicas en menos de un año y del que han pasado totalmente. Sí, puedo ser muy buena gente o muy simpático en un momento determinado, pero ¿soy capaz de enamorar a alguien?

—¡Por supuesto que eres capaz!

—¿Sí? ¿A quién?

—Ya aparecerá. Si no ha podido ser con Isa, será con otra.

—Otra —repite Toni, sonriendo irónico y todavía más triste—. Me enamoré de una chica por Internet que luego resultó ser un desequilibrado al que buscaba la policía. Después, me entregué y me pillé de una loca a la que lo único que le interesa es YouTube y los *youtubers*. Y, por si eso fuera poco, para una normal que me encuentro en el camino, que me gusta, me ilusiona y me trata bien, resulta que se está acostando con mi mejor amigo.

Elena no tarda en entender lo que Toni le revela. El corazón empieza a latirle tan deprisa que cree que va a salírsele por la boca. Así que era ella. Silvia era la persona a la que anoche escuchó en el cuarto de David. Todo lo que el valenciano le cuenta a partir de ese momento ni siquiera lo escucha. Oye la voz de su amigo, pero en su mente solo se reproducen los gemidos de la extremeña tras la pared del cuarto del sevillano. Siente cómo se le revuelven las tripas y se va asfixiando a cada paso que da. Empieza a sentirse tan mal que tiene que detenerse. Toni la observa alarmado y se para también a su lado.

—¿Qué te pasa, Elena? ¿Te encuentras bien?

—Sí, solo es un mareo. No te preocupes.

—Estás blanca.

—Una pequeña lipotimia. Nada importante —indica al tiempo que cierra los ojos y busca recuperar el aire que le falta—. Continuemos andando.

—Tranquila. No hay prisa. Recupérate.

La joven asiente y, poco a poco, va encontrándose mejor. No le queda más remedio que aceptar la realidad, que no es otra que admitir que David ha encontrado, dos habitaciones más adelante de la suya, lo que ella le ha negado tantas veces. ¿Solo se trata de sexo? ¿Hay amor? Eso ya da lo mismo. Y no piensa sufrir por ello.

—Ya podemos seguir. Estoy bien —le indica a To-ni—. Muchas gracias por quedarte conmigo.

—¿Cómo te iba a dejar sola?

—Eres muy buen chico y seguro que pronto encontrarás a la chica que te mereces. Ya lo verás.

El valenciano se encoge de hombros. No está de acuerdo con ella, pero tampoco va a iniciar ese debate otra vez. La pareja emprende de nuevo el camino hacia la residencia, hasta que se encuentran con dos chicas que vienen de frente y que se quedan mirando fijamente a Toni. Este se da cuenta, aunque no comprende el motivo. Juraría que nunca las ha visto. Ni le suenan sus caras.

—Oye, ¿tú eres amigo de Silvia, verdad? —le pregunta la más alta de las dos, una muchacha muy morena de piel, con el pelo corto. Por su acento, está claro que es andaluza, de la zona de Granada o Jaén—. Te he visto alguna que otra vez con ella en la universidad.

—¿Silvia, la extremeña?

—Sí, la rubia de la gorra que estudia Arquitectura.

—Claro que la conocemos. Los dos somos sus amigos. Estamos en el mismo pasillo en la residencia Benjamin Franklin —indica Toni.

Las chicas se miran entre ellas. La morena del pelo corto le hace un gesto a la otra joven. Esta posee las facciones de la cara muy marcadas, es delgadita y tiene el pelo castaño, largo y liso. Apenas llega al uno sesenta.

—Nosotras también la conocemos —comenta la que tiene acento andaluz.

—¿Sí? ¿Estáis en su clase?

—No, somos sus antiguas compañeras de piso.

Capítulo 61

La conversación de Iria con su profesor de Derecho le ha servido para comprender la gravedad del asunto. Si antes de hablar con Ginés ya estaba preocupada, ahora esa preocupación se ha multiplicado por diez. Y es que, incluso demostrando que el homicidio fue involuntario, Manu podría pasarse unos cuantos años en la cárcel.

Debe advertirle de todo eso lo más rápido posible.

Corre hasta la residencia y se dirige como un rayo hasta el pasillo 1B. No pasa por su habitación, sino que va directamente a la del malagueño. Llama a la puerta, pero no es su amigo quien le abre.

—Hola, Iria, me alegro de verte.

Eva está sonriente cuando se la encuentra de frente, aunque la gallega se percata al instante de la tensión en su cara.

—¿Y Manu?

—Ahora viene. Ha ido a la farmacia a comprar unas pastillas para el dolor de cabeza. Se le han terminado.

—Ah. ¿Y tú qué haces aquí?

—Me ha llamado él. Quiere hablar conmigo.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. No me lo ha dicho todavía. Acabo de llegar. Lo he pillado prácticamente saliendo de la habitación. ¿Hay novedades?

Iria desvía la mirada hacia otra zona del cuarto y duda si debe contarle algo a Eva. Finalmente, decide que, si está allí por petición de Manu, tiene que ser él quien la ponga al día.

—Imagino que el malagueño te ha llamado para contártelas.

—Pero ¿ha sucedido algo nuevo?

—No lo sé. ¿Qué es lo último de lo que te has enterado?

—Vamos, Iria. Cuéntame qué está pasando.

La puerta se abre y salva a la gallega del compromiso. Manuel entra en su habitación y contempla a las dos chicas, aunque su mirada se detiene en la gallega.

—¿Has llegado hace mucho?

—No, un par de minutos.

—¿Le has contado algo? ¿Algo de… eso?

—¿De eso?

—Sí, de eso.

—No nos ha dado tiempo a hablar de nada —indica Iria nerviosa. Ella está allí para advertir a su amigo de lo que puede pasarle si la policía da con él, no para jugar a las adivinanzas.

El chico camina hacia el escritorio y alcanza una botella de agua que ha comprado en las máquinas, antes de ir a la farmacia. Se mete un Nolotil en la boca y traga.

—Dejaos ya de secretos y decidme qué pasa —protesta Eva—. ¿O es que pretendéis hablar en clave todo el tiempo conmigo delante?

—Si te he pedido que vinieras es por algo. Necesito que me ayudes.

—Te ayudo en lo que tú quieras, pero contadme qué sucede.

—Iria, ¿la pones tú al día o lo hago yo?

La gallega hace un gesto con la mano para cederle el protagonismo. El chico explica una vez más lo que sucedió en Edimburgo y añade el asunto de la carta anónima que Verónica ha enviado a la madre de Fernando. Mientras su amigo habla, Iria piensa en lo que su profesor le ha dicho. Deberá esperar el momento oportuno para contarle las consecuencias que tendría que lo detuvieran y lo juzgaran.

—Joder, menudo lío. Y esa chica lo ha complicado todo un poco más —señala Eva, consternada—. ¿Qué piensas hacer?

—Para eso te he llamado. Necesito quedarme unos días en tu casa.

—¿En mi casa?

—Sí. Si la policía me busca, vendrá aquí a por mí. O irá a Málaga. No puedo permitir que me encuentren.

La gallega arruga la frente cuando oye a Manu. Su intención es la de que no le detengan. Pero, según le ha explicado Ginés, la pena sería mucho menor si se entrega. Si, además, huye de la policía y se esconde, cuando lo encuentren, el castigo aumentaría.

—No puedes huir, Manu —dice Iria, muy preocupada al oír lo que pretende hacer.

—Yo pienso lo mismo. No es una buena idea. Además, si te quedas en mi casa y te encuentran, me acusarán a mí de encubrimiento. Sería tu cómplice.

—¡Joder! ¡Nadie me va a encontrar en tu casa!

—¿Y si lo hacen?

—Diré que te he amenazado. Que no te ha quedado más remedio. ¡Pero eso no va a pasar! ¡Solo tú, Iria y yo sabremos que estoy allí!

—Lo siento, Manu. Me encantaría poder ayudarte, pero no puedes quedarte conmigo. No es seguro.

—Y tú sí puedes quedarte con mi droga, ¿verdad? Para eso no has tenido problema.

Las palabras del malagueño impactan en las dos chicas, que se quedan de piedra. Ha tirado a dar. El clima se enrarece en la habitación y la tensión aumenta entre los tres.

—Eso no es como crees.

—¿No? ¿No te la llevaste para venderla? ¿O los engañaste para quedártela y consumirla tú misma?

—Prefiero no responder a eso. Me tengo que ir.

—¿Ahora te tienes que ir?

—Sí, he quedado con mi novio. Siento no poder ayudarte, Manu. De verdad que

lo siento. Deberías reflexionar sobre lo que vas a hacer. Huir y esconderte no es buena idea.

—Sería peor idea quedarme aquí esperando a que la poli venga a por mí y me encierren de por vida.

—Ya eres mayorcito para tomar tus decisiones. Perdonadme, me tengo que ir.

Eva se acerca a Iria y le da dos besos antes de marcharse. La gallega los recibe sin ningún tipo de emoción. Se despide de ella y opta por quedarse en la habitación con Manu. Ahora la necesita a su lado.

—No puedo ir a la cárcel. Me moriré si me encierran —dice el joven cuando se quedan a solas. Se sienta en la cama y agacha la cabeza, desolado.

—Deberías entregarte.

—Yo no quise matarlo. Te juro que no quise. Fue un mal golpe. Él también me dio a mí. Nos pegamos por una estúpida bolsita de coca que le compré a un tipo en Edimburgo. Ni siquiera la había abierto. Pero yo… no quise que eso sucediera.

—Ya lo sé. Y eso es algo que tendrás que contar al juez. El castigo será mucho menor si te acusan de homicidio involuntario y si te entregas. He hablado con uno de mis profesores y…

—¿Se lo has contado a un profesor?

—Sí, pero sin decirle que eras tú, obviamente. Le he explicado que era para una novela que estoy escribiendo.

Iria le detalla a Manu la charla que ha tenido con Ginés. El malagueño se muerde las uñas y escucha desbordado por el miedo y la desolación.

—Estoy perdido —dice temblando—. Estoy perdido.

—Todo va a ir bien. No puedes venirte abajo ahora.

La chica se sienta junto a él en la cama y le acaricia el pelo. Intenta tranquilizarlo. Le coge las manos y las frota con las suyas. No deja de susurrarle que se calme y de repetirle que todo va a ir bien. Sin embargo, Manu entra en pánico. Le tiembla el cuerpo, e incluso le castañetean los dientes.

—Yo no quise matarlo. Fue un accidente. Estoy perdido.

—Estás sufriendo un ataque de ansiedad. Tienes que tranquilizarte. Cálmate.

Sin embargo, Manu parece medio ido.

—Estoy perdido.

Los intentos de Iria son en vano. El chico se tumba de costado en la cama y se encoge, sin parar de temblar. No cesa de insistir una y otra vez en lo mismo. La gallega lo tapa con la manta y después se echa también en el colchón, colocándose frente a él. No se da por vencida. Continúa acariciándole y murmurándole palabras de ánimo.

Poco a poco, la situación va regresando a la normalidad. Manu incluso se queda dormido. La chica también cierra los ojos. Se da la vuelta y pega su cuerpo al de él. Coloca el brazo del malagueño encima de su abdomen, rodeándola, como si la abrazara, y piensa en lo que daría para que aquella pesadilla acabara en ese instante.

Haría lo que fuese para que momentos como ese se repitieran a diario, pero sin aquella presión asfixiante que está acabando con la salud del chico del que está enamorada.

Finalmente, Iria también termina durmiéndose. En sus sueños se mezclan el miedo a perderle y la excitación que le provoca estar tan cerca de él.

No sabe cuánto duerme, pero, cuando despierta, descubre que está sola en la cama.

—¿Manu? —dice en voz baja, con los ojos aún medio cerrados. Da un brinco y se incorpora—. ¿Manu? ¿Dónde estás?

No hay respuesta. El malagueño no se encuentra en la habitación. Tampoco en el cuarto de baño. Ni en el pasillo 1B.

La gallega busca a su amigo por toda la residencia, pero no lo ve. Lo llama en varias ocasiones por teléfono, sin éxito. Su móvil está desconectado.

¡No! ¡Otra vez no!

De nuevo esa sensación de impotencia ya conocida. Esa misma sensación que vivió cuando desapareció en enero, acompañada ahora por el miedo de verle capaz de hacer cualquier cosa. Un miedo atroz. Y es que la desesperación puede llevarle a tomar la peor de las decisiones. Ella lo sabe. Sabe que ahora mismo Manu es capaz de todo. De absolutamente todo.

Capítulo 62

Lleva un rato pensativo, sentado en una cafetería del centro de Madrid. No entiende nada y solo ella se lo puede explicar. David le ha escrito un WhatsApp a Silvia para quedar a comer cuando termine de hablar con el argentino. La chica le ha contestado con un OK en mayúsculas y unos cuantos iconos sonrientes.

Ya no se encuentra en el hotel de Las Letras. Sigilosamente, sin que advirtieran su presencia, se marchó de allí y se metió en el VIPS de la calle Alcalá. Mientras se toma una Coca-Cola esperando a la extremeña, las preguntas se le amontonan en la cabeza. Resulta tan extraño lo que se imagina que no puede creerlo.

Suena su móvil justo cuando se termina el refresco. Se trata de Toni. Lo estará llamando porque no lo encuentra en la residencia. Anoche, medio se enfadó cuando le confesó que se estaba acostando con Silvia. No lo exteriorizó demasiado, pero se le notaba molesto. ¿Querrá volver a hablar con él de eso? Arrastra el telefonito verde que aparece en su *smartphone* para descolgar y salir de dudas.

—Hola, Toni.

—Hola. No te veo por la *resi*, ¿dónde estás?

—En el centro. He venido a comer al VIPS de Alcalá.

—¿Estás solo? ¿No te acompañará Silvia por casualidad?

El sevillano resopla. ¿Por qué pregunta por ella? Realmente a su amigo le gusta aquella chica. Debe contarle a Toni lo que ha presenciado hace un rato.

—No. Pero estará al caer. Hemos quedado ahora. Hoy ha venido a verla el argentino con el que…

—Márchate de ahí. No puedes fiarte de ella.

—¿Cómo dices?

—Esa chica. No es lo que dice ser.

—Explícate, Toni. ¿A qué te refieres?

—Es increíble que me haya vuelto a pasar —protesta el valenciano, que parece que habla para sí mismo—. Me la han vuelto a jugar. Tengo un imán. Aunque, esta vez, tengo el consuelo de que también te la han jugado a ti y al resto del pasillo. No solo yo he sido el *pringao* que ha caído. Qué verdad es esa de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. ¡Y tres si hace falta!

Al tiempo que su amigo divaga, David piensa en las palabras que escuchó dentro de la cafetería del hotel de Las Letras y la expresión de horror dibujada en el rostro de Federico.

«Si quieres que te deje en paz, ya sabes lo que tienes que hacer. Son tres mil euros. Si estoy aquí, es para cobrarlos. Y me da igual que no los tengas. Pídeselos a alguien o roba un banco, pero quiero mi dinero».

Daba la impresión de que la chica estaba chantajeando al argentino. Después de esto, el hombre siguió gesticulando con las manos y acabó llorando, casi de rodillas.

Silvia ni se inmutó, permanecía sentada, sin moverse. Fue cuando David decidió salir de allí y enviarle a la extremeña el mensaje de WhatsApp para quedar a comer. Necesita que le explique aquella escena. No debería tardar mucho en aparecer.

—Toni, ¿puedes dejar de filosofar y contarme de qué estás hablando?

—Al salir de clase, Elena y yo hemos conocido a las que fueron compañeras de piso de Silvia. Nos las hemos encontrado por casualidad.

—¿Las que le hicieron la vida imposible?

—Sí, las mismas. Aunque por lo visto no todo fue como Silvia nos contó.

—¿No? ¿Y cómo fue?

—Diferente. Muy diferente. En realidad, nuestra querida compañera de pasillo se tiró al novio de una de ellas.

—¿En serio?

—Completamente en serio. Además follaron en el piso en que vivían las tres —añade Toni—. En la cama de la propia chica. Aunque eso no fue todo.

David no dice nada y permite que Toni continúe hablando.

—Lo grabó en vídeo y se lo enseñó a ella como prueba de lo que había hecho. Al parecer, fue una especie de venganza por una discusión que mantuvieron unos días antes. María y Cristina, que así se llaman las dos excompañeras de piso de Silvia, le aconsejaron que no siguiera hablando con el argentino al que había conocido por Internet. Era demasiado mayor para ella y vivía muy lejos como para que mantuvieran una relación real. Incluso le advirtieron que podía estar casado y tener hijos. La extremeña no se lo tomó bien. Nada bien. Primero borró completamente el disco duro del ordenador de María, aunque en ese momento no supieron que había sido ella. Y después se las apañó para quedar con el novio de Cristina en el piso, emborracharle y acostarse con él. Ambas historias las tiene grabadas y guardadas en un pendrive y, si no llega a conseguir plaza en la residencia, posiblemente habría continuado vengándose de ambas.

—¿Hizo eso por una simple discusión?

—Sí. Las chicas dicen que se obsesionó con el tal Gaby. La pillaron teniendo sexo virtual con él. Se cabreó un montón el día que le dijeron que no era bueno para ella y que lo mejor era que lo eliminase de sus contactos.

En ese instante, una chica rubia con un vestido corto azul entra en el VIPS. Busca a David con la mirada hasta que da con él. Sonriente, se acerca a su mesa.

—Toni, tengo que dejarte. Silvia acaba de llegar. Luego te llamo.

—Ten cuidado, David. Sus excompañeras de piso dicen que está muy mal de la cabeza y que hasta puede resultar peligrosa.

—No te preocupes. Está todo bajo control. Hasta luego.

El sevillano cuelga antes de que la joven llegue hasta él. Se pone de pie para recibirla y se dan dos besos.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunta David, fingiendo normalidad—. He estado a punto de llamarte.

—Pues bien. ¡Cómo va a ir! ¡Ya te dije que no debías preocuparte por nada! —exclama Silvia, sentándose frente a David—. Y, para celebrarlo, te invito a comer.

—No hace falta.

—Que sí. Insisto. No todos los días una se libra de alguien. La historia con Federico ha finalizado para siempre. Me ha prometido que no me volverá a llamar más ni a escribirme. Se acabó.

El chico examina atentamente a su compañera de pasillo y le cuesta creer que aquella dulce muchacha sea capaz de lo que le ha contado Toni y de lo que ha visto hace unos minutos en la cafetería. Su sonrisa limpia y sus ojos claros inocentes son la clave para que Silvia no parezca nada de lo que es.

Piden la comida y, mientras esperan a que se la sirvan, la extremeña le da una versión de lo que ha sucedido con Federico.

—Le he dicho que, si no me dejaba en paz, avisaría a la policía. Que no me interesaba nada de lo que me estaba contando sobre su amor incondicional hacia mí ni sobre el divorcio que pretendía pedirle a su mujer. ¿Te puedes creer que hasta me ha insinuado que si le daba una oportunidad estudiaría la posibilidad de venirse a España a vivir? Ese tío no ha podido caer más bajo. Con una niña y todo que tiene. Qué triste.

David continúa escuchando durante un buen rato lo que Silvia intenta venderle. Sin embargo, ya no cree ninguna de sus palabras. Tiene muy claro que todo se lo está inventando. Eso sí, lo narra tan convencida que, si no hubiera visto el rostro del argentino y sus lágrimas, rogándole, se lo habría tragado.

¿Cómo será la historia verdadera?

—Esto está muy bueno —comenta la chica, que hace una pausa en su relato para probar el sándwich que ha pedido—. ¿Por dónde iba?

En ese momento, el sevillano ve su oportunidad para lanzar las preguntas que le están quemando la punta de la lengua. No puede callarse más. Necesita respuestas y una explicación. Desea descubrir la verdad sobre la chica que tiene delante.

—Estabas a punto de explicarme lo del dinero.

—¿Lo del dinero? ¿Qué dinero?

—Los tres mil euros que le has pedido al argentino.

El rostro de Silvia cambia en un segundo. Se endurece, ya no sonríe. Su mirada también es diferente a la de siempre. La transformación resulta tan evidente que impresiona a David, que se ve venir una respuesta contundente. En cambio, no es así. Por arte de magia, la extremeña regresa a su pose habitual, con su sonrisa típica en la cara.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta con suma tranquilidad.

—Qué más da. ¿Por qué le pediste dinero a Federico?

—Me seguiste.

—No, no te seguí. Solo te encontré. Estaba preocupado por ti.

—Me siento muy halagada. Eso es señal de que te importo. No solo te gusta

follarme, también te intereso como persona. Conmovedor.

Las frías y sarcásticas palabras de Silvia contrastan con su aspecto. No para de sonreír y ni siquiera parece nerviosa. Corta un trozo del sándwich y se lo lleva a la boca. Lo mastica mirando fijamente a David. Cuando traga, continúa hablando.

—Ese argentino, hijo de puta, no volverá a jugar con nadie más en lo que le queda de vida. Durante el último mes, le he estado metiendo por el culo sus mentiras. ¿Tres mil euros? Pocos son para lo que me ha hecho.

—¿Qué te ha hecho?

—¿Te parece poco mentirme, enamorarme e ilusionarme? Con una mujer y una niña. ¡Menudo cabrón! Nadie juega conmigo, y menos un tío como ese.

David asiste atónito a la colección de improperios que suelta Silvia. No puede dar ni un bocado a la hamburguesa que ha pedido. Pero la extremeña tiene mucho más que contar.

—El día que me enteré de lo de su mujer y su hija, hablamos y me lo confesó todo. Me pidió disculpas y me soltó un montón de excusas y de historias. Yo le dije que lo nuestro había terminado para siempre y él también lo creyó así. Al día siguiente, me escribió diciendo que había hablado con su mujer y que esta le perdonaba la infidelidad; sobre todo, por la niña. Me aseguraba que le habría encantado conocerme en persona, pero que sentía que la vida le había dado una segunda oportunidad con Bruna, a la que quiere a pesar de todo. Ese cabrón me dejaba así, sin más. Él, feliz; y yo, destrozada. No, no podía permitirlo.

—¿Y por qué te siguió llamando?

—¿Él? ¡Él no me llamó más! Fui yo la que durante estas semanas no ha parado de recordarle lo hijo de puta que ha sido conmigo. Le he escrito no sé cuántos privados, le he mandado cientos de WhatsApps, lo he llamado durante la madrugada… Yo soy buena, David. De verdad. Pero, cuando tengo que ser mala, soy la peor de todas.

La chica le cuenta que pese a fastidiarle, no estaba contenta. Parecía como si a Federico le diese igual. No respondía a sus mensajes e incluso desconectaba por las noches el móvil para que no le molestara. Entonces se le ocurrió algo.

—«Vas a venir a España —le ordené un día—. Y vas a pagarme por todos los daños que me has causado. Si no, me las arreglaré para que todos tus amigos, la gente de tu trabajo y tu familia al completo se enteren de que has estado engañando a Bruna y acosando a través de Internet a una menor de edad». Porque cuando todo empezó yo solo tenía diecisiete años.

—Y le has pedido tres mil euros por tu silencio.

—Sí, al principio iban a ser mil, pero lo he pensado mejor estos días. Tres mil es más justo. Le he dado hasta las doce de la noche de plazo para que me lo ingrese en mi cuenta. Una vez que tenga el dinero, no quiero volver a saber nada más de ese tipejo. Que sea feliz con su mujer y su hija… O, mejor, que le caiga un rayo en la cabeza y se la parta en dos.

Capítulo 63

A Nicole, estar en el comedor, compartiendo mesa con sus amigos, le trae demasiados recuerdos. La peruana se lamenta de que aquella ya no sea su rutina diaria. Le hubiera encantado permanecer todo el curso en la residencia, haber seguido estudiando Odontología en la universidad y disponer de las mismas posibilidades que el resto de sus compañeros de pasillo. Pero no ha sido así. Valencia, que era su dulce hogar y su ciudad favorita en el mundo, se ha convertido en una especie de cárcel, de la que solo puede salir si se escapa. Como hizo ayer. Aunque lo que más le duele es que la carcelera sea su propia madre.

Ainhoa la observa de vez en cuando de reojo, sin que ella se dé cuenta. Admira mucho a aquella chica. Tan fuerte, tan risueña y tan capaz de seguir adelante pese a las circunstancias que la rodean. Nicole no lo sabe, pero se ha convertido en su modelo a imitar y la persona en quien se fija para intentar cambiar su manera de comportarse y de afrontar la vida. Su amiga le vale de referencia y ojalá no tuviera que marcharse nunca de su lado.

—Voy a por el postre, ¿queréis algo? —les pregunta la peruana a Óscar y a Ainhoa, que son quienes la acompañan en la mesa.

—Un flan. Gracias —dice el vallisoletano.

—Yo no quiero nada.

—¿Te apetece compartir conmigo un arroz con leche? —le propone Nicole a la canaria, guiñándole un ojo—. Un cuenco es demasiado para mí sola.

—Vale. Compartimos.

—Dupis. Voy a por uno y a por el flan.

La chica sudamericana se retira de la mesa y avanza hacia donde está el bufé. Ese instante lo aprovecha Óscar para decirle a Ainhoa algo que lleva varias horas rondándole por la cabeza. Hasta ese momento no habían estado juntos y a solas.

—No hace falta que lo hagas.

—¿Que no haga el qué?

—Quedar con Sofía y conmigo. Sé que lo dijiste por compromiso.

—No, en serio. Me apetece quedar con vosotros y conocerla un poco más. Si va a ser tu pareja durante el tiempo que sea, es positivo que seamos amigas. Además, me parece muy agradable.

Óscar va a insistirle en que no hace falta que sean amigas. Ni siquiera que se caigan bien. Comprendería perfectamente que no se sintiera cómoda a su lado. Pero Nicole regresa con los postres antes de que pueda hablar con ella del asunto. Le entrega el flan con una cuchara al chico y se sienta al lado de Ainhoa. Las dos prueban el arroz con leche al mismo tiempo.

—No es como el que hacemos en el restaurante, pero tampoco está tan mal. ¿Te gusta?

—Sí, está rico.

—Si mi madre lo probara, diría que le falta…

Y, como si hubiese avistado un ovni o se le hubiese aparecido un espectro, a Nicole se le abren los ojos como platos y se traga de golpe la cucharada que se ha metido en la boca. Escupe el arroz con leche sobre la mesa y tose, atragantada. La oronda figura de su madre cruza la puerta del comedor, acompañada de una de las camareras que trabajan para ella. Las dos peruanas se dirigen hacia donde los tres chicos del pasillo 1B están terminando de comer.

—¡Katherine Nicole! ¡Coja usted ahora mismo sus cosas y prepárese para regresar a Valencia! —grita la mujer, llamando la atención de todo el que se encuentra allí.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

—¡Rescatarte! ¡Obedece y ve a por tus cosas! ¡Nos vamos!

Óscar y Ainhoa observan a la mujer amedrentados. Parece que es capaz de agarrar a su hija por el pelo y sacarla de allí a rastras.

—No voy a ir a ningún lado —replica desafiante Nicole.

—¡Claro que lo vas a hacer! ¡Soy tu madre y sé qué es lo mejor para ti!

—Y yo soy tu hija de dieciocho años. Tengo derecho a tomar mis propias decisiones.

—¡Tus decisiones nos afectan a los demás! He tenido que dejar a tus hermanos con un vecino y pedirle a Joana que me trajera en coche a Madrid por tu estúpida pataleta.

—¡No pienso volver hasta que me asegures y me prometas que voy a regresar el año que viene!

—¿Qué? ¡Tú te has vuelto loca!

—No estoy loca, mamá. ¡Este es mi lugar! ¡Con ellos! —exclama Nicole, a quien se le saltan las lágrimas—. Yo os quiero mucho a ti y a mis hermanos, pero mi vida está en Madrid. En esta residencia. Quiero convertirme en una gran odontóloga y que te sientas orgullosa de mí.

Por la reacción de la madre, da la impresión de que aquellas palabras de Nicole le han llegado directas al corazón. La mujer mira a su hija y después a los dos chicos que la acompañan en la mesa.

—Señora, tiene una chica maravillosa —susurra Joana, la camarera que va con ella—. Si aquí es feliz, debería pensarlo.

—También es feliz en Valencia. Allí, además, está segura a mi lado.

—Con todos los respetos, mamá, no soy feliz en Valencia —se atreve a confesar Nicole—. Valencia es una ciudad maravillosa y siempre será mi casa, pero quiero estar en Madrid. Trabajaré para pagar la carrera y mis gastos aquí. Estudiaré muchísimo y sacaré buenas notas para que me den becas. No me obligues a irme, porque me volveré a escapar para que te des cuenta de que este también es mi hogar.

A la mujer se le pone un nudo en la garganta. Por primera vez, parece que duda, que no tiene tan claro qué decir.

—Nosotros cuidaremos de ella —interviene Ainhoa, dándole la mano a su amiga —. Nico es la mejor persona que he conocido en mi vida. Y, si alguien intenta hacerle daño otra vez, tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—Estará muy bien con nosotros, señora —añade Óscar levantándose—. Le aseguro que no tiene nada que temer.

La sudamericana abraza a sus amigos y los besa en la mejilla bajo la atenta mirada de su madre, que decide sentarse en la mesa.

—Esta no es una buena idea —explica con ademán pensativo al tiempo que agarra una de las cucharas del cuenco del arroz con leche—. De hecho, es una idea horrible. Me vas a tener todo el día preocupada y pendiente del celular. No quiero que vengas a vivir otra vez a Madrid. Pero eres tan cabezota como lo era tu padre. Y ya sé lo que eso significa —comenta mientras prueba el postre de su hija.

—¿Me dejarás entonces regresar el año que viene?

—No me queda otra, ¿no? Aunque con una condición.

—¿Cuál? —pregunta temerosa Nicole, que pensaba que ya había conseguido su objetivo.

—Que les enseñes a estos pendejos cómo se prepara un arroz con leche peruano.

Y, por primera vez desde que Ainhoa y Óscar conocen a la madre de su amiga, ven una sonrisa pícara dibujada en su rostro.

Con todos contentos y después de alguna que otra broma, se termina la comida. Nicole decide llevar a su madre y a Joana a dar una vuelta por la capital. Por su parte, los otros dos chicos se dirigen al pasillo 1B.

—¿Podemos hablar, Aino?

—¿No será sobre Sofía, tú y yo? —pregunta la canaria mientras entran en su habitación—. Insisto en que me gustaría conocerla más.

—Y yo insisto en que no tienes por qué quedar con nosotros.

—Qué pesado te pones, ¿eh?

La chica cierra la puerta de su cuarto y se sienta en la cama después de abrir la ventana. Óscar permanece de pie.

—Es que comprendería perfectamente que no quisieras.

—¿Te ha dicho ella que no le apetece estar conmigo?

—No. Le has caído bien. Aunque… piensa que lo nuestro puede convertirse en una relación a tres.

—¿Eso piensa? ¿Y tú piensas lo mismo?

El chico no contesta inmediatamente y opta por sentarse también en la cama, a su lado.

—Eres mi amiga y eso no va a cambiar.

—Eso no es lo que te he preguntado —dice Ainhoa molesta.

—Me gusta mucho Sofía y espero que lo nuestro dure. No quiero que ni ella ni tú os sintáis molestas o incómodas por la otra. Ella es mi novia y tú eres la persona a la que más aprecio y quiero dentro de esta residencia.

—No habrá problemas entre nosotras. Te lo aseguro.

Óscar se encuentra con la sonrisa de la chica, que apoya la cabeza en el hombro del vallisoletano. El joven no se aparta. Sabe que sigue necesitándole, pero no quiere crearle falsas esperanzas.

—Aino, ¿estás bien?

—Sí.

—Me refiero a… ¿estás bien siempre? ¿No tienes ya bajones?

—Todos tenemos bajones. ¿O tú nunca pasas malos momentos?

—Sí, claro que los paso.

—Pues yo también.

La canaria continúa en la misma posición, con la cabeza en el hombro de su amigo. Cierra los ojos, relajada. Está muy bien así, aunque comprende que eso es lo máximo a lo que llegará con él. ¿Lo tiene asumido?

—Cuando ayer hablé con tu hermana, me comentó que creía que ocultabas tus verdaderos sentimientos. Que sonreías cuando a veces tienes ganas de llorar. ¿Es verdad?

Ainhoa abre los ojos y se separa un poco de Óscar para mirarlo fijamente a los ojos.

—¿Yaiza cree eso?

—Sí. Está preocupada por ti —responde el joven, que no aparta la mirada—. Debo confesarte algo.

—¿El qué?

—Desde que regresaste de Las Palmas, hablo bastante con ella. Me pide que le diga cómo te encuentras y si veo mejoras en ti. Cada dos o tres días me llama y me pregunta. Siento no haberte dicho nada antes, pero quedamos en que sería algo entre ella y yo.

—Gracias por contármelo —comenta Ainhoa—. Pero ya sabía todo eso.

Óscar se queda boquiabierto. Se pone de pie y se sienta sobre el escritorio. Está bastante desconcertado.

—¿Lo sabías? ¿Cómo te has enterado?

—Porque no soy tonta, amigo mío. ¡Vivimos en una residencia en la que las habitaciones tienen las paredes demasiado finas! De hecho, durante un tiempo pensé que te habías inventado lo de Sofía y que Yai y tú os estabais enamorando.

—¿Qué? ¿En serio?

—Totalmente. Os pillé más de una vez charlando animadamente y riendo. Pero no quería influir, ni molestaros. No era asunto mío, aunque reconozco que habría sido raro.

El joven mueve la cabeza de un lado a otro y termina sonriendo. No se habría ganado la vida como espía profesional.

—Quiero que te quede clara una cosa, Óscar —continúa diciendo Ainhoa—. Debes hacer tu vida. A tu manera, sin pensar en lo que sienta yo.

—Pero lo que dice Yaiza… ¿es verdad?

—A veces habrá sido así y otras no. Una sonrisa puede ocultar un mal momento. Aunque no te quepa duda de que algún día sonreiré siempre con sinceridad y seré lo más feliz posible. Tengo por delante mucho trabajo que hacer conmigo misma. Y si te digo que me apetece conocer más a Sofía es porque me apetece de verdad. Confía en mí, por favor. Estoy bien.

—Entonces quedaremos a cenar esta semana.

—Perfecto. ¿Le gusta la pasta? Podríamos ir a un italiano.

—Le encanta.

Durante varios minutos, Óscar y Ainhoa hablan sobre restaurantes, platos típicos italianos y queso parmesano. La charla la interrumpe el móvil del chico.

—Es Sofía, tengo que contestar. Te veo en la cena.

—Vale. Y… muchas gracias.

—¿Por?

—Por cuidar de mí todo este tiempo. No he sido una persona nada fácil.

—Lo volvería a hacer las veces que hicieran falta —indica el chico, abriendo la puerta de la habitación—. Hasta luego.

La canaria se despide de él y se queda sola en su cuarto, como tantas y tantas veces en esas últimas semanas. Suspira. Tiene que asumirlo. Aunque le duela, debe hacerlo. Y alegrarse. Alegrarse por él. Es una persona estupenda y se merece ser feliz con quien él sienta que puede serlo.

¿Y ella? ¿Merece ser feliz?

Se pone de pie y se dirige hasta el escritorio. Cuando se sienta frente al portátil, entra en el reproductor de música y pincha una canción de Bruno Mars. Mientras escucha *Young girls*, coge el móvil y se descarga una aplicación.

—Bien. Vamos allá —murmura. Y con una sonrisa nerviosa, pero decidida, se crea un perfil en Tinder—. A ver qué nos encontramos por aquí. Suerte, Ainhoa.

Capítulo 64

En el viaje prácticamente no se dirigen la palabra. Marc se lo pasa leyendo *El maestro del Prado*, de Javier Sierra, y casi no presta atención a su novio. Julen empieza a desesperarse, aunque tiene la esperanza de que las cosas se solucionen en Barcelona.

—Voy a la cafetería. ¿Me acompañas? —le pregunta el navarro, a escasa media hora de llegar al destino final.

—No me apetece nada.

—¿Entonces no vienes?

Marc cabecea molesto y se levanta de su sillón. Guarda el libro en la mochila y se la cuelga a la espalda. Sin mirar hacia atrás, camina hasta la puerta de salida del vagón. Julen va detrás. La pareja atraviesa los tres coches de distancia entre donde se encuentran y la cafetería. Cuando entran, descubren que están solos. Así que el pamplonés no debe hacer cola para pedir.

—Un café con leche —le dice a la azafata que lo atiende y se gira hacia su novio —. ¿De verdad que no quieres nada?

—Otro para mí.

La joven enseguida les prepara sus bebidas, que paga Julen. Se alejan del mostrador y se quedan de pie en una de las barras laterales del vagón cafetería. Los dos contemplan el paisaje por una de las ventanillas y aprecian la velocidad a la que circula el AVE. Todo pasa por delante de ellos muy deprisa.

—No sé por qué estás enfadado conmigo —suelta el navarro, que a continuación sopla sobre su café caliente.

—Tú eres el que se ha enfadado.

—¿Yo? Al que le ha molestado que le dijera lo de las pruebas ha sido a ti.

—Porque no me gusta que me digas lo que debo hacer.

—Nunca te digo lo que tienes que hacer, Marc. Pero en este caso es diferente. Tú sabes que no podemos seguir viviendo tranquilos hasta que sepamos si estamos contagiados o no.

El catalán da un sorbo a su vasito y se gira. En ningún momento se atreve a mirar directamente a su novio a los ojos.

—Esto es lo más difícil que me ha tocado hacer en la vida. Peor incluso que confesarles a mis padres mi homosexualidad. Estoy bloqueado.

—Desbloquéate.

—No puedo, Julen. Es superior a mí —reconoce Marc antes de dejar el café sobre la barra lateral—. ¿Crees que no me gustaría ir a una clínica y hacerme los análisis para que los dos supiéramos a qué enfrentarnos?

—Puedes hacer lo que te propongas si te lo planteas en serio. Hasta lo que te parece imposible.

—No es así.

—Sí lo es. Si depende de ti, puedes conseguir cualquier cosa. El problema viene cuando no depende de ti.

—Sigo sin estar de acuerdo contigo. Si tu cerebro impide que actúes como quieres, no hay nada que hacer.

—Eso se llama fuerza de voluntad.

—Llámalo como quieras. Se acabó. No voy a hablar más de esto.

—¿Ves quién es el que se enfada?

—Déjame en paz.

Marc alcanza de nuevo su café y se lo bebe de un trago. Arroja de mala gana el vasito a una papelera y se marcha de la cafetería. Julen se queda solo, resoplando. Armándose de paciencia. El bloqueo mental de su novio también le está superando a él. Mira por la ventanilla de nuevo, pensativo. Ya se encuentran a pocos kilómetros de Barcelona, la ciudad en la que espera encontrar la solución al problema.

Está a punto de regresar a su vagón cuando suena el móvil. Se trata de Iria. Antes le escribió para decirle que se marchaba con Marc para ver a sus suegros, que le tienen preparada una sorpresa a su hijo.

—Hola, gallega. ¿Qué tal?

—¿Sabes algo de Manu? —pregunta la chica sin saludarle previamente—. ¿Se ha puesto en contacto contigo? ¿Te ha llamado o te ha escrito?

—No. No sé nada de él. ¿Por qué?

—Ha vuelto a desaparecer.

—Joder, ¿otra vez?

—Sí. Estaba con él en su habitación y me he quedado dormida. Cuando me he despertado, no estaba. Parece que se ha llevado el móvil, la cartera y su mochila. Tampoco he visto su portátil.

—¿Has mirado bien por la residencia?

—Sí. No está. Y el teléfono me sale apagado —comenta Iria muy afectada—. No quiero vivir otra vez la misma pesadilla.

—¿Ha sucedido algo para que haya decidido irse?

—Sí, demasiadas cosas.

La comunicación en ese instante se corta. Julen examina el móvil y se da cuenta de que no tiene cobertura. Suelta una palabrota en voz baja e intenta buscar señal en varios lugares de la cafetería. No tiene éxito, así que decide regresar a su asiento. Faltan pocos minutos para que el tren llegue a la Ciudad Condal.

Su novio le recibe en silencio. Se pone de pie para que pase al sillón pegado a la ventanilla y vuelve a centrarse en la novela que está leyendo. El resto del viaje transcurre de la misma forma.

El AVE entra en Barcelona y la cobertura regresa. Julen se apresura a enviarle un WhatsApp a Iria antes de que el tren pare por completo.

«No te preocupes. Manu aparecerá. Si tienes noticias sobre él, escríbeme, por favor. Un beso y ánimo».

—¿Vienen tus padres a buscarnos? —pregunta el navarro después de escuchar a la azafata anunciar que ya han llegado a la estación.

—No, nos esperan en la Diagonal.

La pareja se baja del vagón. Al no llevar maletas, son de los primeros. Es Marc el que guía a Julen hasta una escalera mecánica. Suben por ella y salen al vestíbulo de la estación de Sants. Caminan hacia la parada de taxis cuando una voz a su espalda los llama.

—¡Hijo! ¡Julen! ¡Estoy aquí! —grita Montse, que agita la mano cuando los chicos se giran hacia ella.

La madre de Marc recibe a la pareja con besos y un fuerte abrazo a cada uno.

—¿Qué haces aquí? ¿No habíamos quedado en Diagonal?

—Sí, pero hemos decidido venir a por vosotros para daros una sorpresa.

—¿Y papá?

—Se ha quedado en el coche, que está aparcado en doble fila. ¿Qué tal ha ido el viaje?

Julen responde que bien y los dos entablan una agradable conversación. Marc guarda silencio hasta que salen de la estación.

—¿Dónde dices que ha aparcado papá?

—Por allí, hijo —le indica su madre, señalando con la mano hacia la derecha.

Los tres caminan durante unos cuantos metros y se alejan de Sants. Montse se detiene de repente y sonríe.

—Ahí está tu padre.

—¿Dónde? No lo veo.

—Allí. En el coche.

Sin embargo, Marc no ve el BMW plateado de sus padres por ninguna parte. Entonces alza la vista hacia delante y descubre la sorpresa.

Subido a un precioso Audi rojo, aparcado en doble fila, está Enric. El hombre baja la ventanilla y saluda a su hijo haciendo aspavientos con la mano.

—Feliz cumpleaños adelantado, Marc —dice Montse, y, emocionada, le da dos besos—. Es tuyo.

—¿Qué? ¿Es para mí?

—Sí, te lo mereces. Por ser tan buen hijo y por todo lo que has tenido que pasar.

Enric se baja del vehículo y también lo felicita. Le da una palmadita en la espalda y esboza una sonrisa de las suyas, tibia y sin mucha emoción. Después saluda a Julen con un apretón de manos.

—Espero que te guste.

—¿Bromeas? ¡Me encanta! ¡Os habéis pasado! ¡Muchas gracias!

—¿Te ves preparado para conducirlo? —le pregunta el hombre, que, al parecer,

no las tiene todas consigo—. Hace un año y medio que te sacaste el carné.

—¡Por supuesto!

—Pues date prisa antes de que te pongan tu primera multa.

Los chicos se suben a la parte delantera del Audi, mientras que los padres de Marc ocupan los asientos de atrás.

—¿Tú sabías algo de esto? —le pregunta en voz baja el catalán a su novio.

—Absolutamente nada.

Marc se ajusta el asiento a su medida hasta que se encuentra cómodo. Revisa el espejo retrovisor y se pone el cinturón. Está muy nervioso, aún no se lo cree, pero está deseando conducir aquel precioso coche. Gira la llave y escucha el ruido del motor. Echa un vistazo para asegurarse de que no viene nadie, pisa el embrague, mete primera y suavemente mueve el volante hacia la izquierda. Suelta el freno y se incorpora a la circulación.

—¡Esto es muy fuerte! ¡Estoy conduciendo mi propio coche!

—Sabíamos que lo querías desde que te sacaste el carné. No hemos podido esperar a tu cumpleaños para dártelo. Vimos una buena oferta para comprarlo y fuimos a por ella sin pensarlo —comenta Montse mientras se distrae mirando por la ventanilla.

—Por eso queríamos que vinieras urgentemente —añade Enric—. No íbamos a tener a esta preciosidad oculta hasta que regresaras después del curso.

—Tu padre es incapaz de guardar una sorpresa.

—¡No solo yo! ¡Tú eras la primera que querías que vinieran!

—Es increíble. Gracias de nuevo. ¿Adónde queréis que vayamos?

Julen observa por el retrovisor cómo Montse le hace un gesto a su marido. Este asiente y le da una palmada cariñosa en la pierna a su mujer.

—A la Diagonal. Ya allí, yo te indico dónde tienes que aparcar.

—Muy bien. Pongo el GPS.

Durante el trayecto, los cuatro solo hablan del coche y los *gadgets* que tiene. El navarro es el menos participativo. Está muy feliz por su chico, pero aquel regalo no tapa el gran problema que les atañe desde el día anterior.

—Ya estamos en Diagonal. ¿Qué hago ahora?

—Avanza unos quinientos metros, hasta que encuentres la entrada a un *parking* —indica Enric, que se ha puesto muy serio.

Su hijo obedece. Dirige el coche hasta donde su padre le pide y entran en el aparcamiento de pago. Busca una plaza en la que no tenga muchas dificultades para estacionar y, cuando la encuentra, maniobra hasta que lo aparca.

—No está mal para ser mi primera vez, ¿eh?

—Nada mal —dice Julen a su lado—. Pareces un experto.

—Gracias. ¿Qué os ha aparecido a vosotros?

El chico se gira y asoma la cabeza entre los asientos delanteros. Espera ver la alegría de sus padres, pero no es así. Enric y Montse se han cogido de la mano y

contemplan apenados a Marc. Este no comprende a qué se debe aquel cambio de actitud.

—¿Qué pasa? ¿He rozado la columna?

—Sabemos lo que sucede, hijo mío —comenta su madre, incapaz de contener las lágrimas que han empezado a derramársele por las mejillas—. Julen nos llamó antes y nos lo contó todo.

La mirada de Marc fulmina al navarro, que desvía la suya hacia el otro lado. Ha traicionado la confianza de su novio, pero por la mejor de las razones. Tiene la esperanza de que sus suegros logren lo que él no ha podido conseguir.

—Tienes que hacerte los análisis —le ordena su padre—. Hemos venido a la clínica de un buen amigo mío que te atenderá ahora mismo y te dará los resultados en una semana.

—¿Qué? No voy a hacerme ningún análisis.

—¡Claro que te los harás! —grita enfurecido Enric—. ¿Qué pretendes? ¿Que a tu madre y a mí nos dé un infarto por no saber si te has contagiado de esa mierda? ¿Y tu novio? ¿Lo vas a tener a pan y agua toda la vida? ¡Yo jamás me acostaría contigo sin saber si tienes el sida o no!

Las palabras de aquel hombre son tan claras y contundentes que resuenan en el interior del coche como un trueno en plena tempestad.

—Pero yo…

—Sé que tienes miedo, hijo. Pero los tres estamos aquí para apoyarte. Pase lo que pase, te seguiremos queriendo —concluye Montse, que no cesa de llorar.

—No puedo hacerlo —dice Marc, que se derrumba sollozando sobre el volante.

—Puedes hacer todo lo que te propongas.

—No puedo, mamá. No puedo.

—Sí que puedes. Y estoy segura de que todo irá bien. Dentro de unos días toda esta situación la verás como una mera anécdota.

—¡Y encima con un coche nuevo, pedazo de capullo! —grita su padre, que también se seca una lágrima—. Ahora sal de aquí, sube con Julen hasta la clínica del doctor Ripoll y demuéstranos que eres esa persona en la que tu madre y yo confiamos desde que llegaste al mundo. Estaremos contigo hasta el final, hijo mío. Te queremos.

—Vamos, cariño —añade Julen mientras abre la puerta del copiloto—. Esta vez será la vencida.

Y tras convencerle para que se baje del coche, le da un beso en los labios, como último aliento, antes de la que será la prueba más importante de la vida de aquel a quien todos llaman Virus y al que él ama siendo Marc.

Capítulo 65

—¿Dónde está ahora?

—Me parece que en su habitación. Se encerró allí cuando llegamos.

—No creo que Silvia nos tenga demasiado aprecio después de haber descubierto su verdadera personalidad. Tenías que haber visto las caras de sus antiguas compañeras de piso hablando de lo que les hizo.

David y Toni charlan en la habitación del valenciano sobre la extremeña.

—¡Quién nos lo iba a decir! Nos tenía engañados a todos con su sonrisa permanente y su cara de niña buena —apunta el sevillano—. Aunque ella dice que todo lo que ha hecho ha sido porque los otros se lo han merecido.

Tras hablarle de la venganza que se ha tomado con Federico por engañarla, Silvia le explicó a David lo acontecido con María y Cristina, las chicas con las que había compartido piso hasta Semana Santa.

—Me dijo que no tenían derecho a meterse en su vida y que hasta se rieron de ella e invadieron su intimidad.

—Es su versión. Pero, aunque esa sea la realidad, emborrachar y acostarse con el novio de una y borrarle el disco duro del ordenador a la otra es exagerado —indica Toni, que se sienta frente a su portátil.

—Silvia dice que la del novio hasta le debe un favor. Que no tuvo que hacer mucho para llevarle a la cama. Y, si le puso los cuernos con ella, se los habría puesto con cualquiera.

—Madre mía. ¿Por qué siempre me tropiezo con chicas así? ¿No me puede gustar alguna que sea normal?

—Es que tú no eres normal, amigo mío.

El valenciano suspira y empieza a convencerse de una idea. ¿Que se acostase con David era para hacerle daño a Elena o… a él mismo? ¿Por qué motivo? No tiene ni idea, pero tampoco piensa preguntárselo. Cuanto más lejos de aquella chica, mejor. Ya ha tenido bastantes líos durante el curso.

—Por lo menos ahora solo tienes una opción y aclararás tus sentimientos.

—¿Una opción? ¿Isa?

—Sí. Aunque no ganes el reto, algún día terminaréis juntos.

—No lo creo. A esa chica solo le interesa YouTube.

—Tú ya formas parte de YouTube. Cincuenta y cuatro mil suscriptores no los tiene cualquiera.

—Cuarenta mil.

—¿Cuarenta mil qué?

—Que tengo cuarenta mil suscriptores, no cincuenta y cuatro mil —le aclara Toni antes de entrar en su canal.

—No, estoy seguro de que he visto que tienes esos seguidores. Cincuenta y cuatro mil y pico. Me he metido en tu canal para comprobar las visualizaciones que tiene el

vídeo de los churros y me he fijado en el número de suscriptores. ¿Cuántos tiene Isa?

El valenciano no puede creer lo que ven sus ojos: ¡54.738 suscriptores en el canal de Toni Pepperoni! Actualiza la página para asegurarse de que no se trata de un error. Un nuevo usuario de YouTube se ha sumado a su canal en esos segundos. Ya son 54.739.

—Esto tiene que ser una broma —murmura a la vez que se frota la cabeza rapada —. Tiene que ser algún tipo de virus o algo. ¡No puede ser verdad!

—¿Por qué?

—Esta mañana tenía cuarenta mil y algo. ¡Es imposible haber crecido tanto en apenas unas horas!

—¿Superas a Isa?

—Sí, ella tiene cincuenta y un mil suscriptores.

—Entonces, ¿eso significa que seréis novios?

El joven se pellizca un brazo para cerciorarse de que no está soñando. Vuelve a actualizar y a comprobar que no se está equivocando.

—Algo extraño ha tenido que pasar para que se haya suscrito tanta gente.

—¿Algo extraño? Tu canal es muy bueno. ¡No te infravalores!

—Por muy bueno que sea, no es normal lo que ha pasado.

Le basta escribir en la barra de YouTube «Toni Pepperoni reto» para averiguar a qué se debe el incremento de suscriptores.

—Increíble —dice asombrado por lo que ve.

—¿Qué pasa?

—Mira esto.

Toni le muestra a David la pantalla del portátil. El primer vídeo de la lista de reproducción es nada menos que de Yuya, la conocidísima *youtuber* mexicana que cuenta con más de diez millones de seguidores en todo el mundo.

—«Ayudemos a Toni Pepperoni a superar el reto» —lee el sevillano en voz alta —. ¡Ponlo ya, a ver qué dice!

—¡Ya voy!

El chico hace caso a su amigo y, muy nervioso, clica en el *link*. En el vídeo se ve a Yuya sentada en un sofá gris adornado con cojines azules y blancos. La chica aparece muy sonriente y enseguida comienza a hablar:

> ¡Hola, guapuras! ¡Cómo están en el día de hoy! ¡No es miércoles ni viernes! Pero he sentido la necesidad de grabar este video y platicarles para ayudar a un chavito que ha unido dos de las cosas que más me gustan en el mundo: el amor y YouTube. Ayer me llegó la noticia de que un joven español, que se llama Toni Pepperoni, está luchando por conquistar a una hermosa *youtuber*. Él quiere ser su novio y ella le ha puesto como reto superarla en número de suscriptores. Si lo logra, ella será su novia. ¡Pero el plazo acaba hoy y nuestro amigo sigue en desventaja! Así que tienen hasta las cinco de la

tarde, hora de México, doce de la noche, hora de España, para suscribirse al canal de Toni. ¡Entre todos podemos conseguirlo y ayudar a esta guapura a que logre el amor de la chavita! Les dejo el *link* del canal del chavo para que todos entren y se suscriban. ¡Nos vemos el miércoles en un nuevo video! ¡Los quiero muchísimo, guapuras!

David le da un abrazo a su amigo cuando termina el vídeo.

—¡Lo has conseguido!

—Eso parece.

—¡Tío! ¡Alégrate! ¡Has superado el reto!

—Todo ha sido gracias a Yuya.

—Ella solo ha puesto la guinda, tú has cocinado el resto de la tarta —comenta el sevillano, que está muy feliz por el valenciano—. ¿Cuándo se lo vas a decir a Isa? O, mejor dicho, a tu novia Isa.

A Toni le sale una sonrisa de oreja a oreja, a pesar de que todavía no asimila lo que ha sucedido. Actualiza la página una vez más y el número de suscriptores ha vuelto a incrementarse. ¡Es una locura!

—Voy a subir ahora mismo a su habitación. No sé cómo se lo tomará.

—¡Pues bien! ¡Cómo se lo va a tomar! ¡Esa chica está loca por ti!

—No pienso lo mismo.

—Estoy seguro de que Isa está enamorada de ti, lo que pasa es que es una tía muy rara. Por eso hacéis tan buena pareja.

—No sé si darte las gracias por los ánimos o echarte de mi habitación antes de que sigas hablando.

David suelta una carcajada y abraza otra vez a su amigo. A continuación, ambos salen al pasillo y, mientras el sevillano se mete en su habitación, Toni se dirige hacia la escalera para subir al cuarto de la *youtuber*. ¿Cómo reaccionará?

Solo hay una forma de comprobarlo. Se planta frente a su puerta y llama. La chica no tarda en abrirle.

—Enhorabuena —lo felicita en cuanto lo ve—. Me has ganado.

—¿Ya lo has visto entonces?

—Suelo enterarme de esas cosas la primera. Vivo en YouTube.

—¿Y qué piensas?

—Que tienes una flor en tu bonito trasero. Nada menos que a Yuya has necesitado para superarme. Estará bien ser la novia de un tío con tanta suerte.

Toni no observa ningún tipo de emoción en las palabras de Isa. Ni siquiera le ha pedido que entre en su cuarto.

—No pareces muy contenta.

—Todavía no ha terminado el reto. Quedan unas horas para que oficialmente me hayas superado.

—Tienes razón. Todavía puedes darle la vuelta a la tortilla.

La chica sonríe pícara y abre más la puerta. Se queda frente a Toni y le da un toquecito en la nariz. Luego le acaricia la cabeza rapada.

—No voy a mover ni un dedo. Te mereces la victoria.

Y, acercándose lentamente a su boca, cierra los ojos y le regala el primer beso como novios no oficiales.

—Este es el primero de muchos, Toni Pepperoni —comenta Isa al separarse—. Tenemos que mejorar.

—Prometo aplicarme.

—Me parece bien. Pero no te pongas intenso o cambiaré de canal.

—También prometo no ser pesado y no interponerme entre YouTube y tú.

—Perfecto. Y ahora, si me lo permites, tengo que editar un vídeo para anunciar mi derrota. Por supuesto, usaré el vídeo del chocolate con churros en el que haces el ridículo.

—Gracias. Tú siempre tan amable conmigo.

—Soy un sol, ¿verdad?

Y después de darle otro beso en los labios, la *youtuber* entra de nuevo en su habitación y cierra la puerta. Toni permanece unos segundos en el pasillo 2B, sonriente, frotándose la cabeza con las dos manos. Y no se puede contener más. Da un salto y zapatea un pie contra otro en el aire. ¡Está muy feliz! Aunque le parezca irreal e increíble… ¡Saldrá con Isa come Pizza!

—¡Sí! ¡Lo conseguí!

La chica escucha el grito del valenciano desde el interior del cuarto. Sonríe y se dirige a su escritorio, donde la espera el portátil. Entra en Twitter y abre la última conversación privada que tiene de ayer. Fue una suerte que ella empezara a seguirla hace unas semanas, si no, no podría haberle escrito el mensaje directo en el que le pedía aquel gran favor.

Isa estira los dedos y, eufórica, los posa en el teclado.

«Muchas gracias por todo, de corazón. Te debo una muy grande. Cuando vengas a España, te invito a cenar o a lo que quieras. Eres la mejor, Yuya».

Capítulo 66

Han pasado unas cuantas horas sin noticias de Manu. Iria ha vuelto a recorrer la residencia en su búsqueda, pero no hay ni rastro del malagueño. Definitivamente, se ha ido de nuevo.

La gallega busca consuelo en la que desde hace unas semanas se ha convertido, junto a Julen, en su mayor respaldo dentro de la Benjamin Franklin. Aunque Elena tiene la cabeza en otros asuntos, escucha a su amiga e intenta que se sienta mejor.

—Esto no es vida —se queja Iria—. Un día te eleva hasta el cielo y al día siguiente te baja hasta el mismísimo infierno. Y sin darte explicaciones. Manu va a acabar con mi salud. ¿Dónde coño se ha metido ahora?

—Por lo que me has contado, se habrá refugiado en alguna parte para que la policía no lo encuentre.

Iria le ha explicado la situación a Elena con todos los detalles, incluido el rechazo de Eva y el derrumbe del chico antes de que se durmiera.

—Posiblemente la madre de Fernando ya le haya comunicado a la policía española lo que decía la carta de Verónica. Y estos, a su vez, se habrán puesto en contacto con sus colegas escoceses para el traslado del cuerpo y la investigación del caso. Estarán tirando del hilo para llegar hasta el culpable.

—Está metido en un gran embrollo. Y si no se entrega será peor.

—Eso es de lo que intenté convencerle. Debería entregarse y el castigo sería menor. Mucho menor si demuestra que fue involuntario.

—¿Él sabe que lo juzgarían en Edimburgo? —pregunta la toledana.

—¿No sería en España?

—No, el delito se juzga en el lugar en el que se comete —indica Elena, convencida de su respuesta—. Lo he aprendido este año.

—No lo sabía.

—Además, quien se encarga de la investigación es la policía escocesa, no la española. La de aquí colaboraría con la de allí, pero los escoceses son los responsables del caso.

A Iria también se le ha escapado ese dato. Eso significa que Manu cumpliría su condena en Escocia, no en España, ya que lo juzgarían y lo castigarían en un tribunal de Edimburgo.

—Sea como sea, tendría que acudir a una comisaría española y explicar la verdad de lo sucedido —apunta la toledana.

—Tengo que encontrarle e insistirle para que confiese a la policía.

—Es la única solución. Espero que recapacite y se dé cuenta de lo que es mejor para él.

La gallega asiente y suspira profundamente. Siente unas ganas inmensas de llorar. Si no lo hace es porque no quiere montar un espectáculo delante de su amiga y porque está harta de lamentarse. Aprieta los labios y aguanta como puede la presión.

—¿Es tu móvil el que ha sonado? —le pregunta Elena, que ha creído escuchar el pitido de un teléfono.

Iria saca su *smartphone* del bolsillo de su pantalón y comprueba que tiene un WhatsApp. El corazón le da un vuelco cuando ve que se trata de Manu.

—Sí, es el mío —le dice a la toledana, aunque no la avisa de que quien envía el mensaje es el malagueño. Lee para sí.

«Hola, gallega. Esto es solo para ti, no lo hables ni con Elena, ni con Julen, ni con nadie más. Al menos por ahora. Concédeme ese deseo. Te pido perdón por no despedirme y salir huyendo una vez más. Estabas adorable mientras dormías. Si te hubieras despertado antes de mi marcha, te hubiera pedido que me acompañaras. Que nos fugáramos juntos a alguna parte, lo más lejos posible. Pero no te despertaste, y lo interpreté como una señal. De todas maneras, si hay algo que se me da mal en la vida es interpretar señales. ¡La de veces que me he equivocado! He perdido la cuenta. Por eso, antes de irme a algún lugar lejano para no volver durante una temporada, quiero pedirte que te vengas conmigo. Por eso te mando este mensaje. Hay diez aviones que salen de la T4 entre las siete y las ocho. Cogeré uno de ellos y deseo que me acompañes. No te preocupes por el dinero. Si hay algo que ahora mismo no me falta es dinero. Corre y ven al aeropuerto de Barajas. Si no apareces por aquí antes de las seis, lo interpretaré como que no estás interesada en mi oferta. En realidad, sería lo más sensato y me evitarías el sentimiento de culpabilidad por convertirte en la compañera de un fugitivo. Pero necesitaba lanzar la moneda al aire. En tu mano está. Disculpa este teatrillo y lo peliculero de la historia. Es lo único que se me ha ocurrido. Ya sabes, antes de las seis. Aunque no te lo haya demostrado nunca: te quiero».

¿La quiere? ¿Qué es eso de que la quiere?

La chica mira el reloj y comprueba que son las cinco menos cuarto. Después se gira hacia Elena y duda si hablarle sobre el WhatsApp que acaba de recibir. Manu le ha pedido que no se lo dijese a nadie. ¡Y desde cuándo le debe hacer caso a un tío que la está haciendo sufrir tanto!

—Me ha escrito.

—¿Quién? ¿Manu?

—Sí —afirma Iria, y le entrega el móvil para que también ella lea el mensaje.

Cuando acaba, Elena se acaricia la barbilla y mira a su amiga. La ve cargada de adrenalina.

—¿Te quiere?

—Eso dice. No sé si creérmelo. A lo mejor lo ha puesto sin pensar. O se ha emocionado demasiado al escribirme.

—Guau. Yo creo que es verdad. Que te quiere.

—Qué lío. Este chico no para de darme dolores de cabeza.

—¿Qué vas a hacer?

—Ni idea. ¿Tú qué me propones?

—¿Yo? Es una decisión demasiado importante como para aconsejarte sobre ella.

—Joder, Elena. Dime tu opinión, por favor.

—Mi opinión… No lo sé, Iria. Irte con él es una locura, una locura tan grande como el Empire State, y lo sabes. Pero te ha dicho que te quiere, y si no te vas con él… quizá no lo vuelvas a ver —comenta la toledana dubitativa—. No te fíes de lo que te digo.

—¡Pero si no te has mojado nada!

—Por eso. ¡Si yo no sé qué hacer con mi vida, cómo voy a opinar sobre lo que debes hacer tú con la tuya! ¡Es lo mismo que me dijiste con el tema de David y Estados Unidos! No soy la persona adecuada para aconsejarte. Eso sí: te vayas o no con él, sí creo que deberías ir al aeropuerto a verle. Y, una vez allí, acompañarle o despedirte.

Esa idea sí que convence a la gallega. Esta se prepara rápidamente y sale de la residencia a toda velocidad. Elena la escolta hasta la calle, desde donde llaman a un taxi.

—Si decides marcharte con Manu, no te preocupes por nada. Yo me encargo de enviarte lo que sea a donde me digas. ¡Mucha suerte! —le desea la chica de Toledo. Le da dos besos y observa cómo su amiga se introduce en el vehículo. A lo mejor no la vuelve a ver en un tiempo.

El trayecto hasta Barajas es el camino más largo y al mismo tiempo más corto que Iria recorre en sus dieciocho años de vida. Cambia de opinión cien veces y el reloj parece que avanza muy rápido, pero no llegan nunca al aeropuerto. Es como si estuviera en una cápsula en la que el tiempo volara, pero no hiciera distancia al andar.

Sin embargo, ese extraño efecto tiempo-espacio termina cuando Iria llega a la T4. Paga al taxista y se baja del coche con más dudas aún que cuando subió a él. Los nervios se la están comiendo. Cruza una de las puertas y se da cuenta de que hay tanta gente que aquello será como encontrar una aguja en un pajar. Por eso decide llamarle. Espera que ese idiota no haya apagado el móvil. Afortunadamente, no lo ha hecho y responde al segundo *bip*.

—¿Gallega?

—Manu, hola, estoy en el aeropuerto.

—¿Has venido? Jamás lo hubiera imaginado —dice el malagueño, sinceramente sorprendido—. ¿Dónde estás?

—En una de las entradas. La que da a los mostradores de Iberia.

—Espera. Voy a por ti… ¿Estás sola?

—Sí, he venido sola, como me dijiste.

—Bien. Un momento, ya estoy yendo a donde te encuentras. No te muevas de ahí.

El chico corta la llamada y en menos de un minuto aparece caminando hacia ella. Lleva un maletín con el portátil dentro en una mano y la mochila colgada a la espalda. Luce una sonrisa, aunque su expresión no es para nada relajada. Al llegar hasta Iria, suelta el ordenador en el suelo y la abraza. Permanecen así durante muchos segundos.

—Esto es una locura —susurra la joven a su oído.

—Todo lo que ha sucedido en el último año lo es.

—¿Y qué les digo a mis padres? ¿Qué hago con la carrera?

—Ya lo pensaremos —comenta Manu, separándose—. Ahora lo importante es que nos alejemos de aquí y busquemos una ciudad en la que perdernos.

La gallega no termina de verlo claro. Lo único que la impulsa a dejar atrás todo lo que tiene es un chico, al que posiblemente buscará la policía, que es especialista en fastidiarla y en desaparecer sin previo aviso y que la primera vez que ha demostrado sus sentimientos hacia ella ha sido hace un rato a través de un mensaje de WhatsApp.

Manu recupera el maletín del suelo y, con la otra mano, coge la de Iria. La conduce hasta un tablón en el que se anuncian las salidas de los próximos vuelos a ciudades europeas.

—Ya me los sé de memoria. Quiero que seas tú quien elija nuestro destino. He comprobado que hay plazas en ocho vuelos. Podemos ir a Ámsterdam, Bruselas, París, Múnich, Copenhague, Milán, Zúrich y Estocolmo. ¿Adónde te apetece ir?

La chica se queda paralizada. No puede tomar una decisión tan importante en treinta segundos. Mira a Manu, que sonríe nervioso, casi histérico. Aquella no es una idea sensata.

—¿No podríamos hablarlo un poco más?

—¡Tengo que sacar dos billetes antes de que se agoten! ¡Además, tenemos que pasar los controles, ir hasta la puerta de embarque…! ¡No tenemos tiempo de hablarlo un poco más!

—Es que no tengo claro que quiera irme.

La sonrisa desaparece del rostro del malagueño. Se da la vuelta y empieza a caminar hacia un mostrador de Iberia.

—Manu, vamos a hablar. Los dos sabemos que esta no es una buena idea —dice Iria mientras intenta seguirle el paso.

—Es la mejor idea posible.

—¿Irnos a quién sabe dónde? ¿Sin sitio en el que quedarnos? ¿Sin avisar a nadie?

—Así lo hice cuando me marché a Edimburgo.

—Y te fue como te fue…

El malagueño se detiene y suelta un resoplido. Agacha la cabeza y después contempla a Iria, que también se ha parado. La joven se arrepiente de sus últimas palabras; entiende que han sido poco afortunadas.

—Lo siento. No he debido decir eso.

—No, si tienes razón. En Edimburgo no me fue precisamente bien. Por eso

necesito salir de aquí antes de que sea demasiado tarde. Y me iré contigo o sin ti.

—Hay otras alternativas.

—No me voy a entregar a la policía.

El joven retoma la marcha. La chica contempla cómo se aleja de ella, quizás para siempre. Desolada, camina lentamente tras su amigo, que se ha detenido frente a un mostrador de Iberia en el que hace cola para sacar un billete de ida, sin retorno.

—Perdóname, Manu. Te quiero, pero no puedo ir contigo.

—Está bien, no pasa nada. Te comprendo.

El chico rodea con su brazo a Iria y la atrae hacia él. Le da un beso en la frente y a continuación otro suave en los labios. A la chica le vuelven a invadir las ganas de llorar. Le duele no poder dejarlo todo por él. Le encantaría hacerlo, pero resulta imposible.

Mete la mano en un bolsillo y saca el móvil, que acaba de sonar. Seguramente es Elena para preguntarle por cómo ha ido todo.

Acierta, es la toledana. Sin embargo, en el WhatsApp que le envía no encuentra el tipo de mensaje que esperaba.

«¡Iriaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Mira esta noticia! ¡Enséñasela al malagueño!».

Aquellas palabras van acompañadas de un *link*. La gallega, extrañada, lo abre mientras Manu es atendido. Escucha como su amigo pide un billete a Múnich.

—¡Espera! ¡Espera! —exclama agarrándole del brazo y tirando de él—. ¡No lo compres! ¡No compres ningún billete!

—¿Te has vuelto loca? Tengo que sacar el billete ya o…

—¡No! ¡No tienes que hacerlo! ¡No hace falta que te marches! ¡Tú no eres el responsable de lo que le pasó a Fernando!

—¿Qué dices? ¿De qué me estás hablando?

Iria le pasa el móvil a Manu, nerviosa y entre lágrimas. El joven lee la pantalla atentamente y también empieza a llorar. Se pone las manos en la cabeza y reprime un grito. Mira a la gallega, la agarra por la cintura y la levanta en volandas. Y, mientras la sostiene en el aire, se dan un beso. Un beso que sabe a infinito, un beso como los que se dan al final de las películas.

Capítulo 67

«El cadáver de Calton Hill era de un español.

Confirmado. El cuerpo que apareció hace un mes en Edimburgo era el de un joven español que corresponde a las iniciales F. G. V. La policía española ha certificado que la autopsia realizada ha desvelado que su muerte fue provocada por una sobredosis de cocaína. Este medio ha podido saber que la policía escocesa relaciona los hechos con una peligrosa banda hispano-británica vinculada con el tráfico de drogas. El joven español apareció con los dedos cortados y el rostro desfigurado en la pradera de Calton Hill. En los próximos días, se espera la repatriación del cadáver y la entrega del cuerpo a su familia».

—Así que con esto Manu puede respirar tranquilo. Fue por una sobredosis. Él no mató ni involuntaria ni voluntariamente a Fernando —comenta David a Elena después de que la chica le haya enviado el WhatsApp a Iria.

—Eso parece. Me alegro por él. Por lo menos podrá dormir a partir de ahora.

Al sevillano le llegó la información a través de Verónica. Este intentó contactar con el malagueño sin conseguirlo, así que fue a ver a Elena por si ella sabía algo de él. La toledana no tardó ni un solo minuto en avisar a Iria, que se encuentra con Manu en el aeropuerto. Una cadena que ha concluido de la mejor manera posible: el final de la pesadilla para todos los implicados en aquel asunto.

—Además, la investigación de la policía escocesa ha ido por otro lado.

—Por una vez, la suerte le ha favorecido —apunta la joven de Toledo—. En realidad, él solo hizo lo que hizo porque se asustó. Pero sin querer se había metido en un buen lío: porque habría sido muy difícil demostrar ante un juez que no actuó de forma deliberada y que no intentó ocultar pruebas o mutilar el cadáver en beneficio propio.

—Hablas como una jurista.

—¿Sí? Pues entonces es una pena que no vaya a convertirme en una.

David se sorprende ante semejante revelación. ¿O es que no ha oído bien lo que la toledana acaba de decir?

—¿Vas a dejar la carrera?

—Sí. Ya he tomado una decisión. Voy a presentarme a los exámenes finales e intentaré aprobar el máximo de asignaturas, con la mejor nota posible, pero no seguiré estudiando Derecho.

—¿Lo saben tus padres?

—Sí, acabo de hablar con ellos.

—¿Y qué harás? ¿Seguirás aquí el curso que viene estudiando otra carrera?

—No. No estaré aquí.

La joven baja la mirada, envuelta en tristeza, pero, cuando la levanta de nuevo para mirar a su amigo, se esfuerza por sonreír.

—Me han propuesto algo muy interesante. Una escritora quiere que me vaya con ella a Estados Unidos durante un año.

—¿Es una broma?

—No, te lo digo en serio. Voy a trabajar para Heidi Holmes.

Elena le explica a David la historia de H. H. El sevillano escucha emocionado, pero también apenado. Por lo que se ve, sus caminos se van a separar definitivamente.

—Es una oportunidad única. Me alegro por ti.

—Voy a aprender mucho con Molly. Y su hija Lisa es un encanto. Además, viajar por todo Estados Unidos es como un sueño.

—Me das envidia.

—Bueno, tú también me das envidia a mí. Te quedas con los chicos aquí, en Madrid… Echaré de menos esto.

—Y nosotros te echaremos de menos a ti. Sobre todo yo.

La chica sonríe con cierta ironía. Eso es lo que dice ahora. Luego aparecerá otra que ocupará su lugar. Como ha sucedido con Silvia. Cada vez que se acuerda de lo que escuchó anoche tras la pared de su habitación, se le revuelve el estómago.

—Las personas van y vienen. Nadie es imprescindible, ¿no?

—No lo creo. Hay algunas personas que te gustaría que estuvieran a tu lado para siempre.

—¿Como Silvia? —pregunta Elena sin poder reprimirse—. Por cierto, ten cuidado con ella. Toni y yo nos hemos encontrado a sus compañeras de piso y nos han contado el motivo real por el que se marchó.

El sevillano se pone colorado. ¿Ha insinuado lo que parece? ¿Desde cuándo lo sabe?

—Toni me ha informado del tema.

—Habéis sido muy pardillos los dos. Aunque es cierto que esa chica nos ha engañado a todos con su apariencia de niña buena.

—Bueno, al que le gusta es a Toni. Yo solo soy su amigo.

—Pero te acuestas con ella. No sé qué es peor.

El tono que utiliza Elena suena a reproche. David se da cuenta y, tras permanecer unos segundos en silencio, intenta escabullirse de alguna manera.

—¿Tu hermana también sabe que te vas?

—No, no me ha dado tiempo a avisarla. No estaba en casa cuando he llamado a mis padres —dice muy seria la toledana—. Estaría con su novio.

—¿Novio? ¿Tiene novio? ¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana. Se llama Nacho y, según me ha contado, parece un buen chico.

—Me alegro por ella. Espero que duren mucho.

—Yo también. Le hacía falta alguien en su vida que le permitiera seguir adelante. Vuestra ruptura la dejó muy tocada.

—Prefiero no hablar otra vez de ese asunto.

—Tienes razón. Sobre ese tema ya está todo dicho —reconoce ella antes de meterse en el cuarto de baño. Delante del espejo, se peina y se hace una coleta alta.

David permanece en la habitación. No se siente bien. Por una parte, está que Elena se haya enterado de lo de Silvia y, por otra, lo de su marcha a final de curso. Ambas circunstancias le afectan.

—Necesito respirar un poco de aire fresco. ¿Vienes? —le pregunta su amiga una vez que está lista.

—Sí. Te acompaño. Yo también necesito salir a respirar.

Los dos abandonan el pasillo 1B sin decirse nada más. Pasan por recepción, atraviesan la puerta giratoria y bajan por la escalera de mármol guardando un silencio monacal. Elena sonríe. David se da cuenta de que ha empezado a reírse sola.

—¿De qué te ríes?

—Aquí fue donde nos conocimos, ¿recuerdas?

—Nunca lo olvidaré. Lanzaste tu maleta por los escalones y yo te ayudé a recoger la ropa que estaba esparcida por todas partes.

—¡No la lancé! ¡Se me cayó!

—¿Todavía conservas aquel tanga?

—¡Solo han pasado ocho meses! Conservo toda la ropa que me traje desde Toledo. Incluso la que se manchó de chocolate en los vídeos.

La pareja camina hasta la cascada mientras recuerda las dos grabaciones que han hecho juntos. Se sientan en uno de los banquitos de la isleta en la que finaliza el lago de la residencia y continúan conversando animadamente. Hacen referencia a la noche de las novatadas, a su primera salida nocturna por Madrid e incluso a los nervios de la chica la madrugada anterior al comienzo de las clases.

—Nos quedamos hablando hasta las tantas.

—Sí, no sabía ni qué ponerme. Estaba muy tensa y preocupada por lo que pensarían mis profesores y mis compañeros sobre mí. Me ayudaste mucho a tranquilizarme.

—Me acuerdo —dice David, que lleva un rato sin borrar la sonrisa de la cara—. Ha sido un año muy intenso. Hemos vivido muchas cosas juntos.

—Y separados.

—Sí, separados también.

El joven se lamenta de eso. Se enamoró de Elena aquel día, cuando se acercó a ella para ayudarla a recoger su ropa desparramada por toda la escalera de mármol de la residencia. Un flechazo en toda regla. Está loco por ella desde entonces. Lo ha sabido desde el primer minuto. En cambio, a lo largo de ocho meses, solo ha podido aspirar a un par de besos a escondidas. Y hasta se sintió culpable al dárselos.

—En serio, aunque pienses que no será para tanto, te voy a echar muchísimo de menos.

—No tengo por qué creerte.

—Ni yo tengo por qué mentirte. A veces uno se comporta de manera inconsciente y se deja llevar. Pero sigo sintiendo lo mismo de siempre.

—David, estabas en tu derecho de liarte con Silvia —le disculpa Elena, que sabe por dónde va su amigo—. Tú mismo me dijiste que no ibas a esperarme eternamente.

—Sé lo que dije y fue un error.

—No fue un error. Nadie es dueño de nadie. Y tú y yo somos compañeros de pasillo, hemos sido cuñados y seremos siempre amigos. Pero nunca hemos sido novios. No me debías fidelidad. Ni yo a ti.

—Y esa es una espina que tendré siempre clavada.

—Es lo que hay. No hemos tenido nuestro momento ni nuestra oportunidad —añade Elena impulsivamente—. Quizá estaba predestinado. Porque, si hubiera habido algo entre nosotros, posiblemente no habría aceptado la propuesta de Heidi Holmes y habría perdido la oportunidad de mi vida. Por mucho que te quiera, no puedo renunciar a algo así.

El sevillano arquea las cejas y siente un fuerte cosquilleo que le recorre las piernas y sube hasta el pecho.

—¿Me quieres?

—No he dicho eso.

—Sí lo has dicho. Además has hablado en presente.

—Pues me he equivocado —replica Elena nerviosa—. Lo que trataba de explicarte es que si tú y yo, en el pasado, hubiésemos salido juntos, y no con quien salimos en su momento… Si nuestra relación no fuera la que fue porque mi hermana y tú… Y yo con Martín no…, es decir, las relaciones han salido de esta forma y si…

La chica deja de hablar de repente. Mira a David y se extraña de verlo tan sonriente. ¿Se ríe de ella? Lógico: ¡menudo lío se ha hecho! Nota como un calor asfixiante le sube hasta las mejillas.

—Perdona, no sé ya ni lo que digo.

—En ocasiones no es fácil explicar lo que uno siente.

—Me ha entrado mucho calor.

—A mí también me pasa.

—¿El qué?

—No sé decir lo que siento con las palabras adecuadas. Por eso…

El sevillano saca su móvil y comienza a teclear en él. Elena lo contempla con curiosidad. ¿Qué está haciendo? ¡Ha elegido el momento más oportuno para mandar mensajitos! La joven se impacienta. Sin embargo, un par de minutos después suena un pitido en su propio móvil. Es un WhatsApp de… ¿David? Confusa, mira de reojo a su amigo antes de abrirlo.

—A mí también me gusta escribir, aunque no lo haga tan bien como tú.

Elena se centra en la pantalla y lee las líneas que le ha enviado. Cuando termina, tiene muchas ganas de llorar. En cambio, hay un deseo que supera a cualquier otro. Su boca, sus labios, su mirada… No puede hacerlo. Sonríe, entre lágrimas, y sale

corriendo. Necesita refugiarse en el interior de la residencia.

«Mirarte, desearte, conocerte, fastidiarte, besarte, pensarte, buscarte, respetarte.

Amarte. Quererte. Es algo tan sencillo como estar contigo, aunque desaparezcas y te vayas a miles de kilómetros de distancia.

Siempre estaré a tu lado. No me olvides. Yo no lo haré».

Capítulo 68

Hola, mirones, ¿qué tal estáis?

Perdonad que estos días no haya aparecido por aquí, pero los exámenes finales me han mantenido muy ocupada. ¡He aprobado todas menos una!

En realidad, no sé si esto me va a servir de algo para el futuro. Académicamente, seguro que no. Aunque no soy de cerrar puertas demasiado pronto, casi puedo asegurar que aquí concluye mi etapa como estudiante de Derecho. Debo reconocer que en estos últimos meses me he sentido más cómoda y me he adaptado mejor a la carrera. Pero, qué queréis que os diga, no es lo mío. Yo tenía muy claro que deseaba ser jurista más que nada en el mundo. Sin embargo, me bastaron unas cuantas semanas para darme cuenta de que mi camino era otro. ¿Cuál? Todavía está por decidir. Luego os hablaré de ello.

Personalmente, este ha sido un gran reto. Les aseguré a mis padres que lo haría lo mejor posible y que no tiraría el año a la basura, y así lo he hecho. Me he entregado al máximo, como si fuera a seguir, y no he perdido el tiempo. Creo que mis notas demuestran que he cumplido con lo que les prometí. Espero que se sientan orgullosos y que asuman cuanto antes que su hija no seguirá sus pasos. No es fácil cambiar de rumbo cuando tienes un futuro tan marcado.

El curso que viene no estaré en esta universidad, ni en esta residencia. Y os tengo que confesar que voy a echar mucho de menos todo esto. Hoy me despido de mis amigos, a los que no sé cuándo volveré a ver. Los chicos de mi pasillo se han convertido en mi familia durante más de nueve meses. Todos somos diferentes, con personalidades muy variadas. Pero hemos hecho un buen grupo. Hemos vivido tantos acontecimientos, buenos y malos, durante el año que aún no me creo que mi historia con ellos se termine. Es lo que más pena me da de abandonar Madrid. ¡Y yo que pensaba que aquí solo venía a estudiar! No podía estar más equivocada. Me he reído muchísimo, he llorado de alegría y de tristeza, me he enamorado, he tenido mi primer novio, me he enfrentado a problemas de verdad… He hecho cosas que jamás se me habían pasado por la cabeza. Pero, sobre todo, he crecido como persona y como ser humano. He madurado. No soy la misma Elena que entró en esta residencia en septiembre. Las vivencias son las que te cambian y las que te forman. Tengo mucha suerte de que me haya tocado compartir esta etapa al lado de gente que me ha aportado tanto. Cuando hoy los abrace y me despida de ellos, seguro que se formará un vacío enorme dentro de mí.

Estoy aguantando las lágrimas al escribir esto, aunque alguna que otra se ha derramado ya sobre el teclado. Pensaréis que exagero, que esto no es más que postureo o una pose cursi y facilona. No. Os prometo que tengo un nudo en la garganta y que irme de aquí supone perder parte de lo que soy hoy en día. Me siento especialmente así por una persona. Un chico con el que

mantengo una relación muy particular. ¿Qué somos? No hay ni una sola etiqueta que nos defina. Simplemente, somos él y yo. Y no sé qué pasará con nosotros en el futuro. Los kilómetros terminarán de dictar sentencia.

Sí, mirones, en septiembre hago las maletas y me voy un año fuera. No os puedo dar muchos detalles del tema porque no sé sobre lo que puedo hablar y sobre lo que no. Solo os diré que recorreré Estados Unidos trabajando para una escritora de éxito internacional. ¡No es un sueño! Es una oportunidad enorme para aprender y disfrutar de nuevas experiencias.

No os preocupéis, que no me olvidaré de este rinconcito. Además, faltan unos meses para que me marche. Queda un verano por delante, y no tengo ni idea de lo que me depararán estos próximos meses. No tengo planes. He estado tan liada últimamente y tan centrada en los exámenes que no me he planteado nada. A lo mejor hago algún curso de inglés para prepararme de cara a septiembre. Aunque todos pensaréis que tengo mucha suerte de viajar y recorrer Estados Unidos, estaré trabajando y esforzándome por estar a la altura de lo que se me pide. No es un viaje de placer, ni mucho menos. Y quiero llegar a ese momento lo más preparada posible. Ya veremos.

Bueno, mirones, llegó la hora de marcharme. Es la última vez que os escribo desde el que ha sido mi hogar durante este año. Mis amigos me esperan. Hoy nos despediremos todos: ellos, hasta el curso que viene; yo…, quizá hasta siempre. Es triste pero bonito. Como cualquier etapa. Esta ha sido más corta de lo que imaginaba, pero mucho más intensa y emocionante de lo que podía esperar.

No sé desde dónde, ni cuándo, será mi próximo *post*. Solo espero que continuéis a mi lado y que la vida os sonría.

Hasta la próxima.

P. D.: ¡No os podéis imaginar lo que ha pasado justo al acabar de escribir este *post*! ¡Todavía me tiemblan las piernas! Os lo contaré otro día. ¡Os quiero, mirones!

Epílogo

Abre la puerta de la 1151 y sale al pasillo 1B. Natalia lleva el tique rojo para la comida en la mano. Atraviesa recepción y, tras saludar a Jesús, se dirige a las escaleras que conducen hasta el comedor de la residencia. Baja pensando en lo bien que ha empezado el mes de diciembre. Después de tres meses de indecisiones, ayer por fin se atrevió a decirle a su compañero lo que siente. Y llegó aquel beso. Ahora la pelota está encima de su tejado.

—Tengo un hambre que me muero —comenta una voz a su espalda. Nati se gira y observa a un chico con el pelo de punta que se acerca hasta ella. Juntos entran en la sala.

—Yo también estoy hambrienta. ¿Qué tal el vídeo?

—Casi editado. Pero tiene que quedar perfecto. No todos los días llega uno a los cien mil suscriptores.

—Ya eres una celebridad en la Benjamin Franklin, Toni Pepperoni. Deberían ponerte una estrella en la puerta de tu cuarto —bromea la joven, que alcanza una bandeja y se coloca en la fila del bufé.

—Por esa regla de tres, a Isa tendrían que colocarle una galaxia.

Y es que, tras conseguir viralizar uno de sus vídeos, en el que canta un rap junto a varios *youtubers* famosos, Isa come Pizza cuenta con más de medio millón de seguidores en su canal.

Natalia contempla de reojo al valenciano, al que nota tristón. En cuanto ha nombrado a su exnovia, se ha dado cuenta de que todavía le duele la ruptura. La tercera, según le explicó el propio Toni. Empezaron a salir en mayo, lo dejaron a finales de junio. Regresaron en septiembre, nada más volver de las vacaciones de verano, y cortaron en octubre. A finales de ese mismo mes, se dieron una nueva oportunidad. Duró hasta hace diez días.

—Estoy enamorado de ella y me parece que yo también le sigo gustando —le reconoció a Natalia en su habitación, la noche en que rompieron su relación por última vez—. Pero YouTube se entromete entre nosotros. Una vez tras otra. ¡Si hasta la han relacionado con el Rubius en uno de esos foros de cotilleos sobre *youtubers*!

—¿Y es verdad?

—Solo ella y Rubén lo saben.

El comedor está casi al completo. Por suerte, en la mesa del fondo, en la que se suelen sentar los chicos del pasillo 1B, ya se encuentran dos de sus miembros ocupándola y reservando el lugar para cuando lleguen los demás. Ainhoa tiene el móvil en las manos y Nicole le está hablando de algo con gran entusiasmo.

—¡Una cita doble! —Son las palabras que escucha Natalia en cuanto se sienta al lado de las chicas. Es la peruana quien ha gritado entusiasmada.

—No me fío de esos dos. Muy mayores.

—¿Mayores? Solo tienen veintitrés años. No te fías de ninguno. Parecen buenos

chicos. ¿Y si les damos el beneficio de la duda y quedamos con ellos?

—Como experta en Tinder, te aseguro que esos tíos solo van a lo que van. Punto y final —sentencia la canaria, que suelta el móvil y le sonríe a la recién llegada—. ¿Qué tal, Nati? ¿No baja Óscar contigo?

La chica se encoge de hombros y se sonroja al escuchar el nombre del vallisoletano. Desde que entró en la Benjamin Franklin, su corazón le late muy deprisa cada vez que lo ve. Óscar es el hombre de su vida. Lo sabe. Y el beso que le plantó ayer es lo más apasionante que jamás ha hecho. Bueno, lo segundo más apasionante.

Solo hay un problema: cree que le gusta a Ainhoa. O esa es la sensación que tiene siempre que los dos coinciden en el mismo sitio. Toni le contó una vez que ellos estaban predestinados a estar juntos. Y que ni Naiara, ni Sofía, ni Yaiza habían conseguido hacerlo feliz.

—Existe algo en el universo, que no sabemos qué es, que une a ciertas personas y va levantando barreras invisibles para que otras no arruinen lo que esa materia se empeña en relacionar. Óscar y Ainhoa poseen entre ellos esa atracción.

A Nati le preocupa que la canaria se enfade si descubre lo que siente por el joven de la 1159. Ella y Nicole han sido fundamentales en su adaptación a Madrid y a la residencia. Desde el primer momento la mimaron y se pusieron a su disposición para cualquier cosa. Les está muy agradecida, porque llegó con muchísimo miedo.

El sonido de sus móviles irrumpe en el comedor. Es un WhatsApp que Julen ha enviado al grupo del pasillo, acompañado de una foto. Él y Marc salen tumbados en la nieve, uno al lado del otro.

> «Queridos compañeros, un fuerte abrazo desde Laponia. Os echo de menos. Bueno, no tanto».

Enseguida, el navarro envía una segunda imagen en la que la pareja se da un beso delante de una cabañita de madera. Celebran seis meses desde que se enteraron de los resultados de los análisis. El viaje se lo han regalado Enric y Montse, que también han festejado en Barcelona que aquel capítulo solo se quedara en un susto. Desde entonces, la precaución de los chicos es máxima.

—¡Qué bien se lo monta aquí la gente! —comenta Ainhoa sonriente mientras introduce la cuchara en un cuenco lleno de arroz con leche.

—No te quejes. Nosotras estaremos en Lima dentro de unos días —le recuerda Nicole—. ¡Te va a encantar mi país!

—Si todo es tan bueno como la comida, igual me quedo a vivir allí y te vuelves tú sola.

Los cuatro ríen con la ocurrencia de la canaria. Natalia suspira y también sonríe. A ella también le gustaría tener tanta vitalidad como su amiga. Pero no es fácil ser como una es cuando la gente te mira, a veces, como si fueras un bicho raro. Sin

embargo, aquellos chicos la están haciendo sentir como en casa. Desde el primer minuto. No les ha importado que sea tímida, que vista de una manera tan particular o que venga de otro país. Pero lo que más aprecia de aquel estupendo grupo es que a ninguno le haya importado que antes fuera un chico.

Se bajan en la estación de trenes y se dan un paseo hasta la parada de taxis. Le indican al conductor la dirección a la que van y se ponen en marcha. Iria coge la mano de Manu y este la aprieta. Llevaba mucho tiempo queriendo hacer aquello, pero hasta ahora no se ha atrevido.

—¿Te encuentras bien?

—Me duele un poco la cabeza —indica el malagueño al tiempo que se lleva una mano a la frente.

—¿Te has tomado las pastillas?

—Sí. No te preocupes.

La gallega sonríe. En los últimos meses no ha sufrido mareos ni lapsus de memoria. Sin embargo, las jaquecas y el insomnio se resisten a abandonarlo. Son las secuelas que arrastra por todas las imprudencias que cometió. Su psicólogo le ha dicho que no es preocupante y que llegará el día en que su pasado simplemente será un remoto mal sueño. No fue fácil convencerlo de que tenía que ir a un especialista para que le ayudara. Pero aquel Manu ya no es tan intransigente ni tan pasota como lo era cuando le conoció. La vida le ha puesto contra las cuerdas. Además, si quería que aceptara ser su novia, Iria le exigió algunas cosas: una de ellas, la más importante, curarse.

No hablan mucho en el interior del taxi, algo extraño en la pareja, que en la residencia se pasan las veinticuatro horas discutiendo, charlando y fastidiándose. Sus compañeros de pasillo están hartos de ellos, aunque todos se alegran de que aquella relación se haya consolidado.

—Hemos llegado —comenta el taxista después de aparcar.

La chica paga y se bajan del vehículo. Van de la mano. Chispea en Sevilla, que los ha recibido con el cielo oscuro como el fondo de un pozo.

Manu se detiene. Le sudan las manos y le tiembla el labio. Otra de las secuelas.

—Si quieres, podemos irnos —le susurra la chica al oído. Ella le conoce mejor que nadie y sabe el gran esfuerzo que aquello significa para su novio.

—No, quiero hacerlo. Debo hacerlo.

Y, venciendo a sus miedos y superando el lastre que soporta desde hace unos meses, Manu da un paso adelante y entra en el cementerio en el que está enterrado Fernando. Aunque él no fue el responsable directo de su muerte, le debe una despedida. Y una disculpa.

—¡Lisa! ¡Ven aquí! —grita Elena, enfadada porque la niña se ha soltado de su mano y ha salido corriendo hacia un tipo disfrazado de Buzz Lightyear.

La pequeña regresa a su lado y le pide disculpas, primero en inglés y después en castellano. La de Toledo sonríe y le regala un beso en la mejilla.

—Nueva York es muy grande. ¿Qué haríamos tu madre y yo si te pierdes?

—Lo siento. No pasará más.

Elena le da un golpecito cariñoso en la cabeza y continúa caminando por Times Square. Todavía no se hace a la idea de que está en la ciudad más increíble del mundo. Ninguna de todas las que ha visitado le hace sombra. Le encantaron Chicago, Boston y Filadelfia, pero Manhattan es insuperable.

Lleva cuatro días en la Gran Manzana, acompañando a Heidi Holmes y a Lisa. La escritora ha quedado con ellas en aquella plaza, junto a la gran pantalla en la que la gente se ve y se vuelve loca saludando. Esos norteamericanos no pierden la oportunidad de hacer un *show* de todo, aunque debe reconocer que a ella también le hizo ilusión aparecer y saludar a la cámara la primera vez que pasó por allí.

—Quiero sentarme —dice la niña en un español más que correcto.

En tres meses, Lisa ha aprendido muchísimo. Se nota que es muy inteligente. En ocasiones, se sorprende de sus reacciones y de su capacidad para comprender las cosas. Ha salido a su madre. Elena piensa que Molly es la persona más lista que conoce. No le extraña su éxito. Trabajar con ella está siendo la experiencia más enriquecedora de su vida. No solo por la gran cantidad de sitios a los que están yendo, sino por el aprendizaje continuo que le aporta vivir al lado de una profesional como ella. Porque H. H. no solo es la más brillante, también es la que más se esfuerza.

—Vamos a aquel banquito y esperamos allí a mamá.

—No. A ese. Quiero ver la tele grande.

La chica suelta una carcajada al escuchar a Lisa. La niña le indica otro banco desde el que se puede ver la gran pantalla de Times Square. Le hace caso y se dirigen hasta él a esperar sentadas a la autora. Mientras, conversan sobre la gente que se coloca allí para que los saque la cámara. En la charla, mezclan los idiomas de cada una. Juegan a imaginarse a qué se dedicarán las personas que aparecen en la imagen y cómo serán sus vidas.

—Ese es muy guapo —suelta Lisa en español—. Me gusta su *tattoo*. ¿Qué es?

—¿A qué te refieres? ¿De quién me hablas?

—Del chico ese de la sudadera y el gorro negro. ¡Al del *tattoo* del pájaro en el cuello!

Entonces, Elena lo ve en la pantalla gigante. Está saludando con la mano a la cámara y dando saltitos. No puede creer que esté allí. No puede creer que haya ido a verla. No puede creer que haya cumplido su promesa.

—Hoy es el último día de curso. Parece que fue ayer cuando empezamos.

—El tiempo pasa muy deprisa.

—Me enamoré de ti el primer día, ¿sabes?

—No sigas por ahí, David. Esto ya no tiene ningún futuro.

—¿Por qué no?

—Porque tú te quedas y yo me voy lejos.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no puedes seguirme al fin del mundo.

—Al fin del mundo, tal vez no, pero Estados Unidos queda solo a unas cuantas horas en avión. Espérame —le pide, y, después de sonreírle, David le da el beso que supera a cualquier beso que Elena haya dado o recibido nunca. Incluso mejor que el beso furtivo de las Navidades pasadas. Casi sin respiración, el sevillano le dedica una sonrisa de complicidad—. Por cierto, saluda a tus mirones de mi parte y diles que soy capaz de hacer cualquier cosa para estar contigo. Sea difícil o sencillo. Te lo prometo.

FIN

Agradecimientos

Este libro va por ti, tito Jose, estés donde estés.

Es emocionante terminar una historia que contiene tanta ilusión, trabajo y esfuerzo en sus páginas. Parece que fue ayer cuando empecé *Algo tan sencillo como tuitear te quiero*, una apuesta arriesgada y complicada que tomaba el relevo de una época maravillosa. No era sencillo, precisamente, abandonar a los «incomprendidos» y crear otros personajes con los que compartir mi vida literaria. No lo niego: tuve algo de miedo. Me he vuelto muy exigente conmigo mismo y eso conlleva una presión extra en todo lo que hago. Presión y exigencia por estar a vuestra altura, los lectores, por no defraudar a la editorial y por demostrarme día a día que soy capaz de crecer como autor en cada libro que escribo. Los resultados, después de esta trilogía, no pueden ser mejores. O, al menos, yo lo pienso así. He disfrutado más que nunca escribiendo, creando, imaginando y desarrollando las ideas que pasaban por mi cabeza. Sin duda, *Algo tan sencillo* es lo mejor que he hecho, por las formas, por el contenido y por las sensaciones que tengo al acabarlo. Luego, os podrá gustar más o menos; sobre gustos, ya se sabe. No puedo entrar en la cabeza de cada lector, ni medir sus circunstancias y experiencias, que son las que en gran parte conforman una opinión sobre algo. Pero en lo que a mí respecta, hablando desde el corazón, esta historia tiene y representa todo lo que buscaba cuando la inicié, incluso un poco más. Ya no me puedo conformar con escribir sobre amores y desamores, que son temas que también necesito incluir en mis novelas. Que los títulos y las cubiertas, con los que estoy encantado por otra parte, no os engañen. En estos tres libros he intentado dar un pasito más hacia delante y enfrentarme a problemas y situaciones extremas con las que puede tropezar cualquier joven de hoy en día. Y no ha sido nada fácil encontrar el equilibrio entre la realidad y la ficción. Espero haberlo conseguido.

Dicho esto, vamos con los agradecimientos, que para eso son estas páginas.

Como en los anteriores libros, quiero comenzar este apartado acordándome de mis padres. ¡Diez libros lleva publicados ya vuestro hijo! Siempre digo lo mismo, porque es lo que siento de verdad: esta solo es la cima del iceberg. Sin todo el trabajo anterior, sin todas las posibilidades que me disteis, sin todos los valores que me enseñasteis, sin todos esos buenos y malos momentos, no sería lo que soy, ni habría encontrado el camino. Aquella conversación navideña, además, me sirvió para poner la pieza que me faltaba en el puzle de esta tercera parte. Gracias, y a ser felices. También deseo, casi por encima de todo, que sea feliz mi hermana. A veces, un cambio marca el resto de tu existencia. No dejes de pelear por lo que crees y quieres. Talento, dedicación y fuerza no te van a faltar. Aquí, para lo que necesites.

Más de ocho añitos juntos. ¿Sabes que te quiero? Sí, lo sabes. No hay día en que no te lo diga. ¿Y lo que estamos aprendiendo tú y yo juntos? Qué bonito es compartir sentimientos e ilusiones con la persona a la que amas. Sí, nos amamos. Quererse está muy bien, pero nosotros nos amamos. La felicidad no es un plato que se sirva frío. Y,

a pesar de nuestros momentos raros, nuestros domingos de discusiones y la caña que me das cuando no estás de acuerdo con lo que escribo, no cambiaría ni uno de esos segundos contigo por nada en el mundo. Qué increíble es poder gritarle al universo lo que siento por ti, Ester. Es algo muy sencillo estar contigo.

No ha sido un año fácil para los míos. Cuando alguien se va, resulta imposible que todo continúe de la misma forma. Pero tengo una familia muy fuerte, con personas que representan grandes ejemplos a seguir para mí. De mayor quiero ser como vosotros. Así que, mientras escribo estos agradecimientos, me acuerdo más que nunca de mis tíos y de mis primos. A todos ellos va dedicada esta novela. A finales de enero de 2017 fallecía la entrañable Lola. Descansa en paz. Todo mi cariño para mi tía Loli y mi tío Mario.

Muchas gracias también a la familia de Ester, especialmente a Marga y a Jose. Espero que tengáis un gran 2017.

Desde que, en 2011, mi querida Miriam Vall contactó conmigo para proponerme un proyecto, mi relación con la editorial Planeta ha sido idílica. Mi segunda familia. Estoy muy contento y agradecido de que continúen apostando por mis historias. Que *Canciones para Paula* esté ahora con vosotros es una suerte y una garantía para mí. Gracias a todo el grupo que tan bien me trata novela a novela. Sergi, Laia, Laura, Puri, Raquel…, es un placer trabajar mano a mano con el mejor equipo profesional y humano. Gracias por vuestro cariño y apoyo incondicional, Marc, Lolita, Isa, Belén, Paco, Marisol, Carlos, Laura Franch, Laura Verdura, Vanesa, Sabrina, Ana y Carmen y a todos los que formáis parte de mi historia planetaria. Por supuesto, gracias a los comerciales de cada ciudad, que hacen una labor tan importante. ¡No me quiero olvidar de nadie, pero sois muchos! Raquel de la Morena, eres la mejor, no sabes la seguridad que da contar con una profesional como tú. Muchas gracias también a los chicos de Booket y al equipo de Columna Edicions y de Editorial labutxaca y a las delegaciones de Planeta en los países de Latinoamérica.

Este año 2017, se cumplirán nueve años desde que escribí el primer párrafo de *Canciones para Paula* en Fotolog. Todavía hay lectores de esa época que siguen acompañándome. Me encantaría dar todos vuestros nombres en estos y en todos los agradecimientos, porque os estoy muy agradecido. Sin vosotros, jamás habría conseguido nada de esto. ¡Diez libros, chicos! ¿Quién nos lo iba a decir a nosotros cuando abrimos aquel foro o hablábamos por MSN? Es una alegría enorme veros en las firmas o comentando en las redes sociales cuando termináis de leer alguna de las novelas. Esta aventura es tan vuestra como mía.

No solo os tengo gran aprecio a los que lleváis conmigo tanto tiempo. Los que os incorporáis ahora, o me conocéis desde hace poco, sois más que bien recibidos a este universo azul. La unión hace la fuerza y juntos somos invencibles. Que esta familia continúe aumentando indica que hay que trabajar y esforzarse cada día un poquito más para corresponderos como os merecéis.

Al cierre de estas páginas, somos más de 143.000 en Twitter, 42.000 en

Instagram, 10.000 en el Club de Lectura y 62.000 en el grupo de autor de Facebook, más de 20.000 en YouTube… Y me acuerdo de los 10.000 que formábamos la comunidad en Tuenti cuando empecé. En representación de todos vosotros, muchas gracias a Francesc Sánchez, Mafer González, Valen Osorio, Esther Trota, Lorena González, Cristina Alarcón, Jhoana Flores, Inma Moreno, Gabriela Aragón, Valeria Misa, Cris Díez de Artazcoz, Carla Bueno, Elisabet Alabart, Sheila Corimayo, Alejandra Uriarte, Melissa Martínez, Aroa Cuenca, Caroline de la Cruz, Ivonne Suárez y Daniela Casilla.

Este libro no sería el mismo sin los dos años que pasé en la residencia Leonardo Da Vinci. Allí conocí a gente maravillosa que significa muchísimo para mí. A pesar de que el tiempo pasa inmisericorde, cuando nos vemos, de siglo en siglo, tengo la sensación de regresar a aquellos años de felicidad plena. Os dedico esta trilogía, queridos compañeros.

Quiero reservar también un huequecito en estos agradecimientos a personas que me han ayudado en estos últimos meses y me lo han puesto un poquito más fácil. Gracias a Abi Power y a Rebeca Stones. También, por supuesto, a Rush Smith, Zeus Santorini, Marta Riumbau, Andrea Compton, Inés Jimm, Álex Stone, Judith Jaso, Albanta San Román, Sara Baceiredo y Marta Frenkel. Muchísimas gracias a Ulises y a Yuya, la historia no sería la misma sin ti. Gracias, Marina León, por aportarme una idea genial. Gracias, Irene Contenta, gemelas Miramón, Dani Ojeda, Iria G. Parente, Gema Bonnín, Carlos G. Miranda, Martín Piñol, Omai, Borja, Nieves, Rocío, Pedro Vásquez, Alicia, Mireya, Candela, Vanesita, Dani Granada, Andrea Izquierdo, Nikolai, David Hernández, José Luis, Geli, Yai, Dani, Laura, Miriam, Sonia Obviusly y a muchos otros que debería nombrar aquí por vuestra amistad. Gracias al grupo de Cine y Merienda con EyB, a las Bluecitas de Madrid, al grupo de Representantes, a las Clásicas, a los Afortunados de Blue y a todos esos clubes de seguidores y lectores que componéis en relación a mis libros. ¡Sois un montón!

Han sido varios meses entrando y saliendo de Starbucks Callao a diario. Prácticamente he escrito toda la novela allí. ¡Casi me siento de la plantilla! Ibra, tú has sido la persona con quien más he hablado, aparte de Ester y mis padres, en estos últimos meses. Gracias por hacerme más amenas tantas horas de trabajo. Deis, espero que te vaya fenomenal en tu nuevo puesto, me dará pena no verte por «el despacho», han sido muchos años compartiendo vivencias que llenarían un libro. Gracias a Cristóbal, Javi, Almu, Jair, Aroa, Noe, Araceli, Álex, Paola, Críspulo, Iván, Johan, Paula, Meritxell, Esteban, Yannery, Bea, Janet, Marina, Inara, José, Sergio y a todos los baristas de la tienda de Callao que están o han estado trabajando en estos cuatro meses tan intensos. ¿Qué sería de mí sin el café?

Antes de poner el broche final a estos agradecimientos y cerrar definitivamente la historia, quiero volver a hacer hincapié en un asunto que cada día me preocupa más. Es una petición que os hago: no compréis libros piratas, ni descarguéis PDF ilegales en Internet. Por favor. Si no podéis comprar un libro porque, en ese momento, no

disponéis del dinero que hace falta, buscad otra alternativa, pero no agrandéis más este problema que continúa creciendo diariamente en España y Latinoamérica. Podéis sacar el libro de la biblioteca o comprarlo entre varios, pedirlo prestado, uniros a clubes de lectura…, pero jamás lo adquiráis de manera ilegal. Si potenciáis la piratería, no solo estáis beneficiando y enriqueciendo a gente que no ha movido ni un dedo para que ese libro salga adelante: estaréis robando al autor, que se ha pasado varios meses de su vida trabajando día y noche en su novela. Y no solo al escritor, también a la librería, a quien distribuye los libros y a la editorial. Somos muchos los que estamos metidos en este mundo y vivimos de esto. Imaginad que os matáis a trabajar en cualquier cosa y llega la hora de cobrar y no os pagan. Pues esto es lo mismo. No vivimos del aire. Si no vendemos libros, no podremos escribir ni publicar más. Y, sí, escribimos porque es nuestra pasión y nos encanta, pero también porque es nuestro trabajo. Tú no entras en una tienda de ropa y te llevas un pantalón gratis, o no vas a la pizzería y te comes la pizza sin pagar. Y, si trabajas, te esfuerzas y dedicas tu vida profesional a algo, seguro que no comprenderías que llegara final de mes y no cobraras por lo que has hecho. Pensadlo y, antes de descargar un PDF ilegal o de comprar un libro pirata, recordad estas palabras: STOP A LA PIRATERÍA.

Se acabó mi tercera historia. ¿Y ahora qué? No lo sé. Tengo muchas ideas en la cabeza. Pero mi siguiente paso no solo depende de mí. Esta carrera de fondo no es solo mía. Siempre voy a contar con la opinión de la editorial y con la vuestra. De lo único que estoy seguro es de que, haga lo que haga, va a estar lleno de pasión, de trabajo, de dedicación, de ilusión y de muchísimo compromiso. Solo espero que sigáis a mi lado.

Gracias por estos nueve años. Infinitamente, gracias.

Y ya sabes: nunca dejes de soñar.

BLUE JEANS. Seudónimo de Francisco de Paula Fernández, nació en Sevilla, aunque toda su adolescencia la pasó en Carmona.

A los dieciocho años se trasladó a Madrid, ciudad en la que actualmente reside, para estudiar periodismo en la Universidad Europea. Después de hacer un máster en periodismo deportivo y colaborar en algunos medios, encontró finalmente su lugar cuando se dejó llevar por su gran pasión, la escritura.

La trilogía *Canciones para Paula* es su primera obra publicada, una historia que miles de seguidores comenzaron a leer en diferentes redes sociales antes de verla consagrada al papel. Cuando no está escribiendo, Blue Jeans dedica su tiempo libre a responder las preguntas de sus seguidores en las redes sociales. También ha colaborado con la revista Superpop.

Su segunda saga literaria fue *El Club de los Incomprendidos* que fue llevada al cine.

Actualmente se encuentra inmerso en una nueva saga *Algo tan sencillo*.